

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS
CONVOCATORIA 2009-2013**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTORADO EN CIENCIAS
SOCIALES CON ESPECIALIZACIÓN EN ESTUDIOS POLÍTICOS**

**CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO DE CLASE MEDIA EN BARRIOS
POPULARES DE QUITO, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.
MEMORIAS, RELACIONES Y DIFERENCIACIÓN.**

MARÍA AUGUSTA ESPÍN ESTÉVEZ

MARZO 2016

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS
CONVOCATORIA 2009-2013**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTORADO EN CIENCIAS
SOCIALES CON ESPECIALIZACIÓN EN ESTUDIOS POLÍTICOS**

**CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO DE CLASE MEDIA EN BARRIOS
POPULARES DE QUITO, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.
MEMORIAS, RELACIONES Y DIFERENCIACIÓN.**

MARÍA AUGUSTA ESPÍN ESTÉVEZ

ASESOR DE TESIS: Dr. EDUARDO KINGMAN GARCÉS

**LECTORES/AS: Dra. MANUELA CAMUS
Dr. TOM SALMAN
Dr. JUAN JOSÉ PUJADAS
Dra. MIREYA SALGADO**

MARZO 2016

DEDICATORIA

A todos aquellos que volvieron a vivir en estas memorias, porque recordar es parte de ser lo que somos.

AGRADECIMIENTOS

Mi reconocimiento a todas las personas que recordaron conmigo y me ayudaron a construir esta narración, en especial a Javier Espín y Ximena Estévez, cuya vida ha servido para enriquecer la mía. A Eduardo Kingman por toda su dedicación y sabiduría, nunca podré agradecerle todo lo que ha hecho por mí. A Marianita Valencia y a Gloria Espinosa por darme un pedazo de su memoria antes de partir. Y a Pedro Alarcón por estar ahí, ser quien es y hacerme inmensamente feliz.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN.....	9
Los sujetos de sectores medios.....	11
Perspectiva metodológica.....	12
Enfoque.....	12
Precauciones metodológicas.....	13
Escenario y actores	14
Instrumentos	15
CAPÍTULO I.....	17
MEMORIA E IDENTIDAD: LO QUE SE CONTRUYE Y SE RECONSTRUYE.....	17
El trabajo con la memoria.....	17
Lo individual y lo social de la memoria	18
La memoria como construcción	20
Memoria e identidad.....	20
Cómo recuerdan las sociedades	25
CAPÍTULO II.....	27
LA CLASE Y LA FRONTERA: CONSTITUCIÓN DE LOS SUJETOS Y SUS RELACIONES CON LOS OTROS	27
El grupo social y los sujetos	28
La Clase Social a partir del consumo y el enclasamiento	30
Perspectiva Latinoamericana sobre Clase Media y estratificación	34
Fronteras	44
CAPÍTULO III	54
CONTEXTOS	54
Condiciones urbanas, económicas y políticas.	54
Situación del país.....	58
El Quito de la primera modernidad, su contexto y su situación social.....	61
Los barrios de Quito	72

El movimiento de la población como forma de diferenciación social	77
El barrio popular	79
CAPÍTULO IV	83
LUGARES, DISTINCIONES, FRONTERAS Y ACERCAMIENTOS	83
Los barrios: la casa, la calle, las esquinas y los lugares prohibidos	84
La decencia y el género	93
Espacios de trabajo	99
Lugares de socialización.....	106
La escuela	112
CAPÍTULO V	118
SUJETOS, VECINOS, COMPAÑEROS, AMIGOS Y EXTRAÑOS	118
Las jorgas como espacios de socialización masculina	119
La vida privada como forma de constitución de lo femenino	131
Relaciones con los indígenas	137
CAPÍTULO VI	150
CULTURA MATERIAL, FRONTERAS SOCIALES Y SENTIDO DEL GUSTO ...	150
El gusto y la vivienda	156
Remedios caseros, medicina y salud	161
La cocina y la alimentación	165
“Trastes” y objetos de la cocina	172
Vestimenta	173
CAPÍTULO VII.....	179
LA FAMILIA DE CLASE MEDIA. TRAYECTORIAS Y PROCESOS	179
La familia: estructura básica de la identidad	179
Los hijos ilegítimos	187
La familia campesina e indígena.	191
Los no decentes de las familias	197
Los desclasados	199
CONCLUSIONES.....	208
El espacio de la ciudad	211
La clase, los sujetos, las familias y los espacios.....	215
BIBLIOGRAFIA	221

RESUMEN

Esta investigación busca restituir la imagen de los sectores medios quiteños en la segunda mitad del siglo XX a partir del trabajo con memorias de hombres, mujeres y esos sectores que vivieron en barrios populares del Centro Histórico de Quito

El trabajo de la memoria nos permite reconstruir la cotidianidad de estos grupos sociales que construyeron su vida no en espacios separados sino en aquellos donde existió una fuerte presencia de clases populares urbanas, sectores indígenas y de origen campesino. Los grupos medios mantuvieron procesos de diferenciación respecto a los otros sectores, sin embargo una multiplicidad de inclinaciones, creencias y prácticas provenientes de una larga tradición eran compartidas con sectores indígenas y populares. Todo esto volvía muchas veces difusas las fronteras entre unos y otros, aunque no las anulaba. Se trataba de una relación compleja en términos sociales y culturales que a la vez que permitía una permeabilidad no eliminaba los límites que los grupos sociales buscaban mantener.

Los hombres y mujeres con los que se trabajó en esta investigación no forman un grupo monolítico, ni homogéneo, son sujetos de orígenes distintos y experiencias diferentes, con distintas trayectorias de vida, es por ello que no se puede hablar de la existencia de un sujeto dado de clase media, sino que éste se produce como sector dentro de la sociedad en determinados momentos, cuando las prácticas lo configuran, y cuando las circunstancias lo permiten. Es por esto que no podemos hablar de sectores claramente enclavados que marquen una diferenciación absoluta con otros sectores sociales.

A partir de esto se busca también caracterizar a los barrios populares no solo como espacios concebidos, diseñados y pensados desde las nociones del urbanismo y la planificación de la ciudad, sino como espacios que se construyen a partir de la economía, la vivencia cotidiana, los imaginarios de sus habitantes y por supuesto desde las disputas sociales.

Finalmente es importante destacar que en este recorrido que trata de presentar y entender los procesos de construcción de clases y sectores sociales en contextos urbanos, partiendo de las relaciones que mantienen los sujetos con los espacios, los objetos y por supuesto otros sujetos, pero al mismo tiempo tomando en cuenta la

memoria de la ciudad, sus dinámicas, sus formas de organización, así como sus procesos de expansión, aspectos que inciden en la formación de sus habitantes, (pero que) al mismo tiempo son influidos por la acción de los sujetos.

INTRODUCCIÓN

Un trabajo de investigación desarrollado en el barrio de San Roque, en Quito durante los años 2008 y 2009¹, me abrió la posibilidad de acercarme a personas de sectores medios que vivieron en este barrio entre la década de 1950 y 1980 y a través de sus relatos vislumbrar una realidad interesante: muchas de las vivencias de estos sectores al interior de los barrios del Centro Histórico fueron compartidas con gente de sectores populares que vivían en este espacio, e incluso en sus mismas casas. Sin embargo de que habían compartido muchas vivencias, situaciones, espacios, en sus relatos buscaban establecer una distancia con estas personas consideradas de menor rango, distinguiendo sus tipos de consumo, su educación, sus relaciones sociales, su actividad económica y sus fenotipos raciales.

Esto me llevó a preguntarme en términos investigativos sobre la forma contradictoria como determinados sectores dentro de las capas medias compartían espacios, prácticas y experiencias con los sectores populares, al mismo tiempo que desarrollaban estrategias de distinción y diferenciación que iban más allá de la cuestión económica.

La literatura sobre el tema de clases generalmente pone énfasis en el distanciamiento entre éstas, por el contrario, a mí me interesaba partir de la constatación de que existen condiciones de acercamiento social, en medio de relaciones diferenciadas y jerarquizadas. Esto me lleva a hablar de la existencia de fronteras que sin dejar de plantear una “partición” o un “corteaguas” (como nos recuerda Guerrero, 2010) no dejan de tener mucho de “múltiples y flexibles”, constituyendo no solo puntos de separación sino puntos de encuentro, aunque esto no quiera decir que las fronteras desaparecen.

Los barrios tradicionales del Centro Histórico de Quito han marcado parte de la identidad de los quiteños, la vida de Quito se desarrolló por mucho tiempo en esos barrios, que eran lugares de vivienda y trabajo para grandes grupos de población de origen popular, sectores medios y altos y también grupos indígenas y campesinos que se relacionaban principalmente con los mercados y con servicios que históricamente habían prestado a la ciudad, especialmente de tipo doméstico.

¹ Proyecto “Migrantes Indígenas en Quito” realizado de manera conjunta por la Fundación HEIFER Internacional y FLACSO Ecuador, desde Enero de 2008 a Mayo de 2009.

En este contexto las preguntas con las que empecé esta investigación se plantearon así:

Si los sectores medios no constituyen un grupo monolítico, sino que están constituido por capas distintas, cuya suerte se define de acuerdo a su ubicación dentro del escenario social, los distintos tipos de capital que poseen y la forma como se ubican en el espacio. ¿Cómo se han constituido y de qué modo han funcionado los sectores medios ubicados, por razones de vida en barrios populares de Quito? ¿Cuáles han sido sus trayectorias familiares y cuáles las estrategias de diferenciación y acercamiento con respecto a otros grupos sociales a lo largo del tiempo?

Para responder a estas preguntas comencé a reconstruir las historias de vida de sujetos y familias de sectores medios que vivieron o viven en barrios populares de Quito, como una de las bases para una reconstrucción histórica de mayor alcance. La información secundaria me ayudó no solo a entender los desplazamientos de algunas de esas familias hacia el norte y el sur de la ciudad, sino a explicar las razones por las que unos lo hacían mientras otros preferían quedarse en el centro antiguo de Quito.

Los testimonios recogidos me permitieron comprender el tipo de relaciones que se han dado entre estas familias y los demás habitantes de los barrios, mostrar hasta qué punto los grupos medios desarrollaban estrategias de distinción, que iban más allá de la cuestión económica, para diferenciarse de los sectores populares, al mismo tiempo que compartían espacios, prácticas y experiencias comunes con ellos. Esto me permitió desarrollar el concepto de “fronteras múltiples”, que son al mismo tiempo jerarquizadas y flexibles, asumidas como puntos de encuentro y desencuentro entre distintos grupos sociales. La temporalidad definida para este estudio se ubica en la segunda mitad del siglo XX.

Varios estudios sobre la clase media (Díaz, 1961; Durán, 2000; Solís, 2009) sostienen que en esta etapa (segunda mitad del siglo XX) los grupos medios habían abandonado ya el Centro Histórico, dejándolo a los sectores populares. Sin embargo varias familias de sectores medios aún permanecían afincadas en esos barrios, asumidos ya por el imaginario ciudadano como zonas tugarizadas debido a una fuerte presencia popular. Las historias individuales y familiares nos permitirán dar un giro en esta perspectiva de análisis y será asumida hasta el momento en que esas familias deciden salir del Centro. El análisis de esos casos, de alguna manera privilegiados, nos permite entender de mejor modo las características de las llamadas clases medias.

En este recorrido fue necesario ubicar dinámicas particulares de la ciudad tanto económicas, como políticas y sociales para contextualizar la investigación. Los procesos de planificación urbana en la ciudad de Quito, por ejemplo, no solo tuvieron injerencia directa en la organización territorial de la ciudad sino en sus formas de configuración social. De acuerdo a Carrión su desarrollo ha sido “una sucesión de fases interrelacionadas, cada una de las cuales es diferente a la anterior” (Carrión, 1987: 21) pero esto hay que verlo no sólo en términos urbanísticos sino de transformaciones en la estructuración social del espacio. Hay una relación entre la dinámica de urbanización y la constitución de los grupos sociales, sus conflictos e interrelaciones.

Los sujetos de sectores medios

Los sujetos considerados de clase media eran y son sumamente heterogéneos, se ubican en distintos lugares de la sociedad y con características diversas. Están supeditados a procesos de clasificación y auto-clasificación que se modifican en el tiempo y que pueden ser variables de acuerdo al escenario social. Es difícil hacer una caracterización de estos sectores en términos conceptuales, ya que los elementos que los definen dependen de una serie de variables. Ahora bien, justamente es por esta heterogeneidad que resulta necesario encontrar elementos que me permitan especificar a qué tipo de sectores medios nos referimos. Así por ejemplo, una parte de los sectores medios se define, ante todo, en términos culturales, siendo sus espacios de disputa los de la educación, la literatura y las artes plásticas. Otros sectores medios se desarrollan en torno a la burocracia, mientras que otros desarrollan formas de acumulación “centavo a centavo” en el comercio y la pequeña industria.

Como he señalado, mi interés se dirigió hacia aquellos sectores que por sus ocupaciones, su lugar de vivienda, sus costumbres y creencias estaban muy cerca de la vida popular, al punto de compartir espacios y prácticas comunes, sin embargo constantemente buscaron marcar espacios de diferenciación incluso cuando no estaban todavía en condiciones de definirlos claramente. Si estos son los sujetos que quiero investigar, el problema que constantemente me he planteado en esta investigación ha sido cómo hacerlo, con qué herramientas de investigación y conceptuales.

Así, por ejemplo la definición de “inter pares” (Guerrero, 2010) como recurso para caracterizar los vínculos sociales y culturales al interior de los “ciudadanos del sentido común” se vuelve borrosa en el contexto de un barrio popular, ya que en este

conviven las más variadas clases compartiendo, muchas veces, los mismos códigos culturales, aun cuando pretendan diferenciarse. Es por esto que el mayor aporte de esta tesis se defina sobre todo en términos etnográficos y en el intento de reflexionar a partir de ese material sensible.

Perspectiva metodológica

Enfoque

En la presente investigación se ha privilegiado el empleo de una metodología cualitativa, basada en la indagación documental y en historias de vida. Para esto se ha buscado, ante todo, una recuperación, de testimonios de hombres y mujeres de clase media que vivieron en barrios populares, para seguir las trayectorias de estas personas y familias, en algunos casos hasta su salida de los barrios y establecimiento en otros sectores de la ciudad. El trabajo de la memoria permitió volver a esos espacios resignificados por el paso del tiempo.

A través del “retorno de lo biográfico” es posible observar los signos de las diversas construcciones conceptuales y de las interpretaciones e interacciones de los grupos humanos. Juan José Pujadas define que el interés del método biográfico reside en que,

(...) permite a los investigadores sociales situarse en ese punto crucial de convergencia entre: 1. el testimonio subjetivo de un individuo a la luz de su trayectoria vital, de sus experiencias, de su visión particular, y 2. la plasmación de una vida que es el reflejo de una época, de unas normas sociales y de unos valores esencialmente compartidos con la comunidad de la que el sujeto forma parte” (1992:44)

De esta forma, a través del registro de las conversaciones, la idea fue “captar el modo de encarnación del proceso social en el sujeto” (Samuel, 1991:103), destacando la conciencia o inconsciencia de ellos con relación a éste.

La memoria, en este sentido, es tratada como fuente viva, presente y movida por el tiempo en donde imprime recuerdos y huellas, abre entonces “sus puertas en el presente y a través de un tejido de recuerdos, un enlazar continuo de huellas, un espacio insondable de olvidos y pesares de sueños y fantasías, como presencia y como ausencia en todos y cada uno, con la ayuda de la imaginación tejida por el tiempo, para reconocer identidades, evidenciando herencias para entender el presente y tomar las riendas del futuro” (Guerrero García, 1996: 283).

En este proceso de recopilación de las historias de vida, el investigador “es solamente el inductor de la narración, su transcriptor y, también, el encargado de ‘retocar’ el texto, tanto para ordenar la información del relato obtenido en las diferentes sesiones de entrevista, como el responsable de sugerir al informante la necesidad de cubrir los huecos informativos olvidados por el sujeto” (Pujadas, op. cit.:48), pero también debe construir un relato mayor a partir de la información obtenida que dé cuenta de la problemática de interés en la investigación.

El método biográfico permitió ubicar varios puntos dentro de la investigación:

- Seguir las trayectorias de las familias, las historias de vida como narrativas que reconstruyen la memoria de las personas de clase media durante su estancia en barrios populares y en el momento de su salida.
- Seguir las relaciones entre estas personas y sus vecinos, ya sea en su calidad de otros o de pares, en su transformación a lo largo del tiempo.
- Establecer el tipo de relaciones que se dan actualmente entre las personas de clase media con sus barrios de origen y actuales.

Precauciones metodológicas

Estas precauciones se basaron en las direcciones que da Foucault en su Clase del 14 de enero de 1976.

Una primera fue utilizar nociones que se transformen en operadores de inteligibilidad, entendiendo estos a partir de la idea de que una parte de la realidad está cifrada y en este sentido no es de acceso inmediato a la comprensión. A través de estos operadores pudimos acercarnos a entender parte de esta realidad. En el caso de mi investigación se ubicaron tres operadores de inteligibilidad: *esquemas y prácticas de diferenciación; esquemas y prácticas de acercamiento; y fronteras múltiples*.

Otra precaución fue la de captar las prácticas cotidianas, donde se reproducían estos esquemas y donde se ponía en funcionamiento lo mismo formas de separación como de acercamiento, utilizando para esto tanto la noción de *habitus* como la de fronteras múltiples.

Una tercera consistió en entender estos esquemas y prácticas (o sentidos prácticos) como sistemas de percepción, representación y acción y al mismo tiempo como dinámicas continuas e ininterrumpidas que se movilizan en un flujo constante, por tanto no son fenómenos macizos y homogéneos.

Buena parte de esta estrategia investigativa depende de establecer un justo medio entre los conceptos y el trabajo etnográfico y documental.

Escenario y actores

La investigación partió de ubicar familias o personas de sectores medios que vivieron en barrios populares durante el siglo XX. Sin embargo, como la investigación empezó con los sujetos y no con los lugares, las historias de vida de las familias nos llevaron a ubicar distintos barrios a lo largo de la investigación donde vivieron esos sujetos y estos fueron particularmente San Roque, la Libertad, la 24 de Mayo, el Placer, la Ermita, San Blas, la Tola, San Juan, el Aguarico y la Tola.

Dentro de la selección de actores, debo mencionar mi ligazón con los sectores que estudié. Viví en el barrio popular de San Roque durante 12 años y tanto mi familia paterna como materna pertenecen a este barrio. Al mismo tiempo mi familia se identifica como de clase media.

Así que mi cercanía con los lugares y sus habitantes me permitió aproximarme a las personas con las que tengo contacto inmediato, principalmente mi familia y amigos o vecinos de estos. Posteriormente, para encontrar más familias de clase media que vivieron en estos barrios utilicé las redes sociales de mis sujetos iniciales que a su vez me refirieron a otros que son también incluidos en la investigación.

Trabajé con 25 personas que vivieron en los barrios de la Villaflora, San Roque, La Libertad, la Ermita, la 14 de Mayo, el Placer, la Tola, San Blas, San Juan y San Diego, durante su época de infancia y juventud, quienes a partir de sus memorias respecto a sus familias y sus barrios recrearon la vida en estos espacios.

Estas personas en su mayoría salieron de los barrios del Centro Histórico en la década de los 80 y unos pocos en los 90. Se ubicaron principalmente en barrios del norte de Quito, en el barrio América, la Floresta, la Mariscal, la Gonzales Suarez, las Casas, el Quito Tennis, el barrio Ñaquito, el Condado. Unos pocos viven en San Antonio de Pichincha, y en los valles de Tumbaco y de los Chillos. Solamente una de las entrevistadas continúa viviendo en la casa que fue de sus padres en la Villaflora. Este solo registro muestra el ascenso social por el que pasaron estas familias y condiciona la forma como registran su propia memoria.

También se utilizaron 6 entrevistas realizadas por María Cristina Solís para su tesis de maestría *La ciudad de Quito entre 1930 y 1975 en la memoria femenina y masculina del sector medio*, como apoyo a la presente investigación, ya que se considera que su trabajo aporta a enriquecer la tesis aquí expuesta y 1 entrevista realizada por Paola Viteri para su tesis de Licenciatura *La transformación del barrio tradicional quiteño (La Tola y San Blas entre 1965 y 1975)*, cuya temática se relaciona con los temas aquí tratados. La tesis de Cristina Solís hace una aproximación particularmente rica al estudio de los sectores medios en Quito.

Instrumentos

Con el fin de recolectar datos que permitan dar respuesta a la problemática de interés en la investigación se determinó una serie de instrumentos:

Historias de vida.-

Este instrumento nos permitió reconstruir la memoria de los pobladores de sectores medios más representativos que vivieron o viven en barrios populares, así como su salida del barrio, o su permanencia en este y su situación actual. Aunque se trataba de entrevistas abiertas tuve el cuidado de indagar sobre algunos ejes importantes para la investigación.

Dentro de estas historia de vida se buscó ubicar elementos claves para el estudio como los tipos de consumo en lo referente a vestuario, alimentación, consumos culturales; también las prácticas de socialización como los lugares de reunión y los círculos sociales con los que se tenía cercanía; además las prácticas de salud y sanidad tanto privadas como públicas; algo fundamental representa la educación, referida a los establecimientos educativos a los que asistieron y al grado de escolaridad; además está la vivienda, en tanto la situación con respecto a esta, es decir su condición de propietarios o arrendatarios, tipos de servicios al interior de las viviendas y servicio doméstico; otro tema importante es la actividad económica, que se refiere a los tipos de trabajos y a los ingresos económicos. También se buscó un acercamiento a las percepciones, los gustos, las formas como se autodefinen y definen a los otros.

Por último, otros elementos se refieren a la salida del barrio, donde se abordaron las causas objetivas y subjetivas para la salida y los nuevos lugares de vivienda; pero también, en algunos casos, la permanencia en el barrio y las causas para no haber salido

de este; a esto se sumó la relación actual con el barrio, referida al mantenimiento de algún tipo de propiedad, trabajo, relaciones familiares o amistades en el barrio; así como la relación actual con los antiguos vecinos. Las historias de vida fueron realizadas a dos personas, a través de sesiones permanentes, que fueron grabadas, desde el 2007 hasta el 2014.

Entrevistas a profundidad.-

Debido a que las historias de vida son instrumentos que requieren invertir mucho tiempo con una sola persona, las entrevistas a profundidad me permitieron recolectar la información necesaria con otras personas. Estas entrevistas fueron realizadas a lo largo del 2014, a través de encuentros programados que fueron grabados.

Conversaciones informales.-

Estas fueron realizadas con 7 personas que no quisieron aparecer identificadas en la tesis, aunque permitieron grabar las sesiones. El material obtenido en estas conversaciones permitió confirmar la información obtenida con las entrevistas a profundidad.

Recopilación documental.-

También es necesario ubicar dinámicas particulares y globales tanto económicas, como políticas y sociales de las distintas épocas para contextualizar la investigación. Esto sirve de marco a la investigación y organizar el material logrado por las entrevistas e historias de vida. Por ejemplo el proceso de constitución del estado moderno con sus distintos aparatos e instituciones, particularmente el aparato educativo como formador de una cultura de clase media, además de los procesos de planificación urbana en la ciudad de Quito. Para tener este tipo de acercamiento fue necesario un trabajo de recopilación bibliográfica.

CAPÍTULO I

MEMORIA E IDENTIDAD: LO QUE SE CONTRUYE Y SE RECONSTRUYE

El trabajo con la memoria

La memoria cumple la tarea de restituir lo que ha tenido lugar y, en este sentido, se encuentra inscrita en su seno la huella del tiempo. Al mismo tiempo la memoria se halla marcada por el olvido y por los significados que damos al pasado desde el presente. Uno tiene memoria en el momento que recordamos los sucesos concretos que hemos vivido, por tanto la memoria no es un archivo que almacena lo que ocurrió, sino el resultado de un proceso de memorización y de elaboración narrativa, de creación que busca dar coherencia a lo sucedido. Parte de esa memoria tiene un carácter involuntario, como muestra Benjamin (1929) en su reflexión sobre Proust.

La investigación que se va a presentar, se ha basado fundamentalmente en un trabajo a partir de las memorias de personas que habitaron los barrios populares de Quito en la segunda mitad del siglo XX. Su memoria individual y familiar nos vincula siempre hacia lo social, sus referencias se dirigen siempre hacia el colectivo, hacia su organización, su estructura, sus prácticas y creencias, podemos entonces tener un retrato de cómo era la sociedad en esta época. Son esos marcos sociales de la memoria, a los que se refiere Halbwach lo que nos permite ubicar los ámbitos de la investigación.

Lo que buscó con la reconstrucción de las memorias de estos sujetos es retratar la imagen y vida de los barrios del Centro Histórico y los distintos grupos sociales que se movilizaron por los espacios cotidianos, compartiendo lugares y prácticas comunes, aunque diferenciándose y distanciándose constantemente a partir de sus vivencias y de otorgarles significados distintos de acuerdo al lugar ocupado dentro del escenario social.

Lo que cambia entonces son los énfasis, nociones y juicios de valor que vienen con la evocación de memorias, que son acomodadas dentro de una lógica retrospectiva, que organiza los eventos referidos y les da significado de acuerdo con la percepción global que el sujeto tiene sobre su vida pasada. (Wachtel, 1999: 74)

Es necesario establecer que aquello que se recuerda o no se recuerda está marcado por sistemas de representación, configurados en el mediano plazo como esquemas incorporados, recreados socialmente a partir de experiencias propias o transmitidas por otros. Estas formas de conocimiento o ideación son construidas socialmente, y generan nociones, sustentadas por las condiciones estructurales de existencia, que buscan crear

estrategias y determinan las prácticas de los sujetos, configurando, al mismo tiempo, la propia experiencia del recordar. Estas construcciones simbólicas se crean y recrean en el curso de las interacciones sociales, lo que hace que las representaciones estén dotadas de un carácter dinámico. Por tanto se definirían como maneras específicas de entender y comunicar la realidad que determinan las relaciones entre sujetos, a la vez que son determinadas por éstos a través de sus interacciones. En este sentido lo “vivido cotidiano” (Ferrarotti, 2007) es un aporte a la investigación social ya que esas vivencias y percepciones nos ofrecen elementos para una interpretación más profunda de la vivencia social. Ferrarotti explica que, “(...) el hombre no es un dato sino un proceso, el cual actúa en forma creativa en su mundo cotidiano” (2007: 15).

“Lo que el pasado deja son *huellas*, en las ruinas y marcas materiales, en las huellas «mnésicas» del sistema neurológico humano, en la dinámica psíquica de las personas, en el mundo simbólico. Pero esas huellas, en sí mismas, no constituyen «memoria» a menos que sean evocadas y ubicadas en un marco que les dé sentido” (Jelin, op. cit.: 58). Es el contexto que se recrea a partir de estas memorias, lo que va organizando los recuerdos, el contexto se vuelve un marco de referencia para evocar los momentos específicos y los lugares, eso permite dar sentido a lo recordado, evitar que un recuerdo vague sin asidero en el infinito mar de la memoria.

En toda discusión sobre las memorias, debe estar presente el tema del olvido y el silencio, ya que la memoria es selectiva, no recuerda todo, por tanto construir una narrativa del pasado implica una selección, esta selección es importante, porque también nos habla de aquello que no debe ser recordado, ya sea porque carece de importancia para los sujetos, porque es una memoria vergonzosa o porque la selección está basada en intereses específicos de parte de los sujetos de contar solo una parte del pasado. Al mismo tiempo la memoria se relaciona con la justicia y con el perdón. Con el sentido que damos a la memoria en relación al presente.

Lo individual y lo social de la memoria

El ejercicio de las capacidades de recordar y olvidar es singular. Cada persona tiene «sus propios recuerdos», que no pueden ser transferidos a otros. Es esta singularidad de los recuerdos, y la posibilidad de activar el pasado en el presente -la memoria como presente del pasado, en palabras de Ricoeur (1999: 16)- lo que define la identidad personal y la continuidad del sí mismo en el tiempo (Jelin, 2001: 55).

Se podría pensar que la memoria es una experiencia totalmente personal, interna, particular de un sujeto que recuerda, “mis recuerdos no son los vuestros. En cuanto mía la memoria es un modelo de lo propio, de posesión privada” (Ricoeur, 2003: 128), serían por tanto intransferibles y privados, lo que imposibilitaría relacionar a la memoria con fenómenos sociales, colectivos y públicos.

Ricoeur hablaría también de que la memoria es del pasado, y este pasado es el de las impresiones del sujeto que recuerda, permitiéndole construir una continuidad temporal entre el pasado y el presente, otorgándole una lógica a la vida de un sujeto y permitiéndole encontrar un sentido de orientación en el paso del tiempo, “orientación de doble sentido, del pasado hacia el futuro, por impulso hacia atrás en cierto modo, según la flecha del tiempo del cambio, y también del futuro hacia el pasado, según el movimiento inverso de tránsito de la espera hacia el recuerdo, a través del presente vivo” (Op. cit.: 130).

Sin embargo esta función de la memoria de ser generadora de una identidad individual, no está desligada de un contexto específico donde el sujeto desarrolla su vida y en el que este tiene una vinculación con el medio social en el que vive, aunque se puede llegar a percibir la memoria como ese hecho particular y privado, lo que se recuerda y cómo se lo recuerdo está enmarcado por el escenario de la comunidad de referencia del sujeto y de sus otros significativos.

“Lo específico de la memoria es la dimensión social, colectiva que tiene el recuerdo: lo que recordamos, cómo lo recordamos, qué circunstancias están vinculadas a ese recuerdo; depende de nuestra pertenencia al grupo social y nos vinculan, por tanto con los demás miembros” (Méndez-Reyes, 2008: 128).

Maurice Halbwachs (1968) establece que la memoria siempre tiene un carácter social, “cualquier recuerdo, aunque sea muy personal, existe en relación con un conjunto de nociones que nos dominan más que otras, con personas, grupos lugares, fechas, palabras y formas de lenguaje incluso con razonamientos e ideas, es decir con la vida material y moral de las sociedades que hemos formado parte” (p. 38). Por ello, para Halbwachs no se podría pensar en una memoria exclusivamente individual desligada de la memoria social.

“Nunca estamos solos”, para Ricoeur (1999), uno no recuerda solo sino con la ayuda de los recuerdos de otros y con los códigos culturales, compartidos, aun cuando las memorias personales son únicas y singulares. Esos recuerdos personales están inmersos en narrativas colectivas, que a menudo están reforzadas en rituales y conmemoraciones grupales. El propio Ricoeur introduce entre la memoria individual y la memoria social la memoria de los allegados, esto es de los seres más cercanos con los que compartimos experiencias, sensaciones, afectos.

La memoria como construcción

Los recuerdos más significativos están en los espacios que son más frecuentados por la colectividad, “son la familia, la religión y la clase social” (Ricoeur, 2003: 163). Estos ámbitos colectivos estarían implicados en la construcción de la memoria, ya que los individuos articulan su memoria en función de su pertenencia a ellos.

Como ya lo menciona Jelin (op. cit.), existen en la sociedad, todas las indicaciones, las huellas o indicios necesarios para reconstruir esas partes de nuestro pasado que concebimos de forma incompleta o indistinta o que incluso creemos enteramente ausentes de nuestra memoria. Esto lo podemos evidenciar a lo largo de este trabajo ya que los recuerdos de las personas de su niñez y juventud transcurren en lugares marcados socialmente: la casa, la habitación, el patio, el barrio, la escuela, etc. Las memorias cruzadas de distintos sujetos a partir de esos espacios de socialización colectiva nos permiten reconstruir la memoria del grupo en su conjunto.

Hacer memoria o recordar es un acto de creación, donde reconstruimos, pero esta reconstrucción se opera según líneas ya marcadas y dibujadas por nuestros otros recuerdos o por los recuerdos de los demás que forman parte de nuestro grupo de referencia. Y en este acto de construcción definimos nuestra identidad como un proceso de relación con nosotros mismos, con aquellos con los que nos sentimos identificados y con aquellos de los cuales nos diferenciamos en el transcurrir de nuestra vida.

Memoria e identidad

Existen muchos pensadores y sociólogos que han estudiado el tema de la identidad y la han definido, pero para este trabajo la definición que dan García y Jiménez es la más acertada para entender su significado: “la identidad es la *capacidad que tiene el sujeto*

para autoafirmarse y autodefinirse en base a la reflexión que ha hecho de su biografía, de sus hábitos y de sus ideas” (2012: 3, las cursivas son mías), es decir que la identidad debe ser entendida como una reflexión que el sujeto hace constantemente de su biografía, de sus hábitos y de su propia vida con el objetivo de definirse a sí mismo. Este proceso que se podría entender como algo permanente genera que la identidad no sea estática, ni eterna sino que es una identidad que debe estar en un constante proceso de redefinición, Patricio Guerrero en su libro “*La Cultura*” (2002), destaca nítidamente esta situación y expresa que: “la identidad no es una construcción social estática, sino que *está sujeta a una dialéctica continua de construcción y reconstrucción permanente*” (p. 105, las cursivas son mías), es decir que cuando una persona construye una identidad determinada, esta identidad no es inamovible, ni para toda la vida, sino que el sujeto tiene que repensar y “reflexionar” constantemente sobre ella para que le otorgue la satisfacción, buscada ya que la identidad tiene por objetivo que los sujetos se sientan satisfechos, a través de un conjunto de prácticas determinadas.

Adicionalmente Guerrero expresa que, “*la identidad solo podrá ser construida con las relaciones e interacciones que se tejen con los otros, de ahí que la identidad no sea algo fijo, sino algo que se construye y reconstruye* en el proceso de las interacciones sociales” (2002: 103, las cursivas son mías), es decir que para la construcción de la identidad son muy importante las interacciones que el sujeto entabla con otras personas, ya que de esta manera se construyen lealtades grupales y diferencias con otros sujetos y grupos. Por su parte Taylor que también estudia el fenómeno de la identidad y coincide en que para la construcción de la identidad son muy importante las interacciones que se tejen con otros sujetos “mi propia identidad depende de mis relaciones dialógicas con los demás” (Taylor, 2001: 55), por lo tanto es tremendamente importante tomar en cuenta que en el proceso de construcción y confirmación de la identidad, las interacciones sociales que se entablan junto a otros sujetos son importantes para que el individuo se defina a sí mismo.

Otro factor trascendental para la construcción de la identidad lo dan García y Jiménez, quienes expresan que la identidad se la construye gracias a la combinación de distintos elementos en la vida personal, ya sean rutinas corporales, ideas determinadas, nuevas formas de comunicación y de comportamiento, etc. (2012: 6), como vemos la

combinación de estos elementos hacen posible que los individuos construyan su identidad.

Ahora, Patricio Guerrero expresa que la identidad de los sujetos debe entenderse como una doble construcción, por un lado está la identidad individual que construye el sujeto sobre sí mismo y por otro lado se encuentra la identidad grupal que tiene la capacidad de vincular al sujeto a un grupo más amplio (2002: 110), analicemos con detenimiento estos dos tipos de identidades.

En primer lugar se encuentra la identidad individual que corresponde a la reflexión que el sujeto hace de sí mismo, Guerrero expresa que “la identidad individual hace referencia a las características propias, individuales y subjetivas que construyen el yo soy” (Guerrero, 2002: 110) es decir que la identidad individual es como el sujeto se ve así mismo. Por su parte García y Jiménez, consideran que la construcción de la identidad individual tiene mucho que ver con el carácter psíquico y psicológico del individuo (2012: 11), es decir que la construcción de la identidad individual se la logra a través de una modificación de aspectos que están arraigados en la mentalidad de los sujetos, ya sean normas de conducta y de comportamiento, o ideas que el sujeto incorpora a su accionar.

En este mismo sentido Giddens, también insiste en que la identidad individual que construye el sujeto es un aspecto psíquico, y por lo tanto debe ser reflexionado y construido por el individuo: “la identidad del yo no es algo meramente dado como resultado de las continuidades del sistema de acción individual, sino algo que ha de ser creado y mantenido habitualmente en las actividades reflejas del individuo” (1995: 72), es decir que, el sujeto a través de un arduo proceso de reflexión es capaz de modificar sus hábitos y sus ideas, con el objetivo de alcanzar una identidad que le brinde una satisfacción personal, por lo que es muy importante que quede claro que la identidad individual es una metamorfosis psíquica que debe atravesar el sujeto para alcanzar su satisfacción personal.

Además de esto, Giddens también expresa que para que una persona alcance su identidad individual, no solo debe reflexionar sobre sus hábitos sino que también debe tener en cuenta su biografía y su trayectoria de vida, “la identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo. *Es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía*” (Ibíd., las cursivas

son más), es decir que una persona para alcanzar su identidad personal, además de cambiar su forma de pensar, también es importante que reflexione sobre su vida pasada y presente con el fin de proyectarse hacia un futuro deseable. Por lo tanto si comprendemos que la identidad individual y la biografía del sujeto se corresponden, nos daremos cuenta que existe una relación muy estrecha entre la identidad individual y el “proyecto reflejo del yo” que consistía en que el sujeto repiensa su pasado y su presente con el objetivo de proyectarse y construir un futuro deseable englobando aspectos normativos, psíquicos, corporales, etc. Para resumir, la identidad individual tiene mucho que ver con el aspecto psíquico del individuo ya que el sujeto repiensa sus prácticas personales con el objetivo de dejar de lado las expectativas sociales para concentrarse en su felicidad personal en su “yo soy”, pero para ello es muy importante el “proyecto reflejo del yo” ya que el individuo debe necesariamente repensar su pasado y su presente para moldear su futuro el cual le brindara esa satisfacción personal.

En segundo lugar se encuentra la identidad colectiva o la identidad grupal que le permite al sujeto vincularse con más personas en torno a una práctica de vida definida, por lo tanto es posible destacar a la identidad colectiva como una identidad cualitativa.

La identidad cualitativa (...) se refiere a una cualidad o conjunto de cualidades con las que una persona o grupo de personas se ven íntimamente conectados. En este sentido la identidad tiene que ver con la manera en que individuos y grupos se definen a sí mismos al querer relacionarse e identificarse con ciertas características. (García y Jiménez, 2012: 3).

Es decir que la identidad cualitativa permite que las personas se identifiquen entre sí gracias a que comparten un conjunto de cualidades similares, por lo tanto la identidad grupal está en la capacidad de unificar a los sujetos en torno a estilos de vida determinados.

Todos los pensadores y sociólogos que han tratado el tema de la identidad están de acuerdo en que la identidad es una relación que vincula a unos sujetos bajo las mismas cualidades, pero también los diferencia de otros sujetos que poseen cualidades distintas (Guerrero, 2002; García y Jiménez, 2012; Larraín, 2003; Taylor, 2001), por lo que la identidad grupal unifica a un grupo bajo un conjunto de prácticas definidas, pero de la misma manera también tiene la capacidad de distanciarse de otro tipo de prácticas y de sujetos que piensan de manera diferente, García y Jiménez enfatizan esta situación de una manera muy concreta.

En la construcción de cualquier versión de la identidad, *la comparación con el 'otro' y la utilización de mecanismos de diferenciación con el 'otro' juegan un papel fundamental*, toda vez que algunos grupos, modos de vida e ideas se presentan como fuera de la comunidad. *Así surge la idea del nosotros en cuanto distinto a 'ellos' y a los 'otros'* (Ibíd.: 8, las cursivas son mías).

Es decir que la identidad grupal, además de unificar a las personas bajo cualidades y prácticas comunes que permiten decir “nosotros somos”, también tiene la capacidad de diferenciarse de otras personas y de otras prácticas que están por fuera del grupo, a estos se los conoce como “los otros”, si entendemos esta situación podremos ver que la identidad grupal permite crear semejanzas con unos y diferencias con otros lo que muchas veces se traduce en una falta de reconocimiento. Desde mi perspectiva de análisis y como complemento de lo señalado, me permito plantear que no todos los procesos identitarios son procesos conscientes, como muestran los trabajos de Hannah Arendt (1974) relacionados con el ascenso del fascismo. La identidad de clase en sociedades como las andinas está atravesada por el racismo, como algo incorporado al *habitus* y aunque puede ser objeto de una serie de procesos de racionalización existe una base anterior que la condiciona.

Es importante que quede claro que la identidad, en primer término es la capacidad que tiene el sujeto para autodefinirse a sí mismo, pero no de manera aislada, sino en relación con el medio social; una segunda particularidad es que la autodefinición que hace el sujeto de sí mismo está en un constante proceso de reconstrucción ya que los marcos de referencia están en cambio permanente, de lo que se desprende que la identidad no es algo estático, ni inamovible; finalmente otra particularidad es que, como ya lo han mencionado varios autores de los aquí mencionados, la construcción de la identidad necesita de una referencia del pasado: la biografía de los sujetos, y esta es la relación de la identidad con la memoria.

El núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia (de ser uno mismo) a lo largo del tiempo y del espacio, aunque la identidad sea algo que puede cambiar, es necesario un asidero para que el sujeto pueda reconocerse a sí mismo en el tiempo. Jelin (2001) hace referencia a que es el pasado el que sostiene la identidad:

La relación es de mutua constitución en la subjetividad, ya que ni las memorias ni la identidad son «cosas» u objetos materiales que se

encuentran o pierden. «Las identidades y las memorias no son cosas *sobre* las que pensamos, sino cosas *con* las que pensamos. Como tales, no tienen existencia fuera de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias» (Gillis, 1994: 5, citado en Jelin, 2001: 58).

El sujeto selecciona aquellos rasgos de identificación que lo relacionan con unos y lo diferencian de otros para definir ciertos límites dentro de la construcción de esta identidad, ciertas fronteras, que a decir de Jelin (op.cit.), “se convierten en marcos sociales para encuadrar las memorias” (p. 59) y lo importante es que “permiten mantener un mínimo de coherencia y continuidad, necesarios para el mantenimiento del sentimiento de identidad” (ibíd.).

Para Pereiro (s/f), la construcción de las identidades colectivas está inmersa en un proceso histórico, en el que la gente reconstruye su pasado para mantener y crear su propia identidad. Esta reconstrucción se hace a partir de una selección, reconstrucción y reinterpretación de las huellas que ha dejado el pasado y que sirven para sustentar una u otra identidad.

En este sentido la historia se transformaría en “un recurso cultural y una estrategia de construcción de identidades, y en su utilización como recurso, el pasado se reactualiza, buscando un sentido social al presente, construido sobre la diferencia entre el "nosotros" y "los otros", entre el "yo" y "el otro" (Ibíd.: 3).

Por lo tanto, la memoria se transforma en un soporte de las identidades, y sin memoria no tendríamos identidad. Ella es utilizada para organizar y reorganizar el pasado y sus relaciones con el presente y el futuro. También es bien cierto que su activación puede provocar tensiones y conflictos, por ello Pereiro afirmará que la memoria es un campo de lucha por la construcción de identidades e identificaciones (Ibíd.: 4), La memoria, por tanto, condiciona las identidades de un grupo humano. Ricoeur (2003) por ejemplo, habla de memoria feliz y de memoria infeliz así como de los trabajos de la memoria como base para la construcción de identidades.

Cómo recuerdan las sociedades

Cuando hablamos de memorias, lo tenemos que hacer en plural, ya que las memorias son múltiples, como múltiples son las disputas sociales acerca de las memorias, de su legitimidad social y de su pretensión de “verdad”.

Las memorias se transmiten de generación en generación, como una forma de pasar contenidos, pero también para “interiorizar formas de estar en el mundo” (Candau, 2002: 110). El proceso no es mecánico, existe una recepción de memorias que son reinterpretadas, resignificadas y reproducidas.

Para Pereiro (op. cit.) otro aspecto importante del proceso de transmisión de memorias es lo que el autor define a partir del concepto de *habitus* (Bourdieu, 1984; 1996). Pereiro retoma el significado de *habitus*, entendiéndolo como un sistema de disposiciones ajustadas a una estructura de posiciones sociales definidas que está presente en nuestra manera de actuar, nuestros estilos de vida. Por lo tanto desde esta perspectiva, lo que Pereiro llama la “memoria *habitus*”, está “íntimamente asociada a las posiciones sociales de los actores, por lo que causa y condiciona las prácticas sociales cotidianas. Estas prácticas de memoria *habitus* se integrarán también en los procesos de aprendizaje de destrezas, habilidades, saberes y conocimientos” (op. cit.: 8). Su sentido no es en todo caso el mismo que define el proceso consciente de rememoración y de construcción de memorias. A continuación realizaremos un recorrido teórico para entender el proceso de constitución de los sujetos de clase media y la construcción de fronteras que lo separan y los acercan a los otros.

CAPÍTULO II

LA CLASE Y LA FRONTERA: CONSTITUCIÓN DE LOS SUJETOS Y SUS RELACIONES CON LOS OTROS

Mi propuesta en esta tesis es estudiar y analizar las formas de relacionamiento en barrios considerados populares en Quito, pero en los que hasta la segunda mitad del siglo XX, vivieron grupos sociales diversos no solo populares sino medios. Esto me lleva a plantear ciertas preguntas relacionadas tanto con las situaciones de conflicto como con las formas de socialización y coexistencia que se daba entre estos sectores. Hasta qué punto esas relaciones eran distantes y verticales o existían diversos matices de acercamiento al mismo tiempo que de separación entre sus pobladores?; pero también ¿qué implica la separación territorial para la socialización entre grupos poblacionales?, ¿es posible un acercamiento si los espacios dejan de compartirse?

Se ha elegido los barrios populares de San Roque, San Juan, La Libertad, San Blas, la Tola y la 24 de Mayo ya que a pesar de la fuerte presencia de clases populares con una tradición de vida urbana, y de sectores indígenas y campesinos, que habían comenzado a habitar esos barrios estos coexistían con personas y familias de sectores medios. Al hacerlo se ha elegido trabajar con los sectores medios antes que con los populares lo cual constituye un límite dentro de esta investigación del que soy consciente. Así, la memoria que estos sectores tienen de esos barrios está marcada tanto por la nostalgia con la que se refieren a ellos, a los que siguen calificando como “sus barrios”, como por el hecho de que han pasado a formar parte de un pasado al que no piensan volver.

Es sobre este sector poblacional que me interesa trabajar, es decir aquellos sectores medios que por su lugar de vivienda, sus ocupaciones, sus costumbres y creencias estaban muy cerca de la vida popular, al punto de compartir espacios y prácticas comunes al mismo tiempo que buscaban la forma de diferenciarse. Los barrios del Centro, al ser lugares de socialización involucraban dinámicas con otros sectores poblacionales, como los pocos pobladores de clase alta que continuaban viviendo en ese espacio, sectores populares urbanos, indígenas y campesinos en proceso de urbanización, sectores medios. Todos ellos eran parte de la vida de barrio y procesaban su relación con el barrio de distintos modos. Es necesario, por tanto, entender al barrio como un espacio o “una vecindad” donde se daba la convivencia de sectores

socialmente diferenciados y donde los factores de identificación como los de diferenciación se expresaban en la identidad de los sujetos.

El grupo social y los sujetos

Desde el “sentido común ciudadano” (Guerrero, 2010), existen formas de clasificar, calificar, agrupar o asignar lugares sociales a las personas. Se trata de formas cotidianas incorporadas que permiten que los sujetos se identifiquen como parte de un grupo social y identifiquen a los demás como cercanos o lejanos a su grupo. Así, por ejemplo, cuando era niña mi tía abuela siempre decía “no se juntan peras con manzanas” para que dejáramos de jugar con los inquilinos de la casa vecina, que según ella eran “gente de pueblo”, mientras nosotros éramos niños “decentes” de clase media. También era frecuente escuchar el refrán “cada oveja con su pareja” que denota que cada cual se siente mejor cuando se halla entre los de su misma clase. O el conocido refrán “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”, que puede ser aplicado en muchos sentidos, uno de ellos se refiere a que por más que alguien quiera disimular algo cambiando de vestimenta o de actitud, nunca perderá la esencia de lo que realmente es y esto puede referirse a su condición social. Incluso en la televisión, en un programa famoso con el que crecí, llamado “el Chavo del 8”², la popular frase de Doña Florinda “vamos Quico, no te juntes con esta chusma”, demuestra también una disposición para separarse de los que se consideran inferiores, aunque compartan el mismo espacio. En el caso del programa se hacía referencia a don Ramón perteneciente a los sectores populares, al que siempre le faltaba el dinero, por lo que debía eternamente 14 meses de renta.

Todas estas frases y expresiones buscan recordar que, en la sociedad, no todos somos iguales, al ser parte de un sistema de clases, los grupos sociales se diferencian de forma estratificada, de acuerdo a varios criterios, económicos, ocupacionales, raciales y por supuesto culturales.

Las clasificaciones entre grupos sociales distintos en una sociedad siempre están presentes, orientando los comportamientos de cada individuo y la forma de asumirse dentro de la estructura social.

² Incluso en la actualidad los capítulos de esta serie de televisión, son retransmitidos en toda Hispanoamérica, incluyendo Brasil.

Las Ciencias Sociales han hecho parte de sus preocupaciones la pregunta por cómo se producen estas clasificaciones y estratificaciones. En consecuencia, se han desarrollado diferentes enfoques teóricos que han abordado el tema, así como múltiples investigaciones que han buscado, a través del trabajo empírico, definir las diferentes formas en que los grupos sociales se organizan, se acercan y se diferencian unos de otros.

El tema de las clases medias, resulta interesante para las Ciencias Sociales, ya que constituyen grupos heterogéneos y móviles. Su historia se construye en relación a los distintos grupos con los que se interrelacionan, ya sea para acercarse o para tomar distancia.

Existen gustos, costumbres, comportamientos, en los que los distintos grupos de clase media se identifican o mantienen “ideales compartidos” (Araujo, 2009), pero esto no implica homogeneidad, sino formas de autoidentificarse, de identificarse con el grupo y diferenciarse de otros o compararse con otros. De hecho la identidad de los sectores medios está signada por disputas al interior de ellos mismos. Como muestra Goetschel (2007) las maestras laicas en la primera mitad del siglo XX desarrollaron su propio combate en términos de inclusión social y de género que entro en contradicción no solo con las elites sino con capas conservadoras de los sectores medios.

Así, pertenecer a la clase media es no pertenecer a la clase obrera o a los pobres, pero tampoco a la clase alta o a “los ricos”. Respecto a estos últimos, la clase media idealiza su propio estatus para contrarrestar la barrera impuesta por las clases altas. Y en cuanto a los pobres, marca con fuerza la frontera con éstos, ya que se puede estar peligrosamente cerca de ellos. Sin embargo los sectores medios se mueven entre estos espacios sociales distintos, y así es frecuente que tengan parientes que se ubican en el mundo del trabajo o que sean racializados por las clases altas, incluso cuando se encuentran en un momento de ascenso económico y social.

Como ya se mencionó las nociones sobre clase social han sido trabajadas desde distintas perspectivas por diversos autores. Estos enfoques se refieren a una multiplicidad de aspectos relacionados con las relaciones de producción, las prácticas de consumo o los elementos culturales. Aspectos que producen una serie de clasificaciones, estratificaciones y divisiones dentro de lo social que generan

desigualdades, fraccionamientos y jerarquías en su interior que se manifiestan en todos los aspectos de la vida social (Espín, 2011).

En el caso de la presente investigación he recurrido a Pierre Bourdieu subrayando lo conveniente de su definición para un entendimiento más integral de la clase social. Esto no significa, sin embargo, dejar de lado la perspectiva marxista menos ortodoxa (y en este sentido más cercana a Marx) que define a las clases tanto en términos económicos como sociales y culturales.

La Clase Social a partir del consumo y el enclasmiento

Elementos que resultan básicos para entender la organización social así como la diferenciación y relación entre las clases son los referentes simbólicos y culturales, nociones que las trabaja Pierre Bourdieu. Estas nociones no solo nos permiten actualizar el debate sino que nos proporcionan instrumentos reales para la investigación.

Canclini, siguiendo a Bourdieu, considera que para conocer las clases sociales,

(...) no es suficiente establecer cómo participan en las relaciones de producción; también constituyen el modo de ser de una clase o una fracción de clase, el barrio en que viven sus miembros, la escuela a la que envían a sus hijos, los lugares a los que van de vacaciones, lo que comen y la manera en que lo comen, si prefieren a Bruegel o a Renoir, el Clave bien temperado o el Danubio Azul. Estas prácticas culturales son más que rasgos complementarios o consecuencias secundarias de su ubicación en el proceso productivo (Canclini, 2006: s/p).

Estos elementos componen un conjunto de “características auxiliares que, a modo de exigencias tácitas, pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales sin ser jamás formalmente enunciadas (es el caso, por ejemplo, de la pertenencia étnica o sexual)” (Bourdieu, 2000:113, citado en Canclini, 2006: s/p).

Para Bourdieu las clases sociales no deben ser analizadas a partir de sí mismas, es decir de sus características internas y su composición particular, sino que es necesario verlas desde la posición que ocupan en el entramado de relaciones sociales que se puede definir como estructura de clases (Bourdieu, 1969).

Esto implica que las condiciones concretas y particulares de una clase se vinculan a la posición que ocupa en una estructura históricamente determinada. Bourdieu distingue los términos de *condición de clase* y *posición de clase* (Ibíd.), donde la primera se refiere a las características o rasgos particulares que presentan las clases en

un momento histórico determinado, y la segunda se refiere a la posición de clase dentro de un sistema de relaciones de poder.

El autor considera que para entender la estructura de clases, a parte de su posición, es necesario incorporar la dimensión vinculada a la trayectoria de los grupos y los individuos, a partir de lo cual se derivan características y propiedades particulares. Esto se refiere a la relación entre el capital de origen y el capital de llegada o las posiciones original y actual en el espacio social.

Bourdieu dice que los individuos no se desplazan al azar en el espacio social,

(...) por una parte porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos y por otra parte porque ellos oponen a las fuerzas del campo su propia inercia, es decir sus propiedades, que pueden existir en estado incorporado, bajo la forma de disposiciones, o en estado objetivo, en los bienes, titulaciones, etc. (Bourdieu, 2000: 108).

Esto implica que unas condiciones determinadas implican un “haz de trayectorias más o menos equiprobables” (Ibíd.: 108) que conducen a unas posiciones equivalentes, que no tendrían nada de casuales. Los miembros de una clase que poseen en su origen un cierto volumen de capital económico y cultural, están destinados (con una probabilidad establecida) a una trayectoria escolar y social que conduce a una posición dada.

La homogeneidad de las disposiciones asociadas a una posición y su aparentemente milagroso ajuste a las exigencias inscritas en la misma son el producto, de una parte, de los mecanismos que orientan hacia las posiciones de unos individuos ajustados de antemano (se sienten hechos para los puestos que parecen a su vez hechos para ellos) y, por otra parte, de la dialéctica que se establece, a lo largo de toda una existencia, entre las disposiciones y las posiciones, entre las aspiraciones y las realizaciones (Ibíd.: 109).

Pero también Bourdieu se refiere a su *peso funcional* en la estructura social (Ibíd.), es decir, cómo contribuyen a la reproducción de ésta, yendo más allá de su importancia numérica.

Para este autor las posiciones de clase producen prácticas, experiencias subjetivas y representaciones similares entre sus miembros, es decir, articulan *habitus*³

³ El *habitus* es a la vez el principio generador de prácticas objetivamente enclasables y el sistema de enclasmiento de estas prácticas (Bourdieu, 2000: 169). Los estilos de vida son así productos sistemáticos de los *habitus* que, percibidos en sus mutuas relaciones según los esquemas del *habitus*, devienen sistemas de signos socialmente clasificados (como “distinguidos”, “vulgares”, etc.) (Bourdieu, 2000: 170-171)

compartidos. Por tanto, las clases no sólo existen en la objetividad del espacio social y su distribución del capital, sino que también en la dimensión subjetiva que representa el compartir prácticas y representaciones del mundo. Pero, en este sentido, para Bourdieu, “hablar de *habitus* es plantear que lo individual e incluso lo personal, lo subjetivo, es social, a saber, colectivo. El *habitus* es una subjetividad socializada” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 87). Además, es necesario entender que las clases sociales se desarrollan siempre vinculadas a relaciones de poder que se encuentran presentes en el entramado social.

El autor busca diferenciar la clase objetiva⁴, a la que define como:

(...) el conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiados para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades *objetivadas*, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o poderes) o *incorporadas* como los *habitus* de clase⁵ (y en particular, los sistemas de esquemas clasificadores) (Bourdieu, 2000: 100).

De esta forma la clase social se definiría “por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades [capital, sexo, edad, origen social o étnico, ingresos, nivel de instrucción, posición en las relaciones de producción], que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas” (Ibíd.: 104). Estas propiedades son indisociables unas de otras para definir la clase.

Las clases, entonces, no se definirían por la posesión o no de los medios de producción sino por la posición relativa en el espacio social que les confiere mayor o menor poder en la definición de las percepciones acerca del mundo. Lo que está en juego no es el control del aparato productivo sino la capacidad de conferirle un sentido particular, de construir un relato acerca del mundo y naturalizarlo, llevando estilos de vida distintos y distintivos (Ibíd.: 99) con respecto a otros grupos o clases sociales.

En otras palabras, los agentes tienen tomas de posición y estilos de vida, gustos en pintura, en literatura, en cine o en música, del mismo modo que tienen también preferencias en cocina, en deporte e incluso determinadas opiniones políticas, que

⁴ Que para Bourdieu, no debe confundirse con la clase movilizadora (Bourdieu, 2000: 100)

⁵ “Forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta condición impone” (Ídem: 100)

corresponden a su posición en el espacio social y, por consiguiente, al sistema de *esquemas* (o matrices) de percepción, apreciaciones y acción, y al *habitus*, que está asociado, por la intermediación de los condicionantes sociales, a esta posición.

Bourdieu entiende, de este modo, que condiciones de existencia distintas producen *habitus* diferentes y las prácticas que se generan a partir de estos,

... expresan las diferencias objetivamente inscritas en las condiciones de existencia bajo la forma de sistemas de variaciones diferenciales que, percibidas por unos agentes dotados de los necesarios esquemas de percepción y de apreciación para descubrir, interpretar y evaluar en ellos las características pertinentes, funcionan como unos estilos de vida (Ibíd.: 169).

Por tanto las condiciones de existencia ligadas a las posiciones ocupadas dentro de la estructura (rico/pobre, refinado/inculto, etc.) están inscritas en las disposiciones de *habitus* que generan prácticas y obras enclasables ligadas a esquemas de percepción y apreciación (gusto), dan como resultado un estilo de vida diferenciado “como sistema de prácticas enclasadas y enclasantes, esto es, de signos distintivos (“los gustos”)” (Ibíd.: 171)

En este sentido, Bourdieu sostiene que: “la identidad social se define y se afirma en la diferencia” (Ibíd.), ésta estaría definida a partir de la condición de clase (como posición ocupada dentro de la estructura).

Sin embargo, estos planteamientos generan un problema con la idea de la movilidad de los agentes de una clase a otra, ya que al ser individuos dotados de *esquemas* de percepción y acción, que configuran unos *habitus* específicos, que a su vez se ven concretados en prácticas ante una situación establecida, esto implica una cierta “determinación”, donde los *habitus* calzan de forma casi exacta con la situación. Pero si existiera un desfase entre las disposiciones del agente y la situación, para Bourdieu, se produciría un “efecto de *histeresis*”⁶ (Bourdieu, 2007: 101).

Por tanto en este planteamiento existe una imposibilidad de que el agente se produzca y reproduzca constantemente ante las distintas situaciones y los distintos contextos impidiendo la movilidad entre clases de los individuos, que como sucede en la realidad es muy frecuente. Lecturas recientes de los aportes realizados por Bourdieu han buscado superar esta falencia en su trabajo.

⁶ Disposiciones que no se ajustan a las probabilidades objetivas (Bourdieu, 2007: 101)

Perspectiva Latinoamericana sobre Clase Media y estratificación

Las investigaciones históricas han buscado mostrar los procesos de construcción de los sectores medios en los países de la región. Estos acercamientos se realizan a partir de investigaciones sobre las condiciones estructurales de estos países, pero también con acercamientos más culturales. No se trata de un proceso lineal, de tipo evolutivo, ya que del mismo modo como los sectores medios se constituyen se des-constituyen, dependiendo de coyunturas.

También se puede destacar que estas investigaciones coinciden en la dificultad analítica que plantea la heterogeneidad de estos sectores. Y todos concuerdan en que su desarrollo ha estado vinculado al proceso de industrialización y urbanización del cual habrían surgido a finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, así como de difusión de la educación, la publicidad y otros recursos culturales.

Ejemplo de esto es el trabajo de John Johnson, *La transformación política de América Latina. Surgimiento de los sectores medios* (1961), quien sostiene que la revolución económica que se inicia en Latinoamérica a fines del siglo XIX es el factor que lanza al frente del escenario a los grupos medios urbanos que tenían ambiciones políticas y desafiaban a los grupos dominantes, logrando una paulatina independencia de las élites terratenientes tradicionales y de las formas patriarcales de vinculación social, desarrollo económico y ascenso social.

Para su trabajo de investigación, Johnson evita utilizar los términos clases o capas para designar a los sectores sociales, ya que considera que estas nociones han llegado a contener un significado esencialmente económico pero no otros aspectos, cuestión que no puede aplicarse a América Latina ya que es sólo para los años tratados por el autor, el nivel de ingresos ha llegado a rivalizar con los determinantes culturales. Sin embargo, estos últimos desempeñan un papel mucho más importante que el que generalmente se les asigna. Por ello prefiere referirse a “sectores medios”, “grupos medios”, “segmentos medios”, etc. De este modo, el uso del plural refleja que se trata de grupos fluidos y desiguales.

Sus integrantes se alinean de abajo arriba desde los mal pagados empleados nacionales, que tienen pocos estudios y carecen a menudo de útiles relaciones familiares, hasta los opulentos propietarios de empresas comerciales y los miembros de la alta burocracia oficial,

procedentes por lo general de familias de antigua radicación, por el otro (Johnson, 1961: 23).

Pese a que no se trata de grupos homogéneos, el autor ubica características comunes. Una de ellas consistía en que los sectores medios eran casi íntegramente urbanos. En cuanto a sus intereses, se destaca la convicción en el desarrollo económico a través de la industrialización, su nacionalismo, la idea de un Estado intervencionista y el apoyo a la formación de partidos políticos organizados. Finalmente, Johnson subraya que estos sectores eran partidarios de la educación pública universal y del nivel de escolaridad como símbolo de status. Como se puede ver, los sectores medios incluirían, de acuerdo a este autor, una amplia gama de actores identificados con la modernidad y la modernización, independientemente de su ubicación dentro de la estructura económica.

El autor busca presentar la dinámica histórica de los grupos medios en su enfrentamiento con las clases tradicionales. En este sentido el estudio de Johnson está sesgado por la coyuntura de modernización de América Latina en la que se lo elaboró.

El historiador Gabriel Salazar en su trabajo *Para una historia de la clase media* (1986) sostiene que “el mejor procedimiento para aprender la especificidad histórica de los ‘grupos medios’ es construir el registro factual de sus movimientos y de las situaciones que los producen” (Ibíd.: 78). Para Salazar esto implica observar su conducta concreta, “no las determinaciones dominantes que los aguijonean desde su inserción estructural” (Ibíd.). Los hechos de su ‘accionar histórico’ más que las categorías de su ‘ser social’.

Al igual que Johnson, aunque desde una perspectiva teórica distinta, más cercana al marxismo, Salazar prefiere no utilizar el término “clase media”, sino “grupos medios”, esto lo hace para indicar su heterogeneidad y multiplicidad al interior de la sociedad.

Un aporte sumamente interesante a la forma de acercarse al estudio de las clases se refiere a la definición de fronteras en relación con los otros grupos sociales. “La identidad social de los ‘grupos medios’ se constituye por relación a las fronteras y coordenadas que delimitan el campo social que ellos ‘habitan’ mientras transitan” (Ibíd.: 81). Estos límites no son fijos, se expanden y contraen de acuerdo a la coyuntura histórica general. Salazar habla de la frontera “alta” que separa los grupos medios con el estrato superior de la sociedad y la frontera “baja”, que lo hace con el inferior. Las

fronteras que definen el campo social de los grupos medio no serían barreras formales y sus traspasos se dan a partir de un cambio de estatus, lo que marcaría una fluidez y flexibilidad en la definición de estas fronteras, aunque para este autor, estas están definidas a partir de elementos estructurales que poseen estos grupos.

Tenemos otros estudios que realizan más un acercamiento de tipo cultural al estudio de las clases, aunque retoman ciertas consideraciones estructurales dentro de su análisis y también pretenden hacer un diagnóstico de la situación de estos grupos en sus países. Algo interesante de este tipo de estudios es que plantean una serie de elementos históricos que permiten caracterizar a los diferentes sectores o grupos medios en cada país. En estos trabajos se resalta la conformación de la identidad del grupo, así como el sentido del estatus y la moralidad que estaría presente entre los adscritos a estos sectores sociales.

Uno de estos estudios es el de David Parker sobre la clase media peruana. Para Parker en su libro *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950* (1998), la idea de la clase media se centra en la compleja interacción entre las ideas y la estructura, entre la autoimagen de los trabajadores de cuello blanco y de cómo las regulaciones estatales articulan y refuerzan esta imagen. Los trabajadores de cuello blanco (empleados) se veían como un segmento de la élite de la sociedad, distinto y superior a las masas de cuello azul (obreros). La génesis de esta imagen de sí mismos que tenían los trabajadores de cuello blanco, estaba en la distinción colonial entre la gente decente, la gente respetable, y la gente de pueblo, la plebe (Ibíd.: 24). Donde la distinción no necesariamente se da por la situación económica sino por un diferente valor moral de adscripción. El estatus superior se muestra a través de una herencia familiar notable, una buena educación, una tez clara y la ropa adecuada (Ibíd.: 26), lo que marcaría una ambigüedad en la constitución de la estructura jerárquica de la sociedad peruana, que se da no solamente por condiciones objetivas de vida, sino, en gran medida, por condiciones subjetivas. Y el hablar del tema de raza es interesante en discusiones sobre clases sociales, aunque no es un elemento definidor de la posición social, está presente constantemente en la vida cotidiana como ya lo han analizado otros autores para el caso del Perú (De Gregori et. all, 1979; De la Cadena, 2004) y parcialmente Ibarra (2008) y Luna (2007) para el caso del Ecuador.

Otro enfoque interesante lo presenta Ezequiel Adamovsky en su libro *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003* (2009). Para este autor, la clase media no es una “cosa directamente observable” (Op. cit: 11), a diferencia de lo que sí ocurre con obreros y empresarios. La *clase media*, es una clase difícil de diferenciar con respecto a otras clases, no es tan fácil clasificar ciertos grupos como clase media, pues a pesar de que se ubiquen en el estrato medio de la pirámide social, esto no garantiza que tengan una identidad de clase media. Por tanto para el autor la *clase media* sería más una imagen mental y prefiere el concepto *sectores medios*, para caracterizar la variedad de grupos sociales que no son ni ricos, pero tampoco son trabajadores manuales. Y es por eso que la pregunta central de su investigación no es “qué es clase media, sino cuándo, y por qué determinados grupos de personas adquieren esa identidad y no otra” (Ibíd.: 13).

Para el caso del Ecuador Oswaldo Díaz establece que “el momento inicial de formación de las clases medias fue la revolución liberal y después, la revolución juliana de 1925” (1980, citado en Ibarra, 2008: 52). Ubicándose a estos segmentos de la población en el trabajo no manual, más dirigido a lo intelectual y ligado a las entidades estatales o al comercio menor. Que podrían agruparse muy brevemente en profesionales independientes y asalariados, profesores, técnicos, burócratas y mercaderes.

Se postula que la revolución liberal fue la principal impulsora de la clase media en el Ecuador al permitir el surgimiento de ocupaciones vinculadas a la educación, la administración pública en el marco de la creación y desarrollo del Estado laico. Pero su apareamiento también fue parte de la “cuestión social”, puesto que no estuvo desvinculada de la discusión de reformas sociales hacia las clases populares (Ibíd.: 40).

Comparto con Hernán Ibarra cuando dice que, “exceptuando escasas referencias ocasionales, las clases medias han sido ignoradas en las ciencias sociales ecuatorianas” (Ibíd: 37), lo que ha impedido acercarse a ellas y entender sus procesos.

En este sentido, los acercamientos que han existido a las clases medias ecuatorianas se refieren a su constitución como actores políticos especialmente en relación con la conformación y sostenimiento de la izquierda ecuatoriana, como portadores de las demandas laborales y sociales. (Cueva, 1967; Luna, 2007, citados por Ibarra, Ibíd.).

Así también el tema de clase media ha sido tratado como parte de las investigaciones de economía política, de recuentos generales de la historia del país, sin

embargo poco se ha tratado sobre este grupo social de manera específica, sobre sus prácticas, sus intereses, su vida cotidiana.

Varios autores que trabajan el tema de clase media, la vinculan con el proceso de mestizaje luego de la colonización, llegando a determinar una constante entre clase y etnia en la conformación de la clase media ecuatoriana (Cueva, 1967; Paredes, 1949; Luna, 2007). La principal observación es que el mestizo estuvo desde la colonia ligado a la actividad intelectual y no manual, una de las características que lo diferenciaban del grupo de los indios, que solo tenían su trabajo manual como herramienta (Cueva, 1967).

Para Paredes el mestizo forma su identidad a partir de un enorgullecimiento de su padre (español) y una humillación “por el contingente indio que intervino en su nacimiento” (1949: 11), debido a esta doble condición el mestizo tendría “una desesperada ambición de ascender a las mejores categorías sociales, por sucesivos enlaces que purificarán su sangre” (Ibíd.). Estos temas han sido tratados en la literatura ecuatoriana, la más famosa obra que los aborda es *El Chulla Romero y Flores*, de Jorge Icaza, escrito en 1958.

Según Cueva el principal problema de la clase media es que no ha existido una consolidación que le permita ser el contenedor de la cultura mestiza, por esto critica su “inautenticidad” y que “no ha sido capaz de encontrarse a sí mismo y, a través de él los hontanares de nuestro ser” (Ibíd.: 148-149). Esa “inautenticidad” la explica Cueva así:

Y la clase media, atrapada entre las dos (clase baja y alta), desgarrada en la encrucijada de la vocación popular inspirada por el recuerdo todavía fresco del ancestro humilde (que motiva compasión pero también deseo de ocultarlo, creando un estado de ánimo no menos propio a la insurgencia que al acto judásico), y la tentación aristocratizante heredada del progenitor hispano, con los dos cabos de su estratificación rozando los de las clases extremas...la clase media se las arregla instalándose en una acrobática situación de inautenticidad (Ibíd.: 154).

Además afirma que la clase media, por ese motivo, “no ha podido crear aun una escala de valores propios y ha vivido supeditada a los de la clase alta, alimentándose de mitos que no son suyos” (Ibíd.: 158).

En *Notas sobre las clases medias ecuatorianas*, Hernán Ibarra, parte de entender históricamente de donde viene esta denominación y contraponer enfoques que otorgan características distintas al concepto. Así parte de que en las sociedades avanzadas,

(...) se llamó clase media a la burguesía en una época de ascenso del capitalismo cuando ocupaba un lugar intermedio en la estructura social, (...) con la expectativa de que estos grupos desaparecerían en el proceso histórico. Pero esto no ocurrió tal como se comprobó hasta muy entrado el siglo XX cuando estas categorías persistieron aunque en menor dimensión que el pasado (2008: 38).

Ibarra dice que se suele contraponer el enfoque marxista, que define las clases desde la perspectiva de la propiedad de los medios de producción a otro enfoque teórico, el de Weber,

...que fue más allá, al situar no solo la perspectiva económica sino también otros factores de tipo cultural y político en la definición de las clases. Para Weber, las clases se definían por su posición ante la posesión de bienes y el mercado con lo que surgía una situación de clase. Pero no solo eso explicaba a las clases, sino determinados aspectos de consumo y prestigio social (Ibíd.).

Esta conceptualización permite tomar elementos históricos e ilustraciones que remiten a variados procesos de construcción.

A continuación Ibarra realiza un recorrido por la trayectoria y estructuración de las clases medias ecuatorianas desde los años veinte del pasado siglo, donde además de la cuestión económica y ocupacional, el autor determina factores de carácter cultural que definen a las clases medias: la educación y el consumo (Ibíd.).

Este texto resulta un importante intento de situar el proceso de construcción de la clase media en Ecuador y permite entender las características de este grupo poblacional en el contexto específico de la realidad ecuatoriana. Sin embargo en mi opinión le hace falta un acercamiento más etnográfico a la situación de clase media, es verdad que aporta con documentación histórica y estadística muy oportuna, pero el carácter subjetivo de formación de los sujetos de clase media, sus identificaciones, sus relaciones y pertenencias, quedan relegados a un segundo plano.

Varios autores citan la obra de Jorge Icaza, *El Chulla Romero y Flores* (1958), como característico de la clase media que aparentaba siempre lo que no tenía para ser aceptado, pero en el fondo tenía un fuerte sufrimiento emocional ante esa ambigüedad. Estas características tomarían formas nuevas en la actualidad.

Para el Ecuador hay varios estudios históricos que se retomarán para esta tesis. Estos estudios generalmente buscan realizar un análisis estructural de la situación de la clase media en el país, pero también hacen acercamientos de tipo cultural, sustentados

en investigaciones etnográficas y de archivo, para realizar un diagnóstico de la situación de este grupo social. En la mayoría de estos estudios el eje del trabajo no son las clases medias pero se hace referencia a ellas como parte de un trabajo más global.

En primer lugar, está el trabajo de Eduardo Kingman profesor investigador de FLACSO-Ecuador, con líneas de investigación en Historia y Antropología Urbana. Kingman analiza en su libro *La ciudad y los otros* (2006) el tránsito de la ciudad señorial hacia la “primera modernidad” en Quito, como contexto de las relaciones de poder en el espacio social de entre 1860 y 1940 y se plantea “en qué medida los cambios en la morfología urbana (expansión y diversificación de la ciudad) fueron expresión de cambios, muchas veces imperceptibles, en las relaciones entre clases” (Ibíd.: 339).

Kingman analiza cómo a pesar de que la “cultura aristocrática siguió marcando la vida de la urbe por mucho tiempo más, con la primera modernidad entraron en juego otros elementos sociales con patrones de funcionamiento relativamente distintos”, y donde “la propia modernidad fue asumida como un recurso de ascenso al interior de un orden jerárquico, en el cual los bienes materiales sirvieron, sobre todo, la acumulación de capital simbólico” (Ibíd.: 339).

Para el autor la distinción, en un sentido moderno (aunque no en el mismo sentido que en la actualidad), ya opera desde el siglo XIX. Para entender esto analiza los cambios en la organización urbana de la ciudad y a partir de estos, los criterios de diferenciación, de distinción entre las clases. Así: “las innovaciones arquitectónicas coincidieron con un momento en el que comenzaron a tomar fuerza los criterios de “distinción”, cuando las

... élites aristocráticas y los sectores burgueses en ascenso, dependientes de ellas, se mostraban poco dispuestos a compartir sus espacios con otros sectores sociales, ya fueran clases obreras y artesanas o las capas medias, cuyos miembros eran permanentemente ubicados -en un verdadero delirio clasificatorio- entre los “cholos” o las “ramas torcidas” de los Gangotena, los Matheus o los Jijón (Ibíd.: 206).

Para Kingman, en el mundo andino,

... las clases están atravesadas por relaciones y mentalidad que provienen del pasado o porque los ritmos a partir de los cuales se desarrollan los procesos constitutivos de las clases son mucho más lentos y graduales que en aquellos países en los que tuvo lugar una

revolución industrial. Existe, además, un cruce de distintas temporalidades históricas, “presencias recesivas del pasado” y “modernidades alternativas” (Ibíd.: 342-343).

También está el acercamiento de Cecilia Durán a la burocracia, en su libro *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944* (2000), como sector de la clase media en el Ecuador durante la época de 1925 a 1944. La autora se ubica en el escenario social y político de la revolución Juliana (1925), que marcó un momento de emergencia en la esfera pública de los sectores medios, mientras busca retomar a la burocracia ecuatoriana en su cotidianidad, su identidad, su ubicación en el aparato estatal y sus condiciones de vida.

Durán en su estudio afirma que:

[El sector medio] era en realidad muy heterogéneo (para la época de su estudio), porque reunía a un gran número de individuos dedicados a ocupaciones muy diversas. En la práctica esta situación estableció, entre ellos grandes diferencias culturales y económicas que no les permitió cohesionarse como a los otros sectores sociales, ni tener una ideología propia ni una aspiración común (Durán, 2000: 10).

Durán caracteriza a los sujetos que aborda en su estudio como “(...) el típico burócrata mestizo y pobre, que ocupó cargos subalternos (secretarios, amanuenses, empleados, etc, es decir quienes tuvieron cargos inferiores de escritorio) dentro de la administración pública” (Ibíd.: 27). Pero destaca que este grupo, que generalmente se ha sido “generalizado y encasillado y por lo tanto, ocultado la identidad de un grupo que a más de ser muy heterogéneo vivía en un proceso de gran movilidad” (Ibíd.). De hecho ella afirma que dentro de la burocracia, existía un grupo de “sector medio-alto”, que se encargaba de dirigir las oficinas del estado y que “compartió los espacios de quienes controlaban el poder (Ibíd.)

En la clase media, la autora incluye además de los burócratas “a la oficialidad militar, a los empleados particulares, a los profesores, a los pequeños propietarios y comerciantes, a personas en trance de abandonar las filas obreras o que hayan dejado esas filas... a los antiguos nobles llegados a la pobreza... y a los choferes” (Ibíd.: 27-28).

La investigadora afirma, al concluir su trabajo, que el burócrata es “el clásico mestizo y pobre, con poca autoestima, marcado además por la ambivalencia debida al

temor a la regresión social”, características que se observan y detallan en el estudio a través de las prácticas en la vida cotidiana.

Sin embargo, Durán, asevera que la “presencia del sector medio como nuevo actor social dentro de la vida pública del Ecuador tuvo suma importancia, porque esta fuerza social es la que le proporcionó al Estado nuevas características”, de un camino hacia “la modernidad” (Ibíd.: 108).

También están trabajos como el de Milton Luna sobre “Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX” (1992), Luna muestra la diferenciación que se da dentro del artesanado entre los oficiales y los jefes de taller, estos constituirían sectores medios que transitaban su lento peregrinaje hacia la modernidad y la construcción de fronteras con respecto a los sectores considerados populares.

Otro aporte importante es el libro de Ana María Goetschel, *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas. Quito en la primera mitad del siglo XX* (2007), que ya ha sido mencionado anteriormente y que será retomado en capítulos posteriores, donde se ve el tema de la educación pública liberal y las asociaciones femeninas de maestras que logran posicionarse frente a la opinión pública para expandir las fronteras de la participación política de mujeres que eran parte de un sector medio de la sociedad.

En los estudios retomados en esta revisión, existen buenas pautas, en primer lugar para definir conceptualmente a la clase media o a los estratos medios, entendiendo que al hablar de estos conceptos se debe tomar en cuenta las condiciones estructurales de existencia, que implica analizar una serie de elementos como el económico, el cultural, el político e incluso el histórico, cada uno de los cuáles resulta importante y necesario para estas definiciones; en segundo lugar, para ubicar las características comunes que pueden servir como indicios para distinguir quiénes pertenecen a estos sectores, tratando de no realizar generalizaciones, porque como ya se dijo anteriormente no se puede homogeneizar a estos grupos, sin embargo es necesario conceptualizar y esto implica hacer abstracciones que permitan ver elementos que permitan caracterizar a estos sectores; y, en tercer lugar, para saber cómo se debe estudiar a los sectores medios, empezando por complementar las dimensiones “objetivas” de ingreso u ocupación con aquellas dimensiones culturales, subjetivas e identitarias de la estratificación (Bourdieu, 1969) a través del estudio de los gustos;

pero, y todavía más importante, comenzar a estudiar *las* clases medias (y no “la” clase media), a partir de su heterogeneidad y su capacidad de movilidad; y finalmente descubrir la “fuerte dispersión y heterogeneidad de experiencias sociales observables en el seno de un mismo grupo social” (Barozet y Espinosa, 2009, citado en Araujo y Martuccelli, 2011: 167).

Sin embargo, algo necesario de puntualizar es que la mayoría de los estudios a nivel latinoamericano han buscado delimitar la clase media para precisar cómo se organiza la estratificación social en nuestros países. Incluso como lo analizan Araujo y Martuccelli (2011), en los análisis sobre clase social, cada vez se suman y complican más los elementos y los factores para delimitarla pero se mantiene una “visión esquemática y más o menos piramidal de los grandes posicionamientos de clase” (Ibíd.: 166), y poco o nada se ha hecho para pensar en las fronteras flexibles que permiten una interacción entre grupos, aquellos espacios físicos o simbólicos donde se relacionan los sujetos y a partir de los cuales se constituyen como tales. El problema de las clases sociales no puede ser pensado de forma delimitada ya que no hay posiciones de clases establecidas y coaguladas. El estudio de estos flujos fronterizos es probablemente uno de los desafíos pendientes más importantes en el estudio de las clases y en particular de las clases medias.

Para entender estos procesos resulta remarcable el abordaje teórico que hace E.P Thompson respecto al concepto de clase social y experiencia al analizar la formación de la clase trabajadora inglesa. Thompson trabaja el concepto de clases a partir de su propia historicidad. En este sentido la obra de Thompson fue un esfuerzo para comprender los fenómenos histórico-sociales que se desarrollaron en Inglaterra y que devinieron en la configuración de la clase obrera.

Para Thompson la clase no es pura abstracción, sino una realidad empírica. Está compuesta por individuos concretos que, por tener experiencias en común, se reconocen como miembros de una clase. Esa experiencia común se viabiliza a través de determinaciones objetivas y subjetivas que solamente la investigación histórica puede descubrir y analizar.

Para el autor la clase no es una circunstancia objetiva en la cual los sujetos se insertan, sino es una forma visible de manifestación político-cultural de los trabajadores en determinadas circunstancias sociales y que implica, simultáneamente, la propia

autoconciencia de una realidad determinante pero también posible de ser reconstruida. A esto Thompson lo denomina experiencia.

Thompson señala en la *Miseria de la teoría* (1981) que la experiencia de clase es el término utilizado para referirse a: 1) las prácticas de hombres y mujeres en determinadas relaciones productivas; y 2) la forma como esas determinaciones son "tratadas" y "vividas" por los individuos en su propia cultura y subjetividad.

La experiencia, entendida de esa manera, no se reduciría a prácticas autónomas sino a prácticas, individuales y colectivas, insertas en el juego de determinadas relaciones sociales de producción. Las determinaciones así sugeridas sólo serían comprensibles a través de la acción, la experiencia, la conciencia de hombres y mujeres, concretos y particulares.

El tema de abordar la formación de un grupo social desde su historicidad, además de enfocarse en las experiencias de estos grupos respecto a su condición será algo que se buscará hacer a lo largo de este trabajo.

Adicionalmente resulta importante entender las condiciones donde se producen o no las diferenciaciones entre los grupos sociales, ya que las prácticas de distintos grupos, ubicados en posiciones diferentes, pueden converger en momentos y lugares determinados, produciendo experiencias comunes entre "distintos".

Existiría una forma en la que cada individuo se configura como sujeto, tomando en cuenta que el sujeto no es un producto acabado y permanente, su construcción se hace y rehace de acuerdo a nuevas experiencias sociales confrontadas con sus estructuras estructurantes que funcionan como estructuras estructuradas: los *habitus*. Esto genera que se configure una determinada identidad de estos grupos al relacionarse con otros grupos sociales y con las situaciones productos de estas relaciones.

Fronteras

Si nos detenemos en el aspecto sociocultural de este concepto, entenderemos que se trata de una construcción intelectual, social y simbólica que pone en discusión el problema de la inclusión y la exclusión, de lo semejante y de lo diferente, del adentro y del afuera, aspectos que no necesariamente se refieren sólo al aspecto geográfico-territorial.

Es el antropólogo noruego Fredrik Barth⁷ quien introdujo en la disciplina el concepto de “confín étnico” o “frontera étnica”. Este aparece por primera vez en la Presentación de la obra *Los grupos étnicos y sus fronteras*, publicada en 1969, en la cual elabora un conjunto de conceptos relativos al problema de la constitución de los grupos étnicos y, sobre todo, de los confines existentes entre ellos.

Barth se enfoca en la problematización de la frontera étnica al desplazar el foco de atención del contenido cultural de un grupo social hacia los límites que definen al grupo (frontera). Su interés debe comprenderse a partir de que constata que las fronteras étnicas se mantienen, aunque los contenidos culturales que aquellas protegen y que dieron origen al grupo, se hayan transformado, “el contenido cultural que en un momento dado es asociado con una comunidad humana no está restringido por estas fronteras; puede variar, puede ser aprendido y modificarse sin guardar ninguna relación crítica con la conservación de las fronteras del grupo étnico” (Barth, 1976: 48).

Hay que aclarar que para el autor, el concepto de frontera étnica no define una sociedad o una cultura, sino el medio con el que miembros de grupos (étnicos) diferentes definen el ámbito y el alcance de sus relaciones recíprocas en situaciones de contacto.

Para Barth, el análisis concreto del carácter de los confines étnicos implica que:

(...) las distinciones étnicas no dependen de una ausencia de interacción y aceptación sociales; por el contrario, generalmente son el fundamento mismo sobre el cual están contruidos los sistemas sociales que las contienen. En un sistema social semejante, la interacción no conduce a su liquidación como consecuencia del cambio y la aculturación; las diferencias culturales pueden persistir a pesar del contacto interétnico y de la interdependencia (Barth, 1976: 10).

Los grupos étnicos serían, por tanto, categorías de adscripción e identificación para los mismos actores sociales, organizando la interacción entre las personas. De esta forma la

⁷ Fredrik Barth (nacido en 1928) es un antropólogo social noruego que ha publicado varias etnografías con una clara visión formalista. Posee un alto grado de reconocimiento entre los antropólogos gracias a su análisis transaccional de los procesos políticos en el Valle Swat, al norte de Pakistán, y su estudio sobre procesos microeconómicos en el área de Darfur en Sudán. Durante su larga carrera él también realizó importantes estudios basados en su trabajo de campo en Bali y Nueva Guinea y varios países de Medio Oriente, cubriendo una larga gama de temas.

obra de F. Barth marcó un punto de quiebre con respecto a los estudios en Antropología, cuestionando anteriores postulados primordialistas⁸.

Barth busca superar la idea de grupo étnico, propuesta tradicionalmente por un sector de científicos sociales (el autor utiliza como ejemplo a Narroll), quienes establecían los factores que son determinantes para la estructuración social y a los que un individuo está adscrito desde su nacimiento, es decir, una visión “primordialista” de la etnicidad y/o de la pertenencia al grupo étnico, la proposición es la siguiente: “una raza = una cultura = un lenguaje, y que una sociedad = una unidad que rechaza o discrimina a otras” (Barth, *Ibíd.*: 11)

Mientras que para el teórico los contenidos culturales pasan a ocupar un lugar secundario en el estudio de la etnicidad, pues estos “no son la suma de diferencias ‘objetivas’, sino solamente aquellos que los actores consideran significativos” (Barth, 1976: 15), de acuerdo a la instrumentalización que los miembros de un grupo hacen de ellos, pues mientras algunos “son utilizados por los actores como señales y emblemas de diferencia, otros son pasados por alto y en algunas relaciones, diferencias radicales son desdeñadas y negadas” (*Ibíd.*). Las categorías étnicas dejan de referirse a contenidos culturales, para considerarse formas de organización social de la diferencia que marcan una frontera entre “nosotros” y “ellos”.

Según Barth habría un proceso de selección por parte de los agentes para escoger qué contenidos culturales, de los muchos que puede tener un grupo social, generan una diferencia. Existiría, por tanto, un trabajo activo de los individuos y de los grupos para marcar las diferencias y la forma de relacionarse con otros grupos.

Barth se refiere también a la identificación de miembros al interior de grupos sociales que comparten elementos de distinción, por tanto ser parte de un grupo o adscribirse a una categoría “implica ser cierta clase de persona, con determinada identidad básica, esto también implica el derecho de juzgar y ser juzgado de acuerdo con normas pertinentes para tal identidad” (Barth, 1976: 6). Es así que, para este autor,

La identificación de otra persona como miembro del mismo grupo
(...) entraña una coparticipación de criterios de valoración y de juicio.

⁸ Para varios antropólogos estructuralistas (Radcliffe-Brown, Malinowski, Mauss, etc.) de épocas anteriores, la idea de la sociedad como una estructura integrada y en equilibrio, sin intercambios particulares con el exterior, el grupo étnico podía ser identificado como un sistema social cerrado, y sus fronteras como “límites naturales” que no ponían problemas teóricos particulares.

Por lo mismo, se parte del supuesto de que ambos están fundamentalmente “jugando al mismo juego”; esto significa que existe entre ellos una posibilidad de diversificación y expansión de su relación social capaz de cubrir, en caso dado, todos los sectores y dominios de su actividad. (Ibíd.: 8)

No cabe duda de que muchas de las condiciones que sirvieron de base a las reflexiones de Barth se han modificado, debido a la incorporación creciente de los distintos grupos sociales a una dinámica global, pero eso no ha restado interés a sus propuestas principales. En relación con lo anterior, como ejemplo, se puede establecer una relación con el “sentido del juego” del que trata Bourdieu (2007: 107), que crea diferencias e incluso fronteras entre aquellos que lo poseen y aquellos que no. Un grupo social pone en marcha una serie de valoraciones que “no [se] refieren a diferencias empíricamente observadas, sino a cómo éstas son utilizadas por los actores sociales para simbolizar una diferenciación entre grupos” (Poutignat, Streiff- Fénart, 1995:141, citados por Kauffer, 2005: 21). Esto implica que “no es la existencia objetiva de rasgos culturales, sino su uso como marcadores de diferenciación (...), lo que importa en el proceso de categorización y de construcción de una frontera.” (Kauffer, 2005: 29)

Para Zygmunt Bauman⁹, por ejemplo las fronteras se construyen para separarse del “otro” no deseado. De esta manera, él sostiene que las fronteras no se trazan para separar diferencias, sino que, por el contrario, cuando se trazan fronteras se emprende una búsqueda de diferencias para legitimar las mismas (Bauman, 2006), una cuestión que aquí debe acotarse es que la construcción de estas fronteras es también histórica, por tanto es necesario conocer los procesos que las generan.

Para Bauman el tema del espacio también resulta importante para entender la separación y la frontera. “Cuanto más reducidos son el espacio y la distancia, mayor importancia les atribuye la gente; cuanto más se desvaloriza el espacio, menos protectora es la distancia y más obsesivamente la gente traza y altera fronteras” (Ibíd.:

⁹ (1925) es un sociólogo, filósofo y ensayista polaco. Desde 1971 reside en Inglaterra. Es profesor en la Universidad de Leeds de ese país. Y, desde 1990, es profesor emérito. Su obra comienza en los años 50 y se ocupa, entre otras cosas, de temas tan múltiples como las clases sociales, el socialismo, el holocausto, la hermenéutica, la modernidad y la posmodernidad, la globalización y la nueva pobreza. Inicialmente el interés de la investigación de Zygmunt Bauman se enfoca en la estratificación social y en el movimiento obrero, antes de interesarse en temas más globales tales como la naturaleza de la modernidad. El período más prolífico de su carrera comenzó después de abandonar la enseñanza en Leeds, cuando se acrecentó su importancia más allá de los círculos de sociólogos profesionales con un libro que publicó acerca de la conexión entre la ideología de la modernidad y el Holocausto.

61). Y para este autor es en las ciudades donde esta obsesión se cristaliza de forma más eficaz.

Bauman retoma a Barth para explicar cómo la búsqueda de las diferencias se vuelve necesaria para legitimarlas:

Frederik Barth, el gran antropólogo noruego contemporáneo, ha puesto de relieve que, en contra de la errónea opinión común, las fronteras no se trazan para separar diferencias, sino que, por el contrario, cuando se trazan fronteras es precisamente cuando surgen de improviso las diferencias, cuando nos damos cuenta y tomamos conciencia de su existencia. Dicho de un modo más claro: emprendemos la búsqueda de diferencias justamente para legitimar las fronteras (Ibíd.).

Otro autor que trabaja de forma interesante el tema de la frontera es Andrés Guerrero, quien ha permitido la comprensión de la sociedad rural y étnica del Ecuador, a partir de sus estudios en los años setenta sobre la transformación de la hacienda y sus trabajos más recientes referidos a la constitución de la ciudadanía, la administración de poblaciones y los mundos de sentido común en los agentes sociales.

Guerrero trabaja el concepto de “frontera étnica” (1998), retomándolo de Frederik Barth, como “una división o separación simbólica, un espacio creado por un deslinde externo al grupo social; fija un más allá constitutivo; o sea, los otros se convierten en el confín de la frontera.” (Guerrero, 1998:114)

El autor propone utilizar esta insinuación metafórica, desde dos contextos conceptuales diferentes, que la resignifican y la permiten tener otras posibilidades de utilización. Por un lado, toma los conceptos de campo, *habitus* y estrategias de fuerza de Bourdieu, y por otro lado, retoma la discusión sobre dominación de género de Judith Butler, para finalmente definir frontera étnica como “una suerte de artilugio simbólico de dominación, que se reproduce en los espacios públicos donde transcurre la vida cotidiana” (Ibíd.).

Para Guerrero la frontera étnica que se presenta en la sociedad ecuatoriana es palpable en forma de exclusión hacia las poblaciones indígenas. Esta frontera deriva de una matriz poscolonial y atraviesa todos los campos sociales, instaurando una “dicotomía primaria que organiza y justifica las posiciones que, en dichos campos, ocupan los habitantes bautizados como ecuatorianos, con todas sus demás complejas

determinaciones sociales (...). Separa en el imaginario a los habitantes en dos grandes grupos: los blanco-mestizos ciudadanos y los otros” (Ibíd.).

Esta matriz binaria se encuentra, históricamente inscrita en el sentido práctico (Bourdieu, 2007) de los ecuatorianos, desde el acto de violencia provocado por la conquista, y se prolonga por toda la historia colonial y la época republicana convirtiéndose “en una realidad simbólica que encarna en agentes sociales redefinidos: los ciudadanos y los sujetos por civilizar del Ecuador” (Guerrero, 2008: 114-115). El autor explica cómo se presenta de manera fáctica esta situación. “En la vida cotidiana la frontera engendra la diferencia como inferioridad, y por consiguiente, legitima la dominación de la población indígena por la ciudadana blanco-mestiza” (Ibíd.: 115).

La frontera étnica recalca este principio de deslinde binario. “La frontera esconde la arbitrariedad de su institución imaginaria (el acto fundador de la dominación), bajo la sombra de un efecto de naturalización: ‘racializa’ a los habitantes nacionales en términos de un supuesto sistema genético” (Ibíd.: 114).

Esta naturalización inscrita en el sentido común de los ecuatorianos, configura las formas de relación cotidiana entre ciudadanos. Y aplicándola a la vida cotidiana de las poblaciones de los barrios populares de Quito, se podría evidenciar como se reproduce este mecanismo llegando a configurar las identidades de sus pobladores y su visión acerca del otro. Debido al continuo trato con población indígena es los sectores seleccionados para el trabajo de investigación, se debe abordar la forma en que los grupos poblacionales mantenían relaciones de poder y dominación en el espacio del barrio, evidenciado en formas racistas y discriminatorias de relacionamiento.

Retomando a estos autores que trabajan el tema de frontera, podemos ver cómo se producen las relaciones entre distintos grupos sociales que buscan marcar diferencias con respecto a “los otros”, mientras se afirman como pertenecientes a un conglomerado particular. Para Barth, así como para Bauman, al igual que para Ferguson y Gupta, la interacción entre los grupos es aquello que moviliza la frontera, las relaciones permiten establecer las diferencias, por tanto no se trataría de grupos aislados y discretos que construyen sus formas de separación con respecto a otros.

Para Guerrero existe interacción, pero esta se basa en las relaciones de poder y dominación entre los grupos. Existiría por tanto una violencia simbólica continua que marca las relaciones y establece las separaciones entre conglomerados humanos.

Esta relaciones se complejizan además ya que no se trata solo de una frontera étnica, sino de una frontera que conjuga diferentes elementos, el étnico, el de clase, el de género, el cultural, el espacial, etc., por lo que sería una frontera múltiple.

Pero es importante también tener en cuenta las transformaciones que se pueden generar en estas concepciones a través del tiempo y debido a diferentes circunstancias históricas y/o correlaciones políticas, sociales y culturales.

Las fronteras no son por tanto estables, las líneas divisorias entre indígenas y no-indígenas, entre clases medias, y populares, entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos no son estáticas, ni están bien definidas y por tanto serían también fronteras flexibles, aunque esto no quiere decir que desaparezcan. Así las cambiantes relaciones entre pobladores pueden modificarse constantemente, dependiendo de distintos condicionamientos, que les otorgan características diferentes.

A partir de estas observaciones, podríamos considerar que las *fronteras*, así como las *prácticas fronterizas* construyen diferencias en los modos de relacionarse con el otro pero la separación no es ausencia de relación sino una de las maneras posibles de relacionarse entre los agentes y grupos sociales. Las prácticas fronterizas, también construyen identidad, pues la población al representarse a sí mismo representan también a los otros, ya que definen los límites materiales y simbólicos que los separan del resto, lo que termina siendo un proceso de autoconstrucción y deconstrucción del otro (Kingman: 2006).

Esta dinámica ponía en movimiento un conjunto de fronteras “flexibles y múltiples” en los barrios populares, entendidas como puntos de encuentro y desencuentro entre distintas clases sociales, basados en aspectos como el étnico, el de género, el generacional, el de posición social, el de status y el económico, existiendo barreras infranqueables, como podría considerarse el tema étnico y racial, y otras más flexibles y permeables como el económico.

No existe por tanto, una cultura pura, esencial o grupos que la posean, la identidad se construye en el permanente diálogo y acercamiento con otros.

En este sentido Cohen, por ejemplo destacó la determinación del contexto de interacción, al igual que Barth, para la creación de las fronteras que definen la identidad de una comunidad: “la característica más llamativa de la construcción simbólica de la comunidad y de sus fronteras es su carácter oposicional. Las fronteras son *relacionales*

más que absolutas; es decir, marcan la comunidad en *relación a* otras comunidades” (Cohen, 1985: 58. La traducción es mía).

Se podría decir, a partir de estos autores, que existiría una “variedad de procesos que efectúan cambios en la identidad del grupo” (Barth, 1976: 14), debido a que fronteras aparentemente estables y persistentes son atravesadas cotidianamente por un tránsito personal, sin embargo comparto con Grimson cuando dice que “las fronteras pueden desplazarse, desdibujarse, trazarse nuevamente. Pero no pueden desaparecer, son constitutivas de toda vida social” (Ibíd.: 17).

Y a la vez no se puede desconocer que las fronteras marcan puntos de separación, de diferenciación, pero tampoco se puede negar la existencia de sujetos que transforman las fronteras en espacios simbólicos flexibles, capaces de generar intercambios, aunque no exentos de relaciones de poder.

Grimson, señala de forma interesante que la cultura cruza fronteras pero las identificaciones (con respecto a un grupo determinado) son las que las reproducen y refuerzan. Es debido a esto que su planteamiento se refiere a que “las culturas son más híbridas que las identificaciones” (2008: 17). Es decir que la identificación y la adscripción a un grupo social, con el que se comparte o se elige compartir características para diferenciarse de otros (siguiendo a Barth) es aquello que sustenta la frontera, la separación, mientras que la cultura o las prácticas culturales, pueden ser las mismas de uno u otro lado de la frontera. Es por esto que se explicaría, por ejemplo, el surgimiento de nuevos y más fuertes fundamentalismos culturales en un contexto de creciente interconexión transnacional y de mayor porosidad cultural (Ibíd.).

Grimson se plantea visibilizar, por un lado, si las fronteras de la cultura coinciden con las fronteras de las identificaciones. Por otro lado, se pregunta cuán fluidas, fijas, móviles son unas y otras fronteras. Considero que este tipo de entradas permiten entender qué se comparte entre grupos y qué es aquello que se toma como forma de distanciarse de otros.

Los teóricos de la frontera buscan cuestionar las nociones de separación, a partir de sus análisis sobre la creación de culturas mestizas, que pueden conjugar las prácticas de ambos lados de la frontera. Sin embargo Grimson plantea que no se puede negar la existencia de fronteras, aunque sean difusas o sutiles. Las demarcaciones que hacen los

grupos de acuerdo a sus identificaciones están presentes constantemente en sus relaciones con otros individuos.

Y para entender las formas en que la frontera puede transgredirse es necesario cambiar la perspectiva y ubicar las relaciones que se daba de abajo hacia arriba en tanto relaciones de dominación entre grupos sociales, ya que al contrario de los que se insinuaría en el trabajo de Bourdieu sobre la diferenciación, donde parecería que la distinción se produce desde las clases más altas, hacia abajo y desde los hombres hacia las mujeres, en la práctica no se produce necesariamente así, ya que las clases populares también tendrían prácticas de exclusión con respecto a otros grupos sociales y las mujeres también generaría formas de diferenciación que las separa de los hombres y a la vez las fronteras que se plantean a través de esta diferenciación pueden ser transgredidas desde abajo.

Mi interés de estudio, como se vio en la introducción, se refiere justamente a grupos poblacionales donde el lugar donde desarrollaban su vida cotidiana generaba características similares en cuanto a ciertas prácticas culturales, creencias y experiencias cotidianas, aunque en el desarrollo del trabajo se verá que existían muchas cosas que se compartían, pero que eran vividas, sentidas y percibidas de formas distintas. Y donde las diferencias eran producidas por la situación y estatus como propietario, las condiciones económicas, el acceso a educación, así como elementos tales como género y raza. Esto implica que las relaciones y vínculos que se mantenían entre distintos grupos sociales no generaban una modificación de las clasificaciones identitarias entre grupos que se consideraban distintos. En la medida en que se trata de una investigación apegada a la etnografía, esto no descarta la posibilidad de encontrar la existencia de costumbres y prácticas en común (Thompson, 1995), que posiblemente en la época aún atravesaban a parte de la sociedad quiteña.

La literatura sobre el tema de clases generalmente pone énfasis en el distanciamiento entre éstas, a mí me interesa partir de la constatación de que existen momentos de acercamiento que sin eliminar las diferencias y las jerarquías permite compartir vivencias y representaciones.

Los barrios populares constituyen espacios donde funcionaban distintos grupos poblacionales, la vida cotidiana en estos espacios era dinámica y esa dinámica estaba dada por los intercambios y las actividades intrínsecas. Un elemento que se observa de

manera constante es el juego de relaciones entre los inter pares¹⁰, y aquellos que se consideraba los alter pares (Guerrero, 2010). Estas interacciones, resultado de compartir espacios productivos y de intercambio, así como determinados consumos, como los religiosos, no eran ajenos a distintas formas de violencia simbólica. No debemos olvidar, en todo caso, que esos puntos de confluencia eran sobre todo con los sectores populares mestizos o blancos, antes que con los indígenas, con respecto a los cuales las fronteras eran mucho menos flexibles.

A continuación se buscará contextualizar espacial y temporalmente esta investigación. Entender cuáles eran las condiciones de la ciudad de Quito donde se desarrollaron estos grupos poblacionales distintos y mantuvieron relaciones de acercamiento y conflicto durante la segunda mitad del siglo XX.

¹⁰ Aunque la definición de inter pares se vuelve borrosa en el contexto del barrio popular, ya que en este conviven las más variadas clases y se torna complicado establecer límites entre unas y otras.

CAPÍTULO III CONTEXTOS

Es importante entender el entorno y las circunstancias que rodean a la construcción de los sujetos de clase media, su identidad, sus ideologías, sus representaciones y relaciones. Para hacerlo es necesario tener referencias del tiempo y el espacio en donde se produjeron las acciones y los discursos de estos sujetos.

Por tanto se presentará una caracterización de la ciudad de Quito y su relación con el resto del país, para reconstruir el escenario para la configuración de las relaciones sociales que nos interesan en esta investigación, esperando responder a la pregunta sobre cuáles fueron conjunto de circunstancias que rodearon la construcción de los sujetos de clase media y sin las cuales no se puede comprender correctamente este proceso.

Condiciones urbanas, económicas y políticas.

Desde finales del siglo XIX y principios del XX el proyecto de constitución de estados modernos¹¹ en Latinoamérica se encontraba en un momento importante de su desarrollo, aunque ya hace mucho tiempo los Estados nacionales de la región se habían adscrito a este proyecto, sin embargo el proceso de construcción de las ciudades modernas (en referencia a la modernización¹² de estas, así como en la adquisición de *habitus* modernos), como forma de concreción de este proyecto, fue largo y pausado.

En el caso de las ciudades latinoamericanas, específicamente Quito, la modernidad se presenta como un fenómeno complejo y paradójico, debido a las tensiones permanentes entre los “discursos modernos” y las manifestaciones “no modernas” que los contradicen.

Ana María Goetschel en su artículo *Hegemonía y Sociedad*, analiza las décadas de 1930 al 50 y se refiere a un tipo de “modernización tradicional” con una “fuerte gravitación de elementos modernos y tradicionales en la vida de la ciudad” (1992: 344-345).

¹¹ Entiendo modernidad como un modo de reproducción de la sociedad basado en la dimensión política e institucional de sus mecanismos de regulación por oposición a la tradición, en la que el modo de reproducción del conjunto y el sentido de las acciones que se cumplen es regulado por dimensiones culturales y simbólicas particulares.

¹² Entiendo modernización como un proceso socio-económico de industrialización y tecnificación.

Para Eduardo Kingman (2006), incluso en el siglo XX, “la modernidad en los Andes se identificaba con la idea del Progreso y con el ornato” (p. 48), pero para el autor estas ideas,

(...) no fueron resultado de la industrialización, ni de la formación de sectores sociales modernos sino de un *ethos* internacional, basado en la adopción de nuevos patrones de consumo, cuyo telón de fondo era la inserción creciente al mercado mundial en calidad de proveedores de materias primas y consumidores de productos manufacturados provenientes de los países industrializados” (Ibíd.).

Para la década de los veinte y treinta del siglo XX, muchas ciudades andinas vivieron un periodo de dinamización de la industria, y se asistió al nacimiento de “nuevos sectores sociales inscritos en el proceso de modernización” (Ibíd.).

Según Kingman (2006) la modernidad, tal como se la concibió hasta la primera mitad del siglo XX, no constituía un proyecto aplicable del mismo modo al conjunto de sectores sociales, siendo vivida de forma distinta por las personas según su condición de clase, étnica y de género. La modernidad podría ser concebida con una forma particular de concebir al mundo a partir del sentido común ciudadano, aquel que establece diferencias en las percepciones, *habitus* y prácticas de los diferentes grupos, y que definen el trato cotidiano entre ciudadanos.

En la ciudad de Quito, la adopción de nuevas prácticas culturales y sociales relacionadas con el mundo europeo y norteamericano se asoció con la modernidad. En muchos casos, lo “moderno” sirvió como mecanismo de distinción de lo no moderno: lo no urbanizado y lo indígena. Pero, como sostienen Kingman y Salman, no se trata de un movimiento diacrónico que lentamente aplastaba a lo “pre-moderno” sino que las actividades diarias dentro de la sociedad y el mundo político se basaban en yuxtaposiciones. Se mezclaban lógicas “modernas y no modernas” y esto regía tanto para las relaciones de Estado con la sociedad civil como para los tratos cotidianos (Salman y Kingman: 1999:42).

A inicios del siglo XX, la morfología de la ciudad sufre profundos cambios como efecto de los adelantos revolucionarios, introducidos por los gobiernos liberales: la culminación del ferrocarril (1908) –que intensificó los contactos entre la Sierra y la Costa, dinamizando la economía de numerosos pueblitos a lo largo de la vía férrea y permitió el transporte de materiales pesados (hierro, cemento y vidrio) para las nuevas construcciones de obras públicas–, la constitución de la Quito Electric Light and Power

Company (1906), las obras de canalización y agua potable (1908), la preocupación por la sanidad y la medicina. En 1901, circuló el primer vehículo dentro de la ciudad; a partir de 1909, se efectúa el relleno de las quebradas; desde 1913 comienzan a construirse en Quito los primeros Pasajes Comerciales, en 1914 se inició el servicio urbano de tranvías eléctricos, para 1920 llegó el primer avión a la ciudad. En este mismo periodo (del 10 al 30), se consolida la banca serrana con capitales privados y ésta se constituye en una de las mayores productoras de la arquitectura moderna (Paúl Aguilar, *Arquitectura y modernidad 1850–1950*, Quito, Museo Municipal «Alberto Mena Caamaño», 1995, p. 44.). El Diario *El Comercio* de Quito se funda en 1906 y las transmisiones de radio comienzan a partir de la década de los veinte.

Asimismo Pablo Palacios, escritor ecuatoriano, se adentra en la cuestión urbana, describiendo la situación de los barrios del Centro Histórico y la tensión que provoca la modernización y el progreso.

La Ronda el barrio clásico de los gimoteos. Cuando se escribe «La Ronda» todos se imaginan una capa española y hasta se ha llegado a pensar en serenatas con guitarras y en palabras hediondas de borrachos. El ojo del puente mira la calle estrecha. Hay un definido sentimiento de lo anacrónico ante la amenaza de un hombre moderno, que pasará haciéndose de lado para que la intimidad de las casas no manche su vestido o lo deje emparedado entre pinturas de esclavos. Ahora el barrio se muere; se viene encima «El Relleno» que modernizará la ciudad, porque algunos se han cansado de las calles antiguas. Y reaccionando contra «El Relleno» se han alineado los gemebundos y los neo-gembundos (...). Sin embargo «El Relleno» se viene encima. Los neo-gembundos son los revolucionarios, del lápiz o de la pluma. Han hecho malabares con las palabras o han torcido las líneas, pero sobre la base de los recuerdos. Estas calles que son como recuerdos les ha desequilibrado el espíritu. Hacen cosas nuevas del motivo viejo, y así están atados a la tradición, manoteando en el aire (...). Habría que averiguar si el suburbio tiene una belleza intrínseca o si la serie ininterrumpida de exclamaciones románticas encaminó a nuestro espíritu a creer que la tiene (...).

En verdad, puede ser muy pintoresco el que una calle sea torcida hasta no dar paso a un ómnibus; puede ser encantadora por su olor a orinas; puede dar la ilusión de que transitará, de un momento a otro, la ronda de trasnochados.

Pero está más nuevo el asfalto y grita allí la fuerza de miles de hombres que han bregado por el pan en nuestros días. Y como canta allí, dinámicamente, la canción del progreso; como hay un torbellino de vida, debemos sentirnos mejor en nuestra carrera tras el tranvía que oyendo el eco de las pisadas en el tubo de la calle. [...] Lo malo es que nuestra admiración es improductiva y es que si nos dedicamos a revocar lo que se cae, a hacer limpieza de lo que construyeron,

seremos ridículos ante nuestros hijos. (Pablo Palacios, Débora, 1927: 11-12)

Palacios nos describe una ciudad aún con rasgos desordenados y caóticos, posiblemente “incivilizados”, pero que al mismo tiempo coquetea con el progreso y la modernidad.

Estamos hablando de una modernidad temprana que no fue ajena a lo que sucedía en otras ciudades latinoamericanas.

(...) las ciudades latinoamericanas emprendieron un proceso de intensa dinamización y crecimiento, caracterizado por un incipiente desarrollo industrial, demanda de trabajo urbano, inmigración del campo a la ciudad y explosión demográfica; también por el ingreso de la clase obrera a la escena política y por la embrionaria gestación del populismo, intermitentes levantamientos indígenas, crisis económica, conflictos interétnicos y un conjunto de nuevos desafíos. La irrupción de la masa urbana promovió, simultáneamente, la emergencia de nuevas formas de socializar, diversificación de los estilos de vida y modificación de la fisonomía urbana. La pavimentación, la luz eléctrica, la introducción del hormigón armado; la inserción a la vida ciudadana de objetos y dispositivos importados en forma masiva, reconfiguraron la vida y el paisaje de las ciudades latinoamericanas en las primeras décadas del siglo XX (teléfono, radio, cine, electrodomésticos, automóviles, etc.) (Ortega Caicedo, 2007: 145-146).

Pero más allá del plano de infraestructura y tecnificación, los habitantes de las ciudades latinoamericanas, empezaron a vivir un proceso de transformación de sus esquemas de percepción y acción, aunque de forma lánguida y en algunos casos este proceso no se completó del todo, como sostienen autores como Erika Silva Charvet (2004), para quien el proceso de construcción de la nación ecuatoriana, “nunca resolvió las contradicciones básicas que envolvían al modelo de familia y de etnia como sus fundamentos simbólicos” (p. 64), ya que desde el nacimiento el Estado ecuatoriano estuvo marcado,

(...) por una ruptura de la comunidad de linaje de las poblaciones asentadas en un mismo territorio. Esa fractura del vínculo de consanguinidad imaginario se evidenciaba en un sistema de clasificación de la población que marcaba las jerarquías étnico-culturales/sociales, según la “sangre”, los ancestros, el color de la piel y la cultura y recordaba, permanentemente, la diferencia de origen y linaje de las poblaciones (p. 26).

Lo que generó que la sociedad ecuatoriana en su constitución estamentaria y tradicional (Kingman, 2012) siguiera vigente en muchas de sus manifestaciones, especialmente en el tema de diferenciación racial y también respecto al tema religioso. Silva Charvet sostiene que en el Ecuador, el *ethos* que tejería las relaciones sociales y políticas “no haría parte de un proceso de construcción hegemónico moderno, sino, más bien, expresaría la continuada dirección moral de la religión en la vida de la sociedad” (p. 77), esto habría configurado una sociedad compleja que tenía ciertos sistemas de clasificación generaban definiciones, identificaciones y jerarquizaciones respecto a los “otros”, en la práctica la vida cotidiana de los sujetos hacía que estos elementos se vuelvan flexibles.

Situación del país

En el libro *Ecuador: Una Nación en Ciernes* (1991), Quintero y Silva proponen que la modernidad ecuatoriana está dominada por un modelo de desarrollo histórico particular al que caracterizan como gamonal-dependiente, fruto de un pacto entre la burguesía regional guayaquileña y las clases terratenientes regionales. Este modelo evidenciaría la mediación de las clases terratenientes regionales y del capital monopólico en la construcción del capitalismo y del Estado a lo largo del siglo XX, mediación estructural que determinó un precario desarrollo del capitalismo, la configuración de un Estado burgués-terrateniente y el bloqueo en la construcción del Ecuador como nación.

Para el siglo XX, los señores que vivían en las ciudades (especialmente hablando de Quito y Guayaquil), eran aún señores de la tierra y el tránsito de la que Kingman (2006) llama ciudad señorial a la de la primera modernidad, fue resultado “del incremento del capital comercial y de las rentas provenientes del sistema de hacienda antes que de la introducción de relaciones sociales modernas” (p. 41), ya que la mayor parte de la población aún mantenía elementos de “sus culturas locales y aunque se había generado un mercado interno, seguía teniendo peso un tipo de economía doméstica de autosubsistencia y una economía simbólica basada en el intercambio de dones” (Ibíd.), lo que se puede entender como la existencia de relaciones económico-sociales premodernas que convivían con elementos más modernos.

Todo esto estaba relacionado con la imposibilidad del propio Estado para incorporar al conjunto de sectores sociales a la ciudadanía, dadas sus bases patriarcales, y la existencia de profundas fronteras étnicas de

raíz colonial, sobre las cuales se levantaba, de manera paradójica, el propio proyecto nacional. Recordemos, por ejemplo, que la mayoría de la población era analfabeta, y a su vez, estaba escasamente secularizada, de modo que no participaba de buena parte de los imaginarios a partir de los cuales se intentaba construir la sociedad nacional (Ibíd.).

El Ecuador de los años 30 y 40 albergaba, en palabras de Quintero y Silva una sociedad problema, es decir, una sociedad que había mantenido elementos de su pasado como una disgregación regional y étnica, una población que no sentía el país como una unidad y no se sentían parte de este, una cultura de elite donde se definía el poder serparada de las formas de cultura popular.

(...) un país semicolonial sin burguesía hegemónica, una política que segregaba a “costeños” y “serranos” como ciudadanos de dos nacionalidades diferentes y adversas, una ideología racista y elitista que discriminaba a indios, negros, mestizos por el color de la piel, una República que no conocía la democracia, y una soberanía proclamada que después de un siglo seguía despertándose sobresaltada con la pesadilla de un problema territorial no resuelto (Ibíd.: 402).

Sin embargo en esta época ya entraron en funcionamiento una serie de instituciones de corte moderno, ligadas a las prácticas higienistas y de organización social como las que organizaban el funcionamiento de las ciudades en términos económicos y urbanísticos o la Previsión Social (más tarde llamada Seguridad Social) que se organizó como una institución capaz de brindar protección sobre el cuerpo útil de la población.

Otro elemento importante dentro del proceso de modernización del país fue la terminación del ferrocarril en el 5 de junio de 1908, a lo que siguió un plan de construcción de carreteras y caminos vecinales ya que este permitió un sistema de comunicabilidad intra-regional en el Ecuador, y la correspondiente articulación de un mercado. De manera particular el ferrocarril, dio lugar a sistemas regionales de intercambio articuladas a partir de sus principales estaciones (Durán, Yaguachi, Milagro, Naranjito, Bucay, Sibambe, Alausí, Tixán, Guamote, Colta, Balbanera, Abraspungo, Riobamba, Mocha, Ambato, Salcedo, Latacunga, Boliche, Aloasí, Tambillo, Santa Rosa, Quito); además que a partir del movimiento de los productos, y alrededor de la línea férrea se fueron generando nuevos asentamientos humanos.

Por tanto en el país, a partir de la construcción del ferrocarril, se generaron nuevas condiciones para, en palabras de Bedón, Espín y Kingman (2008),

[...] permitir que la gente fuera reinventando el espacio de la nación. Nos referimos a formas de representación social del territorio generadas en medio del trajín de los viajes y los intercambios impensables antes del paso de los trenes. Muchos textos escolares producidos en la primera mitad del siglo XX se remitían a esta geografía, a un espacio imaginado marcado por el tren, del que se excluían otros lugares.

[...]

En lugar de concebir el territorio como un conjunto de espacios separados sujetos a temporalidades distintas, se comenzó a percibirlo como una *ininterrumpida continuidad*. Las poblaciones comenzaron a medir su grado de integración o de aislamiento a la vida nacional con relación al tren (p. 135-137, las cursivas están en el original).

Esto permitió una interconexión entre los espacios del país, aunque la mayoría de los poblados se encontraban todavía en aislamiento.

Tras la relativa superación de la crisis de los años 30, y gracias al incremento de las exportaciones, la capacidad de inversión de los distintos Municipios se amplía debido a las mayores asignaciones presupuestarias, con lo que la dinámica del crecimiento urbano se va intensificando, especialmente en las ciudades grandes, como Quito y Guayaquil.

Guayaquil, por ser una ciudad puerto, y uno de los principales del Pacífico Sur (junto a Buenaventura y Callao) tuvo relativamente desarrollada su industria astillera (constructora de barcos), y como ya se mencionó, el ferrocarril dio un buen impulso para el desarrollo de las actividades de comercio y servicios; los trabajadores del tranvía también incrementan la actividad económica estructural de esa ciudad.

La situación de Quito también era de crecimiento y desarrollo. Por ser la capital, muchas de las instituciones importantes se situaron en esta ciudad y estas fueron objeto de un proceso de modernización, aunque, como lo menciona Kingman:

(...) la economía de la ciudad dependía, en gran medida, del sistema de hacienda, no se trataba de una economía estática pero el tipo de relaciones que se daban bajo ese sistema era mucho más lejano al desarrollo de formas salariales que las que se dieron en el caso de la plantación cacaotera. Las formas de acumulación de capital comercial eran, igualmente, menos dinámicas que en la Costa. No obstante, en Quito como en Guayaquil, se asistió a un incremento de la población y al surgimiento de nuevos sectores sociales, tanto medios como populares (2006: 51).

Lo que nos deja percibir que aunque existían elementos de renovación, la sociedad quiteña aún se movía entre lo “tradicional, estamental y jerárquico” (Ibíd.). Yo me

atrevería a decir que esta situación se prolongó más allá de la mitad del siglo XX, las actitudes y los esquemas de clasificación de los sujetos aún estaban permeadas por esta configuración.

El Quito de la primera modernidad, su contexto y su situación social

Según Kingman (2006), es en las primeras décadas del siglo XX que la ciudad se asume como el *locus* de la modernidad, en oposición a la rusticidad del mundo rural, aunque este último, como espacio de existencia del sistema de hacienda continuó concibiéndose como base de las relaciones sociales, que marcaban la existencia de jerarquías al interior de la sociedad ecuatoriana.

De hecho, para la época de interés de esta investigación, la mayor parte de la población vivía en la zona rural, las ciudades aún eran espacios relativamente pequeños además muy vinculados al campo. No obstante, debe destacarse el proceso de mayor desarrollo en las provincias del Guayas y de Pichincha. Tampoco se puede perder de vista que los movimientos poblacionales internos eran constantes, mucha población rural ingresaba a las ciudades, Kingman se refiere a este constante encuentro entre hombres y mujeres de orígenes diversos en el espacio urbano desde tiempos anteriores, que sin embargo se han mantenido hasta la actualidad.

Quando los vendedores de verduras, los arrieros, los indios cargueros que venían del Sur entraban a Quito (en el XIX) lo hacían por Santo Domingo desde donde organizaban su actividad; también podían descansar y existía (existe) un santuario; el tipo de ceremonias que allí desarrollaban estaba ligado a los ciclos agrícolas, así como a las necesidades de comprar, de vender de modo conveniente; de hecho la ciudad estaba estrechamente relacionada con el campo y muchos de los santuarios permitían expresar esta relación; Santo Domingo era como una puerta, como una frontera. Otro espacio de transición entre el mundo rural y el urbano estaba ubicado en San Blas por donde entraban los que venían del Norte, descansaban y pastaban sus bestias y en donde era posible, además, encontrar (y hasta no hace mucho) un importante mercado de objetos rituales para indígenas (Kingman, 1992: 40).

La relación constante campo-ciudad, permitía que las poblaciones estuvieran en permanente contacto y en un aprendizaje mutuo que los permeaba con culturas en común de origen popular, provenientes tanto del espacio urbano como del rural.

Adicionalmente la mayor parte de la población se ubicaba en la Sierra hasta la década de los 60, posteriormente para la década del 70 (la era petrolera del país), ya se puede observar el gran movimiento de los sectores rurales hacia la ciudad y por tanto el sostenido y acelerado crecimiento no solo en cuestión poblacional, sino de territorio. Las ciudades fueron extendiéndose, en el caso específico de Quito el crecimiento fue hacia el Norte y el Sur.

Las características generales de la población, según los datos estadísticos en la época, nos muestran una fuerte presencia de analfabetismo, especialmente en mujeres y un nivel educativo primario.

Tabla 1. Resumen de datos poblacionales

Datos	1950	1962	1974
Población total	3,202,757	4,476,007	6,521,710
% población urbana ¹³	28.5	35.3	41.5
% población rural	71.5	64.7	58.5
% población Sierra	58	51.7	48.2
% población Costa	40.5	46.6	48.8
% analfabetismo total	43.7	34.7	23.7
% analfabetismo en las mujeres	48.9	37.9	26.8
% población mayor de 20 años que superó la primaria	8,9	N/A	17.1
Esperanza de vida al nacer	N/A	N/A	52

Fuentes: INEC Censos de 1950, 1962 y 1974; Vicente Albornoz (2004). Una sociedad en constante evolución. En <http://www.cordes.org/descargar/Social.pdf>

Elaboración: propia

El crecimiento que experimentaron los centros urbanos en la época de investigación, se genera en gran medida debido a la tendencia de la población campesina a buscar las ciudades. De hecho Guillermo Bustos afirma que “el crecimiento poblacional se debió a la inmigración” (1992: 171). Guayaquil era la ciudad que más había crecido, seguida de

¹³ De los censos de 1950 y de 1962 se toma solamente la población urbana sin contar con las poblaciones suburbanas o periféricas que estaban anexas a las ciudades pero no eran consideradas parte de estas.

Quito y si bien Ambato ocupaba el tercer lugar en densidad poblacional hasta 1974, el censo de 1982 demostró que Machala desplazó a esa ciudad de ese puesto.

Así, durante la primera mitad del siglo pasado, Quito experimenta un acelerado crecimiento poblacional, fundamentalmente como producto de un proceso de migración interna. Y Quito para 1950 tendría 209.932 personas, en 1962 esta cantidad se incrementará a 362.111 habitantes y para 1974 serían 599.828.

Además se debe decir que es a partir de los años sesenta que la sociedad ecuatoriana experimentó importantes cambios en su estructura económica, cambios que se pueden situar sobre todo en torno a las transformaciones agrarias, la urbanización y la industrialización, procesos que trajeron aparejados cambios en la estructura familiar tales como la nuclearización (familias formadas por padres e hijos únicamente) y la disminución del número de hijos. Así también lo privado, a través de la “organización socio-política terrateniente en la hacienda y religiosa en la vida urbana”, deja de regir sobre lo público (Ardaya, 1994: 32). Aunque esto último solo se iría produciendo de manera lenta. La mujer comienza a ser considerada como sujeto con deberes y derechos, con una identidad diferenciada del núcleo familiar.

Hasta entonces el modelo tradicional de las relaciones entre hombres y mujeres no había sido cuestionado fuertemente, así como tampoco se habían levantado preguntas sobre la forma en que son construidas las identidades femeninas y masculinas. En el Ecuador, la asunción de nuevos valores fue parcial; los cambios no fueron rupturas definitivas sino modificaciones que dejaron aún intocados ciertos imaginarios (Troya, 2001: 68).

Sin embargo, en este como en otros casos se trata de procesos lentos ya que pese a la existencia de varias reformas impulsadas desde el Estado¹⁴ y la propia sociedad civil solo gradualmente se pudo garantizar la igualdad de los ciudadanos ante la ley; la Constitución del 29, por ejemplo, daba grandes pasos con la abolición definitiva del concertaje, el voto “facultativo” de las mujeres y su acceso a la educación y al trabajo, estas reformas “establecieron una ciudadanía sin distinción de sexos” (Corral, 2006: 277) pero sus efectos no fueron necesariamente inmediatos, ya que en el sentido común ciudadano (Guerrero, 2008) tardaría aún en cristalizarse esta igualdad ciudadana legal

¹⁴ Que se plasmaron en las diferentes constituciones que se promulgaron en Ecuador desde el período liberal hasta la década del sesenta (1929, 1945, 1946, 1967).

entre hombres y mujeres, clases sociales y pertenencias étnicas en las prácticas cotidianas y en aspectos como acceso al trabajo, a la educación, a la recreación y los espacios públicos. A partir de estos elementos se podía observar hasta dónde llegaba la pretendida igualdad de los ciudadanos ante la ley entre los habitantes de Quito y eso lo veremos a lo largo de la investigación. De hecho,

[Se tenía] la idea de que al interior de la propia ciudad existían dos ciudades, con parámetros urbanísticos, sociales y culturales distintos: la ciudad moderna y la ciudad resultado de la anomia o, si se quiere, de la degradación de las relaciones y de los ambientes, formada por gentes venidas de ninguna parte.

(...) en Quito ese tipo de percepción fue construido por las elites a fines del siglo XIX e inicios del XX. Se abandonó el Centro como lugar contaminado; pero, al mismo tiempo, se cultivó una nostalgia de la centralidad, por su significado simbólico (Kingman, 2006: 53).

Para contribuir con la modernización de la ciudad de Quito se contrata al arquitecto uruguayo Guillermo Jones Odriozola para realizar el primer Plan Regulador de Quito en 1942. “El Plan constituyó el instrumento a través del cual se canalizó la acción municipal en beneficio de los terratenientes de la zona Norte” (Carrión et ál., 1978: 36). Para los años siguientes a la implementación del Plan Regulador (44-45), aunque este no fue aplicado en su totalidad (Toledo, 2012), el paisaje urbano de la capital se fue modificando de acuerdo a los lineamientos que proponía este instrumento.

El Plan Regulador de Quito constituyó una herramienta articulada a los intereses del proyecto identitario y cultural dominante que se concentró alrededor del concepto de Centro Histórico. En este entorno político, el Plan Regulador identificó varios elementos como perturbadores para la vida de la urbe, como por ejemplo: las ferias en espacios abiertos, las ventas ambulantes, el arribo cada vez menos controlable de migrantes internos hacia la capital,¹⁵ y la presencia indígena en espacios públicos, entre otros factores que se convirtieron en objeto de los propósitos racionalizadores de este instrumento de planificación.

Las respuestas de los sectores dominantes frente a los cambios en la composición urbana fueron diversas. Sólo para mencionar dos de las más significativas anotaremos que buena parte de los sectores propietarios modernizados y de sectores medios en ascendencia social optaron por trasladar sus residencias a un sector específico del norte de la ciudad en crecimiento; de otro lado, dentro de este proceso

¹⁵ Según lo registra Guillermo Bustos, la población de la ciudad asciende de 51.858 en 1906 a 209.932 en 1950.

general de diferenciación espacial, una parte de la ciudad fue segregada simbólicamente bajo la denominación de “Casco Colonial” (Bustos, 1992: 186).

Desde finales de los 30, por el lado de la urbanización y previsión se desarrollaron los primeros programas de vivienda para clase media, construidos por el Instituto de Previsión, mientras que por el lado de la salubridad y urbanización se fomentaron prácticas de higiene ciudadinas a través de campañas para la higienización de las viviendas y el vestuario, implementación de comedores populares, reglamentación para el funcionamiento de los mercados, reglamentación de visitas y controles médicos.

Kingman explica cómo para 1943 el Instituto Nacional de Previsión lanzó un proyecto de vivienda para obreros bajo la consideración de que “una habitación sana contribuía al progreso del país, ya que permitía producir un capital humano sano y de mentalidad y de trabajo de rendimiento eficiente” (2006: 306-307). Se buscaba modificar la forma de vida de la población creando nuevos *habitus* para producir “generaciones de hombres fuertes y sanos” (Ibíd.), como “el secreto para que la nacionalidad prospere y la raza se fortifique” (Ibíd.: 324).

Aquel proceso de desarrollo urbano, también estuvo unido al crecimiento de ciertas industrias serranas, que en buena parte estaban adscritas al régimen de hacienda, como la Fábrica San Pedro de Otavalo; la fábrica Imbabura de Atuntaqui; La Bretaña y Chillo Jijón en la ciudad de Quito. Eran industrias textiles de gran envergadura que utilizaban la mano de obra de sus haciendas, de modo que los trabajadores de esas fábricas eran huasipungueros (Cuvi, 2009).

La otra esfera de industrialización se da con cierta inversión extranjera llegada al país: como en el caso de la fábrica textil La Industrial de la ciudad de Quito, pero que también era fábrica de calzado y constructora de puertas y ventanas, cuyo propietario era de origen español; o el capital de origen libanés, como el caso los Dassum, propietarios de la fábrica Textil San Vicente, en El Inca, y los Deller, propietarios de DELLTEX, empresas que concentraron gran número de obreros en Quito (Ibíd.).

A partir de 1948, durante la presidencia de Galo Plaza Lasso (1948-1952), el Ecuador experimentó un profundo cambio económico a partir de un nuevo modelo agroexportador sustentado en la producción de banano. Para esta época, el país finalmente consiguió superar la larga crisis provocada por la caída de la actividad

cacaotera y logró integrarse a los mercados internacionales. Se fortaleció así una economía capitalista dependiente y se registró un paulatino proceso de urbanización. El ingreso de divisas por las exportaciones de banano, junto con una estrategia de progresivo endeudamiento externo, permitió comenzar un modelo de desarrollo basado en la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), tal como era promovido por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (Acosta, 2006).

Debido a estas condiciones las ciudades crecen de forma acelerada, especialmente las ciudades costeras de Guayaquil, Machala, Quevedo y Esmeraldas, pero también la capital por efecto de la ampliación de las funciones administrativas.

El desarrollo urbano en Quito, en ésta etapa, se caracteriza por la incorporación de nuevas áreas urbanas, especialmente en la zona Norte [de forma particular la zona de la Mariscal] y por la construcción de una serie de obras que “modernizaron” la Capital y que se encargaron de definir per se la segregación urbana y las rentas del suelo. Se construyeron mercados, nuevas vías, el aeropuerto, campos deportivos, edificios públicos... el primer paso a desnivel (Carrión et ál., op. cit: 36).

Esto ocasionó que el Casco Antiguo empiece a perder sus características de centralidad urbana y se vaya configurando como un espacio de hacinamiento de población pobre y migrante. Los conventillos del Centro empiezan a pulular y se va configurando como zona de tugurios.

Estudios como los de Doormalen y Weerdenburg (2005), Kingman (2006), Espín (2009) presentan como estos cambios en las características poblacionales del Centro Histórico se produjeron de forma paulatina a lo largo de varias décadas, muchos habitantes del Centro empezaron a salir a otros sectores de la ciudad, pero también gran cantidad de estos sujetos permanecieron aún por mucho tiempo en sus casas tradicionales.

En Quito, la formación y constitución de grupos sociales, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, dependía del lugar social y físico que los agentes ocupaban dentro de la urbe y de las posiciones distintivas, esto implica a las prácticas sociales y en los bienes que ellos poseían (Kingman: 2006). En ese sentido, la clase media y las élites quiteñas, produjeron distintas prácticas, según se afirma en numerosos estudios, como la separación y el aislamiento¹⁶, con la finalidad de

¹⁶ El aislamiento y la separación son tanto físicos como sociales (Kingman: 2006).

distinguirse de los grupos que no poseen capital económico y social. De este modo, se crearon espacios como las Ciudadelas y los Pasajes. Los primeros eran barrios ajardinados que agrupaban a los agentes y grupos sociales de un mismo nivel de capital económico y social. Los segundos eran espacios de autorepresentación y separación, que estaban restringidos para la circulación de los grupos subalternos (Kingman: 2006).

Sin embargo, parece ser que el hecho más relevante y notorio es el crecimiento de Quito en su forma longitudinal (ver Gráfico 1), con una connotación aparentemente segregacionista: mientras la gente adinerada se va desplazando desde el Centro hacia el Norte (en la configuración de un Quito moderno), los barrios marginales se ubican hacia el Sur de la ciudad. Todo este proceso de modernización de la ciudad tiene como propósito fundamental borrar de su fisonomía toda huella que delatara pervivencias indígenas, rurales o provincianas. Kingman se refiere a que muchas ciudades sufren un proceso de “blanqueamiento” hacia los 50 y 60, tiempo durante el cual se fue “imponiendo un tipo de cultura y colocando al resto en situación vergonzante” (Kingman, 1992: 38).

Aunque el incremento demográfico propio de la época genera modificaciones en la composición poblacional y en el tipo de relaciones que se generaban entre los distintos sectores sociales. Este autor también se refiere a que en el espacio de la ciudad hay un proceso de “encuentro (desencuentro) intenso de culturas, [debido a la constante y fuerte presencia indígena] donde las lenguas y costumbres ‘nativas’ contagian a las [blanqueadas]” (Ibíd.: 19). Así que de manera simultánea, la ciudad deviene en escenario de nuevos actores colectivos –capas medias ligadas al desarrollo del aparato estatal y a los sectores bancario y financiero, un “subproletariado” y un grupo de terratenientes empresarios modernizados– y nuevas conflictividades de orden social y cultural.

Bustos (1992: 84) analiza cómo las migraciones internas que se vivieron en Quito a inicios del siglo XX, incrementaron la conflictividad social al interior de la ciudad, ya que con la llegada de gente “extraña” a la capital se dio un encuentro cultural y étnico entre estas dos poblaciones que muchas veces generó tensiones sociales. Las figuras del “cholo”¹⁷, el “chagra”¹⁸ y el “longo”¹⁹, así como del “chulla”²⁰ y de la “gente decente”,

¹⁷ Un mestizo de razas blanca e indígena y en el que prevalecen los rasgos étnicos indígenas, tanto fenotípicos como en su comportamiento.

adquieren cada vez más presencia en la ciudad y se convierten en formas de ubicar a los sujetos en la jerarquía social de la misma.

Por un lado los “cholos, chagras y longos” representaban lo rural, lo incivilizado, lo primitivo, mientras los “chullas” eran lo propio, lo perteneciente a la ciudad, aunque carentes de capital económico, poseían otros tipos de capitales que les permitían sobrevivir e incluso destacar en el medio social. Solamente la “gente decente” era caracterizada como lo mejorcito de la ciudad, como los poseedores y guardianes de la civilización y de la moral al interior de una sociedad que empezó a llenarse de gente fuereña y a mezclarse de forma peligrosa. Sin embargo considero que la separación de estos grupos se fue dando de forma paulatina, aunque inicialmente existiera una necesidad de diferenciación urgente por parte de sectores sociales aristocráticos, la separación de estas poblaciones no fue de un solo golpe, ni fue definitiva. Muchos sectores de la llamada “gente decente” o “gente bien”, continuaron compartiendo espacios, vida y experiencias con otros sectores sociales a lo largo del siglo XX, especialmente a inicios de este. Por otra parte el análisis no puede dejar de diferenciar distintos sectores al interior de la llamada “gente decente”, ya sea que pertenezcan a las elites o a las distintas capas dentro de los sectores medios.

Hacia los años 60 se va incrementando la diferenciación entre el Centro Histórico y Centro urbano, donde el primero, que abandonaron muchas de las familias que tradicionalmente habían vivido allí y se generó un paulatino “fortalecimiento del pequeño comercio de tipo popular en los alrededores de El Tejar, la plaza de San Francisco, San Roque, la Marín y la 24 de Mayo” (Naranjo, 1990:178). Con una población que se incrementó a finales de los años 50, sobre todo en las áreas y proximidades de la 24 de Mayo, San Diego, La Colmena, la Marín donde “las densidades de acuerdo a los censos del 50 y 62 superan los mil habitantes por hectárea” (Naranjo, 1990:173).

¹⁸ Campesino pobre de la región andina de Ecuador, que no proviene de la ciudad capital.

¹⁹ La palabra longo viene del kichwa y en este idioma significa hombre o mujer joven, sin embargo el uso que se hace de esta palabra fuera del espacio indígena es más bien un insulto y se refiere a una persona indígena que busca “blanquearse”.

²⁰ Mestizo quiteño de clase media empobrecido. Chulla es una proveniente del kichwa que significa solo uno o impar, los “chullas quiteños” se caracterizaban por tener solo un terno que usaban en las ocasiones especiales, así como solo un par de zapatos buenos y una sola corbata, el personaje del “chulla quiteño” era caracterizado como un hombre educado, formal, conversador y con fama de bohemio, además de que el término “chulla” también se aplicaba por el hecho de ser soltero.

Según el estudio de Carrión et ál., la ciudad de Quito tiene funciones concretas para la época de 1962 a 1975 que se caracterizan por el carácter administrativo, aunque con “algunas actividades de producción artesanal y pequeña industria para el consumo local (vestuario, alimentos, bebidas, textiles, etc.)” (1978: 29)

Para la década de los 70 el Estado se vio fortalecido por la explotación del petróleo y, desde 1972, por su exportación. Varias ciudades del país crecieron aceleradamente debido a los ingresos del petróleo, mientras la migración campo-ciudad y Sierra-Costa se mantenía.

La ciudad de Quito, como centro de distribución de los excedentes petroleros y de administración política, asimila, de cierta manera, las repercusiones del ordenamiento socio-económico nacional: el incremento de los ingresos fiscales determina un aumento considerable de los recursos municipales lo que permite, a su vez, emprender nuevas tareas de planificación con asistencia técnica y financiera foránea (BID, First National Citybank, banco Mundial, etc.). Dentro de estas tareas se realiza el Plan Director (1973-1993) O Plan de Área Metropolitana; concomitantemente con la realización de varias otras acciones lo que se busca (...) es incorporar calor real y ficticio a las “nuevas tierras urbanas y a las ya existentes” (Ibíd.: 42).

Para Carrión et ál. esta serie de gestiones urbanas fueron irracionales e incoherentes, encaminadas únicamente a “fortalecer la posición privilegiada de sectores minoritarios de la población, vinculados al capital y a la propiedad territorial urbana” (Ibíd.: 44).

Según esta investigación se zonifica la ciudad en 3 espacios: Norte, Centro y Sur, de acuerdo a la división de distritos municipales del año 62, pero estos también se buscaron corresponderse con una división económica y social del espacio. Donde los sectores del Centro serían: La Libertad, Centro Histórico, Itchimbía y San Juan.

A partir de esto, los autores analizan las características del suelo urbano en estos sectores, presentando el precio promedio de la tierra y los alquileres.

Tabla 2. Costo del suelo y del alquiler de departamentos por zonas

Zona	Tierra (en sucres)		Alquiler (en sucres)			
	1962	1974	1962		1974	
			1 y 2 dormitorios	2 y más dormitorios	1 y 2 dormitorios	2 y más dormitorios
Sur	52	205	824	1426	1826	2450
Centro	400	524	1494	2210	1000	2260
Norte	368	1043	2048	9307	3642	5157

Fuente y elaboración: Carrión et ál. (1978).

Demostrando así la diferenciación en el precio del suelo urbano en la ciudad, manteniéndose un valor menor de la tierra y el alquiler en la zona Sur con respecto a la zona Centro en el período de análisis, mientras el valor del suelo en la zona Centro solo supera al de la zona Norte en 1962, poniéndose posteriormente muy por debajo de esta, al igual que con el valor del alquiler.

En cuanto a la tugurización de la zona Centro, las características como los bajos alquileres, la cercanía a los centros de trabajo y consumo, así como la vinculación a trabajos suplementarios como ventas ambulantes, cuidados de vehículos, empleos en restaurantes, mercados, tiendas, etc. y también el hecho de la existencia de ciertos niveles de equipamiento e infraestructura, hacen que la densidad poblacional del Centro Histórico y barrios aledaños sea muy superior a la de otros barrios en el periodo estudiado. Tenemos por ejemplo un cuadro de esta diferencia en seis barrios de Quito.

Tabla 3. Densidad poblacional por barrios

BARRIO	DENSIDAD POBLACIONAL (HAB/HA) 1974
Centro Histórico	617.3
San Roque	580.2
(Zona Media) San Juan	455.7
(Zona Baja) San Juan	400.6
La Paz	37.4
Bellavista (El Batán)	24.5

Fuente: Investigación Facultad de Arquitectura y Urbanismo, U. Central, 1975.

Elaboración: Carrión et. all (1978).

Con respecto a las otras zonas tenemos que la densidad de población por zonas en el año del estudio otorga a la zona Centro la mayor densidad.

Tabla 4. Densidad poblacional por zonas

ZONA	HABITANTES	AREA (Has)	DENSIDAD (Hab/Has)
Sur	160.508	1.191.8	134.7
Centro	146.430	636.4	230.1
Norte	159.659	2.985.3	53.5

Fuente: Censo de población 1974.

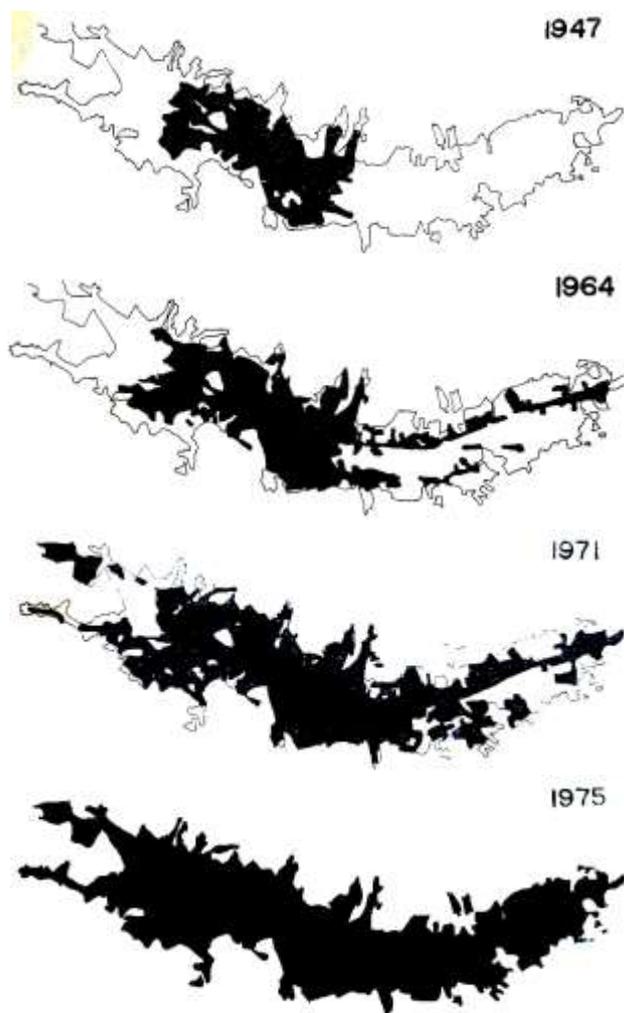
Elaboración: Carrión et ál. (1978).

Las características particulares y contradictorias de la zona Centro determinaron el desarrollo de lo que podríamos llamar un submercado habitacional –piezas- de arriendo a las que acceden sectores populares e incluso algunos grupos de clase media (estudiantes, burócratas, etc.) como una de las alternativas para la solución del problema del alojamiento, pero en un alojamiento de pésimas condiciones de habitabilidad (Doormalen y Weerdenburg, 2005). Este submercado de viviendas adquiere varias formas fuera de la legalidad urbana, como anticresis, compartir una pieza o vivienda, pagarla entre varios, subarrendar, subdividir una misma pieza en varias y arrendarlas, arrendar espacios de la casa no destinados a habitación, como los patios, los corredores, bajo las gradas, etc.

La modernidad de la ciudad de Quito, se presentó como un lento proceso de modificación de relaciones, formas de habitabilidad y ocupación del espacio que fue recogido por las políticas urbanas que buscó guiar el crecimiento urbano dentro de una lógica y racionalidad que por lo general se escapó de sus manos.

Los barrios de Quito

Gráfico 1. Planos de Quito



Fuente: Carrión et ál. (1978).

En la década de 1930, incluso antes, los sectores acomodados del Centro de la ciudad se fueron desplazando al Norte. Surgieron barrios residenciales dentro del esquema de “ciudad jardín”, mientras los espacios del Centro fueron ocupados por inmigrantes de las provincias vecinas.

El surgimiento de los nuevos barrios sucedió con rapidez. [Los] barrios populares aparecieron en suelos de escaso valor, pero relativamente próximos al centro urbano. Por lo general se ubicaron en las colinas que franqueaban la ciudad vieja: El primitivo Aguarico, la Colmena, La Tola, La Libertad, San Juan, la primitiva Floresta, El Dorado, la ciudadela Méjico, arrabales que por mucho tiempo carecieron de servicios básicos.

En 1922 empezó la movilización residencial de los sectores pudientes hacia el norte. Fue así como se formó la ciudadela “Mariscal Sucre”. Posteriormente, en torno a estas ciudadelas, se construyeron los primeros barrios de capas medias: las ciudadelas “Simón Bolívar” y “Larrea”, así como los barrios “América” y “Belisario Quevedo”, Batán e Ñaquito (Lara, 1992: 284; citado en Espinosa Apolo, 2003: 19).

La ciudad también se alargó en dirección sur. Proceso que empezó con la expansión al Panecillo para avanzar luego a la parroquia rural de La Magdalena. Para la década de los treinta y cuarentas, gracias a la acción Municipal que impulsó la construcción de viviendas populares y de barrios llamados “obreros” como: Chimbacalle, Chiriacu, La México y Villa Flora, la configuración del sur de la ciudad fue un hecho (Espinosa Apolo, 2003: 19).

El Centro Histórico se va configurando, a partir de la primera mitad del siglo XX, no en términos de un sector social homogéneo sino de lo que René Zabaleta llama un “abigarramiento social”.

Lo abigarrado social es una condición de disposición de diversos tipos de sociedad que coexisten de manera desarticulada, estableciendo relaciones de dominación y distorsión de unas sobre las otras. En este tipo de sociedades el proceso de colonización se mantiene y perpetua, sobreponiendo diferentes tiempos históricos, es decir, diferentes civilizaciones en un mismo ámbito territorial, ámbito político y social (Zabaleta, 1983: 16).

La ciudad considerada moderna por los urbanistas se forja a partir de los años 50 del siglo XX, cuando se consolidan los barrios de La Mariscal o de la Manuel Larrea y la avenida Colón deja de ser el límite de la ciudad. Se construyen el Aeropuerto Internacional Mariscal Sucre y el Estadio Olímpico Atahualpa. Se podría pensar que esto fue lo que “jaló” a la ciudad hacia el Norte. Poco a poco se extendieron hacia el Norte las avenidas 6 de Diciembre, 10 de Agosto, Amazonas y Eloy Alfaro, alrededor de las cuales surgieron grandes urbanizaciones, edificios y espacios para la diversión, como el parque La Carolina.

El diario El Comercio, hacia los años 50, presenta una doble condición de la ciudad, por un lado mientras se habla con orgullo de las nuevas y modernas construcciones hacia el Norte de la ciudad donde se puede visibilizar un “Quito, moderno, vigoroso y pujante”, por otro lado el periódico se refiere al pésimo estado de los sectores alrededor del Casco Antiguo, incluyendo los sectores que empezaron a surgir hacia el Sur de la ciudad, las zonas “alejadas del sector central y también otras

consideradas como céntricas” (El Comercio, 14 de Junio de 1950). Se habla del mal estado de las calles, la inexistencia de servicios como agua o luz, la insalubridad general, debido al desaseo y a la “incultura de los ciudadanos” que habitaban estos sectores y que los transformaron en “repugnantes estercoleros” (El Comercio, 10, 18 y 25 de mayo; 2 y 16 de junio; 4, 6 y 19 de agosto; 5 y 6 de noviembre de 1950).

Esta consideración de los barrios ubicados en el Centro Histórico como lugares desaseados y problemáticos debido a la presencia de mercados (Central, San Blas y la Marín), de mercados al aire libre (en la Av. 24 de Mayo y en la ciudadela América), comedias públicas que “han hecho víctimas de su desaseo a jornaleros y cargadores”, guaraperías y cantinas en todo este sector, lo que traía consigo problemas de higiene, salubridad y estos espacios se constituían en “focos de perversión social” (El Comercio, 5 al 9 de Abril de 1950).

Por tanto estos lugares necesitaban de control y vigilancia debido a sus condiciones deterioradas de lugares de comercio popular y actividades ligadas al alcohol y al ocio. Pero también se habla de estos sectores como lugares “peligrosos”, se menciona, por ejemplo, que en las cercanías del entonces Penal García Moreno, se daban actos delincuenciales debido a la vecindad con esta institución y a la “calidad de gente” que residía en el sector, así en una noticia del 30 de Abril de 1950 se menciona el ataque a un agente de la Oficina de Seguridad de Quito, mientras este realizaba investigaciones sobre el paradero de varios objetos robados, en una casa conocida como “Penal Chico²¹” ubicada en la calle Rocafuerte. El agente es “victimado” por “gentes de bajo fondo social, de aquellas que viven en el sector” y es rescatado gracias a la intervención de guardias del Penal que acudieron en su ayuda al escuchar los gritos de una persona que acompañaba al agente.

Otras noticias de la época se refieren a robos dirigidos a domicilios y a personas, sin embargo las características de los robos distaban mucho de ser “peligrosos”, se trata más bien de jóvenes que encontrando la puerta abierta de una casa entraban y se llevaban objetos de interés, especialmente en esta época hay un frecuente robo de ropa, tanto de ropa colgada en los tendederos de las casas o la ropa de niños o jóvenes a quienes se les dejaba en “paños menores”, para luego ir a venderla en el sector de la 24

²¹ Se hace referencia al establecimiento penitenciario conocido como penal García Moreno.

de Mayo, el Tejar, San Roque, La Libertad, San Juan y la 5 de Junio (El Comercio, 30 de abril 9 y 25 de mayo; 3, 7, 11 y 13 de junio; 15 y 23 de agosto de 1950).

La planificación urbana, con el pasar de la década de los 60, establecería el Norte para los barrios más acomodados y para las urbanizaciones de tercera clase y el sur para las urbanizaciones de los trabajadores y los barrios populares. De este modo la planificación urbana ratificaba una tendencia que se venía dando desde muchas décadas antes y que consistía en enviar hacia el Sur lo popular y hacia el Norte dar un crecimiento más moderno a lo urbano²². Ejemplo de esto son las casas tipos chalet²³, que empiezan a aparecer en la Mariscal, con estilo americano²⁴.

Gráfico 2. Casas del barrio la Mariscal



Fuente: Fondo Audiovisual del Archivo Histórico, Ministerio de Cultura.
Calle Juan Rodríguez entre Diego de Almagro y 6 de Diciembre (1944)

También Carrión et ál., retoma en su estudio el análisis de varios anuncios publicitarios de la época (62-75) sobre bienes inmuebles que ofrecen recrear el “estilo de vida americano”: “Urbanización Agua Clara. Casas cómodas y funcionales construidas al Estilo Americano”; “Viva en Quito como en Estados Unidos. Conjunto Residencial Beethoven. Lujosas casas brillantemente terminadas. Ubicadas en el sector que ha llegado a ser: el más moderno, de mayor agrado y de más rápida valorización de Quito.

²² Y es así como también se percibe en el imaginario social: “No pues, al Norte estaba la gente bien de la época y al Sur los longos” (AL, 2010, entrevista)

²³ Casa pequeñas, pero de dos pisos, con sus respectivos patios ajardinados en la parte del frente.

²⁴ Porque lo moderno para la época provenía de EE.UU. Mientras en las primeras décadas del siglo XX el modelo era Europa, Francia sobre todo.

Construye; Constructora Pichincha: Arquitectos Durán Ballén y León Cevallos.” (Carrión et ál., 1978: 86).

La ciudad continuó su crecimiento hacia el Norte durante los años 70, que coinciden con el llamado “boom petrolero”. Se acelera la construcción de viviendas, edificios, centros comerciales, locales de diversión y entretenimiento. Y lo que solo era un espacio residencial se convierte en la zona del “boom comercial”.

Si nos remitimos a la historia urbana, podemos entender cómo en el transcurso del tiempo lo popular (en términos sociales y culturales) ha tratado de ser desplazado de determinadas áreas y de alguna manera configurado de manera “civilizada”, aunque podemos ver en la conformación de las ciudades como lo popular se cuele entre los espacios que inicialmente les estuvieron negados.

Por tanto hay que ir más allá, ya que las visiones urbanísticas no toman en cuenta la agencia de los grupos sociales, en la realidad lo social no es un epifenómeno de lo urbano. No existe una dependencia exclusiva y excluyente entre el desarrollo urbano y las configuraciones sociales. Si bien el precio del suelo y de los inmuebles es un factor importante en la ubicación de los sectores populares, estos también hacen ciudad y se ubican en los espacios que eligen. Las invasiones, las ocupaciones, las apropiaciones de espacios e inmuebles son muestras de esto y la forma en que estos sectores se apropian de los espacios y los configuran a partir de que los transitan, los viven e incluso los padecen.

Desde la óptica del urbanismo el barrio popular sería nada más que el barrio donde viven los sectores populares, respondiendo a una distribución espacial de las diferencias sociales que es la lógica de la segregación. Entonces lo popular estaría claramente ubicado en el territorio, y en cada época se configuraría en función de los procesos supraterritoriales, el decir la combinación de la modernización económica, con la modernidad política, que reconfiguran la estructura de clases y también genera las condiciones para que se modelen las mentalidades sociales y las manifestaciones culturales específicas. Desde esta concepción, los barrios populares en distintos momentos epocales se ubicaron en las zonas que la “planificación territorial” dejó para ellos.

Lo popular urbano en esta historia se ha expresado en los espacios permitidos o legalmente permitidos por la sectorización urbana o mercantilmente asequibles por el

precio del suelo. Sin embargo, como ya se mencionó anteriormente, los procesos de movimientos de población no son tan mecánicos y aunque los costos del suelo pueden influir fuertemente en un asentamiento poblacional, también existen otros factores no considerados en la historia urbanista como relaciones sociales o familiares anteriores, familiaridad con los lugares, conveniencia laboral, etc. Los sectores populares, por tanto no solo se rigen de acuerdo a lo definido por las políticas de sectorización urbana o por el tema económico, estos grupos poblacionales han estado presentes en distintos sectores de la ciudad.

El movimiento de la población como forma de diferenciación social

Hernán Ibarra se refiere a la diferenciación entre las clases medias “blanqueadas” del Norte y las clases medias “cholas” del Sur. Las primeras serían los grupos que han adquirido competencias técnico burocráticas o tecno-profesionales, asalariadas tanto en el Estado como en la empresa privada que ya empiezan a tener una forma de vida que se aleja de lo popular. Mientras que las clases medias cholas, pese a incluir elementos asalariados tienen un predominio del pequeño propietario, empleados públicos, clases trabajadoras, semi asalariados, trabajadores inestables, comerciantes, transportistas, etc., que están mucho más inmersos en lo que es el mundo popular y conviven con estos sectores.

En la zona del Centro Histórico para los años 60 se incrementó la salida de los sectores medios y para los años 70 esto se volvió más fuerte. Realmente se quedaron aquellos grupos o con un fuerte apego identitario con el Centro, sus formas de vida y habitar o sin recursos suficientes para adquirir propiedades en la zona Norte. Con la salida de esta población se da un rápido proceso de tugurización en las casas de la zona, que se transforman en conventillos o bodegas de productos.

Si bien, aunque con diversos matices, el Quito de los primeros años del siglo XX mantenía una vida de “vecindad” debido al espacio reducido de la ciudad y al convivencia mixturada de población en ese espacio, convirtiéndose en un espacio social, simbólico y constructor de valores de identidad, pertenencia y diferencia, cuando empiezan a haber clases medias modernas²⁵ -con lo que ideológicamente significa una

²⁵ Sabemos que la modernidad empieza a llegar desde inicios del siglo, sin embargo para que esta alcance las mentalidades de los diferentes grupos sociales, habrá que esperar más tiempo, posiblemente se podría

configuración social moderna-, el estatus social va a modificarse y es cuando estos sectores van a buscar poner tierra de por medio (separación) con respecto a las clases populares. La fuga de la clase media, va dejando tras de sí a los sectores medios “cholos” y a los sectores populares. Ya que el grado de diferenciación sociocultural de las clases medias “cholas”, con respecto a los sectores populares, no resulta grande, en cambio la de las clases medias “blanqueadas” sí. Al asumir este enfoque no quisiera perder de vista otras perspectivas de análisis que explican esos desplazamientos por otros factores como los económicos. Muchos artesanos y comerciantes desplazan sus negocios al norte por busca de clientela, mientras que otros sectores permanecen en el Centro o se desplazan hacia el sur por razones parecidas.

Según los relatos sobre uno de los barrios del Centro Histórico, la gente de “élite” iba saliendo todo el tiempo,

(...) al comienzo decíamos -cualquier persona que llega al barrio es de menor categoría de la que se fue-, pero como sea al final terminaban siendo parte del barrio, integrándose, así hayan empezado al comienzo siendo de menor categoría, después ya fueron parte de este (JE, 2007, entrevista).

Comienzan a deteriorarse los barrios (...), porque la gente de dinero comienza a salir ya del barrio, entonces comienza a venirse hacia la Mariscal (...). Entonces los barrios centrales dejan de ser los sitios donde vivía la alta sociedad, para convertirse primero en barrios de clase media y luego de clase baja (S/N, entrevista No. 1, en Viteri, 2004: 55).

Un eje importante de interpretación es precisamente el momento de la migración de las clases medias del Centro hacia afuera, porque eso marca un indicio de que ya son socialmente algo distinto y que culturalmente se empiezan a despegar del mundo popular.

Las clases medias “blanqueadas” del Norte ya no son parte del pueblo, pero las clases medias “cholas” sí lo son, hasta que en un momento las clases medias “cholas” se blanquean y también se separan, pero aún tienen vínculos en esos espacios, muchas veces de tipo familiar, nostálgico o de propiedad.

hablar de un sector medio moderno desde finales de los años 50 hasta la década de los 60, aunque con ciertas prácticas aún conservadoras que perdurarían por varias décadas.

El barrio popular

“Hay lugares que nos hacen ser quienes somos”²⁶

El barrio es una estructura imaginaria a construida culturalmente a partir de la interacción comunitaria en un espacio. Este permite la edificación de una red simbólica –códigos, símbolos e imaginarios- que permite una identificación a nivel local y la diferencia con otros contextos sociales.

Para la época de la investigación y posiblemente desde tiempo pasado, el barrio se construye como un espacio aparte dentro de la misma ciudad. Se constituye en un espacio separado, con sus propios referentes e historias, reclamado como propio por sus habitantes. Estos lo convierten en un lugar compartido, de carácter público y privado, resultado de los usos cotidianos de sus espacios: las esquinas, las escalinatas, las canchas, las veredas, los zaguanes, las tiendas, la escuela, el colegio, incluso la iglesia.

Como señala un testimonio sobre el barrio de la Tola:

La Tola más o menos se enmarca desde la Plaza Belmonte hasta la Plaza Marín y todo lo que es el Itchimbía hasta el coliseo; entonces todo eso significaba una ciudad. Otra ciudad era la ciudad de San Marcos, otra ciudad era la ciudad de la Loma, la otra ciudad era la de San Roque, otra la ciudad de San Sebastián; no eran barrios, eran ciudades totalmente apartes (S/N, entrevista No. 1, citada en Viteri, 2004: 60)

A partir de esta vivencia física, corporal y significativa del barrio este adquiere una identidad propia para sus habitantes. “El barrio es una noción dinámica que necesita aprendizaje progresivo que se incrementa con la repetición del compromiso del cuerpo del usuario en el espacio público hasta ejercer su apropiación de tal espacio” (De Certau et ál., 1999: 10).

El individuo vivía el barrio y con el barrio, su vínculo se daba más a nivel de barrio que de ciudad y por esto los habitantes construían la identidad social y espacial a través de la producción de códigos, imágenes, sonidos y símbolos netamente barriales.

Según Michel De Certau, el barrio como espacio privado y público es un objeto de consumo del cual se apropia el individuo, pero además y más allá de esto, el barrio acontece escenario y actor dentro de una vida cotidiana llena de tácticas, compromisos y

²⁶ Triller de la película de Clint Eastwood “Mystic River” (2003).

conveniencias. Es una estructura aglutinantes de relatos y aventuras urbanas (De Certau et ál., 1999).

El apoderamiento del barrio se hace a partir de recorrer el espacio, conocer sus lugares, transitar diariamente y crear vínculos con estos y también con los otros habitantes.

El barrio es el espacio de una relación con el otro como ser social, que exige un tratamiento especial. Salir de la casa de uno, caminar en la calle, es para empezar el planteamiento de un acto cultural, no arbitrario: inscribe al habitante en una red de signos sociales cuya existencia es anterior a él (vecindad, configuración de lugares, etc.). La relación entrada/salida, dentro/fuera, confirma otras relaciones (domicilio/trabajo, conocido/desconocido, calor/frío, tiempo húmedo/tiempo seco, actividad/pasividad, masculino/femenino...); siempre se trata de una relación entre sí mismo y el mundo físico y social (De Certau, Giard y Mayol, 1999: 11).

Parte de esto se muestra en el testimonio sobre uno de los barrios de Quito recogido por Viteri.

Todos esos eran sitios de concentración, por ejemplo en la peluquería arrendabas la guitarra, el peluquero siempre tenía guitarra y el zapatero. Ahí siempre arrendabas la guitarra. Entonces donde el peluquero ibas a jugar damas y a leer el periódico, todo el mundo paraba ahí. Entonces había el peluquero del barrio, el zapatero, hay gentes importantísimas que van constituyendo... hay el prestamista del barrio, habían los sitios donde ibas a empeñar, tú mamá iba a empeñar cosas, todos empeñábamos (S/N, entrevista No. 1, citada en Viteri, 2003: 60).

La historia o lo que acontece dentro del barrio es narrada de acuerdo a los sentimientos de la gente que vive en él,

... ellos conciben su sociedad como algo cerrado, como una organización hierática en la cual las posiciones y obligaciones de las personas son definidas y reconocidas por todos y por cada uno. Esto incluye el mundo físico y espacial del barrio y el mundo de las representaciones sobrenaturales que la gente referencia en él, como por ejemplo la fiesta patronal, en la que participaban todos (Whyte, 1964: 272-273, citado en Gravano, 2005: 53).

Esta vida barrial trae consigo sentimientos de solidaridad e identificación entre sus miembros, ya que son las relaciones personales las que caracterizan inherentemente una vecindad, “un barrio se definiría como una unidad vecinal construida ideológicamente por los propios autores en función de intereses del contexto social, como parte de la identificación espacialmente acotada en los barrios” (Gravano, 2005: 44).

Los barrios conforman la parte más entrañable de la ciudad. Se construyen a golpes de tiempo, de luchas de esperanzas. Se moldean con la arcilla de la vida de las gentes, desde el momento que por diversas circunstancias se encuentran frente a frente con un espacio que deben ocupar y transformar, no en pocas ocasiones en condiciones de dureza y de desigualdad, como si estuvieran inventando el primer día de la creación. (Niño, 1994; citado en Franco Silva, 1999:1)

Sin embargo al interior de estas estructuras los conflictos no están ausentes, así como las luchas de poder y los elementos de dominación. Cuestiones como la clase, la etnia o el género, por ejemplo, son parte de los barrios.

Pero también en torno a la idea del vecindario gravitan cálidos sentimientos de nostalgia y el anhelo de vivir en comunidad. Para la época de la investigación en la segunda mitad del siglo XX, el barrio era la estructura socializadora por excelencia, después de la familia, y posiblemente antes del colegio y el lugar de trabajo; además el orden barrial era el que otorgaba identidad y sentido de pertenecer a algo. La idea de comunidad la podemos entender desde Ferdinand Tönnies como “aquella forma de socialización en la que los sujetos en razón de su procedencia común, proximidad local o convicciones axiológicas compartidas, han logrado un grado tal de consenso implícito que llegan a sincronizar en los criterios de apreciación” (Tönnies, 1992, citado en Honneth, 1999: 10). Sin embargo esta forma de entender la comunidad y de entenderse como comunidad puede generar actitudes de segregación y de exclusión con respecto a grupos que no se consideran de igual procedencia, o de similares convicciones axiológicas, aunque se comparta una proximidad espacial.

Resulta interesante, en este sentido, como uno de los informantes al iniciar su entrevista trataba de dar una imagen armónica del barrio en el que vivió en su juventud, La Libertad: “en realidad en el barrio había familiaridad, no había distinción de clases, todos se llevaban, los vecinos, yo jugaba con todas las personas, nos reuníamos a jugar vóley, básquet, era en el patio de las casas, una pelota de trapo, lo interesante era la amistad que había, nos llevábamos con todo el mundo” (MV, 2011, entrevista). Sin embargo al ir profundizando en la entrevista y al referirse a la población que habitaba en el barrio y sus alrededores, se topó el tema de la población indígena y campesina del lugar. “Ah, sí, si había indios, pero ellos eran muy aparte, no se mezclaban. Igual cierto que habían gente del campo, pero igual ellos estaban aparte, eran otra cosa” (Ibíd.). Lo

contradictorio y lo que no percibe el entrevistado es que esta gente que estaba aparte y no se mezclaba vivía en el mismo barrio, incluso en las mismas casas que el resto de la población. Esta entrevista y otras similares pueden acercarnos a la realidad de que en el discurso, así como en la memoria de los sectores medios y populares, los indígenas y los sectores campesinos de los barrios estaban invisibilizados, no representaban parte de la población, eran “otra cosa”. La idea de comunidad, por tanto, se da entre aquellos que se consideran iguales, aun cuando, paradójicamente, haya habido otros sectores habitando esos barrios.

El caso de los barrios populares resulta sumamente interesante ya que pese a ser lugares de presencia de clases populares, sectores indígenas y campesinos, y pese a que muchos sectores medios habían abandonado estos espacios, en la época de estudio aún existió una coexistencia con personas y familias de sectores medios, que actualmente aún se identifican con estos barrios y miran con nostalgia su vida en estos.

Finalmente hay que agregar, en esta primera parte, que el territorio, en este caso referente al barrio es un fuerte elemento que constituye identidades, sin embargo no es el único, existen otros elementos que están fuera de los barrios y que también marcan fuertemente la forma en que los sujetos se constituyen, el lugar de trabajo es uno de estos, el lugar de estudios y también el lugar del ocio y la recreación. Estos espacios ponen en movimiento una serie de relaciones que te configuran identitariamente y que te constituyen como parte de un grupo social. En el siguiente capítulo se analizarán las relaciones de los sujetos con los distintos espacios que los configuran y cómo a partir de estas relaciones los sujetos ponen en marcha un complejo juego de identificación y diferenciación, de acercamiento y separación a través de una serie de fronteras flexibles y móviles con respecto a sus “inter pares” y a los otros.

Para Ferguson y Gupta (2007) “los lugares recordados, por supuesto, a menudo han servido a los pueblos dispersos como anclas simbólicas de una comunidad” (Ibíd.: 8). Pienso por ejemplo en el por qué aunque la gente haya pasado la mayor cantidad de tiempo en otros barrio, se identifican con uno en especial, esto se explica debido a que “los aspectos de nuestras vidas permanecen altamente ‘localizados’ en un sentido social.” (Ibíd.). Por tanto “el espacio se hace significativo” y “la experiencia del espacio se construye socialmente” (Ibíd.: 9).

CAPÍTULO IV LUGARES, DISTINCIONES, FRONTERAS Y ACERCAMIENTOS

Como vimos en el capítulo anterior la modernidad temprana²⁷ introdujo en la sociedad ecuatoriana una serie de reformas económicas, políticas, jurídicas y administrativas que afectaron su dinámica social. Estas reformas conservaron en parte su antigua matriz, pero introdujeron cambios en los relacionamientos entre las clases y en la vida cotidiana.

Durante las primeras décadas del siglo XX, los gobiernos liberales y post liberales promovieron una serie de reformas tendientes a modernizar el Estado, dinamizar el intercambio e incorporar al Ecuador al mercado mundial y a su lógica económica. A pesar de ello a nivel social, en términos de relaciones de género, de clase y étnicas, los cambios fueron más lentos; hasta la década de los años cincuenta, sobrevivieron a los esfuerzos modernizadores, y a los intentos de igualdad ciudadana, valores y comportamientos de una sociedad tradicional tremendamente dividida. Según Kingman (2006) “No hay que perder de vista, que en nuestras ciudades la modernización de las instituciones se dio en un contexto en el que seguía funcionando una sociedad tradicional, estamental y jerárquica”. (Kingman, 2006: 52).

Con base en lo anteriormente expuesto, el período de interés para esta investigación, segunda mitad del siglo XX, supuso un cierto asentamiento de nuevas formas culturales y sociales, luego de que en décadas anteriores se diera un reacomodamiento social en el sentido de una paulatina aparición de elementos de estratificación por “clases” en una sociedad donde aún funcionaban los “estamentos”, junto con la fuerte presencia de una organización por “castas”, fundamentada en las diferencias étnicas. Las relaciones sociales de la población, se movían en un campo de fuerzas, en el sentido de Bourdieu, en el que aún era posible afirmar y reproducir anteriores formas de organización social, mientras emergían nuevas y en el que era posible ver una lógica de constante mezcla e hibridación juntamente con prácticas de diferenciación entre hombres, mujeres, indígenas, no indígenas, ricos, pobres, etc.

²⁷ A criterio de Eduardo Kingman (2006) es mucho más acertado hablar de que en el Ecuador se dio una primera modernidad, modernidad temprana o modernidad periférica, ya que los cambios tecnológicos y económicos llegaron sin que estos asuman la forma de una modernidad en términos culturales.

Los barrios: la casa, la calle, las esquinas y los lugares prohibidos

Para la primera e incluso la segunda mitad del siglo XX, varias familias de lo que se consideraba sectores medios vivieron en los barrios del Centro y del naciente Sur, San Roque, San Sebastián, San Juan, la Tola, la Villaflora, la Hermita, la 24 de Mayo, el Placer, San Blas, la Libertad, entre otros. Sin embargo esos barrios eran considerados populares o habían comenzado a considerarse populares durante la época de interés de este estudio (años 50 a 70 del siglo XX). Como ya se analizó en el capítulo anterior con mayor detalle, es importante señalar que en esta época, el país vivió importantes hechos económicos y políticos relacionados con el crecimiento de las ciudades, la elaboración y aplicación de la Ley de Reforma Agraria (1964 y 1973) y clima de inestabilidad política que fue resuelto en parte con gobiernos dictatoriales militares (décadas 1960 - 1970). Particularmente con la Reforma Agraria de 1964 y 1973 se aceleró la disolución de la hacienda tradicional de raíz colonial. Debido a este conjunto de sucesos que marcan cambios en el país y en la ciudad de Quito, no se puede hablar de un continuum. Existen procesos distintos que se contraponen o se superponen durante este periodo y es justamente de esto que trata de esta investigación. De sus efectos sociales, pero además de los cambios en los sistemas de percepción.

Manuel Espinosa Apolo, en su estudio *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito, primera mitad del siglo XX* (2003), se refiere a la década de 1940 como un momento final de una época de tradiciones vecinales, donde los grupos medios han abandonado totalmente el Centro Histórico y se lo han dejado a los sectores populares. Sin embargo, de acuerdo a las historias de muchas familias de grupos medios, hubo un amplio sector que aún se quedó en este sector por un par de décadas más, manteniendo prácticas y tradiciones compartidas con los sectores populares. Podría asegurar que esto llega a modificarse drásticamente durante la década de los 70, a partir del “Boom petrolero”, cuando los cambios se vuelven más vertiginosos. En los 70 se produce un acelerado proceso de modernización y crecimiento de las urbes, la ciudad de Quito se expande definitivamente hacia sur y norte, como se vio en el capítulo anterior llenándose el centro de la ciudad de una gran cantidad de “extraños” que provocan la huida de la gente de clase media hacia otros sectores, especialmente al norte de la ciudad.

Ahora bien, como ya se mencionó en el primer capítulo hace falta retomar la precisión de Cecilia Duran (2000) quien habla de la heterogeneidad de sujetos que componían el sector medio en el Ecuador. A más de la diversidad de ocupaciones que menciona esta autora, estos diversos sectores de la clase media tenían distintas “proveniencias” o trayectorias relacionadas con aspectos sociales étnicos y de género.

Aunque estos barrios estaban poblados por varios grupos que a pesar de su presencia cotidiana estaba invisibilizados, al igual que su memoria. Si para Todorov, el rasgo constitutivo de la memoria es “la selección, no hay que extrañarse de este proceso de separación de otras memorias sociales. La memoria constituye una interacción entre supresión y preservación, en este juego constante se recrea el pasado” (Todorov, 2000: 15-16). En el caso particular de lo que nos preocupa la ausencia de testimonios del pasado está directamente relacionado con el poco interés en hacer ese registro por parte de los investigadores, así como con el poco interés de los propios actores por dejar testimonio de una época para ellos definitivamente superada.

Cuando se retoman las conversaciones con hombres y mujeres que vivieron su niñez y adolescencia en barrios populares²⁸, se resalta su condición como sectores medios, distinguiendo inicialmente su situación como propietarios de casas en el sector y en ese sentido constituían una “elite” dentro del barrio²⁹, JE, actualmente jubilado pero con un local de servicio técnico electrónico en el barrio América, que vivió toda su infancia y juventud en el barrio La Libertad recuerda la composición social del sector:

(...) digamos que la “elite” del barrio estaba constituida por algunos sectores, el sector ubicado en la calle Bolívar, que se llamaba Las Villas, ahí había una concentración de gente, otra “elite” dentro del barrio, por supuesto, había en el sector de la Cumandá y en San Roque alto. En ese tiempo vivían familias como los Armijos, Nicolalde, Estévez, Salguero, Román, Vásconez, nosotros éramos Espín, pero nos conocían como la familia Vásconez. (JE, 2007, entrevista)

Resulta interesante ver las formas como se identifican y clasifican los individuos y como organizan su memoria a partir de esas clasificaciones Guerrero (2010) diría, siguiendo a Bourdieu, que esto ocurre a partir de las matrices clasificatorias de percepción, apreciación y acción de los agentes, así como su respectivo *habitus* (Bourdieu, 2000). Sin embargo también hay que tomar en cuenta las prácticas sociales

²⁸ Específicamente en el sector de San Roque, La Libertad, El Placer, la 24 de Mayo, San Juan, la Tola y San Blas.

²⁹ Refiriéndose al barrio de San Roque.

que van configurando a los sujetos, expresadas en las diferentes relaciones que se producían entre estas poblaciones y los lugares en los que desarrollaban su vida cotidiana. En este sentido el uso de los rasgos culturales como marcadores de diferenciación que construyen la frontera.” (Kauffer, 2005). Aunque la propia noción de sentido común ciudadano podría ser relativizada ya que establece una media que agrupa al conjunto de ciudadanos blanco mestizos sin mostrar las diferencias existentes dentro de ellos ni los cambios que se producen en sus *habitus* en medio de los relacionamientos sociales.

En el caso de la gente de sectores medios de estos barrios, el ser propietario de un inmueble es un marcador de diferenciación y es un tipo de relación que se mantiene con un espacio y a partir de ella una forma de posicionarse al interior del barrio. Aunque las condiciones “materiales” como dueños de casa no necesariamente eran las óptimas ya que en buena parte de los casos se trataba de grandes casas viejas desprovistas de muchos servicios, destruidas por el tiempo y acomodadas a los usos de la familia o las familias que vivían en estas, el ser dueño de casa constituía un estatus y un factor de diferenciación. Según las descripciones, había una serie de cuartos de todos tamaños que eran adaptados de acuerdo al espacio que cada familia requería, pero los espacios más importante, eran por lo general ocupados por los dueños. Al mismo tiempo, no hay que perder de vista, que estos sectores eran propietarios de casas ubicadas en barrios populares en las que además vivían, lo que les colocaba en condiciones de inferioridad con respecto a otros sectores, ubicados en otro nivel de la escala social que habitaban al Norte.

En esas casas, servicios como la cocina o las áreas sociales no tenían planificación, sus diseños eran improvisados. Incluso el baño o la ducha eran inexistentes en varias casas, muchos entrevistados recuerdan el uso de bacinillas que eran vaciadas en la mañana en las quebradas cercanas o en las alcantarillas, también el uso de tinajas calentadas al sol para el baño semanal o de los famosos baños de agua caliente. GL, asistente de mantenimiento de la “Casa del Reloj”, quien vivió en La Libertad durante 25 años, recuerda la utilización de baños públicos de agua caliente o de vertientes:

Aunque sí era medio pelucón irse a los baños [de agua caliente], nosotros íbamos al bosque³⁰, calentábamos el agua al sol, y con un tarro de manteca Porky [nos echábamos el agua], y con un jabón “Alex” que dejaba el pelo nuevecito, era así, porque un baño [de agua caliente] costaba cuarenta y sesenta centavos, había en la Abdón Calderón, en la Ambato habían otros, y en la Rocafuerte, eso era mucho para nosotros. [Así que] también subíamos al dique a bañarnos, aseados éramos eso sí, pobres pero aseados. El baño era el sábado generalmente, bueno [como] nosotros pasábamos en el parque en el relleno, jugando fútbol, nunca faltó el baño, el fin de semana nos íbamos al Tingo, si éramos aseados (GL, 2011, entrevista).

Por otro lado, en las grandes casas de familias de clase media, las instalaciones eléctricas, llenas de remiendos y conexiones estaban por fuera de las paredes, el servicio telefónico tardó varios años en llegar y lo común era tener un solo teléfono para toda una casa de vecindario o incluso para todo el barrio, ubicado generalmente en la tienda principal del sector. Los techos estaban llenos de goteras que se reparaban en época de verano para que soportaran el invierno, en resumen, utilizando las palabras de una entrevistada, contadora jubilada que vivió 33 años en el barrio de San Roque, “las casas ya se caían” (XE, 2010, entrevista).

Sin embargo, como ya se ha señalado, el ser propietario significaba un estatus superior con respecto, por ejemplo, a los inquilinos de las casas. La mayoría de los inmuebles del sector podrían ser considerados “casas renteras”, aunque en realidad la práctica de arrendar varias piezas desocupadas, donde se acomodaban las familias que no tenían una casa propia, era una forma de completar los propios ingresos familiares, de por sí escasos. Como señala la misma entrevistada, “habían dos inquilinos en [mi] casa, una familia de seis hijos y otra que era el papá y tres hijas mujeres, cada familia ocupaba uno o dos cuartos máximo” (Ibíd.)

Muchos servicios, cuando los tenían las casas, como lavanderías o baños, eran usados únicamente por los dueños, mientras los inquilinos tenían que buscar estos servicios en las quebradas, que eran comunes en el Centro de Quito, “una de esas bajaba desde la Chorrera, lavaban las ropas de las casas en donde no habían piedras, porque no todas las casas tenían piedra de lavar, o tenían una sola que ocupaban los dueños de las casa” (XE, 2008, entrevista), también se crearon en el sector las lavanderías

³⁰ Se refiere a un espacio de aproximadamente 1 hectárea ubicado entre los barrios de La Libertad y San Roque de propiedad de la familia Estévez Espinel, que era aprovechado por todos los niños y jóvenes del sector para jugar.

Municipales, “hubo una lavandería Municipal en la calle Quiroga y Bolívar, otra lavandería hubo en la calle Ermita, ahí iban a lavar las lavanderas o los inquilinos” (JE, 2009, entrevista).

Yo viví toda mi juventud en casas renteras, un tiempo en la Casa del Obrero, que era en la Imbabura y Manabí; también en la Chilena, al frente había una panadería, y con mi hermano veíamos lo que salía el pan, en unas canastas, montones de pan, seis un sucre; viví en donde es el Tejar, que había un precioso parque, ahí se jugaba, se paseaba, entonces yo ya vivía con mi tía, ella siempre arrendaba por San Roque, había una casa en la Mejía, frente al parque, que era delgada, habían unas gradas, un cuarto, gradas, [otro] cuarto, eran las casas de diferente tipo. Claro que te sentías un poco de menos cuando vivías, por ejemplo, junto a los dueños de casa, ellos estaban como en otro nivel. Y una pensaba, de joven, lindo tener una casa y no tener que ir de un lado a otro como cuando se es solo inquilina (LV, 2011, entrevista).

Otros inquilinos podían pasar muchos años viviendo en la misma casa, compartiendo con los dueños, aunque con condiciones distintas que les recordaban su situación de arrendatarios:

Habían inquilinos, había nuestro “departamento” (que era la parte delantera de la casa), con puerta independiente y lo otro era para todas las familias y habían familias que vivieron muchos años, por ejemplo la familia Avilés, que vivió catorce años, pero cuando cumplieron catorce años [mi] papá les pidió que desalojaran porque según la ley de inquilinato, con quince años pasaban a ser propietarios (PR, 2011, entrevista).

Estas condiciones de existencia distintas producirían, de acuerdo a Bourdieu, *habitus* diferentes así como prácticas y percepciones diferenciadas que se generan a partir de estos,

(...) expresan las diferencias objetivamente inscritas en las condiciones de existencia bajo la forma de sistemas de variaciones diferenciales que, percibidas por unos agentes dotados de los necesarios esquemas de percepción y de apreciación para descubrir, interpretar y evaluar en ellos las características pertinentes, funcionan como unos estilos de vida (2000: 169).

En este sentido Bourdieu entendería que la identidad se constituiría a partir de la condición de clase. Por tanto la diferenciación, establece una frontera que marca una distinción con respecto a otros. El problema, desde la perspectiva de la investigación antropológica e histórica es definir cómo se constituyen, de manera concreta esos *habitus* diferentes. Por un lado hay una institucionalización de la diferencia a partir de

nociones como las de decencia o de prohibiciones dirigidas a evitar los relacionamientos entre las clases, por otro una tendencia inevitable a la mezcla que está dada por las condiciones propias de un barrio o un vecindario.

Una entrevistada recuerda que cuando era niña sus padres no le permitían “llevarse” con los inquilinos debido a que no eran “gente respetable”, Marisol de la Cadena dice que la familia biológica era un componente central de la decencia y la condición de ser individuos respetables, cuestiones muy retomadas por las clases medias para distinguirse de los otros de clases inferiores³¹. “La familia es el primer elemento social que notoriamente modifica las tendencias heredadas del individuo, inclinándolo hacia el bien o el mal, dependiendo de los hábitos parentales desarrollado en el hogar” (Luna, 1919:31, citado por De la Cadena, 2000: 256), la familia era la encargada de fijar parámetros de comportamiento “apropiados” para la condición de clase, establecían límites entre lo correcto y lo incorrecto respecto a amistades y socialización. Al mismo tiempo había una tendencia natural de los niños a jugar con otros niños aunque estos no eran de su misma condición.

Está por ejemplo el testimonio de una mujer de 56 años, contadora jubilada que vivió su niñez y juventud en el barrio de San Roque: “[los inquilinos] tenían su espacio de vivienda, se supone que separado de la vida de nuestra familia, pero nosotras nos escapábamos y a veces jugábamos con las hijas (...) pero cuando [mis papás] no nos veían. Me acuerdo a veces jugando a las corridas de toros: ellas [las hijas de las inquilinas] como eran más de la calle, se conseguían unos cachos de toro –supongo que del Camal- y nos perseguían. Jugábamos a las corridas de toros, nosotras teníamos vestidos de españolas, entonces hacíamos una corrida de toros” (XE, 2010, entrevista), la entrevistada aclara esta distinción que realiza sobre la condición de ser “más de la calle”: “nosotras éramos niñas de la casa, solo podíamos estar dentro de la casa y salir solo con los papás. O ir al colegio y regresar del colegio derecho a la casa” (Ibíd.). Aquí aparecen dos elementos interesantes, por un lado habían, efectivamente, puntos de encuentro, por otro se marcaban, desde un inicio rasgos distintivos o fronteras de clase y de género, “ser de la calle” o “ser de la casa”, y como el grupo construye la diferencia a través de la relación con los otros que no cumplían con los condicionamientos para

³¹ Hay que aclarar que la decencia no es exclusiva de la clase media, pero en las historias de vida y en las entrevistas realizadas, se ve un fuerte rescate de esta como característica de su condición de clase.

pertenecer al mismo grupo social (Barth, 1976), ser de la calle, por ejemplo, marcaban desde el grupo de las niñas una diferencia con respecto a las hijas de las inquilinas y donde la calle es entendida como el lugar peligroso, posiblemente reservado para los hombres, donde no era propio que las niñas “de su casa” estuvieran, y pese a que se compartían experiencias, como el juego, se tenían los límites claramente identificados. Ahora bien, el énfasis puesto en estos límites lo que expresa, en realidad, es la fragilidad de los mismos límites.

Incluso en referencia a los juegos se presentaban claras demarcaciones respecto a las posiciones ocupadas dentro del mundo lúdico. AL, una mujer de 64 años, costurera de profesión, quien vivió por 13 años en el barrio La Libertad, recuerda que cuando jugaban con las hijas de los dueños de casa siempre “eran las patronitas, como les decíamos medio en broma, las que decían a qué se iba a jugar”, y cuando se trataba de juegos de roles, “ellas eran siempre las doñitas, las señoras y yo con mis hermanas éramos las empleadas o las placeras³²” (AL, 2010, entrevista). Lo que hacían las niñas era representar roles naturalizados en el sentido común, propios de su condición social, los mismos que eran puestos en juego, con otro tipo de niñas. Del mismo modo, al jugar debían hacerlo separadas de los niños. La entrevistada recalca que cuando jugaban lo hacían solo con las niñas, jugar con niños era impensable.

Mi tía abuela tenía una frase que refleja muy bien este comportamiento, “hombres con hombres y mujeres con mujeres”, que significaba que los niños y las niñas no podían socializar juntos, tenían que hacerlo por separado.

Aquí también es interesante recurrir a los planteamientos de Frederick Barth para quien la diferencia se establece no de acuerdo a “la suma de diferencias ‘objetivas’, sino solamente aquellos [contenidos culturales] que los actores consideran significativos” (Op. cit.: 15), en base a la instrumentalización que los miembros de un grupo hacen de ellos, pues mientras algunos “son utilizados por los actores como señales y emblemas de diferencia, otros son pasados por alto y en algunas relaciones, diferencias radicales son

³² Ya en la colonia, las mujeres se agrupaban en las plazas, vendiendo frutas, legumbres y dulces preparados por ellas, por este motivo adquirieron el nombre de *placera* y así se denomina a las mujeres que trabajan de vendedoras en el mercado, pero este nombre también tiene un carácter despectivo para referirse a mujeres vulgares, frases como “tener boca de placera”, que significa hablar con malas palabras o “pelear como placera”, que se entendería como enfrentarse cara a cara contra otro/a sin importar los medios, reflejan esta situación.

desdeñadas y negadas” (Ibíd.)³³. Es así como este contacto limitados con los inquilinos o el “llevarse de lejitos” (AL, 2010, entrevista) se producía a partir de que se los consideraba de más baja condición, con educación limitada, de escasos recursos y por tanto gente “no decente” o “no respetable”. Esta idea constante para muchos entrevistados de que su posición de clase implicaba un contenido cultural particular, en este caso la decencia, posiblemente puede ser tomada como matriz de percepción, de apreciación y de acción (Bourdieu, 2007) que orientaba las prácticas de los agentes.

Yo vivía en la [calle] Rocafuerte, arriba del penal García Moreno, en la casa del loco Haro, así le decían porque cuando tomaba mucho se ponía como loco. Era una casa de varios pisos, tenía como tres, nosotros vivíamos en la planta baja, como se diría ahora. En el piso de bien arriba vivía el dueño de casa, con la esposa y tres hijas mayores que nosotras. También en ese mismo piso vivía la tía de la esposa del loco Haro con la familia. Ellos eran, digamos, los patrones, los dueños de casa, las hijas estudiaban en la Providencia y él era negociante (...), en esa parte de la casa había un baño privado, solo para el piso. En el piso de más abajo vivía la familia de la Carmelina, ellos eran de menos plata, pero igual se consideraban gente decente, las hijas de ella estudiaban en el [colegio] 24 [de Mayo]. Nosotros en cambio sí éramos a los que nos “longueaban” todos, que vivíamos en la “planta baja”, con un solo baño para toditos los inquilinos que éramos como unas 12 familias. A las hijas del loco Haro no les dejaban jugar con nosotros y menos a las de la Carmelina, éramos (...) la chusma de esa casa (AL, 2010, entrevista).

En este testimonio podemos ver que la diferencia entre los propietarios y los inquilinos se incrementaba por la ubicación de los habitantes de la casa, de arriba hacia abajo, y se traduce en la imposibilidad de socializar entre unos y otros. Aunque esto también se vuelve relativo, los niños podían jugar unos con otros mientras estaban libres de la mirada de sus padres. Y entre los arrendatarios y los propietarios se generaba un sentido de vecindad, esta experiencia, sumada a la de vivir en una ciudad pequeña, daba a los pobladores de Quito la percepción de que todos se conocían: “Como te digo, todos nos conocíamos, era como que habías nacido conociéndote, todos eran hijos de familias conocidas” (Entrevista a Rosa Laura Rúales realizada por Cristina Solís, 2009).

³³ En este sentido se marcaría un acercamiento con Bourdieu, ya que para Barth habría un proceso de selección por parte de los agentes para escoger qué contenidos culturales, de los muchos que pueden tener un grupo social, generan una diferencia. Mientras para Bourdieu, aunque el habitus es una incorporación de historia, de tradición y de experiencia adquirida, lo que podría interpretarse como un mecanicismo al momento de pasar a la práctica, sin embargo la práctica, para Bourdieu es producto de una relación dialéctica entre habitus y situación, la práctica por tanto se elabora en el acto. El habitus prepara al agente para práctica, pero es la situación la que determina cómo va a ser esta.

El barrio en el que más tiempo viví fue la Guaragua, ahí estaban los Estupiñán, los Roura, los Burbano, los Mora Bowen, que eran amigos, teníamos tres grupos, los viejos, los medianamente jóvenes y los chicos, todos éramos amigos, el hijo del sastre, del zapatero, en mi casa había cuatro covachas a debajo, que subarrendaba mamá, porque mamá arrendó toda la casa y entonces arrendaba piezas. (Entrevista a Alejandro Solís realizada por Cristina Solís, ibíd.).

Aunque el testimonio anterior, registrado por Cristina Solís, se refiere a una época anterior, da cuenta de una dinámica que se reproduce hasta la época de interés de este estudio. Este tipo de vecindad, aparece como un campo de fuerza, en términos de Bourdieu (1988), es decir como un subespacio social relativamente autónomo, un microcosmos al interior del macrocosmos social, en el que se dan tensiones tendientes a conservar o transformar su relación; la vivencia de espacios de juego y vivienda compartida, podría dar la imagen de que los pobladores habían superado viejas formas de establecer fronteras sociales entre los diferentes grupos, pero parece que no fue así necesariamente, las fronteras se levantaban incluso allí en la casona compartida, en el tamaño y número de las habitaciones que se ocupaban, en la cantidad de luz y ventilación que recibían, en el piso que se ubicaban, en el acceso al baño, en la condición de ser arrendatario o subarrendatario. En la casona aún estaba presente la herencia de una sociedad estamental dividida como en épocas pasadas que se reproducía en diferentes dimensiones entre los pobladores de un Quito que pretendía ser moderno, incluso el hecho de que entre los habitantes se hablara de familias y no de individuos, y ubicaran a las familias por los apellidos que tenían, da cuenta de que en la organización social aún se mantenían los principios de la sociedad estamental.

La calle representaba también parte importante de la vida del barrio y formaba un espacio más de desarrollo identitario de los habitantes, particularmente los varones. PJ quien vivió desde los años 50 del siglo pasado hasta los 70 en la Ermita, declara “la calle era nuestra vida, uno aprendía a hacer vida en la calle” (PJ, 2009, entrevista). Su relato se refiere a su condición de hombre “plazuela”³⁴, que desde pequeño aprendía a “lidiar” con la calle. También GL, otro de los entrevistados, recuerda su niñez vinculado a la calle: “nosotros siempre era a jugar en la calle: trompos, bolas, botones, cabos y el

³⁴ El término plazuela se usa para caracterizar a una persona que se maneja bien en la calle y que puede enfrentarse al mundo. Generalmente los elementos asociados con este término son saber pelear, no dejar que nadie te avasalle, ser vivaz y saber resolver situaciones difíciles.

parque; (...) conseguimos que nos haga el Macizo³⁵ las ruedas, conseguir rulimanes, para hacer un coche; hacer cometas: teníamos que hacer bien la cometa, era un proceso, los sigses se conseguía en “el dique” y tenías que saber cómo cortar los sigses, y calcular bien para que la cometa vuele, igual la cola, el cuadrante. La vida se daba en la calle” (GL, 2011, entrevista).

Sin embargo este espacio no significaba lo mismo para hombres y mujeres³⁶, como ya se anotó más arriba, las mujeres veían este territorio como peligroso, como espacio de hombres solamente, las mujeres no podían apropiarse de él tan libre y ampliamente como lo hacían los hombres. “A las mujeres [que jugaban con los hombres] se les decía carishinas³⁷, machorras. Había una que jugaba con nosotros, se daba trompones” (GL, 2011, entrevista)

No, las mujeres no jugaban [en la calle], ellas dentro de su casa, en el barrio había una mujer que jugaba con nosotros las bolas y era la “Loca Teresa”, carishina, [el resto] no jugaban [afuera, en la calle]. Lo que me acuerdo era que jugaban o-o-a, rayuela, la hula, la cuerda, dentro de casa, en los patios, no en la calle. La “Loca Teresa” era hija de la señora de la tienda (PR, 2011, entrevista).

[Los hombres] eran criados para el mundo, para la calle, (...) el hombre era el sucio, de la calle, que ande con todas las mujeres del barrio, [la idea de decencia] era solo para la mujer, ella era la virtuosa, prepararle para el matrimonio dentro de casa (JE, 2010, entrevista).

Vemos que se trata de sectores sociales cuyos varones necesitaban aprender de la calle, saber moverse en ella, sin importarles la decencia, al mismo tiempo que buscan reproducirlo en la casa. Esto es algo que no se da entre las élites donde no solo las niñas sino los niños deben permanecer alejados de la calle.

La decencia y el género

A las mujeres se les ha atribuido el papel de guardianas de la identidad y la tradición (Prieto, 2005; De la Cadena, 2004; Cuminao, 2006), pero también eran responsables de

³⁵ Jorge Ribadeneira, apodado “Macizo”, artesano madereros famoso por su confección trompos. Su taller está ubicado en el barrio de San Roque, donde algunos lo conocen como Campeón Mundial o El Rey del baile de trompos.

³⁶ Específicamente me refiero a estos grupos poblacionales de sectores medios que aún mantenían visiones conservadoras sobre cómo debía funcionar lo social.

³⁷ Palabra kichwa que significa cari: hombre y shina: como. Se entendería que una carishina es una mujer que practica actividades del hombre o que “callejea” e ignora el quehacer doméstico. En el cachullapi La Carishina de origen ecuatoriano una estrofa dice “Fiera guambra carishina, amante de los varones, en la esquina silbadora y en tu casa gran señora”.

mantener la “decencia” de la familia, valor sumamente importante para las personas involucradas en esta investigación.

Yo sé que mi papá no creía en nada espiritual, pero como tuvo solo hijas mujeres nos puso en colegio religioso, supongo que para hacernos virtuosas. También nos cuidaban un montón, siempre en la casa, salir solo con ellos, ni pensar en que tengamos contacto con cualquier gente de la calle, no, solo amistades escogidas y nada de amigos varones, nos marcaban los límites de con quién te llevas, con quien no te llevas, a dónde vas, a dónde no vas. Que nadie hable mal de nosotras y nuestro comportamiento, nos criaban para ser señoritas decentes (XE, 2010, entrevista).

La entrevistada siente que los hombres recibían una crianza diferente “en un hombre se buscaba que sea ‘hombrecito’, que sepa trabajar, que esté preparado para aguantar cosas difíciles, un mantenedor” (Ibíd.). A la vez respecto a los aspectos de socialización se percibía una diferencia entre hombres y mujeres, “mi hermano si se llevaba con todo el mundo en el barrio, nosotros con los longos o los de bajada ¡no! Es que una no podía rebajarse, ni andar con cualquiera.” (PaE, 2010, entrevista)

Esta opinión es compartida por un entrevistado quien concuerda que se buscaba que las mujeres sean “virtuosas”, mientras en los hombres lo que interesaba era que sean “plazuelas, buen estudiante y buen deportista” (JE, 2010, entrevista), pero también para considerarte decente era necesario tener “alguna veta de alcurnia en la familia, algo que te de lustre.” (Ibíd.) Aunque había un cierto límite en cuanto a la socialización, también para los hombres “decentes”: “no te gustaba que te vean con determinadas gentes, por ejemplo había una chica en el barrio que el papá era dueño de unos colectivos (buses) y entonces no era tan bien visto que andes con esa gente... para otros hombres [los amigos] no había tanto problema, pero las mujeres si te reclamaban -¿serás amigo de esa?-” (Ibíd.)

Parte de ser “plazuela” se relacionaba con conocer y frecuentar los lugares populares de diversión existentes en el barrio, que eran muy numerosos. Claro que la mayoría de estos eran espacios calificados como “lugares para hombres”, en los que las mujeres “de buena familia”, aunque podían haberlos conocido, no los frecuentaban. Uno de estos espacios eran las cantinas en donde,

(...) había la típica rockola, te vendían cerveza y trago, en su gran mayoría la gente bebía cerveza en la tarde y en la noche tomaban trago, habían también unas cantinas que estaban muy escondidas, que aparentemente no eran cantinas, pero todo el mundo sabía. En las cantinas abiertas tu veías a la gente tomando, en cambio en las otras la

gente entraba a una trastienda a tomar, por ejemplo estaba en el barrio el famoso “Grill de Celia”, mi papa le bautizo con ese nombre, ahí iban los profesores de la escuela Chile y en la tarde los profesores del Colegio Darío Guevara, iban también los guardianes del Penal, por obvias razones ellos no podían ser vistos. (JE, 2007, entrevista)

Espinosa Apolo recupera la presencia de cantinas en el Centro de Quito en la primera mitad del siglo XX. El autor dice que la cantina,

(...) constituyó (...) un signo de distinción frente a las guaraperías y chicherías de la época, cuyas dueñas llamada guaraperas o guarichas, fermentaban el guarapo y la chicha para su asidua clientela de indios y cholos, con puñados de picadillos repugnantes que incluían plátanos podridos, cadáveres de ratas, zapatos viejos y orines (...). La cantina, en cambio, era el sitio adecuado para empleados, chullas e intelectuales, que cómodamente sentados en torno a mesas particulares, compartían chistes y chismes, amenizadas por melodías populares entonadas por los juglares de la época (Espinosa Apolo, 2003: 78).

Para Kingman la propia noción de lo que era una cantina se habría modificado hacia la década de 1960 ya que sería el lugar de acogida de sectores populares y medios urbanos en oposición a las chicherías que representarían lo indígena. De acuerdo a este autor desde las primeras décadas del siglo XX se irían excluyendo paulatinamente “chicherías, pesebreras, lugares de pastoreo, ventas y demás aspectos relacionados con la presencia rural e indígena en la ciudad” (Kingman, 2006: 298), ya que, según Kingman, se los consideraba lugares contrarios a la idea de progreso urbano impulsada en la época. “De la Guía de Quito de 1914 ha desaparecido el concepto de chicherías, pulperías y estanquillos. En lugar de ello aparecieron consignaciones de aguardientes; billares y cantinas de primera; cantinas de segunda; fondas de segunda y tercera clases; confiterías, heladerías y cafeterías (Kingman, 2006: 413).

Para la década de los 50 y 60 ya no existían la mayoría de las chicherías y los lugares de comida popular calificados como picanterías, o habían sido trasladados a la periferia, posiblemente lo más parecido a esto resultaban lo que actualmente se llaman las fondas, que se mantienen funcionando en la zona no patrimonializada del Centro Histórico. A diferencia de las antiguas fondas a las que acudían estudiantes, empleados de comercio, burócratas de menor rango, hoy estos espacios se los relaciona con la presencia indígena. Mientras las cantinas fueron también modificando su imagen, de la

romántica y bohemia rescatada por Espinosa Apolo, las cantinas fueron “degenerando” de a poco en espacios reservados a la bebida y la música de rockola.

Según el relato de JE, las cantinas se extendían a lo largo de la calle Huascar, hacia la Ambato, en la Chimborazo y la Victoria y en mayor número en el sector de la 24 de Mayo. Las cantinas tenían sus nombres, pero popularmente eran conocidas por “apodos”, generados por sus características o las de sus propietarios.

Nosotros íbamos como clientes a las “Berracas”, se le conocía así porque la cantina era atendida por las dos “Berracas” que eran la mama y la hija, y les decían así, porque era “berraco” aguantarse dos mujeres solas con tarea de borrachos. También había una que se llamaba La Morgue, porque de ahí salieron algunos cadáveres, era gente que se intoxicaba realmente y dicen que bebían dos o tres días seguidos, o entraban los viernes y salían el martes del lugar y eso cuando salían. (Ibíd.)

Como se ve se consideraba que las cantinas eran un espacio masculino, peligroso y muchas veces inmoral, que las mujeres “decentes” no podían, ni debían visitar, por lo tanto las mujeres vinculadas a este espacio eran consideradas “mujeres vulgares”.

Claro [que conocíamos las cantinas], había la cantina “del Guerra”, pero frecuentarles jamás, nos daba miedo, los borrachos daban miedo, ahora es común y corriente. Una sola vez le vi a mi papá borracho en la cuesta, a mí me impactó, venía de la casa del tío Manuel y subía la cuesta tambaleándose. Era un estigma, se veía un borracho y se pasaba de vereda (PE, 2010, entrevista).

En esos lugares [las cantinas], los muchachos de clase media entraban, pero las mujeres no entraban, eso ni se pensaba. Ahí entraban las mujeres de los indígenas, con sus criaturas, pero las mujeres de clase media ¡no! (LV, 2011, entrevista).

Pero también como espacio masculino, las cantinas reproducían prácticas que no eran consideradas decentes en los “otros”, pero eran aceptadas y hasta celebradas en los hombres de clase media del sector.

Como los indígenas y los campesinos [del barrio] no tenían cantina, había en el barrio un señor de apellido Villacís, justo al comenzar la Libertad, en la primera curva más arriba de la bomba de gasolina. El traía el trago de contrabando, el trago para nosotros era Traguito y Gallito o Lima Dry, también vendían whisky de 3 sures y el coñac alambrado que valía 7 reales, pero eso rara vez se tomaba porque era malo. Y a los indios les vendía un guarapo, ellos se quedaban en el parque tomando, me acuerdo que cogían un plátano le cortaban a la mitad, sin pelarle, le sacaban la comida, que se comían y la cáscara le hacían como vaso, eso también hacían con naranjas, con el mismo

procedimiento, le cortaban a la mitad y ya tenían recipientes para tomar. Bebían tanto que terminaban peleando. (Ibíd.)

El relato anterior habla de una práctica común entre indígenas y no-indígenas, gente de clase media y gente popular, sin embargo se exagera la condición del “indio borracho”, tal vez condenado como “vago”, porque terminaba en el parque durmiendo su borrachera, a vista de todos y para los demás habitantes del barrio este era un espectáculo que querían ver como ajeno a ellos. Aunque de relatos del mismo entrevistado, las experiencias son similares, “bebíamos hasta perder la conciencia, alguna vez me quedé dormido en la vereda y me tuvieron que llevar en hombros a la casa” (JE, 2009, entrevista)

Igualmente existen relatos de peleas iniciadas luego de beber en una cantina. Estas prácticas, en los hombres de clase media, eran parte de su formación como “plazuelas”, eran cosas que tenían que experimentar en la vida.

Otro espacio presente en el barrio y catalogado como “popular” era el mercado de San Roque, este lugar donde trabajaban hombres y mujeres indígenas y mestizos de bajos recursos, era frecuentado por sectores de clase media para abastecerse de alimentos.

El mercado era concebido de dos formas por un lado como lugar de trabajo era considerado de status inferior por los habitantes de “elite” de San Roque. Resultaba que los y las trabajadores del mercado eran “gente de bajada”, y se consideraban como prácticas vergonzantes las actividades públicas de las mujeres ligadas a este espacio.

No pues, las personas que trabajaban en el mercado eran gente “de bajada” con ellas ni nos llevábamos, eran muy aparte, incluso de las fiestas del barrio no se metían. Ellas tenían sus propias fiestas y nosotros tampoco nos metíamos para allá, era, como decir, para la “chusma” este tipo de fiestas. (EC, 2008, entrevista).

En este testimonio vemos que existe una opinión peyorativa de las placeras, como mujeres de otra clase social, apartadas de la vida de la población de los sectores medios del barrio. Sin embargo en conversaciones con Marianita Valencia, quien trabajó en el mercado de San Roque por más de 40 años, desde que tuvo 19 años -en 1945-, este espacio surge como una presencia predominantemente femenina, que permitió que las mujeres, que en su mayoría aún estaban relegadas al espacio doméstico, ocuparán un espacio ligado a lo público, aunque eran los hombres quienes dominaban esta esfera.

En esta situación el mercado significaba un espacio que era vivido y organizado casi exclusivamente por mujeres, quienes adquirirían una cierta independencia dentro de este, cómo se ve en la siguiente narración:

Cada año se hacía la fiesta, y también entre las compañeras habían una reunión cuando era el Santo, el cumpleaños, nos íbamos a las cantinas entre las compañeras, en la 24 había los Gavelas tenían rockola, entonces poníamos un sucre y habían 3 tonos por el sucre, tomábamos la cerveza en mesa redonda, entre mujeres entre 4 o 5, no hombres, entonces ahí, una entraba y ponía 2 cervezas, entraba otra y cada una ponía la cerveza, se pasaba bonito. En el mercado la mayoría eran mujeres las que trabajaban ahí, hombres había poco, los hombres vendían pescado, carne, lo de más eran pura mujer (Entrevista a Sra. Mariana Valencia realizada por María Augusta Espín, 2009).

Eran las mujeres las que organizaban las fiestas, las reuniones, y participaban de estas, podían tomar decisiones respecto a negocios, seguridad, organización, entre otros aspectos al interior de su lugar de trabajo, elegían a sus representantes y podían ser elegidas para distintos cargos de poder dentro del mercado, podían beber entre mujeres en una cantina, bailar juntas y “pasar bonito”, en ámbitos que se hubieran creído de exclusividad de los hombres.

Pero este espacio público no era el único para las mujeres de la época, Ana María Goetschel en su trabajo sobre *Educación de las mujeres y esferas públicas* (2007), nos relata cómo en la primera mitad del siglo XX,

(...) un grupo de maestras de avanzada se convirtieron en actoras de una nueva visión sobre la educación de mujeres. A través de prácticas pedagógicas ellas crearon valores y disposiciones mentales y corporales distintas de las anteriores de ser y representarse de las mujeres y, al mismo tiempo, generaron diversas estrategias de acción para abrirse un espacio paralelo en la esfera pública (Goetschel, 2007: 13)

Su estudio se refiere a mujeres de vanguardia, interesadas en transformar las relaciones de género, abriendo esferas públicas paralelas. Sin embargo, rezagos de un sistema patriarcal existentes antes de la época liberal, se mantuvieron vigentes en esta época, vivos en las prácticas, en las concepciones y en las visiones de un sector medio aún conservador.

Mi madre recuerda cómo en su juventud un cliente de mi abuelo que solía frecuentar la casa, preguntó una vez por la edad de mi madre, y al saber que tenía 18

años y que no estaba casada, exclamó: “entonces ya se quedó para vestir santos”. Como menciona Goetschel en su texto, aunque

(...) el proceso liberal y la educación laica les abrieron nuevas posibilidades de participación en la vida pública debilitando en parte las condiciones de control moral de la iglesia y de la familia pero no eliminó por eso el sistema patriarcal sentado, por el contrario, las bases para la constitución de un patriarcado moderno o (si se piensa en los Andes) pseudo-moderno (Goetschel, 2007: 19).

Sin embargo ello no descarta la posibilidad de que estas mujeres se prepararan y encontraran otros espacios que ocupar fuera de sus casas y de su papel como esposas no por eso se eliminaron las condiciones del patriarcado.

Espacios de trabajo

Para Giddens (1993), el trabajo construye formas de relaciones sociales y de cultura que no se dan en otros ámbitos. Los cambios ocurridos durante los treinta primeros años del siglo XX, como hemos visto, no habían logrado diluir las fronteras sociales en los tratos cotidianos de los pobladores de Quito, aunque si las habían vuelto más flexibles en ciertos espacios. Aquí nos interesa ver cómo operan estos marcadores en relación al trabajo.

En el estudio de Cecilia Durán “Irrupción del sector burócrata en el Estado ecuatoriano: 1925-1944”, se hace referencia a cómo a partir de la Revolución Liberal (1895) se producen una serie de transformaciones en la vida política, económica, social y cultural del Ecuador durante una parte del siglo XX. Dentro de lo que más me interesan para esta investigación, está el papel del Estado como generador de empleo y de fuentes de trabajo para los sectores medios. El crecimiento del aparato estatal abrió varias dependencias a lo largo del territorio incorporando personal para cumplir con las demandas de atención a los ciudadanos, en términos de seguridad, asistencia social y gobierno, pero también debido al impulso que dio a la obra pública, al crecimiento del magisterio y del sector de las Fuerzas Armadas.

Resulta interesante la investigación que realiza Cecilia Durán, ella recoge dos censos que realizó la Caja de Pensiones en los años 1930 y 1935, con el objeto de conocer el monto al que ascenderían las obligaciones para con sus afiliados en todo el país. El censo lo realizó a empleados públicos y trabajadores en los Bancos.

En el primer censo se contabilizaron 14.986 empleados, de los cuales el 84% eran empleados fiscales, 12% eran empleados municipales y 4% eran empleados bancarios.

Según relata la autora, entre los datos interesantes que se obtuvieron de este censo, está el de las mujeres trabajadoras de este espacio: 2.183, de las cuales el 90% eran empleadas fiscales, el 9% eran empleadas municipales y un 1% eran empleadas bancarias.

Para 1935 se censó a un total de 17.366 afiliados, de los cuales el 78% eran empleados fiscales, el 18% eran empleados municipales y el 4% bancarios. También este censo incluyó a los afiliados militares y jubilados y el resultado fue que existían 4.464 militares y 1.997 jubilados y retirados.

Respecto a la situación de las mujeres, se determinó que el número de afiliadas creció a 2.904, de las cuales el 87% eran empleadas fiscales, 13% municipales y menos del 1% bancarias.

De esta forma,

(...) en la medida que avanzaba el siglo a las oficinas públicas se fueron incorporando más y más empleados que irían conformando los niveles medios e inferiores de las instituciones: asistentes, auxiliares, ayudantes, secretarías, recepcionistas, mensajeros, choferes, conserjes y porteros engrosarían las filas del sector burocrático del país (2000: 8).

Para la autora el sector medio emerge a partir de este momento, justamente como resultado de estas transformaciones, y dentro de sus características establece que,

(...) reunía a un gran número de individuos dedicados a ocupaciones muy diversas, el burócrata es sólo un componente, están además, la oficialidad militar, los empleados particulares, los profesores, los pequeños propietarios y comerciantes, personas en trance de abandonar filas obreras o que ya han dejado esas filas: trabajadores manuales, maestros de taller en general, estudiantes hijos de la chullería del Norte, los antiguos nobles llegados a pobreza y que por lo mismo han perdido sus escaños en la “alta sociedad” (Duran. 2000: 27- 28).

Este sector sumamente heterogéneo vivía en esta época un proceso de gran movilidad (Ibíd.), siendo durante los años cuarenta y cincuenta el trabajo una de las vías de ascenso social. Al mismo tiempo, con el desarrollo del sistema educativo y la racionalización creciente del aparato burocrático muchísimos hombres y mujeres veían

reducidas sus posibilidades de acceder a una profesión bien remunerada, debido a no tener acceso a una formación más elevada o por su condición étnica o de género. .

Tabla 5. Población masculina y femenina económicamente activa, mayor de 12 años, década de los 50, 62 y 74.

HOMBRES MAYORES DE 12 AÑOS				
ECONÓM ACTIVOS	ECONÓMICAMENTE INACTIVOS			TOTAL
	ESTUDIANTES	QUEHACERES DOMÉSTICOS	OTROS	
AÑO 1950				
25.210	4.958	65	5.168	35.401
71%	14%	0,2%	14,8%	100%
AÑO 1962				
78.109	23.703	142	4.442	106.396
73%	22%	0,3%	4,7%	100%
AÑO 1974				
135.760	49.071	1.030	5.792	194.995
71%	25%	0,5%	3,5%	100%
MUJERES MAYORES DE 12 AÑOS				
ECONÓM ACTIVAS	ECONÓMICAMENTE INACTIVAS			TOTAL
	ESTUDIANTES	QUEACERES DOMÉSTIOS	OTROS	
AÑO 1950				
7.830	3.203	23.489	1.068	35.590
22%	9%	66%	3%	100%
AÑO 1962				
38.863	19.306	64.848	2.559	125.599
31%	15%	52%	2%	100%
AÑO 1974				
70.592	43.913	103.747	1.144	222.401
32%	20%	47%	1%	100%

Fuente: Censos de Población de 1950, 62 y 74.

Elaboración: Propia.

Para el año 1950, cuando se realiza el primer Censo de Población a nivel del país, tenemos para Quito (cabecera cantonal), un porcentaje de hombres económicamente

activos, es decir, se encontraban efectivamente trabajando y percibiendo un ingreso económico por su trabajo, a un 69% de hombres versus un 22% de mujeres. Las mujeres en su mayoría, esto es el 66% se encontraban realizando quehaceres domésticos, es decir, el rol asignado por la sociedad las había restringido al espacio doméstico, mientras solo un 9% se encontraban estudiando, frente a un 15% de hombres.

Según el Segundo Censo de Población y Primero de Vivienda realizado en 1962, la población masculina urbana económicamente activa e inactiva alcanzaba un total de 106.396 personas, de las cuales el 73% eran económicamente activos, a comparación de las mujeres, que el 69% corresponden a la población económicamente inactiva. En los hombres la mayor parte de los calificados como económicamente inactivos correspondían a estudiantes (22%), entre las mujeres en cambio tenemos la mayoría dedicada a quehaceres domésticos (52%), mientras que solo el 15% constan como estudiantes.

Mientras que para el Tercer Censo de Población realizado 14 años más tarde, las variaciones no son mayores, tenemos un 71% de hombres económicamente activos y un 32% de mujeres económicamente activas, se puede observar que continúa como más alto porcentaje de hombres que se dedican a estudiar (25%), mientras en las mujeres se observan un importante incremento de 5 puntos porcentuales de mujeres dedicadas al estudio a comparación de los datos del censo anterior, aunque se sigue manteniendo un considerable 47% dedicadas a los quehaceres domésticos

Wendy A. Weiss hará referencia a que los “nuevos ciudadanos” serán (para el Estado) aquellos que contribuyan al desarrollo nacional, a partir de “su trabajo para una economía cambiante y sus crecientes mercados (...). Como trabajadores, ellos tienen un lugar, ya sea como empleados en el sistema burocrático en expansión (...) o como comerciantes y consumidores del creciente mercado” (1999: 232).

Como se puede ver son los hombres de clase media, habitantes de la ciudad, civiles y militares, quienes dominaban el escenario público, político y social del país.

Para los años 50 ciertas ocupaciones permitieron a los hombres, en edad de trabajar, acceder a recursos materiales y simbólicos que les ubicaron socialmente en una mejor posición, así los hombres que participaron de ciertas ocupaciones laborales aventajadas por el salario y el reconocimiento social, dentro de las empresas o del estado, pudieron definir su posición en la estructura social en una situación de privilegio

sobre otros hombres y sobre las mujeres. En este sentido se podría decir que el tipo de trabajo al que accedían ciertos sujetos, fue un elemento más en el que se asentó “la construcción de las distinciones y diferenciaciones sociales que en los ámbitos cotidianos confirman, renuevan, y reproducen relaciones de poder desiguales y excluyentes” (Bourdieu, 1985: 80-88). No hay que perder de vista, en todo caso, que al interior de las instituciones existen grandes diferencias salariales y de estatus expresión de las diferencias sociales, relacionadas con el peso de la estructura hacendaria sobre el conjunto de la vida social.

Una de esas posibilidades de movilidad social constituyó el ingreso a las Fuerzas Armadas. La Escuela de Artillería e Ingenieros del Ejército, fundada en 1936, dio inicio a la formación de oficiales profesionales en estas ramas, especializando así a un sector de la oficialidad. Mención especial merece el reintegro en 1944 del Colegio Militar “Eloy Alfaro” a la categoría de establecimiento de segunda enseñanza con el objeto de formar bachilleres integrales que sirvieran en el Ejército (Durán, op. cit.: 23)

También se podía ingresar directamente al Ejército desde la posición más baja y seguir ascendiendo a partir de disciplina y de un carácter muy templado.

Otras formas de movilidad social se dieron a partir de todos los cargos burocráticos que se abrieron a partir del crecimiento estatal, pero concentrados en la ciudad de Quito, y también estaban los cargos que generaba el sector privado como la banca que iniciaba sus actividades regulares en la década del 40 en Quito.

Las oportunidades de acceder a un trabajo bien remunerado y con posibilidades de acenso social, estaban relacionadas con la formación educativa, con la posición en la estructura social, pero también era muy importante, con las relaciones sociales que se tenían, a lo que Bourdieu llamaría capital social y en lenguaje más ordinario es llamado “palancas”.

....entiendo cómo influencia del medio, no había en esa época más posibilidades de trabajo que ser empleado público, militar, cura o profesional doctor e ingeniero, que creo que eran las Facultades de Medicina y Leyes, pero para mí medio económico la universidad era carísima entonces la posibilidad de ser médico, abogado, o ingeniero, no había, no había industria, entonces no quedaba más que ser empleado público o militar y creo que esa fue una de las razones por las que me incliné por la carrera militar. Le digo a mi padre, quiero ser militar y él con toda la franqueza que siempre tuvo conmigo, me dice ¡claro! pero eso depende de ti, porque yo no tengo para pagar la pensión, costaba ochenta sucres mensuales la pensión del Colegio

Militar , no tengo, no puedo pagar ochenta sucres mensuales, depende de ti porque han salido unas promociones que dicen que los tres primeros puestos, que en fuerzas armadas se llaman antigüedad, les darán beca, así que si quieres entrar tienes que estudiar para ganarte la beca (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, 2009.).

De esta forma el acceso al trabajo podía darse de forma diferenciada entre los distintos sujetos pertenecientes a diferentes grupos sociales, lo que les permitía ubicarse en una determinada posición en la sociedad, tener reconocimiento social, e incluso poder aspirar a formar una familia, tener propiedades, etc., pero también esta diferenciación se daba entre sujetos pertenecientes a un mismo grupos social, específicamente me refiero a la diferencia que se generaba entre hombres y mujeres, cuyos roles estaban bien delimitados en la sociedad de la época como ya se verá más adelante.

El trabajo para los hombres del sector medio en esta época estaba en ministerios, gobiernos locales, fuerzas armadas, donde ocupaban cargos medios y en ocasiones cargos altos. También estaban ubicados en el sector privado como la banca, en el comercio y también en la industria.

En el 71 me separo de ejercito porque no me alcanzaba el sueldo, en el mejor momento de mi carrera militar, cuando la junta militar gobernaba el país, ganaba 2.500 sucres no me alcanzaba para siete hijos, ya iban a la secundaria, a los 15 días de haber salido del ejercito me nombran gerente de los Ferrocarriles del Norte y ganaba 7.999 sucres, eso influye para que no le dé impulso a la empresa de mi mujer, ya tenía un buen sueldo, después paso a ganar un mejor sueldo como Ingeniero Técnico de la Aviación Civil, después paso a una empresa de construcciones viales con un sueldo de 20.000 sucres, todo esto en menos de un año, después paso 12 años a trabajar en una compañía Sepa, después paso a trabajar en CEPE, en la actual Petro-Ecuador (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Pero también las mujeres en estas décadas habían logrado ampliar, aunque en menor medida, como lo evidencian los datos de los censos, su margen de participación en actividades consideradas económicamente activas, al vincularse a puestos de trabajo tanto en la administración pública como en el sector privado.

En el Ministerio (para la década de los 50) no había más de seis mujeres, de un total de 100 empleados, la mayoría de ellas éramos secretarías del despacho y trabajábamos por turnos, porque los Ministros trabajaban en dos jornadas y hasta las ocho de la noche, especialmente los costeños (Entrevista a Lola Delgado realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Pero es realmente a partir de la década del 70 cuando ocurre el llamado “Boom petrolero” que el Ecuador sufre cambios más profundos y más rápidos, que generan cambios en las formas de relacionamiento social, aunque ciertas estructuras principalmente relacionadas con las mentalidades, tardaron más tiempo en modificarse.

Los jefes de los departamentos más importantes eran hombres: Cuentas Corrientes, Cartera, pero si había mujeres en las jefaturas, como el Banco Popular antes era colombo-ecuatoriano y pasó a ser solo ecuatoriano, me imagino que preferían mujeres antes que hombres porque les pagaban menos. En la Previsora tuvieron cargos altos la Fabiola y otra, que no me acuerdo el nombre, aunque la mayoría eran varones (...). Llegué a Subgerente de Agencia, en la agencia de la avenida Patria frente al Ejido, después fui al norte de Gerente, pero no me acuerdo los años, fui la primera mujer Gerente, de la Sierra por lo menos, de la Costa no sé. La autoridad frente a una mujer era más difícil de conseguir, yo sí creo (Entrevista a Rosa Laura Rúaes realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Aunque el hecho de trabajar, no les quitaba a las mujeres sus responsabilidades en la administración del hogar, ni en la crianza de los hijos. En la época las concepciones sobre el orden natural de la familia nuclear patriarcal, en la que hombres y mujeres cumplían roles distintos, eran aún muy comunes. Así, la mujer, de clase media, podía trabajar fuera de casa siempre que no “abandone sus responsabilidades” en el hogar orientadas al cuidado de los hijos y al bienestar del esposo y siempre que se pueda seguir ejerciendo control sobre sus actuaciones y decisiones. Las mujeres, por tanto, no pudieron escapar del espacio doméstico, como se puede comprobar en los datos que arrojan los censos de 1962 y 1974.

“La consigna era que las mujeres debían volverse múltiples para cumplir, al mismo tiempo, su función de amas de casa, esposas y madres, y esto fue posible gracias a la ayuda de las mujeres de la familia y de la empleada doméstica, porque los maridos no participaban, de ninguna manera, en las tareas del hogar” (Goetschel, 1999: 80).

El matrimonio constituía, para muchas mujeres, una condición negativa que frustraba sus necesidades de auto realización.

(...) la vida de la mujer estaba destinada para la casa, para eso te formaban, así tuvieras estudios, preparación, tu final, tu objetivo en la vida era casarte, tener familia y finalmente terminar sirviendo a tu marido y tus hijos como una buena esposa (...). Yo ya me quedé en la casa desde que me embaracé de mi primer hijo, me acuerdo que mi suegra me tenía ya comprada las lanas, las agujetas y me dijo que a eso debía dedicarme en adelante, ya nada de salir a trabajar (secretaria en un despacho legal) sino a dedicarme a la vida de casa. Mi marido

estaba de acuerdo, ya no me llevaba a los compromisos de su trabajo, me decía que tengo que quedarme en la casa, que tenía que tener todo listo para él y para nuestro hijo y así fue, ya nunca volvía a trabajar, yo pensaba que no es justo, pero esa era la sociedad, así se pensaba que debía ser y así se hacía (JR, 2015, entrevista).

Lugares de socialización

Para los antiguos habitantes del centro, vivencias como la que sigue eran frecuentes:

Paseos eran al Dique, la Chorrera, el Cinto, Cruz Loma, a Lloa. Al cinto íbamos en octubre, al dique en verano, a Cruz Loma cuando disponíamos de más tiempo, por ejemplo en Semana Santa, cuando no nos dejaban jugar, ni te dejaban bañar (...). El bosque fue inolvidable, para jugar, disfrutamos de una niñez increíble, hasta para tener sentido de motricidad, hacíamos bicicleta, si alguien tenía algo novedoso se decía que te hagan pichonear, igual si había un patín, compartir con todos los del barrio. Igual cuando alguien comía algo le decías ¡lo vi!, y le quitabas, también el tumbé, le quitabas de la mano las cosas (GL, 2011, entrevista).

Los habitantes de los barrios tenían vivencias similares, sin importar sus diferencias de clase, debido a las condiciones propias del barrio donde vivían, la cercanía a la naturaleza y la relativa sencillez de los recursos de vida. Esto era particularmente cierto en la infancia como momento de la vida en el que las fronteras no estaban claramente trazadas. Algo que podría hacernos cuestionar la idea equivocada asumida a partir de una lectura poco rigurosa de Bourdieu de que la diferenciación, que se genera a partir de la posición social en la estructura creando *habitus* particulares inscritos en prácticas concretas condiciona al agente a “cumplir” un proceso social del que no puede escapar. Esto impide entender condiciones donde esta diferenciación no se produce, ya que las prácticas de distintos grupos, ubicados en posiciones diferentes, pueden converger en momentos y lugares determinados, produciendo experiencias comunes entre “distintos”, de ahí la importancia de las prácticas sociales que se adecúan a la situación en la que deben actuar.

Un ejemplo de estas prácticas comunes es que en determinado mes del año, antes del invierno, se realizaba una desinfección de los patios de las casa para evitar enfermedades, para ello el Departamento de Sanidad del Municipio de Quito, recorría los barrios del centro y sur de la ciudad desinfectando con creso³⁸. Esta labor se

³⁸ El creso es un nombre regional para la creolina o creosota, que es una sustancia desinfectante.

realizaba debido a que en la mayoría de los patios de las casas, existían lugares donde se acumulaba el agua lluvia, como pomas de agua, botellas o jabs vacías, latas, cacerolas viejas, etc. Todas las familias de barrios populares vivían esta experiencia sin importar si eran dueños de casa o inquilinos.

Ya por septiembre, a finales, venían los de la Sanidad a baldear creso en los patios, hacían sacar los tereques, botar las cosas viejas, las latas oxidadas, todito, nos hacían sacar de los patios. Ahí nos tocaba a dueños e inquilinos por igual, limpiar el patio, dejar despejado para que echen creso en toditos los rincones. Eso era una vez al año, antes de las lluvias, decían –para prevenir enfermedades- (CM, 2010, entrevista).

Otra situación que experimentaban gente de sectores medios y populares por igual, eran los programas de desparasitación del Ministerio de Salud, que se realizaban cada año, generalmente en la época de entrada a clase (mes de octubre).

Me acuerdo que a todos los niños nos bajaban a la explanada de tierra, donde después fueron las canchas de la Liga Barrial San Roque. Ahí nos hacían ponernos a la cola a toditos, rico y pobres, a darnos las pastillas para desparasitarnos, eran unas pastillas grandotas blancas que te hacían tragar y sabían horrible. Eso era cada año mientras éramos guagüitas (XE, 2008, entrevista).

También existían espacios que se veían obligados a compartir debido a la carencia de varios servicios al interior de las casas, uno de estos eran los baños de agua caliente que ya se mencionaron anteriormente,

...era elemental que las casas en esa época no tenía el confort del agua caliente, por múltiples razones, una de esas era tecnología y costos, entonces si no tenías baño en tu casa con agua caliente, te relacionabas con las otras personas en los baños públicos. Había el baño de al lado de la casa del Pepe, los baños de la Lucia Chávez, otros baños en la Huascar, una calle entre la Loja y Ambato, habían otros en la calle Rocafuerte y Quiroga que eran de las señoritas Arellano. El agua era calentada con leña, el negocio de los baños era particular, toda la clientela estaba sentada alrededor del patio, esperando, y era común en esa época bañarse solo un día a la semana, era el día sábado y se tenía un tiempo de baño creo unos 20 minutos y cuando se pasaba el tiempo te cobraban más (JE, 2007, entrevista).

Otro de los lugares de encuentro de estas poblaciones, se producía en los buses que tenían que compartir para trasladarse al interior del barrio y fuera de este ya que en la época (50-70) todavía resultaba poco frecuente para la media de la población tener un automóvil.

También habían eventos en los que los distintos sectores de la población de los barrios se unían, uno era la inauguración del campeonato de fútbol de las diferentes Ligas Barriales, que comenzaba en la mañana con programas que incluían la elección de la reina, de entre las madrinas de los equipos y terminaba en la noche con un gran baile.

Un evento del que todos en el barrio de la 24 de Mayo, San Roque, la Libertad y El Placer estaba pendientes era el día 24 de mayo³⁹, porque ese día subía hacia la Cima de la Libertad la caravana presidencial, incluyendo al Jefe de Estado, sus Ministros, etc., y la única vía para llegar hasta arriba era la calle Libertad. “Todo el barrio salía a ver la comitiva y al Presidente que subían por esa calle, y hasta alguna vez los vecinos hicieron zanjas, para que no pase la comitiva y pedir obras para el barrio” (JE, 2007, entrevista).

Otra fecha en la que se compartía con todos al interior de los barrios era en Carnaval, que se vivía en Quito como una verdadera fiesta.

El carnaval, la fiesta del agua en el mundo fue y es una fiesta propiamente popular mal vista por los sectores dominantes (...). Por la violencia del juego, la algarabía y el anulamiento de las diferencias, fue considerado por los grupos hegemónicos como un hecho amenazante y tildado de juego bárbaro, de ahí que desde el x. XIX, éstos empezaron a clamar por su ‘civilización’ (Espinosa Apolo, 2003: 75).

Pese a que desde las instituciones estatales se buscó reprimir el juego, sin embargo este pervivió pero modificando sus prácticas.

Ritos como la guerra de barrios muy común en el siglo XIX e inicios del XX se extinguieron. En su lugar aparecieron las invasiones de casa que se realizaban dentro de los mismos barrios y entre vecinos o la llevada al grifo aplicada contra los transeúntes. Asimismo los cascarrones confeccionados con cera y rellenos de anilina o agua de rosas fueron substituidos por los globos de hule o “bombas” (Espinosa Apolo, 2003: 76).

³⁹ En esta fecha se conmemora la Batalla del Pichincha, ocurrida el 24 de Mayo de 1822. Esta ocurrió en las faldas del volcán Pichincha, a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, cerca de la ciudad de Quito en el Ecuador actual. El encuentro, que sucedió en el contexto de las Guerras de Independencia Hispanoamericana, enfrentó al ejército independentista bajo el mando del general venezolano Antonio José de Sucre y al ejército realista comandado por el general Aymerich. La derrota de las fuerzas españolas condujo a la liberación de Quito y aseguró la independencia de las provincias que pertenecían a la *Real Audiencia de Quito*, la jurisdicción administrativa colonial española de la que finalmente emergió la República del Ecuador.

Sin embargo en su análisis sobre la cultura popular, Kingman advierte que pese a que las fiestas del Carnaval lo “abarcaban todo y lo trastocaban todo”, “esto no debe asumirse como disolución de fronteras”, ya que “buena parte de las bromas o chanzas se daban con relación a los otros, como formas de resignificarlos e iban en un sentido y otro de las fronteras sociales” (sf.: 14). Kingman se refiere a que las bromas, por ejemplo contra los indígenas, eran una forma de violencia simbólica taimada (Ibíd.). El análisis de Kingman es realizado para el siglo XIX y principios del XX, sin embargo como hemos visto, muchas prácticas y concepciones del sentido común ciudadano se mantuvieron con pocas modificaciones hasta muy entrado el siglo XX.

En la práctica del “juego” de Carnaval en los barrios populares, según los relatos de los entrevistados, se integraban todos los vecinos pero estos eran básicamente todos aquellos que se consideraban inter pares. La práctica era tomarse las casas, entrando por puertas, ventanas, techos para mojar a los habitantes y todos participaban. PE, trabajadora jubilada del Banco Central recuerda el juego de carnaval en su barrio de infancia y juventud, San Roque:

Se conocían bastante los vecinos, con la familia Espín, Reinoso, grupos de familias, amigos, la familia Rivera, había comunicación entre las familias, habían comités barriales, para las fiestas de Quito, carnavales. Cuando era pequeña me daba susto [el Carnaval], era un juego agresivo, no solo las bombas habían que esquivar, de todos los balcones, a veces con recipientes de agua te mojaban, era tan primitivo el juego, y mi papá nos dejaba a que almorcemos en el colegio, para evitar la subida al mediodía y bajada al colegio, porque te mojaban mucho, ahora lo agradable era que se compartía el agua de canela y se hacían las fiestas para compartir con la gente del barrio, era lo que me acuerdo, hasta hace unos 25 años, ese tipo de juego, asaltaban las casas (PE, 2010, entrevista).

[El Carnaval], eso era cosa seria, porque ahí la gente era salvaje, incluso creo se cobraban venganzas, se botaban los cascarrones, las bombas, pero el cascarrón era de cera, eran rellenos con perfume algunos, pero recibías un impacto de esos y era como una piedra, había que cuidarse, atrás de las paredes, si no le querías a la persona incluso se rellenaban con tinta, te cobraban en esa época. A mi cuñado, el Leonardo, le encantaba el Carnaval, incluso a tu abuelito le molestaba: él sabía salir a coger las goteras de la casa, el miércoles de Ceniza, ya pasado el Carnaval y el Leonardo le estaba esperando con las bombas, para mojarle, y él le decía -¡veras loco!, siempre le amenazaba que se va a cobrar lo que había hecho. [El Leonardo] habría los hidrantes de la cuadra, nadie se escapaba, había mucha agua y meterte ahí era para salir empapado (...). Después eran las secadas, te daban choclos con queso, y un traguito para que entres en calor, y también te invitaban a bailar, por lo general nos íbamos a bailar a las

casas de la gente que vivía por ahí, era un ambiente muy bonito, contábamos cachos, nos reuníamos a las 8 de la noche, el Leonardo tenía un humor especial y contaba cachos, y un humor excelente, y no había límite, porque si se acordaban de un cacho a otro nos pasábamos hasta las 12 o 1 de la mañana (MV, 2011, entrevista).

Pero además del Carnaval existían un sinnúmero de fiestas y conmemoraciones donde los barrios compartían tiempo de esparcimiento. AM, originaria de Tulcán, pero que ha vivido durante 48 años en el barrio de San Juan, dedicada al arriendo de viviendas en un edificio de su propiedad en las calles Haití y Tapi, recuerda los festejos en su barrio.

Se hacían bastantes fiestas, eran más tradicionales, las fiestas del Carnaval, me acuerdo, las vecindades entraban a las casas a mojar, así no se quería y se hacía una fiesta; la de la fanesca, donde la tradición era pasarse los platos de fanesca, se compartía con todos los vecinos, era una costumbre; la del San Pedro y San Pablo, se convivía con la vecindad, era la fiesta de la vecindad, de la manzana, yo vivía en la New York y Carchi -porque no he variado del barrio-, entonces se hacían quemar las llantas y la costumbre era que todos, grandes y chicos, pobres y ricos saltamos la fogata, en ese tiempo [años 60 y 70] no había distinción, y al otro día se hacía la limpieza, de que había unión ¡había unión!

Pero no pues, los indígenas que vivían aquí no participaban, tampoco la gente de bajada, era entre la gente buena, los vecinos que nos llevábamos, esa gente decente era la que participaba en el juego (AM, 2010, entrevista).

Nuevamente en este extracto de entrevista vemos como de la memoria de los “habitantes legítimos” de la ciudad se borran los sujetos “indeseables”. Se recuerda una vecindad idílica, donde todos eran iguales y todos se vinculaban, sin embargo cuando se escarba un poco más en los recuerdos, aparecen las figuras anuladas y desplazadas.

Otra práctica entre los sectores sociales medios y altos, que aparece a inicios del siglo XX, como una forma de divertimento cargado de reconocimiento y estatus fue el cine.

En 1914 Jorge Cordovez Chiriboga funda la Compañía de cines de Quito. Construye e inaugura en un solo año, cuatro salas monumentales: Variedades, Popular, Puerta del Sol y Royal Edén. Wilma Granda nos cuenta que inicialmente el cine era un lujo para unos pocos sectores, ya que el costo del boleto resultaba sumamente caro: 1,50 sucres la luneta, cuando para esa época un quintal de papas estaba costando 2 sucres (Granda, 1993: 444). Constituía por tanto un espacio inicialmente reservado para gente con alto poder adquisitivo y que además se transformó en un espacio para “exhibir la

ropa y el maquillaje de moda: polvo de arroz, ternos estilo sastre para señoritas, cuellos y pecheras para caballeros, sombrillas de fantasía y medias de seda; buches, velos, cocos y birloches” (Espinosa Apolo, 2003: 77).

Sin embargo debido a la demanda que tuvo el cine se fueron creando espacios diferenciados llamados galerías que tuvieron costos significativamente más bajos y también salas de cines populares como El Puerta del Sol y El Popular, “en los cuales (...) la entrada solo valía 4 reales” (Ibíd).

Los cines se popularizaron a lo largo del siglo XX. A partir de la segunda mitad del siglo las salas de cine se multiplicaron, sin embargo las salas tradicionales se mantuvieron por largo tiempo y aún mantuvieron esta posición diferenciada de precios y aparentemente de público.

Esto no significaba que solamente sectores populares acudían a las salas de cine populares. Generalmente los jóvenes, parte de los sectores medios que aún vivían en los barrios del Centro, carecían de dinero suficiente para pagar una entrada cara al cine. Pero además esto formaba parte de una picaresca:

Como éramos muchachos que no teníamos dinero, vendíamos periódicos, y eso nos alcanzaba para una galería, y casi siempre íbamos a Puerta del Sol, era alaja porque en esa época los jóvenes teníamos que ser plazuelas y eso implicaba ser también patanes, saberte defender, por ejemplo, si iba una señora con un bebe, y lloraba, le gritaban ¡dale el chuco!, y era un goce, por ejemplo, estábamos viendo una película de tensión, entraban diciendo ¡BUENAS NOCHES! fuertísimo, entonces todos asustados, así fue el barrio (...). Igual mi papá a veces nos daba plata para el cine, pero para ir a luneta, entonces yo mejor les invitaba a todos los vagos de la jorga y nos íbamos todos a galería, que tenía bancos largos de madera (MV, 2011).

(...) en octubre y noviembre, la Señora María, amiga de la familia, nos llevaba a la Magdalena a coger cachos blancos. Nos pagaba a centavo por cacho, cogíamos cien cachos y nos daba un sucre y teníamos para el cine. (...) Alguna vez también le regalaron conejos a mi mamá y nosotros les vendíamos para tener plata para el cine (GL, 2011, entrevista).

Para los años 60 y 70 los espacios de socialización para mujeres de sectores medios continuaron siendo, cines, teatros, cafés, restaurantes, cuyo abanico de oferta ya no se reducía al Teatro Bolívar o al Variedades, ni al Wonder Bar o el Boris Bar, propios de las elites de la primera mitad del siglo XX, pues a más de que se iba ampliando el

acceso a los consumos la ciudad se había extendido de forma longitudinal, de modo que los lugares de recreación y distracción para estos sectores sociales se ubicaron, preferentemente en el sector norte de la ciudad, entre ellos se pueden mencionar a los hoteles como el Hotel Quito y el Colón. Testimonios recogidos por Cristina Solís muestran la existencia de canales de movilidad relacionados con espacios de sociabilidad antes reservados a las elites, anteriores al desplazamiento habitacional hacia el Norte.

Para las parejas casadas van adquiriendo mayor peso los espacios compartidos con la familia, con otros parientes y con las familias de los compañeros de trabajo de los esposos. Este tipo de reuniones adquieren en las sociedades modernas cada vez mayor importancia, pues ya no solo la familia o la parentela alimentan las relaciones sociales y las redes que en base a ellas se pueden construir. Eventos como bautizos, cumpleaños, primeras comuniones, té-juegos, bingos, son un buen medio para fortalecer y expandir las relaciones sociales en el grupo social de pertenencia (Solís, 2009: 90).

En todo caso estos espacios no eran accesibles al conjunto de los sectores medios. Muchos de los relatos incorporados a esta tesis nos remiten a momentos de la infancia y la juventud en los que los sectores medios comparten muchos espacios de juego y de recreación con sectores ubicados en niveles menores de la escala social. Existe un elemento en común al que podríamos llamar “popular” que vincula a estos sectores con los trabajadores manuales y una economía que lo hace posible en la época que estamos estudiando. En las vivencias de estos sectores medios que vivían en barrios populares podemos ver la permanencia y la continuidad de lo popular. Estas prácticas cotidianas consolidan esta permanencia que seguirá atravesando a los sectores sociales medios, una especie de cultura en común, aunque entendiendo claramente que “no todos los encuentros obedecían a una hibridación o a una mixtura, sino más bien, eran expresión de una hegemonía cultural en la que se daba la participación de todos pero de acuerdo a una jerarquía” (Kingman, sf.: 12).

La escuela

Del mismo modo como hay muchos elementos en común entre los sectores trabajadores y medios se van presentando elementos que son productores de desigualdad social, entre estos están la familia, el sistema escolar, la situación profesional. En todos estos campos

se dan relaciones de poder y distintas formas de distinción y de acumulación de capital simbólico.

La educación se presenta como un elemento diferenciador por excelencia y, por ello, también representa un rasgo central en la definición de fronteras. Ana María Goetschel (2008) se refiere al campo educativo como elemento que contribuyó a la formación de las clases media en el Ecuador durante la primera mitad del siglo XX, ya que permitió que estos sectores sociales adquirieran o incrementaran un capital cultural que les dio cierta autonomía con respecto a los sectores de las elites y la posibilidad de disputar espacios con estas. Goetschel recalca que “la constitución de los sectores medios hay que entenderla no solo como un fenómeno económico sino político y cultural, como sectores capaces de asumir puntos de vista propios dentro de un campo de fuerzas y de acuerdo a la coyuntura.” (Ibíd.: 135)

También Marisol de la Cadena se refiere a que “la educación adiestraba a los individuos en jerarquías y reglas sociales, y por lo tanto indicaba el comportamiento apropiado que conducía a la ‘virtud’ femenina y a la ‘responsabilidad’ varonil” (1997: 9).

Indudablemente el acceso a la educación se constituyó en una estrategia que permitía, en la época, especialmente a los hombres, cierta movilidad social. Según Bourdieu (1988) “el capital escolar establece unos conocimientos o prácticas tan ajenos al sistema escolar como la disposición hacia el arte, la música”, también hacia el deporte, la higiene, al conocimiento científico, lo que incide en los criterios y disposiciones hacia las cosas, entonces, en el tránsito por una institución educativa se pueden adquirir ciertos gustos, ciertas formas para *diferenciar* y *apreciar* que luego influenciaran en el estilo de vida que se pretende alcanzar.

Recordemos que las reformas educativas implementadas en las primeras décadas del siglo XX incluían actividades que permitieran preparar seres disciplinados, sanos, fuertes y bien conformados, amigos de la ciencia, lo cual conducía a “un mejoramiento de la raza” en términos culturales, según Goetschel (2007).

Respecto de la educación, sabemos que los colegios religiosos, a pesar de la secularización de la enseñanza, siguieron siendo considerados como una opción educativa válida para los sectores medios más conservadores. Muchos padres de familia pertenecientes a estos sectores no estaban dispuestos a enviar a sus hijos a instituciones

laicas, mucho menos a sus hijas mujeres, sin embargo las clases medias más liberales, buscaban buenos colegios públicos para educar a sus hijos e hijas, colegios como el Mejía, el Benalcázar para hombres, o el 24 de Mayo y el Manuela Cañizares para mujeres, eran considerados buenos colegios en la época de la investigación. Muchos hombres y mujeres de sectores sociales medios estudiaron en estos colegios, sin embargo dentro de las matrices clasificatorias del sentido común ciudadano, estos colegios en relación a colegios privados, estaban considerados como “más de bajada” (JE, 2011, entrevista).

Los mejores colegios femeninos eran el 24 de Mayo y el Manuela Cañizares, eran muy buenos, pero como ésta ciudad, en general ha sido de tradición católica, las chicas como nosotras y las que tenían plata asistían a los colegios La Providencia y Los Corazones, hasta que se abrió el Americano, que fue exclusivamente para que estudien los hijos de ricos (Entrevista a Graciela Martínez realizada por Cristina Solís, 2009).

Yo estudié en la Providencia, que era de gente de clase media en general. Pero ahí las mismas monjas eran excluyentes, ellas tenían tres paralelos y te clasificaban. El paralelo A iban las que más plata tenían, porque esas mismas estudiantes, cuando se abrió la Inmaculada, el colegio del Norte, ellas se fueron toditas allá. Las del B éramos de nivel medio y las del C deben haber sido más bajo, pero no eran pobres, porque para las niñas pobres las monjas tenían un externado que funcionaba paralelo al colegio pensionado. Debe haber sido escogido las personas para que entren allá, generalmente era gente que no “tenía dinero” entre comillas, porque la familia Espín Yépez a las hijas les pusieron en la Providencia en la media pensión, pero ellos sí tenían dinero. Y habían otras personas que no deben haber tenido nada y les daban una beca completa de estudios. Habían bastantes personas en el externado. Les identificábamos porque tenían el uniforme diferente, nosotros teníamos una gola sobre los hombros, azul con blanco, ellas no tenían gola y tenían unas medias negras, las nuestras eran blancas, ellas tenían unas medias negras pero parecían mallas enteras, y con el azul del resto del uniforme, era medio macabro. El horario de clases debe haber sido igual, pero ellas salían en otro recreo aparte de nosotras, en otro horario, ósea no se juntaban con nosotras las niñas que “teníamos dinero” entre comillas. Compartían los mismos espacios que nosotras, solo había esa división de horarios (XE, 2010 entrevista).

Muchos niños del sector cercano a San Roque, el Placer, la Libertad y la 24 de Mayo iban a la escuela Chile o a la Rosa Zárate, que eran las escuelas del barrio, públicas y catalogadas como escuelas para gente de bajos recursos. Una entrevistada que vivió en el barrio de La Libertad, que se siente parte de las clases medias tiene la sensación de

haber sido tratada con desprecio. “Nosotros éramos los longueados, porque éramos los pobres, pero bien decentes y bien trabajadores” (AL, 2010, entrevista). La entrevista cuenta como ella y sus hermanos se educaron en colegios fiscales ya que para sus padres, él carpintero, ella ama de casa, era imposible mantenerlos en escuelas o colegios privados.

(...) yo estude en la escuela del barrio, en la Rosa Zarate, la primaria y todas mis hermanas. Mis hermanos en la escuela México, en San Diego donde ahora es el túnel, eso ya no existe. El Mario, el Tabo y el Fabián en la escuela Chile, cuando inauguraron esa escuela, frente al [ex] Penal [García Moreno]. Era escuela para pobres, pero de eso habíamos muchos en todo el Centro [Histórico]. Solo pocas personas... a la que se decía “gente bien” estudiaba en colegios particulares y nos veían como por encima del hombro, porque en nuestra escuela estudiaban mestizos pobres, pero también campesinos que vivían en el sector (AL, 2010, entrevista).

Mi abuela recuerda que muchos niños campesinos, bajaban desde la Libertad a la escuela Chile, sin zapatos. Ellos al pasar por la panadería de mi bisabuelo, compraban los “retazos” de las pastas que se vendían por uno o dos reales, ese era negocio de mi tía abuela Lucía (MDV, 2009, entrevista). Otro de los entrevistados corrobora esa imagen:

(...) me acuerdo de la pastelería, el señor Vásconez, nos íbamos a comprar los recortes de las pastas, las pastas vendían a un sucre y no teníamos para una pasta, sino para comprar los recortes, nos daban en un papel periódico, pero llenos de pedazos de pastas y todos como hormiguitas a comer (AL, 2010, entrevista).

Existían por tanto fuertes diferencias otorgadas por el lugar donde un niño o un joven estudiaba que reafirmaba formas de ser clasificado y catalogado. El estatus de ciertos colegios, con relación a otros, otorgaba una valoración dentro de un grupo. Sin embargo el hecho de que se estuviera en un colegio de elite, no garantizaba por si solo el reconocimiento como miembro de una clase. Un entrevistado que estudió en el colegio San Gabriel, institución de gran prestigio social y educativo, regentado por jesuitas, recuerda un episodio que le “enclasó” en un estatus inferior al que él creía situarse.

Fue en el 70, que mi hermana cumplió 15 años y le hicieron una fiesta en la casa, yo invité a mis compañeros del colegio que en ese tiempo me llevaba bien, ellos eran hijos de gente de mucho dinero, gerentes de bancos, dueños de hacienda, en fin. Yo les invité y les indiqué que vivía en San Roque. Cuando vinieron a la casa, estaba vestidos con lo más viejo que tenían, pantalones remendados, camisetas viejas, y los ternos traían guardados en porta ternos, llegaron y se cambiaron aquí, igual para irse se volvieron a cambiar. Ese barrio tenía la fama de ser

peligroso y ser ‘populachero’, así que prefirieron no arriesgarse a que les roben (JE, 2009, entrevista).

El entrevistado recuerda que sintió mucha vergüenza y tomó conciencia de lo que representaba vivir en un barrio popular y estudiar en un colegio de prestigio, se sintió fuera de lugar en ambos espacios.

Para los 60 y los 70 las redes de relaciones sociales se expandían a través de una “buena educación” que las familias de los sectores medios buscaban garantizar a sus hijos e hijas muchas veces en base a grandes sacrificios. La selección de un “buen colegio” garantizaba no solo adquirir un capital cultural sino extender la red de relaciones más allá del ámbito de la familia y establecer conexiones importantes para el futuro.

En los censos de 1950, 62 y 74, presentados en la Tabla 5 (ut supra), se puede observar un incremento en el tema de matriculación en la población en edad escolar (mayores de 12 años) de Quito, aunque no en igual proporción entre hombres y mujeres. Entre los hombres tenemos los siguientes datos en 1950: 4.958, 1962: 23.703, 1974: 49.071; para las mujeres 1950: 3.203, 1962: 19.306, 1974: 43.913. Estas cifras nos hablan de que se reconoce la necesidad de que tanto hijos varones como hijas mujeres asistan a una institución educativa, lo interesante es el peso social que tiene la selección de la institución. Para el sector medio del que nos hemos ocupado en esta investigación, los colegios católicos privados siguen siendo la primera opción, pero ya entran en escena como nuevas posibilidades los colegios privados, mixtos y con pensiones altas como el Americano y el colegio Alemán. También empieza a adquirir importancia la profesionalización de los hijos varones a través de estudios universitarios, no así la educación universitaria de las hijas mujeres.

Mi papá nos decía siempre a (sus) cinco hijas -estudien, acaben el colegio, aunque sea para que tengan colgado el título de bachiller en la pared. Tienen que dedicarse a estudiar-, sabía que no podíamos quedarnos sin estudiar, pero no fue así con la universidad, solo con el colegio, ya después del colegio era dedicarse a la casa, al marido y a los hijos, pero el título de bachiller era necesario para mi papá (XE, 2010, entrevista).

A esa altura del siglo XX, un grupo considerable de mujeres había logrado abrirse camino en la sociedad quiteña, alcanzado posiciones en el trabajo y en los estudios que no había logrado antes, esto era solo el comienzo de las conquistas que aún estaban

pendientes de alcanzar. Un artículo del diario El Comercio de Quito, logra retratar el momento que atraviesan las mujeres en esos años.

En casi todos los dominios, la mujer está llegando a posiciones que tradicionalmente se consideraron fuera de sus posibilidades. De todas formas, este estudio no pretende, ni mucho menos, probar que las mujeres están revelándose científicos, músicos, pintores de primer orden, yo creo que sus aptitudes en tales dominios pueden igualar perfectamente las de los hombres, pero sin duda serán menos numerosas las mujeres que se dediquen a cultivar esas posibilidades porque las motivaciones y aspiraciones de la mayoría continúan orientadas en otras direcciones, pero debo insistir que comenzaron solamente a salir del injusto y largo período de sujeción (El Comercio, 1969: 11).

Ahora bien, a más de una relación con los lugares como formas de configuración de la posición en lo social, algo fundamental en la construcción de fronteras de distinción y acercamiento era la relación con los sujetos. En el siguiente capítulo veremos cómo se producían las distintas formas de trato cotidiano con aquellos que se consideraban los inter pares y con los “otros”.

CAPÍTULO V SUJETOS, VECINOS, COMPAÑEROS, AMIGOS Y EXTRAÑOS

Retomando la idea planteada en el capítulo anterior de que en la época que se está trabajando en esta investigación se buscaba que las mujeres fueran “virtuosas”, mientras en los hombres lo que interesaba era que sean “plazuelas, buenos estudiantes y buenos deportistas” (JE, 2010, entrevista), para ganarte respeto y prestigio social entre tus inter pares, los mismos que generalmente pertenecían a la “jorga”⁴⁰ quisiera señalar que esa dinámica nunca se daba fuera de marcadores sociales relacionados con factores como la decencia.

Marisol de la Cadena (2000) ve en la decencia una definición moral de “raza” que permite una ampliación de este concepto más allá del criterio fenotípico. La autora analiza cómo el ideal de decencia impregna la constitución de la sociedad cuzqueña a lo largo del periodo colonial hasta avanzado el siglo XX. Sin embargo, de la experiencia de campo en la ciudad de Quito, se podría proponer la hipótesis de que la decencia también representa una característica definitoria de clase. Como ya se dijo anteriormente, en las entrevistas realizadas, se ve un fuerte rescate de esta como característica de su condición de clase, la misma que se ve acentuada entre los sectores medios. Generalmente se utilizaba como forma de justificar que, aunque no se tenía un ingreso económico importante, la moral, la honradez, la educación y las buenas costumbres eran el capital social (Bourdieu, 1994) con el que contaban los grupos medios para diferenciarse de los sectores populares y acercarse a los altos.

Así la socialización entre la gente decente se privilegiaba entre sus pares, donde se fijaba un grupo de referencia del mismo status, o nivel social, con el que se podía convivir y crear redes, generando una comunidad,

... a nosotros [mis papás] solo nos hacían saludar con la familia de la esquina, la señora Laurita y algo había de relación con las hijas. Ellos eran amigos de mi papá y se los aceptaba como más decentes, entonces las hijas nos venían a visitar. Ellas estaban en el [colegio] 24 de mayo, que para la época todavía era de gente decente (XE, 2010, entrevista)

Y también, como ya se mencionó, la vinculación familiar con algún personaje ilustre otorgaba cierto prestigio social ante los otros. Así en muchas familias se sacaba (y aún se saca) a relucir el nombre de personajes famosos en la historia o en la memoria del

⁴⁰ En el lenguaje cotidiano se utilizaba la palabra jorga para definir a un grupo de amigos pertenecientes a un espacio determinado, especialmente el barrio o el colegio, también se usaba la palabra gallada.

Ecuador como parientes cercanos o lejanos. Mantener el sentido de la decencia era una tarea dura para los sectores medios y en muchas ocasiones era causa de sufrimiento.

Las jorgas como espacios de socialización masculina

Empezaremos analizando las relaciones de género que se producían entre hombres y mujeres jóvenes en la época investigada (finales de los 60 y la década del 70). El género podría considerarse “una especie de filtro cultural con el que interpretamos el mundo y también una especie de armadura con que constreñimos nuestra vida” (Lamas, 1993, en Fuller 1997:18).

El papel (rol) de género se forma con el conjunto de normas y prescripciones que dictan la sociedad y la cultura sobre el comportamiento femenino o masculino. Aunque hay variantes de acuerdo con la cultura, la clase social, el grupo étnico y hasta al nivel generacional de las personas, se puede sostener una división básica que corresponde a la división sexual del trabajo más primitiva: las mujeres paren a los hijos, y por lo tanto, los cuidan: ergo, lo femenino es lo maternal, lo doméstico, contrapuesto con lo masculino como lo público. La dicotomía masculino-femenino, con sus variantes culturales (del tipo el yang y el yin), establece estereotipos las más de las veces rígidos, que condicionan los papeles y limitan las potencialidades humanas de las personas al estimular o reprimir los comportamientos en función de su adecuación al género.

Lo que el concepto de género ayuda a comprender es que muchas de las cuestiones que pensamos que son atributos "naturales" de los hombres o de las mujeres, en realidad son características construidas socialmente, que no tienen relación con la biología (Lamas, s.f.: 4).

En este sentido habría una construcción social de lo que es ser masculino o femenina. La masculinidad puede entenderse como un proceso, no como algo previamente dado, sino como una meta social a ser alcanzada a partir de una serie de prácticas, discursos y posiciones a través de las cuales los hombres se definen y se distinguen a sí mismos como hombres. Distintas masculinidades, ya que no se puede hablar de una sola forma de ser hombre, coexisten, se relacionan y se superponen en la misma sociedad, sin embargo, una tiende a ser la hegemónica.

La masculinidad, así como la feminidad no se los entendería únicamente como definidas en base a normas, rasgos inherentes e incluso formas de comportamiento que pueden considerarse estereotipadas, sino como:

...procesos y relaciones a través de los cuales mujeres y hombres definen su género. La masculinidad es entonces simultáneamente un espacio en las relaciones de género, las prácticas a través de las cuales

hombres y mujeres ocupan ese espacio y los efectos de esas prácticas en su experiencia corporal, personalidad y cultura (Connell 1995: 71).

Y si bien las normas sobre lo que es ser hombre y mujer se encuentran definidas a partir de distintas instituciones sociales como la familia o la escuela, en la cotidianidad la repetición de estas normas por parte de los sujetos hace que estas cambien y se adapten a las circunstancias pero también que se vean sujetos a distintas formas de violencia simbólica. La norma, por tanto, no está fijada completamente antes de ser citada como dirá Butler (1993), sino que al ser citada, esta se actualiza y toma forma, pudiendo modificarse en cada actualización.

El género, a través de esta repetición constante de las normas instituidas sobre lo que es ser hombre y ser mujer, adquiere una suerte de naturalización, pero por esta misma reiteración, como ya se dijo, se generan una serie de grietas a manera de inestabilidades constitutivas de esas prácticas, formas de interpretación que exceden las reglas. “...esta inestabilidad es la posibilidad deconstitutiva en el proceso de repetición” (Ibid: 14). Los actos de repetición, de citación discursiva, son denominados “performatividad” por Butler.

La performatividad no es un acto singular, sino la repetición de una norma o conjunto de normas que, mientras adquiere un estatus de acto en el presente, oculta y disimula las convenciones de las cuales es una repetición. Su aparente teatralidad (en el sentido de acto como fruto de la voluntad de los actores) es llevada al punto de que su historicidad, contextualidad y temporalidad son disimuladas (Troya, 2001: 73).

Las circunstancias, el contexto donde se presenta este acto performativo influyen también en la citación de las normas, por tanto no es importante solamente el qué sino el cómo se cita, ya que esto puede modificar considerablemente la interpretación de las normas de género.

Veremos a continuación cómo se construían y reconstruían las identidades de género masculinas y femeninas en los barrios populares de Quito. Respecto a los hombres, parte importante de su masculinidad se construía a partir de espacios de homosocialidad, entendida como una forma de relacionamiento social que no está dada de antemano, sino que puede ser inestable y contradictoria como la misma identidad masculina. En el caso de los jóvenes, la jorga podría considerarse como un grupo que buscaba establecer una identidad grupal e individual masculina de cada uno de sus

miembros y que les permitía movilizarse del ámbito doméstico-familiar al ámbito público-social. Al mismo tiempo la jorga podía ser cuestionada por sus miembros.

Existen memorias de las jorgas o galladas desde los años 20 del siglo pasado y es constante la mención de que las jorgas eran solamente de hombres, las mujeres no tenían jorgas, tenían grupos, del colegio o del barrio, pero estos no se denominaban jorgas. Así también las jorgas no eran solamente de adolescentes, eran de jóvenes e incluso de adultos. Por tanto este grupo puede ser considerado uno de los principales espacios de homosocialidad⁴¹.

Como parte de esta identidad las jorgas tenían territorios definidos, que tenían una fuerte significación para sus miembros.

Nosotros parábamos en el Aguarico, en la Ambato y Calicuchima, justo por donde ahora pasan los túneles. Y le llamábamos “Hollywood” a la esquina donde parábamos, porque era el sitio donde estábamos “las estrellas”. Hicimos ahí el paradero porque había una cantina camuflada y entonces ahí vendían trago a los borrachitos de por vida, pero ahí atendían unas chicas más o menos simpáticas, eran la Chela y la hermana y además quedaba justo frente a la casa de la Lucía, que era la que le gustaba al “Gordo”, que después fue ya enamorada y se terminaron casando (JE, 2011, entrevista).

[Habían jorgas] prácticamente en cada esquina, del grupo generalmente salía un equipo de fútbol, y eso le daba personalidad a la jorga y eso era como que te daba pertenencia, por ejemplo en donde nosotros [en el sector del Aguarico] se formó el equipo Rumiñahui, después se llamó el Vicente Mejía, en honor a un amigo que falleció por esa época, y a una cuadra estaba la jorga del gordo Trujillo, se llamaban los Dianmis, que eran de camisetas lilas, era a una cuadra de distancia, entonces cada cual estaba en su territorio, más abajo, en la Huascar y Ambato, estaba el Marañón, que era el equipo de más nombre, otro el Nápoles, San Paulo, el Gornic, el equipo de los Andino, cada sitio tenía un equipo de fútbol, que jugaban en la Liga de San Roque, en el Central Técnico, esa era la relación que existía en algunos casos y por supuesto la rivalidad que habían entre las jorgas. (PR, 2011, entrevista)

Un espacio de homosocialidad muy importante en la época era el fútbol. La práctica del fútbol resulta básica para entender la construcción de la masculinidad entre los habitantes de los barrios populares, aunque no solo de estos. El fútbol era considerado un deporte exclusivo para hombres, en gran medida porque se lo entiende como un

⁴¹ A parte de los colegios, que para la época eran generalmente separados para hombres y para mujeres, y también de los deportes.

espacio de competencia y de violencia implícita, para Carrión este deporte tiene un cierto carácter bélico, “el fútbol (...), recurre permanentemente al lenguaje conceptual proveniente del carácter bélico que encierra este deporte, lo cual le permite incorporar a la narrativa y a su esencia los principios y las categorías de la guerra. Pero lo hace desde una perspectiva que racionaliza la violencia” (Carrión, 2006: 17). Esta violencia es percibida como una forma de afirmación de la masculinidad y está unida a una serie de prácticas paralelas, como las barras.

Como espacio de homosocialidad la práctica de un deporte como el fútbol permite que distintos sujetos sean aceptados en el mismo grupo y sean parte de un equipo, donde todos, aunque provengan de distintas condiciones sociales, al momento del juego pueden llegar a considerarse iguales. Este deporte permite actuar públicamente, “una masculinidad” que tiene unas convenciones, unas fórmulas, una gestualidad, unos manejos del cuerpo específicos, conocidos, adquiridos y reinterpretados por los hombres desde su infancia, que se ponen en juego, se prueban y se modifican frente a otros hombres. “En el juego de fútbol se ha proporcionado a los hombres un escenario, unos guiones, unas narrativas, unos adversarios, que han contribuido a representar la masculinidad en público” (Ibíd.).

(...) en mi Primera Comunión mamá me dio treinta sucres para que me compre zapatos del uniforme para hacer la Primera Comunión y yo me compré los zapatos de fútbol, y me obligó hacer la primera comunión con los zapatos de futbol, -yo no tengo más plata- me dijo, y tuve que entrar a la iglesia que tenía el piso de madera con esos zapatos y sonaba chalan, chalan, era mi sueño el fútbol, de mis compañeros que jugábamos esa época uno se hizo estrella: el Pocito, llegó a jugar en el primer Aucas. El fútbol se jugaba en las calles, hasta que algún comedido te enseñaba las reglas, había juegos con otros barrios, cuando ya éramos grandes nos íbamos a jugar en los parques al Ejido y a la Alameda, no había la Carolina. Después jugué en el “Crak”, era época del amateurismo, todavía no había equipos profesionales, cuando estaba en quinto curso del colegio militar me llevaron al “Crak”, prestado, los socios eran los hermanos López (...). Al Jorge Cruz, al ratón Moncayo y a mí nos llevaron para que juguemos en el “Crack” por un tiempo no más porque ya en sexto, no te da tiempo el colegio para hacer nada, año de grado. Con los de mi barrio teníamos otro equipo “El San Lorenzo”, el Pepe Estupiñán, el Candelas, jugó en el Mejía, era centro delantero del Mejía, un gran futbolista. Entre los equipos de barrio jugábamos invitándonos, por ejemplo un amigo me decía pásame la nómina para hacerte la invitación, los otros te pasaban la nómina de ellos y ya, todo el mundo jugaba futbol, unos sobresalían otros no (Entrevista a Alejandro Solís realizada por Cristina Solís, 2009).

Posiblemente el fútbol era una de las máximas actividades culturales dentro de un barrio popular. A la vez que de las jorgas podían salir equipos de fútbol, a partir de las agrupaciones deportivas también se conformaban jorgas, donde el mayor prestigio se daba por ser buen deportista y no necesariamente por la procedencia. “Claro, yo era nulo para el fútbol, pero mi papá era el presidente de la Liga Barrial San Roque, entonces no podían barajarme de la jorga” (JE, 2011, entrevista).

No todas las jorgas tenían afinidades deportivas, muchas se organizaban por otro tipo de intereses como los de la amistad. Muchas jorgas permanecían a lo largo de los años, incluso existían jorgas que se formaban desde la infancia y podían perdurar en el tiempo.

Era la jorga de los amigos en el sentido de molestar, no era de ir a tomar, sino de jugar, como se decía en esa época [mediados de los años 60] fregar la vida. Aunque claro, con el tiempo lo de la tomada vino por añadidura, pero cuando ya estábamos más grandes. En esa época (con 11 o 12 años) teníamos bastante imaginación: trompos, bolas, botones, cabos y el parque⁴², nos pasábamos las escaleras de mano; esa era la jorga, hacer un coche de madera, volar cometas, irse de excursión al “dique” (GL, 2011, entrevista).

La forma en que se constituían las jorgas en los barrios era de acuerdo a elementos de cercanía, como vecindad, parentesco, compañerismo o amistad, como parte de la experiencia inmediata de los miembros de la jorga que, a través de matrices clasificatorias incorporadas (Bourdieu, 2007), identificaban a aquellos que se podían considerar inter pares y aquellos que no, “no veías la diferencia por el nivel económico, por ejemplo, sino por la pinta⁴³. El ‘Chino’ era más pobre que una guaba, pero era pintón⁴⁴. Como que había algo del ‘Chulla quiteño’ en esas apreciaciones, tenían chulla parada⁴⁵, pero se veían bien presentados, entonces eran admitidos” (JE, 2011, entrevista). Esto pone en evidencia las matrices clasificatorias que funcionaban a través de sentido común masculino, como parte de la experiencia inmediata de los miembros de la jorga y que identifican a aquellos que se podían considerar inter pares, por razones sociales pero también por compartir elementos de vida, sentidos del gusto, estatus, masculinidad.

⁴² Se refiere al parque infantil ubicado en el barrio La Libertad, ubicado en la calle la Libertad.

⁴³ Se refiere a la apariencia física.

⁴⁴ Tener buena presencia.

⁴⁵ Traje o atavío.

En nuestra jorga empezamos primero dos, el “Enano” Salazar y yo (el “Loco” Espín), que éramos del colegio San Gabriel. El primero que fue incorporado era el “Gordo” Trujillo, él nos interesaba porque era grande y buen puñete, entonces eso te aseguraba el respeto. Otro que entró al paso fue el Pepe Ribera, porque como era suco⁴⁶, de entrada jalaba mujeres. Y otro miembro desde el principio fue el “Chino” porque él era rabo mío desde que yo entré al colegio San Gabriel y no estuvo hasta robarme un carnet del colegio y ponerle una foto de él. Después fue el “Yoyo” que era bien pintón y bailaba lindísimo, y así se fueron incorporando lo demás. Y cuando fuimos unos siete, ya era una jorga de respeto, y ya nos dábamos el lujo de rechazar peticiones de ingreso. La única condición que era determinante para ser de nuestra jorga era no ser mudo, los mudos no tenían opción de entrar (JE, *ibíd.*).

Cada individuo presentaba una característica que aportaba al grupo y servía para afianzar la identidad de sus miembros. Al mismo tiempo se establecía marcadores masculinos como ser “buen ´puñete” o “no ser mudo”. Se trataba de jorgas abiertas a la calle, que tenían que desarrollar estrategias de poder frente a otras jorgas.

Había una cuestión interesante, la jorga había de los mayores y menores eso era aparte, pero la relación con los mayores eran allá y ellos tomaban y fumaban, y nosotros jugábamos pelota, me acuerdo, cuando pusieron los focos de mercurio, antes eran focos normales de 200 watts, ahí se veía, nos dedicamos a jugar fútbol de noche (PR, 2011, entrevista).

También influía el ser de un colegio determinado que tuviera cierto prestigio: “nosotros éramos los únicos gabrielinos⁴⁷ del barrio y eso nos daba cierto status, como que buscaban juntarse con nosotros” (XE, 2011, entrevista). Para otros, en cambio, como los estudiantes de un colegio con fuerte presencia popular como el Mejía, lo que daba prestigio eran otros factores, como la propia trayectoria del colegio y sobre todo la masculinidad de sus miembros, a diferencia de los que estudiaban en colegios religiosos como el propio San Gabriel.

Dentro de los barrios podían existir rivalidades entre las jorgas, con respecto a espacios, pero eran mayores las rivalidades que podían darse por fuera del barrio, “lo que sabías era que no podías ir a otro barrio a vacilar a las mujeres” y “también había bronca segura si se asomaban de otros barrio a querer levantarse a alguna de las nuestras”. (FS, 2011, entrevista) En esta entrevista se ve claramente como las mujeres

⁴⁶De cabello rubio y tez blanca.

⁴⁷Pertenecientes al colegio San Gabriel.

eran pensadas como agentes pasivos sujetos a disputas entre los hombres. Eran los varones del barrio, posiblemente hermanos o primos quienes las consideraban de su propiedad y decidían con quien podían o no “vacilar”.

Desde luego, bueno en mi época ya no, me contaban que habían rivalidad, entre la Tola y San Roque, porque decían que los de San Roque, éramos más guapos, y les quitábamos las pollas y se armaban los problemas, y por cuestiones deportivas, habían clubes deportivos y eso se daba entre los colegios, la Salle y el Mejía, el Mejía tuvo su época de oro, había un equipo que se llamaba el Quinteto de Oro, que fue campeón cinco años, y cuando le destrono la Salle, hubo una tremenda bronca, y así mismo entre el Montufar y el Mejía, pasaba la banda de guerra del Mejía y el Montufar le daba la espalda, y así, era una tremenda rivalidad, y al otro día en primera fila las noticias, cuando perdíamos en básquet, era una ciudad muy pequeña (MV, 2011, entrevista).

Otra situación que creaba conflictividad al interior del barrio era el uso de ciertos espacios por aquellos que eran considerados alterpares (Guerrero, 2010). Se trataba de un ejercicio violento dentro de barrios en los que habitaban otros sectores sociales, populares y particularmente indígenas, “lo que no tolerábamos era que vaya una jorga de indios a beber en el parque, ahí les sacábamos a correazos” (JE, 2011, entrevista).

Los indígenas estaban considerados al margen de los barrios, no pertenecían a estos aunque su presencia fuera histórica y constante en estos sectores, eran por tanto rechazados y se buscaba borrar su imagen del espacio barrial. Incluso el cuerpo de estos alterpares se constituía como espacio de exclusión (Agamben, 2004), que permitía el uso de la violencia física y simbólica contra estos de manera continua y naturalizada.

Existían otras formas de identificación que les diferenciaban de aquellos que no pertenecían a la jorga, “por ejemplo los silbidos, cada jorga tenía su silbido, que servían para llamarte, así sabías que estaban reunidos; también los apodos, todos teníamos apodos por los que éramos conocidos en la jorga”(JE, 2011, entrevista), pero además como grupo compartían una serie de elementos en común como “sistema de prácticas enclasadadas y enclasantes, esto es, de signos distintivos (“los gustos”)” (Bourdieu, 2000: 171), “la particularidad de nosotros era que solo oíamos música salsa, no éramos rockeros, no éramos chicheros, por eso siempre nos tocaba andar cargando nuestros discos, porque en las rockolas de la época no había salsa” (JE, *ibid.*).

Al constituir un estadio de paso, entre la familia y el mundo social de los adultos, las jorgas se constituían en espacios donde se suspendían las normas vigentes del espacio familiar y de la sociedad, y se convertían en lugares exclusivos y

excluyentes que marcaban fronteras imaginadas con respecto de los que quedaban por fuera de estas. Este juego de fronteras al interior del campo de los jóvenes, marcaban la forma en que estos vivían su cotidianidad relacionándose, a la vez que marcando distancias, con otros jóvenes y ganando espacios dentro del barrio.

Cuando eran adolescentes los miembros de las jorgas se reunían principalmente para hablar de mujeres y también para beber, pero además eran espacios donde los jóvenes hablaban de los problemas que tenían en sus casa, “nosotros le compadecíamos al “Enano” porque tenía plata, pero los papás no le prestaban atención, al “Gordo” porque la Lucía no le hacía caso, a mí porque mi papá era muy exigente y así con todos, siempre de alguna manera todos teníamos conflictos y problemas que sabías que podías contar a tu jorga” (JE, 2011, entrevista).

Nosotros [la jorga], hacíamos deporte en la casa de los Guerrero, el dueño había puesto un aro de básquet, y nos reuníamos a jugar, ese era un lugar de reunión. Nos reuníamos en la esquina, me acuerdo que había un programa de música nacional en Radio Quito (habla de principios de los años 60), la gente era hincha de la música nacional, Benítez y Valencia era lo más representativo de esa época, y nos reuníamos ahí, a las 8 de la noche, y la característica de ese programa se habría con esta canción “Van cantando por la Sierra”, fumábamos y escuchábamos la música, había unión por el deporte, música, etc. Y cuando llegaban las fiestas teníamos las amigas y les integráramos a ellas, bailábamos, comíamos, donde el Marcelito Dávila, tenía una casa grande, íbamos en la mañana, poníamos parlantes, llevábamos discos de mi cuñado, hacíamos programas especiales y cuando un amigo no era quiteño, le dábamos la ciudadanía. Y se pasaba bonito, en las fiestas por lo general habían prejuicios, hasta ahora creo, a las mujeres nos les daban permiso, si les daban era hasta cierta hora, 5 o 6 de la tarde, y pasándose máximo hasta las 7 de la noche. Sí éramos más libres los hombres, a veces llovía, y estábamos fumando, caminando, también nos reuníamos a cantar, en los cumpleaños de las enamoradas, se cantaba en el día de la madre, no eran serenos sino long plays, ya nos mandaban sacando, también entre otras cosas que hacíamos íbamos al Rucu Pichincha, (...) la época de Navidad, habían los inocentes, y habían tiendas que alquilaban los disfraces, me disfrazaba de payaso, y hacíamos estupideces, nos robábamos de las tienditas los plátanos (MV, 2011, entrevista).

Además los miembros de la jorga ponían en común significaciones del mundo en el que vivían. En el extracto de entrevista que viene a continuación se pone en evidencia estas matrices clasificatorias que funcionaban a través de un habitus masculino, que permitían a los miembros de la jorga significar el mundo, en este caso específico relativo a las mujeres del barrio.

Uno tenía, como cosa obligatoria, el mapa de mujeres potables, o sea aceptables, que eran en ese tiempo mujeres que sean de colegios religiosos, si podían ser los de élite, mejor todavía. Entonces uno tenía ubicado dónde había chicas de las Marianas, del Eufrosia y así buscábamos. Lógicamente en el barrio no habían chicas de la Dolorosa, que era el colegio de más élite, de pronto sí habían chicas de las Mercedarias, unas dos o tres y del Spellman también, pero cerca de San Francisco. Entonces teníamos un mapa ubicativo de las chicas del barrio por colegio, y si seguías así llegabas a las de la Providencia y el último, que era el más de bajada, era el San Antonio de Padua que quedaba en la Imbabura. Entonces ya más o menos tenías un escalafón. En cambio de los colegios fiscales, el de más reputación era el Simón Bolívar, habían las “chivas”⁴⁸, igual seguía descendiendo el escalafón. También obviamente aparte del colegio estaba la pinta, y la familia (JE, 2011, entrevista).

Como se ve existían fuertes diferencias, otorgadas por el sentido común y reafirmadas de manera cotidiana, que definía formas de ser clasificado y catalogado. El estatus de ciertos colegios, con relación a otros, otorgaba una valoración dentro de un grupo, especialmente para las mujeres a quienes se colocaba en determinada categoría por pertenecer a un colegio católico de cierta élite, eso la volvía más “potable” y más digna de ser considerada para un noviazgo. Las mujeres se convertían, de este modo en medios de prestigio y distinción.

Pero también los jóvenes tenían clasificaciones respecto a “tipos” de mujeres, que permitían ubicar la forma de comportarse frente a ellas, en las que se cruzaban factores sociales, género y sexuales.

Así también habían tres clases de mujeres, que uno tenía claramente identificadas: las pollas, que eran las potables, las chullas, que eran las fáciles y las tercera clase eran las hermanas, que eran las intocables. Bueno, habría que añadir que habían las prostitutas, y las prostitutas les teníamos clasificadas también en las locales y las extraordinarias, es que ahí mismo en el barrio habían unas que eran extremadamente baratas y ellas se metían con los clientes a los poteros del Central Técnico⁴⁹, pero ellas estaban para los cargadores, o los vendedores del mercado, o sea eran bien de bajada.

Y las que eran más raspables estaban en la 24 de Mayo. Entonces vos bajabas a la 24 y primero hacías el tour, pero para meterte al tour tenías que tener más o menos tú hombría bien puesta, comenzaba el tour pasando la Imbabura, en la Loja, más abajo de la fábrica de hielo de la cervecería Victoria, habían unas pensiones de mala muerte y unos hoteluchos y ahí habían las prostitutas que sabían estar sentadas

⁴⁸ Se refiere a las estudiantes del colegio 24 de Mayo.

⁴⁹ Colegio ubicado en el barrio de San Roque.

en un hall, subiendo unas gradas, vestidas con faldas o con vestidos y sabían estar sentadas y sin calzón. Entonces el asunto era, que cuando eras bastante joven, digamos unos 10 años, te trepabas, alzando un poco la cabeza para tratar de ver y de ahí salías disparado y eso ya era una hazaña. La segunda vez ya te arriesgabas un poco más y ya tratabas de ir en jorga y de arriba te decían las chicas “vengan, suban, no nos tengan miedo, no mordemos...”. Y uno así seguía arriesgándose, ibas cada vez con más gente y subías cada vez más. Una vez, ya tendría yo unos 14 o 15 años ya nos arriesgamos hasta el hall mismo y nos botan las bacinillas con orinas, así que huimos en quema (JE, *ibíd.*).

De las entrevistas se ve que al interior de las jorgas en los años 60 y 70, se daban una serie de “pruebas” que funcionaban como parte del proceso de construcción de la masculinidad. En el caso específico de las mujeres a más de ubicar y conocer, la hombría se construía al ir rompiendo límites y logrando nuevas hazañas, como se ve en el relato anterior, la forma de comportarse con las trabajadoras sexuales, con una especie de juego que requería que los jóvenes fueran avanzando paulatinamente hasta concretarse, como una práctica cotidiana, el acudir a los prostíbulos.

Yo tenían ya unos 16 o 17 años, y en esa época cobraba los lunes la mesada -me daba plata papá-, y entonces era religioso yo les ponía una media (de trago) a los de la jorga, hasta yo irme con “unita”. Entonces todos los lunes nos íbamos al “Pescado Fumador” o al “Casa Blanca”, que era el más famoso y ahí ellos se pegaban los tragos hasta que yo me desocupe. Entonces ahí yo también tuve mi primera experiencia de conocer a travestis, vos encontrabas ahí a hombres vestidos de mujer, entonces siempre tratabas de ir con el “Gordo” y que él imponga respeto, por si acaso (FS, 2011, entrevista).

En ese sentido los hombres “decentes”, tenían una cierta permeabilidad en sus relaciones con las mujeres “no decentes”. Por ello desde el mismo Estado y la Municipalidad, se establecieron una serie de reglamentaciones con respecto a las mujeres que ejercían la prostitución como profesión. Kim Clark (2001), en su análisis sobre la primera mitad del siglo XX, sostiene que el Estado desarrolló una aproximación influida por la posición regulacionista, es decir que no se enfocó en cuestiones de moral, sino más bien en la salud de la Nación. “En realidad las prostitutas fueron algunas de las pocas mujeres bajo la directa supervisión del Estado” (Clark, 2001: 43). Esta supervisión, bajo el pretexto de la ciencia y la prevención sanitaria, le dio al Estado la posibilidad de controlar los cuerpos de las mujeres, registrarlas, contabilizarlas, ubicarlas y medicalizarlas.

Otra parte importante de la construcción de la masculinidad era la ingesta alcohólica, que también funcionaba como una “prueba” de resistencia para afianzarse como buenos bebedores, los que se denominaban “tragazos”⁵⁰.

El trago, el beber era como una especie de ceremonia, no nos reuníamos exclusivamente para tomar, sino que surgía como moción dentro de la reunión. Y algunos no eran tan místicos para el trago, pero no se rechazaba la bebida.

También así como había mapa de mujeres había mapa de cantinas, y tenías que conocer toditas y haber pasado por toditas, pero sí habían sectores donde no ibas por recelo, por ejemplo San Diego, tenía mala fama, ahí se reunía gente de bajada (JE, *ibíd.*).

Existían otras prácticas que también probaban la hombría de los miembros de la jorga relacionados con las fiestas y las peleas, en estos eventos se pueden hacer visibles las reglas que componen la normatividad social y que disciplinan la disposición de los sujetos en un contexto y momento dados. La heteronormatividad opera como algo normalizado en la vida de los sujetos, que sin embargo se modifica y se reinterpreta de acuerdo a las relaciones sociales, económicas y políticas de estos.

El deporte de todos los sábados era el colarse en alguna fiesta. Incluso, a veces bajabas con terno y bien acicalado a la Iglesia de San Roque, donde habían matrimonios, bautizos, y siempre te hacían subir a algún carro, te embarcabas y te ibas y generalmente las fiestas acababan en bronca, y uno tenía que darse lustre trompeándose, pero de ley necesitabas el respaldo, entonces el “Gordo” era el duro ahí. (JE, *ibíd.*)

El “saber usar los puños” formaba parte del repertorio masculino de aquellos que se consideraban “plazuelas”. Para la resolución de diferencias con los otros hombres, saber atacar o defenderse “trompeándose”⁵¹ era lo común. Esta práctica masculina era aceptada socialmente, y trascendía los distintos sectores sociales, por tanto se podría señalar que en la época “trompearse” era la norma y la solución de todos los problemas. Todo problema entre los jóvenes se resolvía a golpes, pero además había que ser bueno para “trompearse”, porque de lo contrario los jóvenes podían terminar humillados y derrotados. Por tanto era necesario saber “trompearse”, era una cuestión de hombría⁵² y no era común que los padres enseñaran a sus hijos este fino arte, eso generalmente lo aprendían en la calle con los amigos.

⁵⁰ Así se denomina a las personas que pueden beber mucho sin que el trago haga efecto.

⁵¹ Golpearse con los puños.

⁵² Entendido como aquello que los hombres dicen, piensan y hacen para definirse y distinguirse a sí mismos como hombres.

(...) era lo característico conocer quiénes eran los mejores trompones de Quito, en cada edad había unos dos tres que se destacaban, esto sí, se respetaban normas de honor, que llevaba todo el mundo adentro, nadie pegaba en el suelo y nunca se pegaban entre dos. Entonces la ambición de todos era llegar a ser uno de los buenos trompones, uno de los buenos peleadores, que casi se convertía en una clase.

(...) Me acuerdo habían los pleitos en la escuela Municipal Espejo y la escuela Municipal Sucre, la Espejo era digamos de los pelucones y La Sucre era del pueblo, mi hermano y yo éramos de la Sucre, había un Bolívar Guerreño en La Espejo y se iban a trompear mi hermano y este Guerrero y mi hermano le dice, que es pues vos no pasas de ser un longo con plata, y el Guerrero le contesta, y vos un longo sin plata (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Cristina Solís, realiza un seguimiento interesante de ciertos sujetos de sectores medios en Quito y toca el aspecto de la relación de la formación militar con la violencia ejercida sobre los hombres.

La violencia física se aceptaba en el trato de los hombres con otros hombres, también se aceptaba la violencia simbólica, ambas podían ser vistas como una forma de fortalecer el carácter masculino. Es así, que abierta o disimuladamente la violencia se practicaba con ciertos matices en los espacios de formación escolar o profesional, en espacios de socialización y recreación, incluso al interior de la familia. Si se pudiera seleccionar, para la época, una institución modelo portadora de los valores, normas y prácticas de lo masculino, probablemente sería una institución de formación militar (Solís, 2009: 58).

Paso becado los siete años de colegio militar, una vida durísima, durísima, eso porque fue un cambio de época militar que fue dura, el cambio hacia que los brigadieres sean unos salvajes, nos trataban muy mal, pero siempre apegados a un reglamento, los excesos no eran por la doctrina, si no de las personas que se aprovechaban de los reglamentos para ser salvajes, era la idiosincrasia de entonces, imagínate que habían unos letreros cuando yo entré que decían aquí “se amansan los bravos y lloran los afligidos”, a las cinco de la mañana nos levantaban a bañarnos en agua fría y hacer instrucción militar, y éramos cadetes, guaguas de trece años, nos trataban a patadas (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Estas son algunas de los contextos y prácticas dónde se desarrolla el proceso de construcción de lo masculino en barrios populares del Quito de las décadas de los 50 a los 70. Pero lo masculino, la masculinidad, la identidad masculina, no es solo correlato de lo femenino, la femineidad, la identidad femenina, sino que ambos son términos

relacionales que coexisten dentro de las relaciones de género, por lo que ahora veremos aspectos relacionados a la construcción de la feminidad.

La vida privada como forma de constitución de lo femenino

Retomando a Judith Butler (1993) y su concepción de la “performatividad”, se establece que actuar como hombre y/o como mujer en el contexto mandatorio de la heterosexualidad requiere apelar al repertorio disponible de saberes y significados que son percibidos como formas socialmente apropiadas para personajes masculinos o femeninos. Este proceso de citación de la norma organiza y disciplina, encarna e incorpora tales formas. “Por un lado, en la disposición y el despliegue del cuerpo se ejecutan las reglas que constituyen la heteronormatividad; por otro lado, tal ejecución altera lo que es citado” (Andrade, 2001:116). Por tanto mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad se fabrican las ideas de lo que deben ser y cómo deben actuar los hombres y las mujeres.

La sexualidad femenina se construye de forma distinta a la sexualidad masculina, la sexualidad de la mujer de sectores medios en la época de estudio se construía en relación a ámbito de lo privado.

En la ideología dominante de contenido católico, el cuerpo de la mujer es un espacio sagrado y, por ende, objeto del tabú: en él se verifica la creación de cada ser humano, una y otra vez, como un ritual. Es también, por la extensión de sus cualidades a todos los espacios de vida de las mujeres, de la sociedad y del universo, una matriz cultural cosmogónica. La mujer es, en este sentido, por la centralidad de su cuerpo, una matriz para cumplir la encomienda de la sociedad en atención a los designios de la naturaleza o de la divinidad engendrar a los hijos, ser su recipiente, su envoltura, su placenta, su leche (Lagarde, 2001: 13).

De las conversaciones mantenidas con varias mujeres que vivieron en barrios como La Tola, la Ermita, San Roque, La Libertad, San Juan, la Villaflora, el Placer y la 24 de Mayo, se desprende que la constitución de la feminidad tuvo tres vertientes básicamente. Por un lado se construía a partir de ver a otras mujeres de la misma familia que se tenían como ejemplo.

Entonces funcionaba como lo que tú observabas en las otras mujeres que tenías al lado. Entonces era así, por ejemplo el aspecto religioso, que siempre era más ligado a las mujeres, también las cosas propias del hogar, el aprender a dirigir una casa, pero siempre más con el ejemplo que tú veías y reproducías. A veces sí te decían las mujeres

tienen que hacer esto o no tienen que hacer esto, pero más la norma de aquello que era ser mujer provenía del ejemplo (PaE, 2011, entrevista).

Se puede ver aquí como “la maestría práctica se transmite en la práctica (...). Uno no imita “modelos” sino las acciones de los otros” (Bourdieu, 2007: 119), la feminidad, al igual que la masculinidad como vimos antes, se construyen en base a la citación de las normas que establecen lo que es ser mujer en una sociedad determinada y en un contexto determinado, sin embargo en la citación de estas normas se modifican patrones de comportamiento y de visión del mundo.

Por ejemplo en mi casa teníamos muchas mujeres alrededor de las cuales aprendíamos cómo vestarnos, cómo comportarnos, cómo hablar. Verle, por ejemplo, a mi tía Lucía, cómo ella salía a la calle, era impecable de pies a cabeza, muy elegante e incluso el perfume que ella usaba, entonces eso se vuelve parte de la feminidad que uno se va construyendo, parte de la coquetería. Igual, cuando éramos guaguas la tía Lucía, que todavía era soltera, nos cuidaba, nos bañaba, nos cepillaba el pelo, nos peinaba, nos enseñaba que teníamos que ponernos perfumes, usar jabones suavécitos, entonces son cosas que uno va aprendiendo, igual viéndoles hacer todas las cosas de la casa. (LE, 2011, entrevista)

Bourdieu se refiere a la *hexis corporal* como la “mitología política realizada, *incorporada*, disposición permanente, manera perdurable de estar, de hablar, de caminar y, por ende, de *sentir* y de *pensar*. La oposición entre lo masculino y lo femenino se realiza en la manera de *estar*, de llevar el cuerpo, de comportarse bajo la forma de oposición entre lo recto y lo curvo, entre la firmeza, la rectitud, la franqueza y, del otro lado, la discreción, la reserva, la docilidad” (Bourdieu, 2007: 113. Las cursivas están en el original) “La tía Quintina, también era un referente pero más hacia el aspecto religioso, ella sí nos decía, por ejemplo, en Semana Santa las mujeres nunca deben andar corriendo, ni gritando, tienen que andar despacito, hablar moderadamente, no gritar, no reírse a carcajadas” (LE, *ibíd.*).

Así podemos ubicar la forma distinta en que las mujeres y los hombres debían comportarse, vimos anteriormente cómo la masculinidad implicaba una exterioridad, una vida pública, mientras que para las mujeres de la misma época, la vida estaba más hacia el interior, de la casa, el colegio, la iglesia.

El colegio también se lo ve como un espacio importante de constitución de la feminidad. Marisol de la Cadena se refiere a que “la educación adiestraba a los individuos en jerarquías y reglas sociales, y por lo tanto indicaba el comportamiento apropiado que conducía a la ‘virtud’ femenina y a la ‘responsabilidad’ varonil” (1997: 9).

Yo estudié en la escuela Espejo que era pública, pero no tenía mucha diferencia con los religiosos, la educación siempre se inclinaba hacia el lado de hacernos mujercitas, te enseñaban costura, modales y etiqueta, etc. Incluso una vez hubo un escándalo porque nos encontraron jugando fútbol en el colegio, casi nos dejan de año porque su argumento era que ese era un deporte para hombres, que las mujeres no debíamos practicar, que para eso estaba el básquet o el vóley que eran actividades más de acuerdo a nuestra condición... de mujeres. (LE, 2011, entrevista)

Como se ve, los colegios, aunque no necesariamente religiosos, tenían una clara idea de lo que significaba ser mujer y lo imprimían en su currículum de enseñanza, pero también en las prohibiciones de aquellas conductas calificadas como impropias para la “condición” de las mujeres.

La puericultura era una materia de enseñanza en los colegios católicos femeninos como la Dolorosa, el Eufrasia, las Mercedarias, las Marianas y la Providencia, esta materia trataba sobre la crianza de los niños, y les enseñaban a tejer “chambritas”⁵³, bañar a los bebés, vestirlos, cambiarles de pañal, etc. Las manualidades también era una materia común en los colegios femeninos, así como materias sobre la administración del hogar, que enseñaba a las mujeres cómo dirigir adecuadamente la casa (MDV, 2009, entrevista; XE, 2010, entrevista; PaE, 2011, entrevista; MC, 2012, entrevista).

Pero la otra vertiente de la feminidad se daba vinculada a la masculinidad, que era el referente por oposición, donde los hombres eran libres y tenían más oportunidades de vivir abiertamente su ser masculino.

Las mujeres no podíamos salir solas, nosotras teníamos bastantes fiestas, pero mi papá nos endosaba siempre a nuestro hermano para que “nos cuide”, pero en realidad nosotros terminábamos cuidándole a él de las borracheras que se pegaba. Y por culpa de él nos castigaban a las tres hermanas, porque cuando él hacía algo, que además siempre lo hacía, quedábamos los cuatro sin poder salir. Y nosotras tratábamos de

⁵³ Ropa tejida a mano para bebé.

sacarle permiso para salir sin él (el hermano), pero papá nos decía tajante “no, cómo se van a ir solo mujeres”. (PaE, 2011, entrevista)

La vida pública para varias de las mujeres de sectores medios en barrios del Centro Histórico, estaba sujeta a la presencia masculina, generalmente de un miembro de la familia, que era el encargado de velar por la integridad y la decencia de las mujeres. Así también los conocimientos sobre cuestiones del entorno social eran pasados a las mujeres a través de la visión masculina.

Nosotros sí conocíamos dónde quedaban las cantinas del sector, pero porque nos metían miedo los hombres de la familia o los amigos. A los borrachos les teníamos miedo, entonces sabías dónde estaban las cantinas, y lo que hacías era evitar pasar por ahí, o si no podías evitar, te cruzabas de vereda.

Igual una sabía de las mujeres que eran “pillas” en el barrio, se oían los rumores o te prohibían que te lleves o que te acerques a determinado tipo de personas, mujeres por ejemplo, pero no te decían por qué. Nos prohibía mi papá, mi hermano o hasta los amigos hombres, y ya después uno oía rumores y entendía por qué te prohibían. (PaE, ibíd.)

Se ve así como la construcción de la feminidad y la masculinidad eran juegos vinculados entre sí, donde uno y otro tenían que oponerse y acercarse. Para Butler, la supuesta “sustancia natural” de lo femenino y de lo masculino es en realidad “una identidad construida, un logro performativo que la audiencia social mundana, incluyendo a los actores mismos, llega a asumir y a representar a través de sus creencias” (Butler, 1988:1)

Sin embargo y es algo que se puede observar en las experiencias de estas mujeres, no existe un único modelo de mujer, por el contrario existen múltiples modelos de mujer, determinados por cuestiones sociales, étnicas, de nacionalidad o religión.

En los relatos a lo largo del trabajo se puede visualizar una cierta tendencia a asociar la feminidad con la función social de ser virtuosa y guardiana de la decencia y el buen nombre familiar, que implicaba un comportamiento discreto y pudoroso, ligado a una existencia privada, mientras la masculinidad es asociada con el conocimiento del mundo público y el desenvolvimiento en este, para lo que resultaba necesaria la fuerza, el vigor y el carácter recio, sin embargo ambas tipologías necesitan unas de otras para configurarse como identidades distintas. Lagarde dice que,

...todas las mujeres por el sólo hecho de serlo son madres y esposas.
Desde el nacimiento y aún antes, las mujeres forman parte de una

historia que las conforma como madres y esposas. La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, de la clase social, de la definición nacional, religiosa o política de las mujeres (...). Ser madre y esposa consiste para las mujeres en vivir de acuerdo con las normas que expresan su ser –para y de- otros, realizar actividades de reproducción y tener relaciones de servidumbre voluntaria, tanto con el deber encarnado en los otros como con el poder en sus más variadas manifestaciones (2001: 363)

La sociedad quiteña, hasta entrada la segunda mitad del siglo XX, siguió privilegiando un sistema de dominación étnica y patriarcal, los hombres “blanco-mestizos” de los sectores medios y de las élites ocupaban el centro de la escena pública mientras que la mayoría de las mujeres apenas se estaban abriendo paso más allá de la esfera privada. A pesar de que el Estado liberal, el sistema de educación laico y la emergencia de instituciones burocráticas favorecieron espacios para la participación de las mujeres como trabajadoras, profesionales, electoras, lo doméstico continuó siendo, para la mayoría de ellas, el único espacio posible. Las mujeres aún estaban reguladas y controladas para ser “buenas mujeres, buenas madres y buenas esposas”, esto se puede ver en la forma de crianza familiar, pero también en las actividades educativas⁵⁴. Cristina Solís menciona que,

En general las mujeres pertenecientes a distintos sectores sociales, sean decentes o no decentes tenían algo en común, se encontraban bajo la supervisión de los otros, la solteras se encontraban bajo la supervisión legal de sus padres, las casadas bajo la responsabilidad de sus maridos, quienes incluso tenían que firmar conjuntamente sus contratos de empleo (Clark, 2001), las mujeres que estudiaban en internados bajo la supervisión de religiosas y las mujeres que ejercían la prostitución bajo la supervisión del Estado (2009: 22).

...como monjita, vivía encerrada, al colegio acompañada, si no era de mi papá, de mi hermano, de la empleada, nunca solita, de esa estrictez ha sido mi vida, no he tenido tiempo de saber lo de afuera, me casé y dedicada a la casa, mi vida se concretó a la casa, atendiendo a mis hijos, aunque siempre tenía empleadas (Entrevista a Victoria Zapata realizada por Cristina Solís, *Ibíd.*).

⁵⁴ Incluyendo la enseñanza del deporte (específicamente básquet o vóley para las mujeres) o la gimnasia que buscaban disciplinar el cuerpo.

Es innegable que esto se empieza a modificar a partir de las décadas de los años 60 y 70, es a partir de este momento cuando se da una amplia incorporación de la mujer a la educación primaria y secundaria, en un pequeño número, también a la universitaria, se eleva el porcentaje de mujeres vinculadas al trabajo asalariado gracias a la apertura de nuevos y diversificados espacios laborales, se regula la relación patronal con las mujeres vinculadas al servicio doméstico, entre otros. Estos resultan pasos, dentro de la modificación de las relaciones de género, de gran importancia, sin embargo no eran todavía de carácter extendido, principalmente para mujeres de sectores medios que mantenían sus características conservadoras respecto de la formación de las mujeres y su feminidad, de modo que incluso en los años 60 y los 70 muchas mujeres todavía enfrentaban límites para acceder a espacios de realización y desarrollo fuera del ámbito de lo doméstico.

Solís detalla cómo en ciertos casos de familias de sectores medios en las décadas de los 60 y 70, debido a situaciones que desequilibraron la economía familiar, las mujeres debieron asumir “la provisión y la reproducción de su familia tanto en términos económicos como en términos culturales y afectivos. Muchas tuvieron que optar por actividades remuneradas relacionadas con oficios vinculados a los saberes femeninos como la costura o la venta prendas de vestir” (2009: 88). Y la mayoría de veces se trataba de mujeres sin formación de tipo profesional.

Quando a mi marido le dieron de baja y le exilaron a Panamá, la situación económica se me vino encima porque les dejaron de pagar, no les dieron cesantía ni nada, unos amigos sinceros reunieron una cantidad para pagar la pensión de los hijos, me ayudaron en un primer momento. Cuando él se fue al exilio, me quedé atada de pies y manos, le quitaron la pensión, después viene la notificación de que iban a quitarnos la casa, porque como ya no recibía sueldo se había dejado de pagar los dividendos del Seguro. Ahí es que tuve que buscar una actividad para ayudar a mi marido a enfrentar la situación económica, así que con una amiga de la infancia que cosía, nos pusimos a hacer muñecos de felpa y juegos de baño, para vender en la época de navidad que ya estaba cerca, con dos máquinas de coser pusimos como un taller en mi casa, mi amiga cortaba y cosía, yo cosía, rellenaba y daba los acabados, mis hijas me ayudaban.

Después, ya en Diciembre, gracias al apoyo un amigo que me cedió un pasaje que había tenido comprado, me fui a Panamá y traje ropa de venta, igual puse como un pequeño almacén en la casa. Eso hicimos la mayoría de las esposas de los oficiales deportados. Esa época fue muy difícil, mientras el triunvirato estuvo en el gobierno, las puertas se les cerraron a los oficiales que habían participado en el intento de golpe

de Estado (Entrevista a Graciela Chiriboga realizada por Cristina Solís, *ibíd.*)

Nunca trabajó la Negra (esposa), hasta la década del setenta en que ella se pone una fábrica de confecciones en la casa y como es muy hábil y tenía visión para los negocios, que yo no tuve nunca, se puso una empresita que por mi profesión de militar y mi falta de visión no creció, lo que es ahora Maratón le pedía que trabaje con ellos, ella hacía uniformes para colegios, escuelas, es lo único en que trabajaba ella, duró unos diez años (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Mi mamá era bien emprendedora y nunca le gustó quedarse quieta, un tiempo (para principios de los años 70) con la Martita (hermana de su madre) se pusieron a hacer carteras a crochet y vendían. Les iba bien, pero a mí papá no le gustaba porque decía que descuidaba las cosas de la casa y a nosotras, y eso no pasaba jamás, mi mamá era siempre pendiente de todo. Pero entonces tuvo que dejar el negocio (XE, 2012, entrevista).

En estos casos, como lo analiza Solís y como se ve en la última entrevista, es a partir de momentos específicos de necesidad o de emprendimiento que estas mujeres se abren las puertas de acceder a trabajos remunerados en algún momento de su vida, aunque ligados a aquellas labores manuales que las mujeres debían conocer, permitiéndoles movilizar redes de amigos, parientes o conocidos y movilizar recursos personales para asegurar el mantenimiento de sus familias u obtener ingresos extra para los gastos personales y familiares. Probablemente, estos hechos no modificaron radicalmente sus concepciones, roles y funciones, pero podría pensarse en que se ellas promovieron cambios para las generaciones que les siguieron.

Relaciones con los indígenas

Si bien las fronteras entre los sectores medios que habitaban en los barrios populares y los propios sectores populares urbanos podían ser muchas veces difusas debido a que tenían muchos puntos en común, no solo en relación a actividades, gustos, sentidos, sino a que muchas veces formaban parte de las mismas redes de parentesco otro tipo de relación se daba con los indígenas provenientes del campo, presentes en el sector. Los indígenas no eran mayoritarios, pero si había una presencia de estos, generalmente ligada a los mercados. A nivel muy general se podría partir de que la relación con los indígenas estaba signada por marcadores de superioridad con respecto a ellos.

Al indio se le tenía bajoneado, se le tuteaba, pero él también te trataba de vos, a diferencia del campesino, que tú le tuteabas y él te trababa de usted. Era una práctica común, quitarle al indio el sombrero y le ponías a un amigo, eso más que molestar al indio lo que buscaba era denigrar a tu amigo. Se escuchaba mucho kichwa, ellos hablaban y tú no les entendías nada, pero si te dirigías a ellos, si te entendían bien el español. Se les decía -verás “guambrito”, ¿quieres cargar?, ¿quieres ganarte una plata ayudando a empujar el carro?, etc.-, así no más era el trato.

Los indígenas eran típicos, con el poncho gruesísimo, y la sogá en la frente para cargar, y con esas sogas se pegaban entre ellos, no había el indio tirando a mishu⁵⁵, era el indio vestido como indio del Chimborazo (JE, 2007, entrevista).

Para la época de los años 50, 60 y 70, todo lo indígena estaba concentrado alrededor del mercado de San Roque, ubicado hasta antes de 1981 en la calle Rocafuerte y de la Iglesia de San Roque, así como también hacia el lado del relleno de la Av. 24 de Mayo, y lo que actualmente es la Marín, también en el sector del Placer y la Colmena,

...porque ahí todo era más barato, ellos buscaban los sitios más baratos y por tanto carentes de servicios, para vivir, yo me acuerdo que las casas del Dique, no tenían canalización, había un solo grifo para el barrio, eran unos tubos con una llave adentro, que estaba en plena calle, de ahí cogían el agua y llevaban a sus casas para su uso (JE, 2007, entrevista).

La imagen que se tenía de los indígenas, era de gente pobre, no calificada, que se ocupaba de los oficios duros del mercado. En un relato de la década del 60 se revive la imagen de pauperización de los indígenas.

Habían bastantes indígenas en el barrio, había el mercado, y tenían el oficio de cargadores⁵⁶, iban allá a vivir al barrio, llevabas al mercado canastas, para las compras, y pagabas al cargador, y las compras eran diarias porque no habían refrigeradoras, no podías guardar. Habían indígenas y eran muy maltratados, y cuando estaban en juicio eran respetuosos, te saludaban, la gente era déspota con ellos, no les querían pagar lo que pedían, se sentía superior ante ellos, eso ha ido cambiando poco a poco (MV, 2011, entrevista).

También se habla de su condición social, “se les veía siempre a las indias cargadas los guaguas atrás y chumados⁵⁷ sus maridos, y se les veía pasar siempre hacia la Libertad en

⁵⁵ No indígena, mestizo.

⁵⁶ Los cargadores que existen hasta la actualidad, son utilizados para transportar diversas cosas desde y hasta las casas cercanas a las inmediaciones del mercado o de almacenes de todo tipo, ellos utilizan un sogá o “tombo” desde su frente hacia la espalda, con la que amarran cualquier género de carga, desde alimentos, pasando por muebles, madera e incluso fierros grandes.

⁵⁷ Persona que ha bebido gran cantidad de alcohol etílico.

donde vivían” (Ibíd.). Su imagen está siempre relacionada con suciedad, descuido, deterioro moral y social.

Además la presencia indígena era tildada de “peligrosa” ligada a distintos riesgos, un testimonio de finales de los 50 e inicios de los 60 se refiere a este tema:

Si claro, como en todas partes, habían barrios que no eran buenos, no tenían buena reputación, La Colmena, nadie te prohibía, pero tú no ibas, había prostitución, y alrededor había todas las pillerías, vendían trago, yo me acuerdo estábamos en un sitio por esa parte, unos indios borrachos, y eran agresivos, nosotros tratamos de separarles nos siguieron con látigo y piedras, más que todo les maltrataban a las mujeres, y era la verdad, y de ahí ese dicho “aunque pegue aunque mate”, era una verdad, les masacraban a las mujeres, como aguantaban tanto (MV, 2011, entrevista).

Las prácticas de estos sectores eran vistas como “barbáricas” y “no civilizadas”, en general se buscaba no interrelacionarse con esta población y aunque existían ciertos espacios de contacto, en ellos se desarrollaba una fuerte violencia simbólica. Los indígenas están invisibilizados de la memoria de los espacios, debido a que aunque estaban presentes no se relacionaban con ellos. Se asumía una actitud de superioridad con respecto a ellos que muchas veces tomaba la forma de actitud protectora, paternalista. Manteniéndose la idea de la “desgraciada raza indígena”, pero también ligada a valores muy presentes en la época que se referían a criterios de conmiseración vinculadas al sentido de caridad cristiana. Este recuerdo de finales de la década de los 50 en el barrio de la Villaflora, al sur de Quito, nos permite ver lo complejo de estas relaciones.

Mi mamá siempre trabajó haciendo imágenes religiosas, ella trabajaba en yeso, antes venía la gente del campo, los indígenas venían a comercializar en la ciudad, entonces venían en la mañana y le decían, patronita fiarme un niñito, se llevaban dos niñitos, dos virgencitas y salían a vender, después de una hora cuando ya habían vendido regresaban otra vez y se llevaban más, y pasaban así. Ellos no podían llevar mayor cosa, porque como eran las imágenes de yeso y eran frágiles, solo podían tener en sus manos unas dos piezas, y cuando regresaban a mediodía cansados, mi mamá les decía a ver a ver “mistercito” ya comiste, y le decían no patronita, entonces les daba de comer, ya comían, cogían sus otras dos imágenes y se iban a vender. A veces no alcanzaban a los albergues, porque ellos vienen y duermen en los albergues, entonces mi mamá tenía unos dos cuartos que tenía en la parte de abajo destinados para el peregrino, entonces llegaban ya tarde, creo que los albergues cerraban a las cinco y media y si ya no llegaban a esa hora ya no les dejaban entrar, entonces venían a la casa y le decían patrona Graciélita ya no alcanzamos al albergue, entonces

ella les daba la comida y podían quedarse a dormir esa noche en los cuartos (AMD, 2012, entrevista).

Pero también con el tiempo comenzaron a surgir ciertas casas donde les dieron cabida. Fueron los denominados “dormitorios indígenas”. Estos eran “dormitorios” en casas particulares en las que se adecuaba cuartos para alojar a los indígenas que venían a la ciudad. Existían varios “dormitorios” en las inmediaciones del mercado de San Roque, como forma de obtener ingresos familiares extra donde los indígenas vinculados al mercado, especialmente cargadores, podían dormir. Uno de los primeros locales de este tipo fue donde la Sra. Lucrecia de Zamora, a la que conocían como “la Luca”; su casa estaba ubicada en la calle Libertad más arriba del parque infantil. Un testimonio que se remonta a la década del 60 nos cuenta como se iban estableciendo estas prácticas de alquiler de espacios: “fueron a vivir en donde la familia Zamora, ella se quedó sola, viuda y encontró una forma de ingreso así” (JE, 2007, entrevista). Los llamados “dormitorios indígenas” eran largos corredores de piedra, que eran comunes en las casas antiguas, a los que techaban y los alquilaban por las noches. “Eran más de 20 indígenas los que dormían en el cuarto de la Luca, ponían el poncho en el suelo de piedra y se daban calor juntándose todos, el costo por el dormitorio era de menos de sucre la noche” (JE, *ibíd.*)

En muchos de los negocios que mantenían los sectores medios en los barrios del Centro, ya sean panaderías, talleres de carpintería, bodegas se contrataba indígenas, para tareas “propias de ellos” como la carga. En esos casos se desarrollaba un trato relacionado con el trabajo manual. En otros casos los momentos compartidos con indígenas eran esporádicos y coyunturales, dependían del ser “aventados”, esto es que tanto indígenas como no-indígenas se arriesguen a traspasar las fronteras étnicas.

Yo me acuerdo en el año 71, asistimos con los amigos a una boda indígena, nosotros solo escuchábamos la música y caímos de “paracaidistas”⁵⁸, [la fiesta] duró tres días, pero nosotros solo fuimos dos días. El matrimonio era con dos bandas, se chumaba la una banda y tocaba la otra y así sucesivamente. Eso fue bien arriba, hacia la cantera, nosotros fuimos bien recibidos, aunque no éramos indígenas, nos dieron de comer, beber y bailamos o sea que si se convivía bien en algunas oportunidades. Y me acuerdo también de un indígena que asomo en una fiesta, en la casa, borracho y con una botella, era un indígena aventado, por supuesto. Mi papa se reía porque llegó a la casa con su propia botella diciendo “yo no he venido a que me den de

⁵⁸ Se refiere a colarse en algún evento sin ser invitado.

tomar, porque traigo mi botella”, estuvo un rato y luego se fue (Entrevista a JE realizada por María Augusta Espín, 2007).

Estos acotados momentos representan más una excepción entre profesionales o entre estudiantes, esto es entre aquellos que no estaban ligados a una actividad industrial o al comercio. Pero aún en estos casos la posibilidad de que se dieran esos encuentros entre indígenas y no indígenas era mayor que en los barrios separados del norte donde vivían las familias de notables de Quito (Esto es en los barrios ubicados entre la Avenida 12 de Octubre y Colón y más tarde el Barrio del Batán, aunque no en el barrio América o la Vicentina, en los que siendo al norte de la ciudad estaba habitado por sectores medios).

Existen algunas referencias acerca de la presencia indígena en el espacio del mercado. La Sra. Marianita Valencia recuerda que era aún joven cuando ellos comenzaron a trabajar en el mercado de San Roque,

No habían muchos [indígenas] en ese tiempo, habían unos longuitos uno que otro, cargadores, pero no habían muchos para ventas no habían. Los cargadores, los longuitos que eran conocidos, se les dejaba que bajen en San Roque con la carga, ellos vivían en donde algunos patrones, por ejemplo mi suegra que era la señora Tomasa Silva, ya tenían longuitos conocidos, que traían de Riobamba, no les cobraban, porque hacían todo los longuitos, los mandados, iban a coger la carga en cualquier momento, de madrugada, de noche, porque a la madrugada 3 o 4 de la mañana se coge la carga, pero todo era tranquilo, ellos dormían en el corredor sobre sus ponchos (...). Después ya asomaron los Chibuleños que venían con el ajo, ellos eran los que venían de costumbre, luego vinieron de Latacunga y después se llenó la ciudad de gente indígena, ahora los indios, discúlpeme, tratan hasta de vos, antes eran -¡patronita su merced!-, y se sacaban el sombrero para saludar (MV, 2009, entrevista).

Los diferentes relatos convergen en señalar que con el paso del tiempo se fue incrementando la población indígena en el sector y los indígenas paulatinamente se fueron asentando en los distintos barrios del Centro Histórico en parte en actividades relacionadas con los mercados lo que marcó un punto definitivo en la salida de la población blanco-mestiza del sector.

Una constante en cuanto a relaciones con los otros se refería a la práctica de buena parte de las familias de sectores medios de tener servicio doméstico que les ayudara con el mantenimiento del hogar: cuidado de los hijos, cocinar, limpiar la casa, lavar y planchar la ropa. Quienes hacían este servicio eran mujeres, provenientes de sectores populares o del campo. Estas mujeres eran conocidas como “empleadas”,

“muchachas”, “domésticas”⁵⁹ o también, como las llamaban los jóvenes de la época, “chinas”, estas mujeres podían o no recibir un salario por los servicios prestados, y las modalidades de trabajo variaban entre “puertas adentro”⁶⁰ o “puertas afuera”.

Me acuerdo de empleadas indígenas, serían unas 3 o 4 durante mi juventud en la casa de mi mamá. Incluso me acuerdo que nos iba a dejar y a traer del colegio, en la primaria y hacían los quehaceres, menos cocinar, eso solo mi mamá (...). Las empleadas se conseguían en el campo, mi mamá los conseguía en Checa, íbamos de vacaciones y ahí siempre se sabía de muchachas que querían trabajar, una vez mi mamá se trajo una muda, no hablaba y tenía algún retraso, ella era de una familia de como ocho hermanos, ahí también vino el Francisco que trabajó con la Fabito (tía de la entrevistada) y ella le dio la educación desde primer grado hasta el Central Técnico, pero él no se dedicaba a los quehaceres de la casa, sino más para hacer mandados. En vacaciones, como nosotros pasábamos en Checa (en la quinta del abuelo de la entrevistada), mi mamá iba llevando a la empleada de turno para que le ayude allá también. Pero a mi mamá no le aguantaban mucho las empleadas porque era fregada no le gustaba que estén sin hacer nada (XE, 2012, entrevista).

Las empleadas de las casas no siempre eran mujeres adultas, especialmente las que trabajaban “puertas adentro”; existía una práctica común que consistía en traer una niña desde muy pequeña para que se “crie” en la casa de los patrones⁶¹. Las niñas podían ser indígenas, campesinas o afroecuatorianas, vinculadas a los dueños de casa a través de redes de conocidos o relaciones de compadrazgo, incluso había ocasiones en que formaban parte de redes indirectas de parentesco. Estas “muchachas” eran acogidas por la familia para darles educación, enseñarles a leer y escribir, buenos modales, cuidado y administración de la casa. Muchas veces se quedaban hasta que se casaban y formaban sus propias familias. A cambio de esto las “muchachas” desde pequeñas pagaban el “favor” con jornadas de trabajo ininterrumpidas que podían durar más de catorce horas diarias. En ocasiones las mujeres dueñas de casa recibían a “muchachas” con algún tipo de dificultad auditiva, de lenguaje o incluso motora, dándoles así alguna seguridad para su subsistencia que no hubieran obtenido de otro modo. Valdría la pena investigar de

⁵⁹ Término utilizado cotidianamente para referirse las niñas, adolescentes y menores de edad que trabajan en el servicio doméstico, no necesariamente remuneradas.

⁶⁰ Significa que estas mujeres vivían con la familia con quien trabajaban.

⁶¹ Dueños de casa. La relación que establecían las mujeres de clase media, conocidas como “patronas” y las mujeres que se encargaban del servicio doméstico conocidas como “muchachas”, en esta época, se podría entender como un rezago de antiguas relaciones de hacienda, en las que la mujer y/o las hijas de los peones hacían los quehaceres domésticos en las casas de los patrones como parte del peonazgo de su marido o padre.

qué modo esto formaba parte de una distribución racial y social de la fuerza de trabajo entre los sectores altos y medios de la ciudad.

Dentro de este sistema se consideraba que las “empleadas” que vivían con la familia eran “propias” es decir pertenecían a la casa y a la familia, lo que les daba un cierto derecho de propiedad sobre la persona, y así funcionaba en la práctica, los dueños de casa tenían autoridad de decisión sobre la vida de estas mujeres y en concordancia estas mujeres les debían a sus patronos obediencia y sometimiento. Incluso se daba el caso de que los patronos decidían si las “muchachas” debían estudiar, qué debían estudiar, si se podían casar y hasta con quién se casaban.

Los papeles que designan términos como “empleadas”, “muchachas”, “patronas” para referirse a la relación entre estas mujeres dentro del ámbito doméstico, pone en evidencia roles que asumían unas mujeres y otras dentro de este espacio, incluso la forma del trato personal que se daba entre las mujeres del servicio con los miembros de las familias, el llamar “niño” o “niña” a los hijos de los patronos, incluso cuando estos llegaban a la edad adulta y el trato respetuoso de “don” y “doña” o “señor” y “señora” a los dueños de casa pone en evidencia situaciones de desigualdad que se establecían entre mujeres y hombres de diferentes sectores sociales o de diferente procedencia étnica que compartían un mismo espacio, tomando en cuenta que las “muchachas” provenían de sectores que tradicionalmente han sido excluidos por el Estado y la sociedad ecuatoriana, como herencia del mundo de la Hacienda.

Las empleadas eran propias antes, les traían desde pequeñas para que se críen en la casa, de Ambato eran las que hemos tenido, las muchachas, venían desde guagüitas, para que aprendan a ayudar a la cocinera, a arreglar la casa, mi mamá les enseñaba a leer, con unas cartillas de la unión nacional de periodistas. Se quedaban hasta que se casaban, a ellas no se les pagaba, pero había que educarles, darles todo, hasta herencia, siempre les han dado su algo (Entrevista a Lola Delgado realizada por Cristina Solís, 2009).

Existían otro tipo de ayudantes para las labores de la casa, se trataba de las lavanderas y las mujeres que planchaban, quienes tenían una condición distinta al de las “muchachas”, se les pagaba por el número de piezas lavadas o planchadas en el día y generalmente no vivía con la familia sino que iban a las casas algunas veces por semana a encargarse de estas tareas.

Teníamos una lavandera que empezó a trabajar con mi mamá cuando yo entré al jardín (aproximadamente por el año 1959) se llamaba Tere

(diminutivo de Teresa), ella venía dos veces a la semana el sábado a planchar y el martes lavaba. Ella llegaba desde temprano y se quedaba hasta tarde y se le pagaba por docenas. Mi mamá dejaba en detergente la ropa el día anterior y ella llegaba el martes y lavaba todo, ropa de toda la familia (que eran los dos padres y cinco hijas), y también manteles, toallas, sabanas, cobijas y cubrecamas. Después cuando yo me casé (en el 75), ella lavaba incluso ropa del Javier (su esposo) y pañales del Leo (su primer hijo), y eso pasó también con mi hermana Patricia cuando se casó. Y la planchada era igual, mi mamá le tenía cargas de ropa seca lista y ella planchaba los sábados. Como era casi todo el día de trabajo mi mamá le daba el almuerzo y hasta el café de la tarde (XE, 2012, entrevista).

El tener servidumbre constituía, además, una forma de ubicarse en el otro lado de la frontera étnica y aunque por lo general los sectores medios no tenían acceso a tierras (lo que entre las elites se llamaba “La Hacienda”) buscaban la forma de tener servidumbre, en condiciones por lo general precarias. Lo aparentemente paradójico es que pese a la distancia social que existía entre estas mujeres y niños indígenas y las familias para las que trabajaban, también se creaban lazos entre ambas partes, de modo que no se trataba de mujeres anónimas aunque hacían el trabajo pesado. Si bien tampoco era miembros de las familias, existían relaciones de familiaridad con ellas. Las “muchachas”, así como las lavanderas estaban vinculadas a las familias, conocían las historias e incluso se creaban sentimientos de afecto de unos respecto a otros. Mi madre hace poco tiempo se encontró por casualidad con la lavandera que sirvió en la casa de su madre por más de 30 años y ambas se emocionaron en este reencuentro, “la Tere” como le conocimos todos a doña Delia Mendoza⁶² tiene gratos recuerdos de mis abuelos y de la casa que fue parte de su vida juvenil y adulta, mientras mi madre también la recuerda con nostalgia como parte de su infancia y juventud en la casa de sus padres que ya no existe más.

Con el transcurso del tiempo aunque aún se daba esta modalidad de acoger niñas sin pago, las condiciones fueron cambiando y cada vez más se generaba una relación contractual, donde dueños de casa y empleadas acordaban un cierto pago por los servicios domésticos. Sin embargo esto no lograba cambiar los criterios de diferenciación social e inferioridad que se basaban en la procedencia y las costumbres de las “empleadas”.

⁶² Mi madre me cuenta cómo doña Delia entra a trabajar en su casa bajo el mando de mi abuela cuando ella (mi madre) estaba en el jardín y doña Delia era jovencita. “Ella era una muchacha muy brava, dice mi madre, y la primera vez que fue donde mis papás, no le entendieron el nombre y mi mamá le puso “Tere” y desde ahí todos le conocemos así” (XE, 2012, entrevista).

Las empleadas venían del campo o de la costa, tuvimos una empleada negra, que era de Esmeraldas, ella vino por mi cuñada que vivía en Esmeraldas. De base todas eran desaseadas, iban aprendiendo, adquiriendo costumbres, se les enseñaba a que se bañen, no sabían vivir una casa con aseo e higiene. Aprendían y se adaptaban a cocinar, yo nunca tuve cocinera de verdad, porque cobraban más (Entrevista a Graciela Chiriboga realizada por Cristina Solís, *ibíd.*: 90).

Aun cuando entre los distintos estratos involucrados en la relación doméstica se establecían vínculos muchas veces estrechos, existían marcadores raciales que operaban sobre el conjunto de la vida social. Esto es también una de las cosas que pudo concluir la antropóloga Cristina Solís en su investigación.

Recordemos que gracias a una serie de disposiciones y normativas estatales, municipales y educativas, “la higiene y el aseo” se habían incorporado en las prácticas cotidianas de los habitantes de Quito y convertido en *habitus* altamente valorados por ciertos sectores sociales, los mismos que quedaron posicionados como criterios de diferenciación social de base civilizatoria. (Solís, 2009: 90)

Otro tipo de relaciones que se generaba entre las poblaciones que habitaban espacios comunes era la de los compadrazgos, entendidos como el parentesco que se establece entre el padrino y los padres de un niño.

Un estudio interesante sobre el origen y la significación de la institución del compadrazgo es el de Sydney Mintz y Eric Wolf (1950) En su investigación estos teóricos hacen una revisión histórica para determinar algunos de los atributos estructurales y funcionales más significativos del compadrazgo. Inicialmente su búsqueda se dirige a la Ley Canónica, en la cual existe la referencia a la costumbre judía de requerir un testigo durante la circuncisión, quien era llamado con un término derivado del griego *sponsor*. Y durante los primeros años de existencia de la Iglesia Católica fue necesario usar un padrino para admitir a un individuo de poca confiabilidad, lo que en los días de persecución a los cristianos tenía un papel esencial. A través del análisis histórico, Mintz y Wolf definen detalles sobre las principales funciones del compadrazgo: estructurar las relaciones individuales o familiares verticalmente entre miembros de diferente clase y consolidar las relaciones sociales horizontales entre los miembros del mismo vecindario. También examinan algunos de los atributos estructurales más relevantes de esta institución, muchos de los cuales desarrollaron las mismas características en las sociedades indígenas y mestizas de

América: la prohibición del incesto y las implicaciones del parentesco ritual; las dimensiones horizontales y verticales del compadrazgo, y su gran adaptabilidad y flexibilidad a situaciones cambiantes; la exogamia y la relación entre parentesco ritual y parentesco real.

Del mismo modo, los autores observan que el compadrazgo casi había desaparecido en las áreas donde el desarrollo del capitalismo industrial y la clase media habían surgido con fuerza. En los contextos en los que esta institución tendía a desaparecer, la familia ya no constituía la unidad primaria de producción, y viceversa: el mecanismo del compadrazgo se mantenía casi sin cambio en donde los campesinos no se habían convertido en granjeros. El punto de transición se ubica en donde la producción es todavía para el consumo inmediato más que para la acumulación, y la unidad familiar aún representa la base activa de la vida económica.

Los autores también recorren históricamente cómo se configuraba la institución del compadrazgo en América, así explican cómo, a la llegada de los españoles, se bautizó a miles de indígenas, por lo que se necesitaba alguien que vigilara su educación religiosa, que los guiara, entonces se les asignó un padrino. Pero también ubican la existencia de esta figura en las sociedades prehispánicas, así se refieren a cómo los aztecas contaron también con un tipo de bautizo, y además existían padrinos de suerte para una ceremonia azteca de perforación de oídos. De esta forma entendemos que en todas las sociedades es necesario un grupo de cooperación mínimo para el funcionamiento de la vida diaria, que se basa en la familia, pero este se amplía para generar redes sociales que permitan la reproducción de la vida social y eso dependerá del contexto: el medio natural, el tipo de economía practicada y también el conocimiento tecnológico (Mintz y Wolf, 1950).

Las relaciones de compadrazgo eran una forma de obtener ayuda en distintos aspectos de la vida cotidiana: necesidades económicas, sociales, incluso religiosas; estas relaciones generaban una serie de prácticas sociales que permitían el contacto entre individuos, familias e incluso grupos sociales, donde las formas de compadrazgo resultaban en grupos de intercambio de prestaciones, llegándose incluso a conformar verdaderos “grupos sociales de compadrazgo” (Signorini, 1984). No se restringen, por tanto, a relaciones de uno a uno, sino que se amplían a redes sociales que movilizan distintos tipos de capital.

Los compadres se visitaban, se llevaban comida o productos, se ayudaban en las enfermedades y se cuidaban, es decir se reconocían obligaciones mutuas y en cierto grado reforzaban la solidaridad social, aunque tenían una incidencia también de tipo vertical al existir grupos distintos en diversas posiciones de la estructura social que mantenían este tipo de relaciones.

El compadrazgo en la época de este estudio era una relación extendida entre los distintos grupos sociales. No solo en los barrios estudiados sino a nivel general en la ciudad y en el país, el compadrazgo activaba redes sociales que generaban intercambios del tipo de los que ya se mencionó, y debido al contexto específico de estos barrios donde existían variados grupos sociales los intercambios no siempre resultaban iguales, generalmente las relaciones de compadrazgo entre distintos reforzaban el poder social de los compadres socialmente superiores, que en parte se podía medir por el número de ahijados y de compadres que tenía una persona.

Mi papá tenía un montón de ahijados, siempre le cogían de compadre en el barrio [la Tola] porque él era el alma del barrio, siempre estaba en las directivas y siempre de organizador de cualquier evento (para los años 50 y 60). Él les cogía a cargo a los ahijados, les llevaba a comer, les daba siempre alguna cosita en Navidad, les daba uniformes para los colegios. Pero más que nada con la cantidad de compadres que tenía, él se hizo de un montón de contactos y de un montón de palancas para donde sea, él podía tener entrada en la Policía, hasta en el gobierno tenía contactos (PP, 2012, entrevista).

Las redes de compadrazgo permitían la movilidad social, los compadres se hacían favores que les permitían acceder a bienes y servicios que hubieran sido difíciles de conseguir de otra forma.

Del material recogido sobre el tema, la mayoría de entrevistados hablan de sus relaciones de compadrazgos de gente de la misma familia o de amistades, pero también se daban con gente de otros grupos sociales, especialmente sectores populares urbanos, campesinos y algunas veces indígenas.

A mí papá sí le cogían bastante de padrino, pero especialmente dentro de la misma familia, los sobrinos o parientes más lejanos. Pero también tenía una ahijada campesina, ella le venía a visitar (en la época de los 60 y 70) y le traía alguna cosita de los productos que sembraban, le traía choclos o papas. Y después ella me cogió a mí como madrina de su primer hijo (en los años 80) y como yo ya estaba casada, mi marido fue el padrino. Yo creo que los campesinos y los indígenas buscaban a compadres en la ciudad para en algún momento tener ayuda de algún tipo (XE, 2012, entrevista).

Al mismo tiempo la red de compadres indígenas permitía tener acceso a ciertos bienes, como la servidumbre. El uso de las redes de compadrazgo, de hecho permitía obtener ayudas de cierto tipo, como se vio en la entrevista de PP, tener un buen padrino con contactos y bien ubicado permitía a los ahijados e incluso a los compadres obtener ayuda en momentos de necesidad. Incluso si pensamos que en las mismas familias las condiciones no eran necesariamente iguales entre todos, siempre las familias tenían su rama de “parientes pobres”, muchas veces ignorados, negados o desconocidos por el resto de la familia que estaba en una mejor posición social. El compadrazgo entre estos miembros de distinta posición en la familia, permitía el acceso a determinadas formas de movilidad social para los ahijados o los compadres.

En este capítulo hemos visto distintos tipos de relaciones entre los habitantes de los barrios populares, resultado de diversas condiciones sociales, étnicas y de género. Los sujetos se relacionaban constantemente con aquellos que habitaban el mismo espacio, sin embargo las relaciones no eran entre iguales. Si bien eran frecuentes los acercamientos e incluso ciertas prácticas y sentidos del gusto, como se verá en el siguiente capítulo, había conciencia de que no eran iguales. La cercanía de los sectores medios que habitaban en esos barrios a los sectores populares, particularmente urbanos, de los cuales muchos de ellos incluso provenían, hacía que construyeran distintas formas de identificación con aquellos que consideraban sus semejantes.

Entre hombres y mujeres de los grupos medios, se producían formas distintas de dominación de género, mientras los hombres tenían acceso a una vida pública, y en primer lugar al espacio del barrio, se mantenía la concepción conservadora de que las mujeres se debían al ámbito de lo privado. También para los hombres se mantenía la idea de que habían mujeres “buenas para el matrimonio y otras buenas para la joda” (FS, *ibíd.*), por lo que la visión de las mujeres era más como objetos con características otorgadas por otros que como sujetos. Es cierto que ya para esos años algunos hombres comenzaban a pensar de manera distinta, pero esto constituía más la excepción que la regla.

También entre hombres y mujeres el contacto con aquellos que se consideraban alterpares respondía a una forma de ver y entender el mundo desde su particular situación en la estructura social y siempre se los veía, a partir de sistemas clasificatorios

previos ya sea para rechazarlos o para acercarse a ellos ya sea de modo abierto o de una forma paternalista.

Todos estos encuentros y desencuentros con la diversa población de los barrios producían una movilización constante del capital social de los sujetos y esto generaba que elementos como el estatus se incrementaran o descendieran.

En el siguiente capítulo analizaremos otro tipo de relación de los sujetos, que configuraba su pertenencia a un grupo social, su vinculación a los objetos.

CAPÍTULO VI CULTURA MATERIAL, FRONTERAS SOCIALES Y SENTIDO DEL GUSTO

Entre los autores que buscan entender de un modo distinto la diferencia social y la frontera están Ferguson⁶³ y Gupta⁶⁴ (2007), quienes investigaron la forma en que las ideas de espacio y lugar se han configurado en el sentido común de la Antropología. De acuerdo a los mismos, la Antropología tradicional ha intentado fijar los espacios y los lugares, pero las personas y sus procesos identitarios han sido mucho más móviles de lo esperado, como muestran las nuevas teorizaciones del espacio en la teoría posestructuralista y feminista que utilizan nociones como vigilancia, panoptismo, simulacro, desterritorialización, fronteras y marginalidad que han obligado a reconsiderar conceptos fundamentales de la antropología tales como el de “cultura” y, por extensión, el de “diferencia cultural”.

Los autores se refieren, por ejemplo, a la diferencia a partir de la ocupación de espacios “naturalmente” discontinuos. “La premisa de la discontinuidad forma el punto de partida desde el cual se teoriza el contacto, el conflicto, y la contradicción entre las culturas y sociedades” (Ibíd.: 2). Esto podría darse entre sociedades distintas, al interior de una misma sociedad o incluso dentro de un mismo espacio local, como los barrios populares.

Pero también, en esto se podría vincular a Barth (1976) cuya noción de fronteras étnicas puede ser asumida en términos dinámicos y no estáticos, si se sigue a Guerrero. Todos estos autores plantean que es necesario repensar la diferencia a través de la conexión. Para Ferguson y Gupta “los espacios siempre han estado jerárquicamente interconectados en lugar de naturalmente desconectados” (Ferguson y Gupta, Ibíd.: 4).

Ferguson y Gupta están pensando en relaciones en la medida en que no conciben la existencia de grupos aislados y discretos. Las diferencias culturales serían “producto de un proceso histórico compartido que diferencia al mundo a medida que lo conecta”

⁶³ La investigación del profesor Ferguson ha topado una amplia gama de cuestiones teóricas y etnográficas. Un tema central de sus investigaciones se refiere a una preocupación por la política y la relación entre determinados procesos sociales y culturales; así como las narrativas abstractas del “desarrollo” y la “modernización” a través de las cuales estos procesos han sido tantas veces conocidos y comprendidos.

⁶⁴ Akhil Gupta (nacido en 1959) es un antropólogo estadounidense, cuya investigación se ha centrado en la antropología del Estado y del desarrollo, así como en la Antropología cultural y el post-colonialismo. Actualmente es profesor de Antropología en la Universidad de California en Los Ángeles.

(Ibíd.: 15). En otras palabras, es necesario tomar la diferencia como punto de partida en lugar de hacerlo como el producto final.

Lo que se produce entre los distintos grupos sería un “juego de relaciones productoras de diferencias” (Ibíd.). Es en el juego de acercamientos de donde emergería precisamente la frontera y la separación. Sin embargo pese a que no se trata de fronteras fijas a partir de un límite territorial, el espacio físico, pero también simbólico, es crucial para comprender la generación de una frontera. “El espacio en sí mismo se convierte en una especie de cuadrícula neutral en la que la diferencia cultural, la memoria histórica, y la organización social se inscriben” (Ibíd.).

Otro tipo de acercamiento al tema de fronteras se puede hacer a partir de Bourdieu quien está interesado en entender las bases sociales de las diferencias culturales, sin por eso perder de vista la dinámica interna a partir de la cual se constituyen esas diferencias, Bourdieu utiliza su análisis de la *distinción* para entender el gusto o “disposición adquirida para diferenciar y apreciar” (2000: 156)⁶⁵.

Para el autor existe una incidencia de lo social en el gusto. “Existe una relación entre el gusto y la educación, entre la cultura en el sentido de lo que es cultivado y la cultura como acción de cultivar” y “detrás de las relaciones estadísticas entre el capital escolar o el origen social y tal o cual saber, o tal o cual manera de utilizarlo, se ocultan relaciones entre grupos que mantienen a su vez relaciones diferentes, a veces antagónicas, con la cultura, según las condiciones en las que han adquirido su capital cultural y los mercados en los que pueden obtener de él un mayor provecho...” (Ibíd.: 9-10).

La posición de los agentes se revelaría a partir de las distinciones que estos realizan entre lo bello y lo feo, lo culto y lo vulgar, etc. Para el autor los agentes son productores-ejecutores de prácticas que generan un enclasmiento y a través de estas se inscribe el *habitus* en los agentes, pero a la vez es el *habitus* el que produce estas prácticas.

Los gustos, al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, unen a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero los distingue de todos los demás. Los gustos serían, así, la

⁶⁵ Bourdieu publica *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* en 1979, tras realizar una serie de trabajos empíricos sobre el público de los museos europeos y sobre la práctica fotográfica. Este trabajo que tiene un tinte sociológico busca exponer un modelo global sobre las prácticas sociales.

afirmación práctica de una diferencia inevitable, que sirve, entre otras cosas, para dar al individuo una percepción de su lugar en el orden social. Por tanto también serviría para unificar a los que tienen preferencias similares y para diferenciarlos de los que tienen gustos diferentes.

En este sentido la distinción constituiría un mecanismo de diferenciación social incorporado al *habitus*.

Bourdieu para analizar las clases y fracciones de clase que sirvieron de base en su estudio del gusto tomó en cuenta: la profesión y/o el nivel de instrucción, el sexo, la edad, la residencia y los índices disponibles del volumen de las diferentes especies de capital (Ibíd.: 104), además de la trayectoria individual y social, es decir de “la relación entre el capital de origen y el capital de llegada”, reconstrucción que se vuelve especialmente importante cuando no concuerdan el capital de origen con las prácticas del sujeto analizado (Ibíd.: 108). La posición de origen es el “punto de partida” para observar la “pendiente de trayectoria” que puede haber sido de ascenso social o de decadencia (Ibíd.: 110). Es el “desplazamiento vertical” en el mismo campo (Ibíd.: 128).

El gusto, para Bourdieu, permite marcar diferencias y producir preferencias por lo tanto es una práctica que enclasa, y clasifica: “nuestros juicios de gustos nos juzgan a nosotros” (Entrevista a Pierre Bourdieu realizada por Luis Fanlo, 1991). “El gusto es la extraña capacidad de hacer distinciones que distinguen” (Ibíd.) y el gusto no es exclusivo de un solo grupo social, “todos somos distinguidos”, es decir todos tenemos gustos.

Por tanto las diferencias de gustos tendrían una correlación con las diferencias sociales. Bourdieu le atribuye al gusto un papel fundamental en el espacio de los estilos de vida siendo el consumo el indicador principal del mismo. Este gusto puede unir y separar y al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia. Así, para Bourdieu, el gusto se expresa como,

(...) la propensión y aptitud para la apropiación (material y simbólica) de una clase determinada de objetos o prácticas enclasadadas y enclasantes, es la forma generalizada que se encuentra en la base del estilo de vida, conjunto unitario de preferencias distintivas, que expresan, en la lógica específica de cada uno de los subespacios simbólicos –mobiliario, vestido, lenguaje o hexis corporal- la misma intención expresiva (Bourdieu, 2000: 172-173).

El gusto es una disposición, adquirida, para diferenciar, apreciar y establecer diferencias a través de una operación de distinción, que se expresa no solo en la posesión y apreciación de ciertos valores culturales, sino en los gestos más automáticos o en las técnicas del cuerpo más insignificantes en apariencia, como los movimientos de las manos, la manera de andar, hasta los gestos faciales y la manera de comportarse.

Y al funcionar como una especie de “sentido de la orientación social”, el gusto guía a los ocupantes de un determinado lugar en el espacio social a relacionarse con otros agentes de iguales condiciones, esto es, a mezclarse con gente distinguida. Pero también orienta las prácticas y el tipo de consumo que los afianzarán en esa posición.

Sin embargo el pensar que automáticamente descartamos a las personas que no se hallan dentro de nuestro sentido de gusto, esto no restringe la posibilidad de la movilidad entre clases sociales, que existe en la realidad y no deja de lado gustos que se constituyen en el cruce entre las distintas clases, como los relacionados con la religiosidad, la comida local, la música nacional o determinados deportes. Esto ha sido particularmente notorio en el caso de esta investigación, ya que las prácticas de distinción y separación en cuanto a gustos se han dado en lo que podríamos denominar espacios sociales compartidos.

Con respecto al tipo de consumo y el capital necesario para obtener distinción, Bourdieu se refiere a la importancia del capital cultural ya que no basta con poseer la riqueza, hay que tener también buen gusto al elegir. En su entrevista con Luis Fallo, el autor hace referencia a que una crítica sobre el buen o mal gusto de una persona puede hacerla sonrojar fácilmente.

Los bienes culturales como la pintura, la literatura, la escultura, se podría decir el arte, representaría el elemento más acertado para expresar las diferencias sociales. El “beneficio simbólico” que proporciona la adquisición de arte, por ejemplo, se mide en la distinción que aporta. Pero igual diferenciación se podría plantear con respecto a la moda o a la comida.

Las obras culturales están sutilmente jerarquizadas para marcar los grados de distinción. Suele suceder que a mayor precio el bien cultural, mayor es también el beneficio simbólico porque más distinción genera. Sin embargo el precio por sí solo no garantiza la distinción ya que la valoración de un bien puede depender de otras formas de capital “que no tienen precio”, como el capital cultural o social.

De todas las técnicas de conversión que tienen como fin formar y acumular capital simbólico, la adquisición de la obra de arte, testimonio objetivo del “gusto personal”, es la que mejor se aproxima a la forma más irreprochable y más intachable de acumulación, es decir a la incorporación de los signos distintivos y de los símbolos de poder bajo la forma de “distinción natural” (Bourdieu, 2000: 266).

Así también, en una de las encuestas que aparecen en el libro sobre *Las cualidades del hogar* (Gráfico 10, pp. 244), Pierre Bourdieu analiza los adjetivos que emplean los entrevistados al referirse a su hogar, y pregunta las cualidades que les parecen más importantes. Y el resultado que obtiene es que,

(...) la proporción de las elecciones que acentúan unas propiedades propiamente estéticas (arreglado, lleno de fantasía, armonioso) aumenta a medida que se va subiendo en la jerarquía social, mientras que disminuye la proporción de las elecciones que se pueden denominar ‘funcionalistas’ (claro, limpio, práctico y fácil de mantener) (2000: 245).

De este mismo análisis se desprende que los individuos de clases bajas dan más importancia a valores “funcionalistas”, que son puestos en segundo plano por las clases altas “porque los tienen desde hace mucho tiempo y por consiguiente les parecen completamente naturales” (Ibíd.). De ello podemos decir que los bienes son diferentes según quién los valore y los objetos de consumo se volverán más especiales y distintivos, según la satisfacción de las necesidades que vaya teniendo un individuo o un grupo social. Además aquellos a los que se considera distinguidos tienen el privilegio de no tener que preocuparse de su distinción, su ‘sentido de la distinción’ les aleja de todo lo que es común.

Resulta interesante la hipótesis que maneja Bourdieu respecto a que el gusto, lo aparentemente más subjetivo y por tanto individual, está formado en condiciones sociales específicas, que entran en juego dentro de campos de fuerza. Esto resulta muy útil como elemento para analizar las relaciones de dominación entre grupos o clases sociales.

(...) la manifestación, aparentemente más libre de un sujeto, el gusto o mejor las categorías de percepción de lo bello, se dan como resultado del modo en que la vida de cada sujeto se adapta a las posibilidades estilísticas ofrecidas por su condición de clase. Así la mirada del amante del arte del siglo XX es un producto de la historia aunque surja bajo la apariencia de un don natural (Bourdieu, 2000:79).

Además su análisis incorpora elementos básicos para entender la composición de la sociedad, me refiero a los referentes simbólicos y culturales que permiten apreciar la diferenciación y relaciones entre las clases, como el consumo y la educación. Para Bourdieu, la clase estaría definida por la posición de los agentes en el espacio social y es así que cada agente, a través del gusto expresado en sus consumos de bienes culturales, se posiciona en términos culturales en un campo de relaciones desiguales.

Se puede establecer que este es un mecanismo primordial de la construcción de toda identidad social y cultural, uno siempre se distingue de los otros, aunque las condiciones de esa distinción varían históricamente. La identidad siempre se constituye por referencia a otro, y para Bourdieu esta construcción no puede dejar de estar atravesada por las relaciones de dominación las cuales han de ser entendidas en forma dinámica de juegos de poder, antes que estática. Esto desmantela la idea de que el gusto y las condiciones subjetivas que se relacionan con este son algo natural en los agentes.

Y el espacio social, como diría Bourdieu:

(...) es un espacio de diferencias, de distinciones entre posiciones sociales (susceptibles de ser caracterizadas por nombres de categorías profesionales definidas), que se expresa, se retraduce, se manifiesta, se proyecta, en un espacio de diferencias, de distinciones (...) a través de las intuiciones del *habitus*, como sistema de esquemas de percepción y de apreciación, que nos permite relacionar inmediatamente un acento, o un traje, o una práctica alimentaria, con una posición social, y, al mismo tiempo que se le confiere un cierto valor, positivo o negativo (Pierre Bourdieu, 1999, Conferencia Magistral).

Se podría afirmar que la frontera que marca Bourdieu es relativamente estática, aunque como vimos en capítulos anteriores, esto deja de lado muchas de las nociones procesuales que Bourdieu utiliza para crear su marco conceptual. Para este autor la práctica es el producto de una relación dialéctica entre *habitus* y situación. El *habitus* como sistema de disposiciones debe entenderse por un lado como resultado de una acción organizadora de prácticas que se producen respecto a situaciones. Pero también el *habitus* debe entenderse como una predisposición, una tendencia o una propensión hacia determinadas formas de actuar en el mundo, de acuerdo a una historia incorporada, pero también como formas, necesariamente cambiantes de responder a nuevas situaciones y en este sentido el *habitus* no es rígido, sino que sería una inclinación hacia algo, pero que se concreta de acuerdo a una situación específica. Las estructuras para Bourdieu serían, por tanto, móviles y generadoras. Esto nos lleva a

plantear la necesidad de contextualizar el debate, no solo porque cada situación es distinta sino porque no son iguales las formas de funcionamiento de los *habitus* en una sociedad europea como Francia que en los Andes debido al funcionamiento de grandes fronteras étnicas al mismo tiempo que muchos puntos de encuentro, constituidos históricamente que hace que definen las formas concretas como se constituye el gusto y la distinción entre los distintos grupos sociales. En el caso de los sectores medios en los Andes, su sentido del gusto es fuertemente dependiente del de las elites, aunque, paradójicamente, compartan muchos gustos en común con los sectores populares.

El gusto y la vivienda

Varias investigaciones sobre el proceso de modernización en Quito durante la primera mitad del siglo XX (Carrión, 1987, Kingman, 2000; Bustos, 1992; Solís, 2009), muestran que para los años 40 los sectores sociales pertenecientes a la clase alta y media habían abandonado el sector del Centro de Quito ubicándose hacia el Norte de la ciudad, poniendo de esta manera tierra de por medio con los grupos populares que se fueron quedando en los barrios antiguos. Esto fue posible porque la modernización de las elites estableció un patrón de urbanización marcado por la separación. En el caso de los sectores medios la dinámica del comercio, la incipiente industrialización así como las reformas orientadas a la modernización del Estado, incrementaron en Quito gran cantidad de puestos de trabajo vinculados a la administración pública, pero también, aunque en menor medida, a la actividad privada. Estos puestos de trabajo garantizaban a quienes estaban vinculados a ellos un sueldo mensual fijo y los beneficios de la Previsión y Seguridad Social implementados por el Estado. Esto pudo haber dado a los empleados públicos del sector medio, una relativa estabilidad económica, lo que les impulsó a endeudarse para “hacerse de casa propia” a través de préstamos otorgados por la Caja de Pensiones del Seguro Social o por la banca privada, que también otorgaba préstamos con ese fin, desvinculándose de la condición de arrendatarios o subarrendatarios que pesaba sobre la gran mayoría de pobladores medios de la ciudad de Quito y trasladarse a espacios alejados tanto del Centro Histórico, como de los grupos populares que estaban establecidos ahí y que a partir de esos años continuaron estableciéndose.

Esta forma de diferenciación marcaría una ruptura con sectores populares no solamente respecto a compartir espacios, sino también a modificaciones culturales que los distinguieron de estos. Espinosa Apolo se refiere a cómo el gusto de los sectores medios fue cambiando y diferenciándose del gusto de los sectores populares (2003: 51-82).

Este autor habla por ejemplo de cómo el Quito de la “gente decente” ubicada en la zona norte con un claro centro en el sector de la Mariscal que plasmaron sus “impulsos modernizadores y la adscripción eurocentrista [...] en la construcción de sus viviendas” (Ibíd.: 62)

Así, Espinosa Apolo cita a Franklin (1945:125) para evidenciar el nuevo gusto arquitectónico de los sectores altos y medios en el sector de la Mariscal: “Hasta las casitas construidas en serie por la Caja de Seguros (en la Ciudadela Bolívar) se han contagiado por la fiebre de grandeza y en sus modestos muros revocados hay contrafuertes góticos de piedras sin pulir” (Espinosa Apolo, Ibíd.: 64). El autor también cita a Bemelmans:

En medio de un soberbio paisaje, que difícilmente puede igualarse, un ambicioso constructor ha levantado dos hileras de casas mirándose frente a frente; como una veintena de ellas, idénticas como conejos, construidas de piedra pintada de rojo, con líneas blancas cuidadosamente tiradas, que dividen la sangrienta superficie para darle apariencia de ladrillos. Cada una de las casitas tiene el mismo número de ventanas, la misma puerta, y la misma mata de hierbas de derecha e izquierda de la entrada (Bemelmans, 1941:41, citado por Espinosa Apolo, Ibíd.: 64).

Aunque el autor también se refiere también al “mal gusto” imputado a esta misma “gente decente” (Ibíd.: 62) utilizando otro pasaje de Franklin (Ibíd.: 123): “En un trapezoide limitado por el parque de Mayo y las Avenidas 18 de Septiembre, Colón y 12 de Octubre está el mayor conjunto de monstruosidades arquitectónicas que hasta ahora se hayan reunido en un espacio tan pequeño (siendo) penoso para la vista tanto mal gusto concentrado” (Franklin, en Espinosa Apolo, Ibíd.: 62)

Un arquitecto que ha sido seguramente un excelente pastelero, que ha llegado a ponerse de moda, le han dejado suelto por aquí y le han permitido que haga una calle en la que ha tenido el acierto de reunir todo aquello que es más horrible y espantoso.

La primera casa es un castillo marroquí de color rosa y verde con reminiscencia del Taj-Majal, inyectadas por cualquier parte entre las puertas y las ventanas. A su vera se ha dado forma a la nostalgia de un

inmigrante germano y se ha perpetrado a un chalet estilo Selva Negra, a la que le falta solamente la nieve, música pascual, los altos pinos y un lobo con una canasta en los hocicos. El tercer edificio muestra el ejercicio de una infortunada iniciativa; es moderno, un cuarto de baño coloreado al pastel que se ha colocado de adentro para afuera, o sea al revés y patas arriba; una caja de píldoras pequeña y brillante con ventanales redondos de tamaño exagerado. Esta hilera de casas, sitiadas a una distancia de pocos pies de la otra, termina en un centinela de piedra, como un castillo de Lohengrin enano (Bemelmans, *Ibíd.*: 40 citado en Espinosa Apolo, *op. cit.*: 62-63).

La reseña de Espinoza Apolo no establece diferencias entre los sectores medios ni sus barrios. No todos se ubican hacia el norte ni se acercan a las elites. Para los nuevos residentes del Norte, pero también para los que se vieron beneficiados por el crecimiento residencial hacia el Sur de Quito en zonas como la Magdalena o la Villaflora, las casas unifamiliares se vuelven la nueva opción de vivienda, así se cambia el espacio compartido con otras familias, como todavía se vivía en el Centro Histórico por uno que privilegiaba la intimidad de la familia nuclear. Sin embargo el entorno que rodea a unos y a otros es distinto. Para los que se trasladan a vivir al Sur, a diferencia de los que van al Norte, la calle, el barrio, el transporte público continuaron siendo un sitio de encuentro entre ellos y con los sectores populares.

La inserción en el sistema burocrático estatal, las nuevas actividades laborales remuneradas, con salarios fijos y amparadas por la nueva seguridad social, representan un factor que contribuye a la adquisición de formas de pensar y estilos de vida nuevos.

El abandono paulatino del Centro de Quito, como lugar de residencia y el desplazamiento hacia nuevos sectores en Quito, por parte de los sectores medios se da, como se había mencionado, gracias a que este grupo poblacional gozaba de un trabajo estable (...) y también a “los auges de las lotizaciones que se dieron a partir de la divulgación del Plan Jones en 1945, que sólo en el papel ya tuvo la virtud de valorizar zonas que parecían tener futuro. Otro auge inmediato, lo marca el inicio de las lotizaciones comerciales hacia 1952. Y el mayor de todos hacia 1963, con la aparición de las mutualistas, cooperativas y las instituciones nacionales de vivienda, Banco, Instituto, etc.” (Banderas, 1967: 22 citado en Carrión, 1987: 140)

En términos generales se podría decir que una parte de los sectores medios se distanciaron del Centro de Quito y sus habitantes y empezaron a adquirir nuevos estilos de vida que se volvieron, hasta cierto punto, homogéneos, mientras que otra parte

continuo viviendo cerca de los sectores populares, aunque con nuevos referentes y expectativas marcadas por la necesidad de la diferenciación.

Yo me caso en el año 1946, el primer departamento arrendamos en la calle Salinas, entre Buenos Aires y Río de Janeiro, la primera casa que logró comprar es donde mi sueldo me permite, compro con la Caja de Pensiones en la Magdalena, en la ciudadela San José, casitas pequeñas, bonitas y al alcance nuestro (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

La Magdalena, era una ciudadela que hizo el Seguro, como era cerca del cuartel, les vendieron a los militares, uno se pasó la vos al otro y al otro, algunas casas de la Mariscal eran iguales a las de la Magdalena, porque tanto las casas de la Villaflora, Mariscal y Magdalena fueron hechas por el Seguro para vender a sus afiliados (Entrevista a Graciela Chiriboga realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

En realidad existen distintas trayectorias y por ende distintas percepciones de este proceso, si bien es cierto que el lugar de ubicación de la casa, la selección del barrio y la ubicación de este en la ciudad fueron (y son) importantes para esta población, sin embargo la llamada “clase media” no es un grupo homogéneo ni sus posibilidades de ascenso e inserción en el espacio social son iguales.

Para Bourdieu, “la homogeneización objetiva de los *habitus* de grupo o de clase que resulta de la homogeneidad de las condiciones de existencia, es lo que hace que las prácticas puedan estar objetivamente concertadas sin calculo estratégico alguno ni referencia consciente a una norma” (Bourdieu, 1991: 101). Sin duda se trata de un proceso “natural” de construcción de sentidos, estilos de vida, *habitus*, pero que no necesariamente responde a un único modelo, nuevamente es necesario ver cómo las prácticas de estos sujetos se concretaban de acuerdo a las situaciones y el contexto que les tocaba vivir.

En el capítulo III se explicó cómo, desde la perspectiva de la planificación urbana, la ciudad empieza a expresar en su organización una segregación territorial basada en la diferenciación social de sus habitantes, Carrión sostiene que se da una separación creciente entre zonas de vivienda reservadas a estratos sociales más acomodados y las zonas de vivienda popular; así tenemos para la década de los 60 al norte los sectores de altos ingresos, al centro las formas tukurizadas y al sur los estratos de bajos ingresos y una fragmentación generalizada de las “funciones urbanas”

diseminadas en zonas geográficas distintas y cada vez más especializadas: zonas de oficina, zona industrial, zonas de vivienda, etc. (Carrión, 1987:131-134).

La Magdalena, era un barrio pobre y un compañero que vivía en la Villaflores me molestaba y me decía -¿dónde ha ido a vivir loquito?, sus hijas se han de casar con obreros de manga-...mi mujer con visión más amplia, más clara compra el terreno de la buena casa que tuve que en el pasaje San Gabriel, en la Jorge Juan, (1960) era un barrio lindo, de clase media alta, la gente se va moviendo para ir mejorando (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Solís nos relata cómo estos grupos medios buscan nuevas formas de vida ligadas al confort, la higiene, la privacidad como características de los grupos medios y altos que se diferencian de los otros grupos que se quedan en el Centro Histórico. Y además nos dice cómo estos sectores adquieren su vivienda propia,

... a través de préstamos hipotecarios otorgados por la Caja del Seguro, o mutualistas y/o bancos. Estos préstamos son otorgados en base a un ingreso fijo, generalmente obtenido como salario, quienes están en la capacidad de optar por este tipo de préstamos son los hombres vinculados a un trabajo fijo. Las mujeres que trabajaban podían hacer préstamos complementarios al de su esposo en la Caja del Seguro, pero a las mujeres solteras, viudas o divorciadas se les ponían muchos obstáculos para acceder a estos préstamos (2009: 85).

La mayoría de matrimonios sacaba el préstamo del seguro, aunque no necesite, porque era fácil, el Pepe por su parte pagaba 390, me parece. Y yo por mi parte pagaba 290, así se hizo la casa, pero primero arrendamos para pagar algo del préstamo, dos inquilinos tuvimos, nos pasamos en el 63 o 64. Donde es ahora el monumento a Artigas, era la puerta de la hacienda de la María Rivadeneria, que es la que nos vendió a nosotros (Entrevista a Rosa Laura Rúales realizada por Cristina Solís, 2009: 85).

Pero, además de estos sectores que se alejaron de la creciente tugurización del Centro y de la constante llegada de “extraños” a este sector para la segunda mitad del siglo XX, muchos sectores medios aún convivían con sectores populares en el espacio del Centro Histórico, en las grandes casonas que albergaban a varias familias de distintas características sociales y aunque buscaban diferenciarse de los sectores populares, no a partir de poner tierra de por medio, sino a través de prácticas relacionadas al gusto, aunque como veremos no podían evitar el mantener ciertas prácticas en común.

Una de las formas de diferenciarse era el mobiliario. El vivir en una gran casona vieja, la mayoría de las veces, no impedía que los grupos sociales buscaran diferenciarse

a partir de los muebles que podían adquirir, especialmente los de sala que correspondería a la zona anterior (Goffman, 2001) es decir la parte pública del espacio privado, donde las visitas podían admirar el gusto de los dueños de casa. Para la época de esta investigación el estilo de muebles que hablaban del buen gusto era del tipo “Luis XV” caracterizado por las líneas curvas, los arabescos, los colores claros y los motivos exóticos y un tanto sobrecargados. Este tipo de mobiliario era el preferido en las casas de los grupos medios y reflejaban un gusto estético resultado de su propia lectura de la estética de las elites aristocráticas.

Mi mamacita tenían unos muebles bellísimos en el salón, eran todos Luis XV, heredados de la abuela. Daba gusto ver esa sala, grande, como era la costumbre de la época, pero a los guaguas no nos dejaban entrar porque seguro dañábamos los muebles y esos muebles eran finos, las sillas de uno y de dos puestos tapizados en flores, me acuerdo, unas mesitas lindas, creo que habían cuatro, bien coquetas, uno como aparador con muchos decorados, la alfombra era italiana y habían unas figuras de porcelana traídas de Francia, también herencia de la abuela, unos dos espejos de cristal de roca, carísimos y jarros de cristal cortado. Cuando mi mamacita se murió todos se repartieron los muebles de sala a mí me tocó una de las mesitas y un jarrón (MC, 2012, entrevista).

Generalmente los muebles eran heredados, venían de las madres o las abuelas y se destacaban los orígenes europeos de muchos de estos. En otros casos esos muebles eran imitaciones de “estilos coloniales”. Antes que una modernidad, el mobiliario trataba de expresar la relación de sus propietarios con un pasado respetable.

Remedios caseros, medicina y salud

La práctica del cuidado médico en la época de la investigación respondía más a tradiciones populares relacionadas con el cuidado que al uso de la medicina occidental. Era común que los accidentes caseros, frecuentes entre niños, niñas o jóvenes fueran atendidos dentro de la propia casa, usando remedios tradicionales: mentol para golpes, la tela del huevo crudo para cortaduras y lastimados, mertiolate y alcohol para heridas, matricaria para los bebés que empezaban a dentar y aguas aromáticas de todo tipo para malestares en general: agua de manzanilla, boldo, hierba luisa, cedrón u orégano para las molestias estomacales; menta y valeriana para los nervios; uña de gato para los riñones; el matico y la borraja para la gripe; la hoja de higo para el cólico, etc. En la época eran las mujeres las poseedoras del conocimiento sobre estos métodos y sobre

estas plantas. Las madres eran las encargadas de preparar y administrar estos remedios caseros.

Mi mamá era la que sabía de todo eso y ella nos transmitió el conocimiento a todas las hijas, para saber qué planta sirve para qué cosa. Además generalmente cuando yo era niña en las casas solía haber, además de muchas flores, la huerta con plantas medicinales de donde las mujeres, que se encargaban de plantar y cuidar las huertas, sacaban las plantas para las agüitas de vieja para darte cuando estabas con algún dolor (BC, 2012, entrevista).

Otra práctica común para curar los resfriados era el poner papeles calientes (calentados con la plancha) sobre el pecho, en la noche, también se usaba el sebo caliente en el pecho y la espalda y para bajar la fiebre papas crudas cortadas en rodajas sobre la frente.

Quando te salían verrugas, te curaban con la leche del Higo, creo que los médicos eran la última opción, me acuerdo cuando nos dolía la muela, nos mandaban a sacar a la Higiene Escolar y nos daban para un helado, no te cobraban nada. Me acuerdo que mi hermana Cecilia se cayó en una cocha de agua, muy sucia, toda llena de sapos, larvas, y ahí también vivían los puercos, dicen que la empleada de la tía le bañó nada más, pero resultó que se le hicieron unos sellos y en donde le caía ese sello se le caía el pelo, eran hongos, mi mamá le llevo a donde un médico que era vecino el Dr. Villalba, era esposo de una de las chicas Hurtado, él dijo que eran hongos y le mando a que le bañen en agua de Matico todos los días y le pongan una crema, eso duro un año, y se sano (AL, 2012, entrevista).

Como menciona la entrevistada, los médicos eran la opción ante accidentes o enfermedades más graves, de lo contrario todo se curaba en la casa o en el barrio. Cuando se producían accidentes que implicaban torceduras, zafaduras o esguinces se recurría a los sobadores que, en los barrios populares, era común encontrar a uno o dos conocidos.

Me acuerdo de mi hermano Gustavo, todo el tiempo se caía y se dislocaba, ahí siempre nos llevaban a donde Don Balseca, era curador, sobador que les llamaban y él te ponía unas cremas en la parte que te habías descolocado y mientras te ponía eso te conversaba, y al rato de hacia “crack”, para volver a ponerte el hueso en el puesto y te sanaba (Ibíd.).

Otra práctica extendida no solo entre sectores populares, sino entre sectores medios que vivían en estos barrios, era el curar el espanto. Esta práctica se utilizaba cuando un bebé no dejaba de llorar sin aparente razón, según la creencia popular los bebés con ese comportamiento estaban “espantados” por algún tipo de evento traumático como una

caída o algo que les haya asustado de alguna forma. Curar el espanto era una práctica con diferentes elementos sincréticos entre oraciones católicas, hierbas medicinales, alcohol y aguas de colonia, que generalmente era realizado por mujeres adultas, conocidas en los barrios. Recuerdo haber visto esta práctica una sola vez en mi vida, cuando mi abuela le “curó el espanto” a su bisnieto, mi sobrino Esteban hace 5 o 6 años.

Mi mamá curaba el espanto, los días Martes y Viernes, tenía mucha gente que venía, era un líquido que olía a mentol, le frotan, le rezan el Padrenuestro, Avemaría y el Credo, les ponían en las coyunturas de los brazos, en las sienes, detrás de las orejas, en la corona, mi mamá no les ponía lo que usaban las indias del mercado los chímbalos, son unas pepas entre blanco y verde, eso les colgaban las doñas, pero mis hermanos se comían eso (Íbid.).

Respecto a la cuestión de las curaciones caseras, los mercados y específicamente las hierbas en los mercados resultaban sumamente importantes, debido a todo su conocimiento sobre hierbas medicinales, preparados caseros con diversos usos, jabones naturales, lociones, etc.

En el mercado de Santa Clara habían las indias que te vendían las hierbas y ya no existe ese mercado, también en el de San Roque. Te curaban del chuchaqui⁶⁶, me acuerdo de las hierbas que te hacían tomar para limpiarte el cuerpo, se llamaba el “agua de purgas”, eran la yerba que se llama arquitecto -es una hierba blanca-, la malva, hierba luisa, manzanilla, la malva olorosa, te daban un atado y se preparaba haciendo hervir por un buen tiempo, se tomaba eso con miel de abeja, para purificar tu cuerpo y que no te salgan espinillas (ibíd.).

Otra práctica bastante extendida en la época era el que las mujeres dieran a luz en casa. Aunque ya no necesariamente lo hacían atendidas por parteras o comadronas sino por médicos de cabecera u obstetrices que acudían a las casas de las mujeres.

Aunque para la época el porcentaje de mortalidad infantil había descendido considerablemente, aún se seguían considerando a los embarazos como sujetos a vicisitudes imprevisibles e incontrolables que podían poner en peligro la vida de la madre y del bebé. Montes Muñoz explica cómo la mujer embarazada, “es percibida como en un estado liminal, situada en la barrera de la normalidad y el riesgo, un riesgo que hay que conjurar para limitar su presencia y mantenerlo en un margen que permita llegar al final sin lesión” (2007: 36). Debido a esto existían varias prácticas y rituales de

⁶⁶ Malestar que se tiene luego de beber.

las mujeres ya ligadas a la medicina moderna y otras aún relacionadas con creencias populares.

Por un lado las mujeres de sectores medios ya tenían la práctica de acudir a chequeos y controles durante la etapa de gestación en la Maternidad Isidro Ayora⁶⁷, pero habían también cuidados en casa, el más conocido era el de la dieta de las mujeres que debían “comer por dos” durante su embarazo y el cuidado de la dieta después de dar a luz que garantizaba una rápida recuperación de la parturienta y la producción de gran cantidad de leche materna para alimentar al bebe. Estas prácticas conferían una especie de seguridad y control sobre el acontecimiento de la maternidad.

Pero los controles, cuidados y chequeos de las mujeres no terminaban necesariamente en un parto en una clínica o en la maternidad, sino que muchas veces las mujeres preferían dar a luz en sus propias casas aunque estos partos eran asistidos por personal calificado, aunque aún persistía en las mujeres “la repugnancia natural de las mujeres a ser asistidas por hombres” (Blanco, 1986:25-26 citado en Montes Muñoz, *ibíd.*: 37), por tanto era muy común que las mujeres embarazadas acudieran a otras mujeres para asistirlas, como doctoras u obstetrices, pues en la ciudad, específicamente en Quito durante el siglo XX las parteras o comadronas empezaron a recibir formación profesional la atención de partos y las parteras o comadronas quienes todavía atendían a las mujeres de zonas rurales o de sectores populares, poco a poco se les fue,

(...) usurpando un terreno de saberes y prácticas que ahora queda bajo el control de definición de la medicina y que les sitúa en condiciones de desigualdad, dependencia y supeditación a esta (...). El control de las mujeres y sus cuerpos gestantes se plantea como una necesidad social. El control *“no se opera simplemente por la conciencia y la ideología, sino que se ejerce en el cuerpo, con el cuerpo (...)* El

⁶⁷ En 1870 el Dr. Gabriel García Moreno, establece una nueva Escuela de obstetrices en Quito (la anterior había sido abierta en 1839 por el Presidente Flores bajo la dirección de una matrona obstetriz, la Sra. Cipriana Dueñas de Casaneuve), trayendo de Francia una partera la Sra. Amelia Sióv de Bezacón, y se asigna un departamento dentro del Hospital San Juan de Dios para la práctica y enseñanza del “arte de partear”.

En 1910 Dr. Isidro Ayora es nombrado Director de la Maternidad. Por entonces la Maternidad funcionaba en unos cuartos de la Quinta de San Vicente de Paúl de las Hermanas de La Caridad. La primera campaña que emprende el nuevo Director es hacer que las parteras de Quito acudan a recibir clases teóricas y prácticas.

En 1949, siendo Presidente de la República el Sr. Galo Plaza y existiendo el Ministerio de Previsión Social y Trabajo, se planifica la creación de una nueva Maternidad para Quito con todos los adelantos científicos, técnicos y organizativos de la época, con capacidad de 100 camas, cuando Quito contaba alrededor de 200 000 habitantes, con asesores norteamericanos tanto médicos, enfermeras, trabajadoras sociales, dietistas, administradores, etc. La nueva Maternidad se inaugura el 28 de marzo de 1951 (Historia del Hospital Gineco Obstétrico Isidro Ayora, en <http://hgoia.med.ec/historia-hgoia.html>).

cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica” (Foucault, 1990:125) (Montes Muñoz, ibíd.: 39, la cursiva está en el original).

El parto en casa, pese a ser asistido por profesionales, significaba un mayor riesgo para las mujeres, debido a que en primer lugar el mantenimiento de la asepsia se complicaba, así como ciertas complicaciones durante el parto.

Mi mamá nos dio a luz a sus 5 hijas en la casa, a ella le atendía los partos la doctora Celina Santana, que iba a la casa, pero yo creo que era riesgoso para mi pobre mamá. Porque la Consue (su tercera hija) nació de pie y eso puede ser bien peligroso. A nosotros, me acuerdo cuando ya iba a dar a luz, nos llevaban a tomar unos helados, nos entretenían en la calle un tiempo y cuando volvíamos a la casa ya había nacido la nueva hermana y nos decían que le había traído la cigüeña... y yo bien inocente me creía y yo ya tenía unos 7 años (XE, 2012, entrevista).

A partir de los años setenta, la asistencia del parto en casa y la asistencia de las comadronas en sectores populares de la ciudad, casi desaparecen totalmente y el control del parto se desplaza progresivamente a los hospitales, donde la medicina se erigió como legítima protagonista de este acontecimiento. “Desterrar el saber popular y acogerse al mandato de la “ciencia” médica cómo la única verdad, se presenta reiteradamente en las obras de divulgación como el único camino que garantizará la salud física y moral. Optar por otras alternativas tiene presente la amenaza de la muerte” (Montes Muñoz, ibíd.: 35). Pero este desterramiento, operan también en otro sentido como diferenciación entre las clases, ya que sectores populares aún mantenía la práctica de dar a luz en casa hasta incluso los años 70.

No, pues mi mamacita nos tuvo a todos en la casa, somos 10 hermanos, ella le tuvo hasta al Pepe, el último, en la casa, con partera, eso fue en el 71, ella ya tenía unos 38 o 39 años. Ella no confiaba en los médicos, era acostumbrada a tener los hijos en la casa, como todas las mujeres de por aquí (Puengasí) (RS, 2013, entrevista).

La cocina y la alimentación

La cocina y la alimentación eran aspectos básicos de la vida en familia y para la época de la investigación este espacio estaba gobernado exclusivamente por mujeres, ellas eran las encargadas de todo lo referente a la vida en la cocina, del control o la supervisión en la preparación de los alimentos. “La cocina, con su doble connotación de reino maravilloso, mágico y creador, lugar abierto formado de múltiples espacios, si es

utilizado por la mujer o, espacio de reclusión, de sometimiento, de rebajar la condición, si el espacio es leído por el varón” (Gac-Artigas, 2009: 518), Mary J. Weismantel⁶⁸ menciona que “lo que comemos y cómo lo hacemos también nos define como seres sociales” (1994: 11)

La cocina se ubica dentro del ámbito doméstico, aunque muchas mujeres preparan comida para la venta pública en pequeños locales ubicados en tiendas, y zaguanes o en pequeños tendales ubicados en las plazas. Dentro del espacio doméstico se desarrollan una serie de prácticas culinarias en las que participan mujeres populares y de sectores medios. Al mismo tiempo la cocina se muestra más o menos abierta al exterior. Las relaciones sociales en el espacio de la cocina, como lo analiza Weismantel, pueden examinarse en tres niveles. Por un lado la relación de las mujeres entre sí, de acuerdo a la organización del trabajo en la cocina; por otro lado la relación entre mujeres y hombres y finalmente la relación con el exterior (Ibíd.: 257).

Weismantel dice que el fogón define la casa (Ibíd.: 258), esto se refiere a que se vive, se nace y se crece en relación con la cocina, constituyéndose este en el espacio básico para la vida del hogar, concebido como separación con respecto a lo público. Esto se podría entender en referencia al tiempo que las mujeres dedicaban a la cocina, pero también los niños quienes estaban vinculados a este espacio por su relación con la madre, utilizando ese espacio como lugar de juego y de abrigo pero también donde cumplían pequeñas tareas de ayuda en la casa. Es posible que sobre todo las niñas hayan tenido más vinculación a este espacio, ya que se esperaba que ellas aprendieran las ocupaciones relacionadas con la cocina y la alimentación, así como con el ser mujer. Es difícil, sin embargo, hacer caracterizaciones fijas, ya que incluso en las casas concebidas bajo el modelo de la familia nuclear la cocina continuó siendo un espacio de socialización en el que participaba una diversidad de actores.

Las mujeres de la familia debían compartir las tareas en el espacio de la cocina, pero siempre debía existir una cabeza que se ocupara de la dirección de las actividades relacionadas con la preparación y cocción de alimentos, quien generalmente era la mujer con mayor peso dentro de la estructura familiar de la familia: abuela o madre, es ella quien organizaba y repartía las tareas u ocupaciones del resto de mujeres, incluso

⁶⁸ Esta autora trabaja sobre la alimentación y las distintas prácticas ligadas a esta en la zona indígena de Zumbagua-Ecuador, sin embargo muchas de sus observaciones nos pueden permitir entender la dinámica de este espacio en otros contextos.

supervisaba las labores de la empleada o las empleadas, relacionadas con la cocina en los hogares de clase media que podían contar con ellas.

A partir de la cocina se organizaba, en parte, la partición entre hombres y mujeres. Eran los hombres los que proveían el dinero para los gastos en la cocina. Ellos daban el monto para las compras diarias o semanales. Generalmente en la época no se hacían compras para más tiempo⁶⁹, debido a que no era común la existencia de refrigeradoras en las casas de sectores medios. Por ello los alimentos se compraban al día o los productos que podían durar más tiempo se almacenaban en cuartos fríos o lugares ventilados.

Eran las mujeres quienes controlaban el monto de los gastos respecto a los alimentos, ellas decidían qué y cuánto comprar, además ellas las encargadas del reparto de los alimentos entre los miembros de la familia y la encargada de hacer suficiente comida para que todos queden satisfechos, pero eran los hombres los que proporcionaban el dinero necesario para esos gastos, basando, en parte, en eso su autoridad como jefes de hogar. No hay que perder de vista que hasta esos años buena parte de las mujeres de sectores medios no tenían un trabajo fuera de la casa, pero incluso cuando lo tenían sobre ellas y la servidumbre recaía el cuidado de la casa.

Por otro lado las relaciones con el exterior se daban en los momentos de socialización, sobre todo con miembros de la familia ampliada y amigos cercanos y en referencia al conocimiento sobre costos de los distintos productos, lugares de expendio, proveedores. Las mujeres conocían sobre incrementos o disminución de precios de los distintos alimentos, así como los productos de temporada y los que eran más difíciles de encontrar. En la medida que se trataba de una economía limitada, las mujeres debían tener empeño para cubrir esas necesidades.

Por último, debemos analizar las características del espacio de la cocina y sus usos como forma de separación y acercamiento entre distintos grupos sociales. En el libro de cocina “Manual de la cocinera. Método compendioso para trinchar y servir bien una mesa” de Juan Pablo Sáenz del año 1882, se da concejos sobre las correctas maneras de mesa y se describe en un centenar de recetas los platos apropiados para una buena mesa y para complacer a los comensales. En estas recetas se puede encontrar platos sumamente refinados como pato, faisán, perrillo cocido a la francesa, cabrito,

⁶⁹ Excepto los productos de mayor duración como arroz y azúcar, que se solían comprar por quintales.

liebre, puchero, etc., así como repostería de gran variedad incluyendo platos que se han mantenido hasta la actualidad como quimbolitos, pristiños, higos con queso, etc. En ese libro hay referencias respecto a la papa calificada como alimento de pobres. Estamos hablando de un tipo de cocina orientada a las élites, pero al mismo tiempo localista, antes que del tipo de comida cotidiana propia de los sectores medios. Otro libro, aparecido en la segunda mitad del siglo XX, *Cocinemos con Kristi* sigue esta tradición.

Bauer, analiza cómo en Latinoamérica los estratos altos buscaban un acercamiento a la alta cocina, especialmente francesa, mientras se miraba con desdén la comida indígena. Así durante mucho tiempo los alimentos de tipo popular, considerados comida de pobre, eran motivo de vergüenza para sectores sociales medios y sobre todo altos, se buscaba marcar una separación entre estos dos tipos de cocina: la refinada y la popular. Bauer analiza cómo el trigo por ejemplo tenía un estatus más alto que el maíz y la población no indígena buscaba consumir productos de trigo, aunque costaran mucho más que los de maíz (2002: 244-246) Sin embargo con el tiempo se fue forjando un tipo de identidad culinaria propia de los sectores mestizos a nivel latinoamericano, ligada a la tradición de los pueblos nativos pero con elementos modernizadores que generaron un tipo de cocina criolla con características particulares en cada país. Para Bauer esto sucede en el siglo XX, con el apareamiento de los “proyectos indigenistas” a nivel de Latinoamérica que buscaron retomar numerosos elementos nativos para promover sus virtudes, dentro de estos elementos estuvieron también los culinarios (Ibíd.: 244). Aunque esta argumentación resulta ser válida en términos generales, puede ser cuestionada, ya que una cosa es la valoración discursiva y otro el desarrollo real de un tipo de cocina. En el caso de Quito muchos testimonios muestran el consumo generalizado entre las capas medias de una comida nacional popular con elementos de la cocina hispana, criolla e indígena. Esto no estaba relacionado tanto con el surgimiento del indigenismo sino con una tradición que venía desde mucho tiempo antes.

Para los años 50 aún era generalizado el uso de las cocinas de carbón y leña, pero también empiezan a aparecer los reverberos que funcionaban con gasolina, posteriormente, casi a fines de los años 60 aparecen las cocinas de kerex⁷⁰, que

⁷⁰ O queroseno. Es un combustible obtenido por destilación del petróleo, con una densidad intermedia entre la gasolina y el diesel.

rápidamente fueron reemplazadas por las de gas en los 70, aunque esta cronología no estaba extendida a la mayoría de la población. Muchas familias de sectores populares e incluso de sectores medios continuaban usando carbón y leña como combustible para cocinar inclusive en los años 60 y los reverberos también fueron utilizados por largo tiempo debido a que para muchas familias no era posible adquirir cocinas de kerex o gas, por sus costos.

Las grandes cocinas de carbón o leña necesitaban de mucho trabajo para ser encendidas. Prender el carbón o la leña resultaba todo un arte: se usaba un trapito con manteca o velas de cebo encendidas hasta que el combustible encendiera, por ello muchas mujeres -madres de familia-, empezaban su trabajo en la cocina desde las 5 de la mañana e incluso antes, para tener la cocina encendida a la hora del desayuno. Y generalmente las cocinas de carbón se mantenían encendidas todo el día hasta la hora de la cena, porque además estas cocinas calentaban las casas en los fríos meses de invierno en Quito.

Los reverberos, muy comunes en la época, hicieron la vida de las mujeres un poco más cómoda, eran relativamente fáciles de encender y permitían ahorrar tiempo en la cocción de los alimentos, aunque el problema con estos era que tenían solamente una hornilla, por tanto las ollas podían ponerse una a la vez, alargando el tiempo de preparación de todos los platos. No muchas familias de clase media podían tener más de un reverbero.

Mi mamá tenía dos, para la familia de 8 que éramos. Era muy sacrificado, ya no era el problema prender el carbón o la leña, pero en cambio cocinar para 8 con solo dos hornillas, y encima tener que calentar el agua para el bañarnos, o como siempre habían bebés porque todos somos seguidos, hervir las tetas, los pañales porque antes solo habían de tela, etc. Era desesperante, mi pobre mamá no sé cómo se las arreglaba en ese tiempo (BC, 2012, entrevista).

El pasar a las cocinas de kerex y luego a las de gas, representó una revolución en la cocina. Aparecieron las cocinas de 4 hornillas, con horno incorporado, que multiplicaron las posibilidades para las mujeres. Sin embargo, como se mencionó, el acceso a estas cocinas era limitado, no todas las familias podían tener una de estas maravillas tecnológicas, sino hasta mucho tiempo después.

Pese a la evolución de la cocina, que hizo más rápido el proceso de cocinar, las mujeres no dejaron de pasar gran cantidad de su tiempo en este espacio. Muchas madres

continuaron levantándose muy temprano para dedicarse al oficio de preparar los alimentos para sus familias y muchas veces permanecían allí hasta la noche. Esto se debe en parte a la cantidad de alimentos que debían preparar porque las familias eran bastante numerosas. De las entrevistas realizadas, el promedio de miembros del hogar en la época era de más de 6 personas (2 padres, 4 hijos y algún miembro de la familia ampliada). Pero también el tiempo que tenían que dedicar las mujeres a la cocina se debía a la cantidad de alimentos que se ingería durante el día. Aunque lo común era comer 3 veces al día, entre las familias de sectores medios se tenía la práctica de comer hasta 4 veces, el desayuno temprano en la mañana, el almuerzo completo con sopa, segundo y postre, el café a las 5 de la tarde y la merienda a las 7 de la noche, que generalmente se componía de sopa y arroz –distintos a los del almuerzo- y alguna colada de dulce: manzana, plátano, machica o morocho.

Antes me acuerdo cocinaban todo el día, para hacer el arroz de cebada había que prender el carbón y si mamá venía y no estaba prendido el carbón, nos daba tremenda paliza y había que estar espumando la sopa porque salían cascaritas. La lenteja era dura, y era oficio de todo el día. Se terminaba de comer y donde mi abuela empezaba a hacer la merienda enseguida del almuerzo, sopa, arroz y colada, antes se comía más creo yo. Nuestra abuela cocinaba en olla de barro, ella hacía un seco de pollo riquísimo, y hacía empanadas de mejido y ella nunca tuvo horno, ella ponía el carbón, unas latas encima y otra encima con carbón y hacía las papas hornadas, y cuando nos quedábamos a dormir en donde ella, nos daba un desayuno que consistía en un jarro de café con leche ordeñada, un plato de nata y un pan riquísimo, también me acuerdo que nos gustaba ir a comprar el pan, porque te daban con vendaje o sea un pan más y nos comíamos el pan del vendaje. Me acuerdo que se hacía las papas cocinadas con mapa huira o manteca, se hacía los choclos con queso y habas también (AL, 2012, entrevista).

Otra razón para el tiempo de dedicación a la cocina se refiere a la complejidad de preparación de muchos platos, el mondongo, el seco de chivo, la timbushca, la fritada, el yapingacho, las papas con cuero, los locros de todo tipo, humitas, tamales, quimbolitos, empanadas, requerían su tiempo de preparación.

En ese tiempo (se refiere a los años 60, cuando ella era niña), se comía arroz bastante, papas con sarza, también tallarín, sancocho, ajiaco, morocho de sal, el menudo, la sopa de bolas de verde era muy rica y nos compraba el Gustavo (su hermano mayor) a dos reales cada bola y la sopa con tostado, siempre. Ahí te explicas porque las mujeres de antes pasaban todo el día en la casa cocinando, y eso les ocupaba todo el día (Ibíd.).

También en muchas familias aún se mantenía la práctica de servir en el almuerzo las típicas sopas y coladas de acuerdo al día de la semana. Espinosa Apolo recoge esta tradición: “arroz de cebada los lunes, sancocho los martes, timbusca los miércoles” (2003: 65-66).

Una diferencia que se presentaba entre los grupos poblacionales medios y sectores más populares era la posibilidad de tomar leche a diario en el desayuno o el número de veces que podían comprar carne roja para el almuerzo, aunque esa carne no hubiera sido de la mejor calidad.

Antes no tomábamos leche, te daban agua de raspadura con un poquito de cedrón, en el desayuno, mi mamá hacía también avena con raspadura y naranjilla, y eso no nos gustaba, mamá hacía espeso, nos daba con cáscara y todo y también ponía ahí hierba luisa (AL, 2012, entrevista).

Nosotros tomábamos leche a diario, éramos 5 hermanas y mis papás y cuando éramos chiquitas (segunda mitad de los años 50 y principios de los 60), me acuerdo mi mamá compraba jaba de botellas de leche para darnos biberón a toditas, y cada una por lo menos se tomaba un litro de leche diaria (XE, 2012, entrevista).

La carne (roja) no era muy común en esa época (mediados de los 60) a veces se podía comer uno o dos veces por semana, generalmente se reservaba para los fines de semana o para algo especial, aunque la carne solamente le preparaban frita y eran unos trozos delgaditos y duros como suela de zapato (JE, 2012, entrevista).

Bauer diferencia este tipo de dieta de la de los sectores populares:

Para la mayoría de la gente pobre, el menú, después de 1930, siguió forjándose con los platos de frijoles con arroz o los alimentos principales como el maíz y las papas, cocinadas de una u otra forma, y que a veces se acompañaban con escasa verdura o con un trozo de carne barata. Para las ocasiones especiales, las mujeres podían variarlo con un cocido de carne y verduras llamado, según el país, cazuela, puchero, sancocho o mazamorra. Entre los estratos más prósperos, y particularmente entre los recién llegados a la ciudad y las clases medias en expansión, los años posteriores a 1930 (...) se aprecia la emergencia de platillos nativos más elaborados, en los que los elementos importados se subordinan. En cualquier caso, la tendencia general es hacia la cocina mestiza, llamada criolla en algunos lugares (Bauer, 2002: 245).

Para el caso de Quito, Eduardo Kingman presenta cómo era la dieta popular para finales de los años 30,

(...) consistía en una colada de media libra de harina, 30 gramos de carne y 0,05 de panela y, en el mejor de los casos, en una colada de media libra de harina, media libra de papas, 100 gramos de carne, 100 gramos de leche y 0,10 sucre de panela⁷¹. La harina de cebada, plátano y de haba se utilizaba para hacer coladas, mientras que con la de trigo se hacían empanadas o buñuelos, sólo en situaciones especiales. El pan, generalmente, se utilizaba para acompañar una taza de agua de panela en el desayuno o en la merienda, pero en ninguna casa se lo podía utilizar de manera indiscriminada. En momentos de crisis ni siquiera se podía cubrir estos mínimos. Como recordaba don Nicolás Pichucho, “los que no tenían hacían un cafecito o chocolate en agua y hacían chapo. No tenían para pan. Mi hermano madrugaba para hacer traposa con mapahuirá y máchica. En veces se hacía pinol con la raspadura. Mi mamá que era carnicera cambiaba la raspadura con carne”⁷² (Kingman, 2009: 57)

Otro aspecto respecto al espacio de la cocina es cómo las mujeres enseñaban a sus hijas la labor de cocinar. Las mujeres entrevistadas recuerdan siempre estar conectadas con este espacio a través de sus madres y abuelas, ayudando en la cocina, aprendiendo a pelar, a picar, a mezclar, a preparar, e incluso ciertos trabajos más duros que debían aprender las mujeres, como matar gallinas para obtener un producto fresco usado en los deliciosos caldos de gallina, los cariuchos y los secos. Las recetas, así como los remedios caseros eran transmitidos inicialmente de forma oral, pero las mujeres, madres y abuelas, llevaban también apuntados a mano sus propios recetarios, que después eran heredados por las hijas y las nietas.

“Trastes” y objetos de la cocina

Algo muy común en la época era el sacar el máximo uso de los distintos objetos de cocina, pues las familias de sectores medios en general no podían costearse el gasto de renovar vajilla o cubertería a menudo. Por lo que los distintos “trastes” de la cocina, como ollas o sartenes eran constantemente readecuados para que continúen siendo útiles por tiempo a veces indefinido.

Una práctica constante era la de soldar las ollas, y existía un personaje conocido por todos aquellos que vivieron en barrios populares del centro de Quito, este era el

⁷¹ Archivo Biblioteca Aurelio Espinosa Polit, Fondo General, “Estudio numérico y económico de la población de Quito efectuado por el departamento Médico del Instituto Nacional de Previsión Social, en colaboración con la Oficina de Higiene Municipal”, en Instituto Nacional de Previsión Social. Boletín del Departamento Médico, Quito, marzo de 1937, p. 13, citado por Kingman, 2009: 57.

⁷² Entrevista a don Nicolás Pichucho, Quito, enero de 2006, citada por Kingman, ibíd.

soldador de ollas, que recorría a pie por distintas calles con el grito “¿hay que soldar?”, la imagen de este personaje, según quienes lo recuerdan, era un hombre de baja estatura, delgado y con la cara tiznada de carbón que llevaba dos baldes de aluminio en uno con el carbón prendido y en otro llevaba el agua. Entonces las señoras o los niños salían con toda la torre de ollas, sartenes, y cualquier objeto de aluminio que necesitara compostura.

El soldador se instalaba en una vereda avivaba el carbón “a punte” soplo y calentaba un pequeño caufín manual, luego con este bien caliente derretía el hilo de aluminio sobre los huecos de los “trastes” de cocina para sellarlos, de esta forma estos duraban por más tiempo. Incluso las ollas se heredaban, muchas madres pasaban a sus hijas casadas las ollas principales dentro de la labor de la cocina. La paila, la olla de barro o la tamalera, eran importantes para la vida de una mujer casada, entonces las madres heredaban este tipo de ollas a sus hijas para continuar con la tradición culinaria de las familias.

Otra práctica común era el afilar los cuchillos, actualmente también se lo hace pero la diferencia es que en la época había un hombre que afilaba los cuchillos y las tijeras con una piedra de afilar circular que funcionaba girando a través de un mecanismo manual activado por un pedal, este proceso generaba que la piedra de afilar carcomiera el metal del cuchillo a la par que lo afilaba.

Vestimenta

La vestimenta es considerada parte fundamental de la cultura material y del “gusto”. Expresa una cierta posición social, es un símbolo visible del prestigio y del status social. Arnold Bauer hablando de América Latina en la época de la Colonia, dice que “casi en todas partes se recibía influencia del nuevo diseño de los vecinos, se observaba el vestido de la gente en la misa y se elegía entre nuevos listones y adornos exhibidos en innumerables puestos de mercado” (2002: 146-147). No hay que perder de vista, sin embargo, que los distintos estamentos solo podían acceder a un determinado tipo de vestidos. En el caso de esta investigación, constantemente los y las entrevistadas para este trabajo toparon el tema de la moda y el vestido.

Bauer (ibíd.: 242-244) analiza que a lo largo del siglo XX la vestimenta en Latinoamérica se occidentaliza, aparecen mayor variedad de telas y colores y se

empiezan a marcar distintivas diferenciaciones de los mestizos con respecto a los indígenas, ya que mientras que esto últimos, especialmente las mujeres, buscaron aferrarse a sus vestidos tradicionales, caracterizados por enaguas, fondos, anacos, rebozos, bayetas; y los hombres indígenas, que estaban en mayor contacto con las ciudades, fueron paulatinamente cambiando sus vestidos tradicionales por pantalones y zapatos occidentales, aunque conservaron elementos como el poncho o el sombrero. Los no indígenas, en cambio buscaron siempre distanciarse de este tipo de vestimenta “en la medida de lo posible la población de ascendencia mestiza intentaba emular la vestimenta y combatir el desprecio de las clases superiores al mismo tiempo que se aseguraban de eliminar cualquier asociación con su pasado indio o aldeano” (Ibíd.: 243). Para este autor uno de los signos más claros de separación entre el mundo urbano y el rural era el uso de zapatos de cuero para distinguirse de los indígenas que usaban oshotas o alpargatas, o simplemente andaban descalzos.

Esto se puede confirmar a través del primer Censo de Población realizado en el Ecuador en 1950, donde en la variable sobre identificación étnica se utilizan ciertos indicadores que definen la identidad étnica de la población, entre estos indicadores se encuentran: idioma y alfabetismo donde se establecen como atributos el idioma castellano, quechua, otros idiomas y mudos, así como los atributos alfabetos, analfabetos y alfabetismo no declarado; otro indicador en el tipo de vivienda, donde se designan los siguientes atributos: casa, choza o rancho y otro tipo de viviendas; otro indicador es el tipo de cama donde duerme, los atributos dados a este indicador son: cama, tarima o hamaca y suelo; y finalmente está el indicador de tipo de calzado que usa, donde se da la opción de: zapatos, oshotas o alpargatas y descalzos. De esta forma, combinando los indicadores y sus distintos atributos se obtiene que si hay una persona que vive en una choza, habla quechua, duerme en una tarima o en el suelo, usa oshotas, alpargatas o está descalzo, es un indígena, mientras si vive en una casa, habla español, duerme en una cama y usa zapatos, es un blanco mestizo o es un mestizo de buena posición, y así podríamos buscar todas las variaciones y mezclas posibles sobre la variable identificación étnica en este Censo. Los zapatos de cuero, por tanto, representan un marcador de diferenciación. Bauer dice que “para principios del siglo XX, los zapatos y el betún para calzado se convirtieron en un objeto sorprendentemente importante de las nuevas importaciones” (Ibíd.: 243-244).

Para Espinosa Apolo, “la apariencia personal [basada en la indumentaria] era un requisito básico para recibir no solo buen trato sino tener oportunidad de dinamizar el ascenso social” (2003: 69)

La influencia de la moda, posiblemente hasta mediados del siglo XX provenía de Europa occidental, y luego, cada vez más, de los Estados Unidos. Esta venía a América Latina a través del cine, medios de comunicación escrito y finalmente por televisión. La ropa de moda se importaba de Europa o Estados Unidos, pero a esta ropa solo tenían acceso unos cuantos sujetos o unas cuantas familias con más capacidad económica para adquirirla. La mayoría de sectores medios que no precisamente tenían capacidad económica suficiente buscaban “mandar a hacer” la ropa tomando los modelos de catálogos, revistas o periódicos. Para ello la figura del sastre y la costurera o modista eran sumamente importantes en la época de la investigación. Todos los sujetos entrevistados recuerdan que sus madres tenían un sastre o una costurera de confianza, pero además, la presencia masiva de la máquina de coser en los hogares y el hecho de que las mujeres, debido a la formación en sus escuelas o colegios o el haber aprendido en casa, conocían sobre costura, patrones y confección. Esto permitía que sean las propias mujeres: madres, abuelas o hijas quienes confeccionaran la ropa de la familia.

La mayoría de mujeres tenían que saber corte y confección en la época, era como una condición de ser mujer, de alguna forma te enseñaban eso. Siempre en todas las casas había una mujer que sabía hacer la ropa y le tocaba hacer para la familia. Mi mamá sabía cocer, tenía su máquina y ella nos hacía la ropa, yo me acuerdo de los uniformes, para toditos (era una familia de 6 hermanos). O nos cocía vestidos a mis hermanas y a mí o pantalones a mis hermanos. Ella era hábil, supongo que así se ahorra tanta plata de comprar tanta ropa para todos (AM, 2010, entrevista).

Las distintas modas en la época transitaron desde los pantalones acampanados, pasando por las minis, las maxis, los overoles, los zapatos de plataforma, hasta los ponchos y alpargatas en la década de los 70 influenciados por la moda hippie, pero que no buscaba volver a las raíces indígenas, sin embargo esta sucesión de modas se veía más en la gente joven de la época, las generaciones anteriores: padres, abuelos y bisabuelos habían fijado como indumentaria distinguida el “traje sastre”, que era una parada formada por una chaqueta y unos pantalones o una falda de la misma tela. Este traje era

usado en la cotidianidad como vestimenta elegante, por tanto permitía la separación con respecto a los otros.

Usar vestimenta especial para el trabajo y para la recreación también se hizo cada vez más común, conforme avanzó el siglo XX (...). Si juzgamos a partir de varias colecciones fotográficas, los trabajadores mestizos se esforzaban por adquirir al menos un buen traje oscuro para usarlo el domingo (...). En ese entonces aparecieron los trajes de baño para hombres y mujeres, los pantalones cortos y los zapatos para jugar fútbol (así como pantaloncillos de gimnasia para hombres y mujeres) (Bauer, 2002: 244).

El tema de la adquisición de un buen traje para los domingos o los días de fiesta era característico de ciertos personajes propios del Quito desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX: el chulla quiteño. Este personaje fue inmortalizado en la novela de Jorge Icaza “El chulla Romero y Flores”, mencionada en el Capítulo I. La palabra chulla es derivada del kichwa y significa impar o solo uno.

Los chullas de Quito generalmente pertenecían a los sectores medios y siempre andaban vestidos formalmente, aunque fuese con el único terno que tenían, la única camisa y el único par de zapatos, eso sí, bien lustrados. Por tanto el vestido de “señor o caballero” (Espinosa Apolo, 2003: 71) diferenciaba a los chullas, que eran oriundos de la ciudad, de los sectores populares que eran de origen popular o provinciano.

Por tanto, los pobladores de Quito que pertenecían a los grupos medios, se vestían de “terno de casimir oscuro a la última moda europea-para alejarse de la cotona del indio y del poncho del cholo” (Durán, 2000: 78). El traje resultaba un diferenciador social, por lo tanto se buscaba usar prendas de vestir que permitieran representar la pertenencia a su grupo social, o al que pretendía pertenecer. No hay que perder de vista, sin embargo, que el ropero de estos sectores era bastante limitado.

El chulla era característico de Quito, bien aparentoso, no tenía plata, pero se daba los modos de lucir bien. Aunque con “chulla” terno, oscuro, “chulla” camisa, que mandaba a virar los puños y el cuello cuando estaban desgastados para que se vean bien y duren más. Se hicieron hasta sketches cómicos sobre estos personajes, Evaristo Corral y Chancleta, personaje interpretado por Ernesto Albán, que era el retrato de un burócrata de clase media, siempre con las justas para sobrevivir, siempre plantilla, pero siempre enternado y bien lustrado (MM, 2013, entrevista).

Los hombres de sectores medios vinculados a la carrera militar, contaban con otro tipo de marcadores externos para diferenciarse -o para hacerse notar-: el uniforme, que les

permitía moverse en distintos escenarios y proyectar una imagen de buen porte y elegancia.

Lo más importante de los actos sociales públicos era el cine y el especial del Bolívar era elegantísimo, al Bolívar había que ir elegante, nosotros con el uniforme ya estábamos elegantes, pero cuando no, se usaba terno, saco y pantalón, abrigo, paletó teníamos todos, porque llovía mucho, no había este sport que hay ahora (Entrevista a Jorge Araujo realizada por Cristina Solís, *ibíd.*).

Espinosa Apolo relata cómo a partir del siglo XX “se implantó una nueva costumbre en los estratos altos y medios: el cambio frecuente de vestido, considerado en tiempos anteriores como un lujo excesivo” (Vásquez, citada en Espinosa Apolo, 2003: 69). En todo caso, se tendría que tener cuidado con este tipo de generalizaciones ya que lo que se ha dado en llamar sectores medios abarca una gama muy amplia de situaciones, desde la de los que pudieron ampliar su acceso a consumos hasta los que se vieron aún más empobrecidos.

Al igual que los otros objetos, la ropa comprada, hecha o mandada a hacer, debía tener una larga duración ya que las familias no estaban en condiciones de hacer un gasto excesivo en ropa. Por ello se trataba de hacerle todas las reparaciones posibles una vez que esta empezaba a envejecer. Los sastres y costureras que confeccionaban ropa para los habitantes de Quito que podían pagar por este servicio, también hacían todo tipo de reparaciones como voltear cuellos y puños en las camisas una vez que estos envejecían, subir o bajar dobladillos según se necesitara, entallar vestidos, pantalones, faldas y demás, así como zurcir cualquier hueco en las distintas prendas, esto sin duda resultaba más económico que comprar nuevas prendas de vestir.

Otra práctica generalizada era la de teñir ropa. Cuando una prenda había perdido su color con los años de uso, se la podía teñir para darle nueva vida. Esta práctica también se usaba en época de luto, cuando alguna persona había perdido a un familiar cercano y debía llevar un tiempo de luto prolongado, generalmente lo que se hacía en lugar de comprar ropa negra era teñir la ropa actual de negro de esa forma el gasto era menor y podía ser afrontado.

Pero estas relaciones de los sujetos con los objetos de su vida cotidiana no se limitaban a la economía es decir estas prácticas de usar y rehusar los objetos, de heredarlos, acomodarlos, parcharlos para prolongar su utilidad. No era una cuestión solamente de no tener dinero suficiente para adquirir objetos nuevos, sino que se

relacionaba con una forma tradicional de uso de los objetos, así lo aprendieron de sus padres y abuelos y así continuaron reproduciéndolo. En este sentido, sectores populares y las capas inferiores de los sectores medios no se diferenciaban mucho respecto a sus niveles de consumo, sin embargo en sus gustos eran distintos, debido al carácter aún estratificado de esos consumos.

El siguiente capítulo busca retomar un poco de la memoria de las familias de grupos medios, de dónde provenían, su incidencia en la configuración de los sujetos y su identidad, sus historias y aquello que era silenciado, para entender cómo las familias eran básicas en el proceso de la adquisición de una posición en la estructura de clases.

CAPÍTULO VII

LA FAMILIA DE CLASE MEDIA. TRAYECTORIAS Y PROCESOS

En este capítulo se utilizarán principalmente notas del diario de campo de la investigadora, debido a que muchos de los entrevistados no accedieron a ser grabados debido a la intimidad de los temas que trataban. Se realizaron conversaciones informales que luego fueron descritas en el diario de campo, tratando de retener las palabras de los informantes y su sentido. Aunque todos ellos aceptaron que se reproduzca el sentido de los temas tratados, prefirieron no comprometerse con los detalles.

La familia: estructura básica de la identidad

Las historias que hemos presentado, se han referido a los sujetos particulares y sus vivencias respecto a su situación de clase –inevitablemente ambigua- en distintos aspectos de su vida social. Se ha topado distintos aspectos relacionados con el contexto social más amplio, sin embargo la constitución de estos sujetos de grupos medios no podía darse por fuera de la estructura básica de socialización y de generación de identidad para la época de nuestro interés: la familia.

La familia, como lo expresa Aylwin (1998), tiene influencia perdurable en las vidas humanas. La familia aporta identidad individual, pero a la vez aporta una identidad social vinculándonos con una comunidad, con un pueblo, con un territorio, con un paisaje, con la historia de las generaciones que nos precedieron, de las cuáles nos llegan valores, creencias, narrativas modos de ser imaginados, que nos otorgan un sentido de nosotros mismos.

Así, a través de la familia se reproducen muchos conceptos de generaciones anteriores, pero al mismo tiempo se incluyen nuevos conceptos matizados por el entorno en el cual nos encontramos, proporcionándole nuevas características que las hacen diferentes según su espacio o territorio, país o nación. La familia, en sí, no se constituye fuera de relaciones sociales, conflictos e interacciones entre las clases.

Desde una perspectiva más bien descriptiva la familia se define como una estructura y como lugar posible de la génesis e impulso de la matriz cultural misma, “organizadora de la lógica total de los comportamientos y actitudes, relaciones e

identidades a los que dota de sentido desde su función paradigmática social” (Hurtado, 1994). Sin embargo no cabe duda de que la familia es, particularmente en el caso de sociedades con fuerte tradición católica, como las de Andes, uno de los ejes fundamentales en la producción y formación de lo social. Sus prácticas cotidianas, y los discursos, sistemas clasificatorios, reglamentaciones ligados a ellas, generan la lógica que dinamiza los comportamientos y difunde los sentidos a la vida social. En términos más sociológicos podríamos decir que la familia constituye un espacio privilegiado en la formación y reproducción de *habitus*.

Cuando hablamos de familia, en el caso de Quito, no nos referimos a su definición actual como familias nucleares, sino que las familias de la época que nos concierne, todavía ampliadas, aunque no del mismo modo como en el campo o en las ciudades de provincia. Aparte de los factores legales para entender su constitución, presentaban otros elementos como la proximidad física o vecindad e incluso la afinidad social, lo que nos genera imágenes más complejas de familias ligadas por parentescos no sanguíneos, relacionados a lazos de amistad, vecindad, compadrazgo, trabajo, etc. Por tanto al hablar de familias estaremos hablando de redes de relaciones sociales que se configuran y se mantienen a partir del uso de varios signos de identidad colectiva compartida. Esto tampoco se limita a aquellos que comparten el techo y la mesa, como podría considerarse dentro de las definiciones estadísticas de la época⁷³, sino que se amplía a las relaciones sociales y económicas de parentesco, vecindad y amistad que ponen en movimiento lazos de solidaridad y dependencia; es decir que el concepto y la práctica de la familia no puede quedar reducida a una sola tipología.

Como elemento esencial se hace imprescindible añadir el concepto de capital social y cultural, que se refiere a las relaciones que se forjan dentro de una organización social, las cuáles conforman redes de compromiso, normas de reciprocidad y confianza social necesarias para facilitar acciones en busca de un beneficio común a la cual se agregan una cantidad de recursos reales o potenciales conformando una red duradera de relaciones mediadas por estructuras sociales específicas (familia, amigos, vecinos, y conocidos); este concepto permite determinar las características óptimas que posee un

⁷³ Para el primer Censo Nacional realizado en 1950, la unidad de medición aparte de los individuos eran las familias censales, entendidas por aquellos individuos que vivían bajo el mismo techo y compartían la comida.

grupo social en función de organizarse y formar parte activa en el proceso de definición de una política social asertiva.

En la definición de capital social, Pierre Bourdieu (1983) lo considera como un recurso individual que se deduce de las relaciones sociales con otros individuos. El término indica el conjunto de recursos actuales y potenciales conectados a una red social. Al contrario del capital humano, el capital social no se refiere a las personas, sino a las relaciones entre ellos, que son la base de esta forma del capital que es una fuente importante del estatus social y del bienestar subjetivo.

Para Bourdieu (ibíd.), el capital social sería el agregado de los recursos actuales o potenciales de que se dispone por pertenecer a un grupo, por la red social más o menos institucionalizada de la que se forma parte⁷⁴ (p.e. miembros de un club con rígidas normas de acceso). Su volumen dependerá del tamaño de la red de conexiones que pueda movilizar y del volumen de las otras formas de capital que ese grupo posea (económico, cultural, político, etc.). Por tanto, el capital social no es totalmente independiente de otras formas de capital, aunque sí es irreductible a ellas. El acceso de nuevos miembros a la red puede alterar completamente su constitución⁷⁵. Por esto constantemente han surgido mecanismos que garantizan la homogeneidad de contactos sociales, como por ejemplo, mandar a los hijos a determinada escuela, asistir a determinados espectáculos, pasar las vacaciones y ratos de ocio en un determinado lugar, de manera que los contactos más probables sean con personas de una posición social equivalente. En otros casos, particularmente en América Latina, el capital social se constituye dentro de una red de relaciones asimétricas.

Para el caso que nos compete, las familias representaban verdaderos formadores y articuladores de capital social, las familias eran conocidas a nivel de los barrios y de la misma ciudad. Pertenecer a una “buena familia” te permitía acceder a redes sociales importantes para asegurar un futuro prometedor.

Por lo general las familias de la época se regían, al igual que los individuos, por la norma de la “decencia” y el respeto. Las familias “honorables” eran conocidas en los

⁷⁴ Se considera a la nobleza (en épocas premodernas) como la forma más institucionalizada de capital social.

⁷⁵ Como ocurre en barrios WASP (blancos, anglosajones y protestantes) en EE.UU., cuando pasado cierto umbral de inmigrantes, que “contaminan” el capital social del vecindario, los WASP, ante esta devaluación se marchan.

distintos barrios e incluso a nivel de la ciudad. “Si se conocían bastante los vecinos, los grupos de familias, la familia Espín, los Reinoso, la familia Rivera, los Estévez, entre las buenas familias de los barrios [San Roque y la Libertad] había comunicación, habían comités barriales, para las fiestas de Quito, carnavales” (PE, 2010, entrevista). Pertenecer a una familia honorable, se refería fundamentalmente a tener un apellido honorable, que no tenga raíces indígenas, que sea un apellido compuesto (de la Torre, del Castillo, del Campo) o que sea un apellido extranjero.

Yo viví en San Roque hasta el año 82, yo viví el traslado del mercado de abajo hacia el Central Técnico [en el año 81], antes era bien limpio y mantenido, las calles Ambato y Loja habían casas en que vivían buenas familias de clase media, y el mercado era abajo [en la Rocafuerte] y no era tan sucio, pero cuando pasó el mercado todas las casas de alrededor vendieron y comenzaron a haber ladrones, ya no me convenía que mis hijas estén ahí, incluso cuando había el penal no era tan dañado, pero después comenzaron a arrendar cuartos a los indígenas que eran parientes de los presos y fue desmejorando. Cuando subías por la calle Rocafuerte, era tranquilo había ahí la Fábrica de los jeans Imán, que era de la familia Contag, ellos eran gringos, oye bien “gringos”, había gente de medio alcurnia en ese barrio. Creo que salió esa gente por el año 70. Cuando subió el mercado de poco a poco el barrio se fue dañando. También en la Rocafuerte había el jardín Ana Paredes de Alfaro, mis dos hijas estuvieron ahí, había una casa en donde vendían unos ricos chifles, y unos cuadrados de miel de abeja, en un papel te ponían la miel de abeja, habían las colaciones en la Bolívar, el Macizo, también habían unas casas en la Bolívar, habían buenas familias, familias conocidas y de apellido decente, también había la cantera, la gente trabajaba (MV, 2011, entrevista).

En esta entrevista se puede ver cómo se exalta la situación de “medio alcurnia” de la familia Contag y cómo se recalca su procedencia extranjera, esto le otorgaba prestigio al barrio de San Roque y por añadidura a la gente que vivía allí. Pero al mismo tiempo podemos ver cómo se asocia a los indígenas con las cosas negativas del barrio. En primer lugar al hablar del mercado, al que siempre se lo relaciona con presencia indígena, pese a que la gran parte de los trabajadores del mercado eran mestizos de sectores populares. La imagen del mercado como espacio de lo indígena representa lo sucio, lo desordenado, lo peligroso, aquello que degenera el espacio. Así también al hacer referencia al ex Penal García Moreno y al hecho de que al haber presos indígenas, sus parientes, también indígenas, fueron al barrio y lo dañaron. Estas referencias a la presencia indígena como causante del deterioro del barrio nos demuestran cómo el ser

decente, o más bien el pertenecer a una familia decente pasaba necesariamente por estar alejado de lo indígena.

(...) nosotros vivimos inicialmente en la Tola Alta, cerca del Canal Seis, un barrio bastante residencial, y bonito, con pura familia de abolengo, vivía ahí la familia Arboleda, el dueño de la Radio Tarqui, el tenía casa hermosa que tenía piscina, y seguías bajando hacia el centro y te topabas con casas más coloniales, antiguas, y vivía gente más popular por ahí, más tradicional me acuerdo Margarita Arboleda era amiga de un montón de artistas, del Guillermo Rodríguez, Eduardo Zurita, iban a su casa, había también una familia Herdoiza que eran constructores, era un barrio pelucón en ese sentido y venia la gente de abajo para las fiestas y no había problema, había mucho respeto”. (CO, 2012, entrevista)

Yo viví en el Barrio San Sebastián, cerca la Plaza de Santo Domingo, en la calle Maldonado, en la casa en donde era la papelería Chávez, nosotros ocupábamos todo el segundo piso, era una casa muy grande y bonita, y yo pase mi niñez y juventud ahí, y salí casada de esa casa. Estudiábamos en La Providencia desde la primaria, hacíamos el recorrido desde la Maldonado al Colegio que serían unas diez o doce cuadras y siempre íbamos a pie (...), en sí el barrio era muy tranquilo, nosotros católicas, siempre íbamos a la Iglesia de San Sebastián, ahí era Párroco el Padre Albuja, un padre muy serio, y hasta ahora vive, es Obispo y sigue en San Sebastián, estábamos con mis hermanas, mis primas, en ese barrio y veíamos que la gente era educada, nos conocíamos, al lado nuestro vivía la familia Montufar, la familia Dávila, la familia Naranjo, y siempre estábamos unidos, y cuando había una reunión siempre estábamos ahí todos, te digo que la Ronda está muy cerca, es un barrio muy histórico, los vecinos siempre estuvieron pendientes el uno del otro (EV, 2012, entrevista)

Como vemos, constantemente se vincula la pertenencia a una familia de apellido blanco-mestizo con la decencia y el pertenecer a un barrio con gente de sectores medios o medios altos garantizaba el buen nombre del sector. Aunque resulta interesante que la gente que vivió en estos barrios no pertenecía exclusivamente a estos grupos sociales, sino que, como ya se ha mencionado, los barrios populares albergaban a una multiplicidad de habitantes de todas las condiciones sociales, sin embargo constantemente estos grupos son invisibilizados en las narraciones y esto demarca la frontera con estos grupos. Otra paradoja que plantean estas memorias es que barrios como la Tola, considerados decentes por los sectores medios eran vistos como populares y peligrosos por las élites quiteñas.

Notas del Diario de Campo de MAE 20 de septiembre de 2012

Luego de la conversación de hoy con EV, durante el café de la tarde ella se puso a recordar a los habitantes de San Sebastián, aparte de los que mencionó en la entrevista grabada. Habló de muchas personas que vivían en el barrio, muchos de ellos pertenecientes a sectores populares, caracterizados como “gente del pueblo” por la entrevistada y ella hacía referencia a la variedad de experiencias compartidas que se producían entre la gente “decente” y la “gente del pueblo”, fiestas del barrio y prácticas de solidaridad como el intercambiar comida en época de Semana Santa o por “Difuntos”, sin embargo ella recalca que las hijas e hijos de familias “decentes” no compartían con los vástagos de la “gente del pueblo”, no se llevaban en la cotidianidad. Las relaciones eran extracotidianas y solamente entre los “mayores”.

A lo largo de esta investigación hemos observado que los barrios populares eran espacios de mixtura entre diferentes poblaciones que compartían espacios y prácticas comunes, sin embargo en la mayoría de las narraciones hay la referencia e unos orígenes relacionados con la decencia. Como ya lo mencionó un entrevistado todo el tiempo la gente se iba renovando, saliendo y entrando de los barrios y aunque siempre la gente que se iba era “mejor” de la que llegaba, al final terminaban integrados a la vida cotidiana. Los entrevistados sin excepción hablan del paulatino deterioro que iban sufriendo sus vecindarios mientras ellos construían su vida, disfrutaban de sus amigos y trabajaban construyendo una rutina:

(...) una secuencia regular, una *performance* más o menos mecánica de ciertos actos u obligaciones. Las rutinas familiares (ir al trabajo, mandar a los hijos a la escuela, preparar la comida, poner los niños a dormir) tienen un efecto ordenador: orientan y estimulan acción. Tienen también un efecto reconfortante. Podemos contar con ellas (y con las interacciones que éstas implican) para navegar en momentos difíciles e inciertos: encontramos seguridad en lo que nos es familiar, en aquello a lo que nos podemos aferrar. Las rutinas, además, nos permiten eliminar (o, al menos, no pensar sobre) aquello que no nos es placentero. Las rutinas nos proveen de una ruta, un “universo objetivo de indicaciones y estímulos” (Bourdieu, 2000: 222) que cimienta nuestra existencia (Auyero y Swistun, 2008: 126-127).

En estos espacios de vida cotidiana y vida familiar donde se construía la identidad de los sujetos, además del capital social, era necesario ser poseedores de un capital simbólico definido como “la forma que toman los distintos tipos de capital en tanto que percibidos y reconocidos como legítimos” (Bourdieu, 1987: 4) y como “la forma que adquiere cualquier tipo de capital cuando es percibido a través de unas categorías de percepción que son fruto de la incorporación de las divisiones o de las oposiciones

inscritas en la estructura de la distribución de esta especie de capital” (Bourdieu, 1994: 108).

Este capital opera según la lógica de la distinción y la diferenciación, pues normalmente está vinculado a la persona o a la posición social. No puede circular (comprar y venderse como cualquier mercancía), aunque proporciona cierto valor a las personas que se relacionan con su poseedor, como ocurre cuando se es amigo, allegado e incluso subordinado de una persona con prestigio. Es la forma que adoptan el resto de especies de capital (económico, social, cultural, político, etc.) cuando su posesión es percibida como “natural”, es decir como parte constitutiva de los agentes. Respecto al tema de esta investigación, el capital simbólico incluía “el prestigio, la ascendencia y las relaciones de parentesco familiar o espiritual, la pertenencia a una corporación o a una asociación, el ‘buen nombre’, la ‘buena conducta de los hombres’, y la ‘virtud de las mujeres’” (Garrido, 1998: 14-17).

El capital social o el simbólico son fundamentales como explicación de las prácticas sociales. La maximización del capital es el motivo que explica las prácticas de los actores. Una vez que valoran una especie de capital, o determinada combinación de estos, debido a la predisposición de su *habitus*, todas sus estrategias, todas sus prácticas, deben ser interpretadas como movidas por la aspiración de acumulación de ese capital, de incrementar su valor ganando legitimidad, mantenerlo y reproducirlo. El hecho de que toda práctica sea interesada -aunque no se revele así al actor- según unos esquemas de percepción y valoración producidos por condicionamientos de existencia o *habitus*, aunque no de forma consciente, es el elemento que las unifica, que les da coherencia.

La familia tal como estaba constituida hasta avanzado el siglo XX velaba por la formación de los sujetos, como seres “educados” y poseedores de una serie de características sociales y morales que los dotaría de capital social y simbólico. La familia buscaba que sus miembros respondan al medio del que provenían, por tanto que mantengan una serie de prácticas y comportamientos acorde a su estatus social. Al mismo tiempo, la familia, había hecho del ascenso social un valor.

Para esto resultaba fundamental la “buena educación” y dentro de esta la vigilancia de los adultos hacia los menores con el fin de producir una serie de conductas adecuadas vinculadas a la sumisión y al respeto de la autoridad, esta vigilancia tiene un doble efecto: por un lado controla e impide; por otro, actúa como soporte de las

acciones de los hijos incluso más allá de la presencia de los padres. La mirada del padre produce y es omnipotente, capaz de control en la cercanía y en la distancia.

La niñez debe ser imbuida de formas de comportamiento que harán de cada uno de ellos personas bien educadas en relación a diferentes ámbitos relacionados con el sector social al que pertenecían o al que aspiraban a pertenecer como los modales en la mesa, de la forma de hablar (sin arrastrar las palabras⁷⁶), un vocabulario fluido e incluso la estilización de la figura y con rasgos de carácter que también eran asociados con la posición social, como la gallardía y el valor en los hombres, la modestia y la abnegación en las mujeres.

La estrategia disciplinaria, por tanto, buscaba el control del cuerpo infantil a través de las reglas de civilidad, todos los comportamientos de los menores son reglados pero no sólo en su visibilidad: las actitudes, la buena voluntad, el buen tono y la docilidad son valores que se busca cultivar en los niños.

Notas del Diario de Campo de MAE 12 de marzo de 2012

LE recuerda cómo era la vida cuando era pequeño. El nació y creció en el barrio de la Tola en la década del 50 y como él dice eran de los “últimos quiteños de cepa” que quedaba en el sector. Accedió a conversar sobre su vida y su familia pero no se sentía cómodo con la grabación por lo que, a través de algunas notas en este diario, se recogieron partes de su historia. Él recuerda principalmente cómo eran las reuniones alrededor de la mesa a diario, durante las comidas. Lo primero que llegó a su memoria es lo estricto que era su padre. Cuando él se acercaba a la mesa LE y sus hermanos debían ponerse de pie hasta que su padre se sentara, después de eso nadie podía emitir un solo sonido en la mesa, porque su padre tenía una larga vara con la que los castigaba si se reían o conversaban durante la comida, también los reprendía si hacían ruido al comer, si masticaban con la boca abierta, si hacían sonar la cuchara en el plato de la sopa, si no comían todo lo que se servía en el plato o si comían muy rápido o en su defecto, muy lento. LE tiene la imagen de una constante tortura a la hora de la comida, donde todo se desarrollaba en el más completo silencio. Su padre alegaba que las mesas de los reyes eran así, por esto ellos debían buscar parecerse a los grandes señores observando todos los buenos modales propios de la realeza.

Notas del Diario de Campo de MAE 14 de marzo de 2012

LuE se puso a hablar de la forma cómo funcionaba la disciplina en su casa, especialmente con lo referente a la buena conducta de él y sus hermanos cuando eran pequeños. Tenía él 8 años, sus hermanos mayores 10 y 12 respectivamente y sus hermanas menores 6 y 2.

⁷⁶ Arrastrar quiere decir duplicar los sonidos de las consonantes como la s o la r. Esta característica en el habla se asocia con los habitantes de la Sierra, generalmente campesinos o indígenas.

Cuando salían a hacer una visita, todo era un ritual, el vestirse de forma apropiada, siempre con los mejores trajes (generalmente lo que usaban los domingos para asistir a misa), peinados y pulcros. Antes de salir su madre les advertía que debían portarse bien, no hacer bulla, no interrumpir a los mayores, quedarse quietos en sus asientos sin mover un solo músculo, decir no gracias si la anfitriona les pregunta si quieren algo, pero en caso de que sin preguntárselos les ofreciera algo, debían agradecer y tomar solamente uno ejemplar de aquello que les ofrecieran. LuE dice que ellos estaban bien aleccionados sobre el buen comportamiento. Recuerda que su padre siempre golpeaba en la cabeza a su hermano mayor porque él solía hablar mucho y cuando hablaba tendía a arrastrar la r y la s como buen serrano, lo que su padre detestaba y al golpearlo le decía: “usted no es longo, carajo, no hable así, parece que fuera indio y no gente decente”.

Existe relación entre posiciones en el espacio social y estilos de vida, es decir ciertas posiciones en la estructura social generan cierto tipo de prácticas y no otras. Para explicar la relación entre estilos de vida y posición social debemos considerar que los agentes desarrollan estrategias que intentan o bien imponer como criterio de valoración la especie de capital en la que son dominantes o bien aceptar los principios establecidos de valoración, para adaptarlos o modificarlos paulatinamente, aunque también, y ese es el caso de nuestro estudio, grupos sociales mantienen prácticas que no corresponden a su posición en la estructura social y muchas de estas prácticas son ocultadas y no se habla de ellas libremente como se hablan de otras que ya vimos con anterioridad. Estas prácticas involucran no solamente al agente social, sino al grupo íntimo del cual es parte, esto es su familia.

Los hijos ilegítimos

Varias investigaciones han trabajado el tema de los hijos ilegítimos dentro de la familia como fuentes de deshonor y vergüenza (Milanich, 2013; Prada Merchán, 2012; Tascón Bejarano, 2008; Garrido, 1998; Ruggiero, 1992). El honor de una mujer dependía de su “honradez” y “decencia”, como ya lo vimos en capítulos anteriores, que se relacionaba con el recato y la continencia sexual. Un nacimiento ilegítimo, por tanto, implicaba una indignidad para la mujer y su familia.

Actitudes hacia la ilegitimidad estaban también relacionadas con distinciones sobre raza y etnia. En la época colonial la limpieza de sangre se relacionaba con la mezcla de razas y culturas. El tener “limpieza de sangre” era importante al momento de

las clasificaciones sociales que otorgaban prestigio a unos y que manchaba el pasado de otros. Tener sangre “pura” implicaba que el propio linaje estaba libre de “contaminación” (Milanich, 2013), en el caso del Ecuador esto implicaba no cruzarse con indígenas y en el caso de las élites con cholos o longos.

Esto se mantuvo vigente por mucho tiempo, y se puede asegurar que para inicios del siglo XX los miembros de un linaje debían poseer ciertas cualidades sociales, étnicas y raciales, una determinada renta y un estatus de nacimiento distinguido que aseguraran la posición social. Todo esto generaba tensiones e incluso sufrimientos. El conocimiento y habilidad para probar los antecedentes propios, eran, por lo tanto, fundamentales, como ya lo mencionó un entrevistado en capítulos anteriores: tenías que tener historia que dé “lustre” a tu apellido. En suma, al menos en el discurso, la ilegitimidad estaba relacionada con licencia sexual, mezcla racial, orígenes inciertos y por extensión, una falta de honor personal (Ruggiero, 1992)⁷⁷.

El trabajo de Kristin Ruggiero, se refiere a los casos de infanticidio registrados en Buenos Aires a finales del siglo XIX. La autora dice que de acuerdo con la ley argentina, el infanticidio era el asesinato, ya sea por negligencia o por violencia, de un niño a manos de su madre “a los fines de esconder su deshonor (...). El código penal de 1887, que reemplazó las penas prefijadas por un rango de penas según el crimen, dio a los jueces la necesaria flexibilidad para tener más en cuenta en sus deliberaciones el

⁷⁷ Milanich analiza cómo en la época colonial el derecho reflejaba las actitudes sociales de rechazo a la ilegitimidad de los hijos,

(...) tanto el Derecho Canónico como el Civil discriminaban en el período colonial a los niños nacidos fuera del matrimonio. Los ilegítimos no podían ser ordenados curas o asumir cargos en la burocracia real o en el gobierno municipal. Tenían derechos limitados a la herencia de sus progenitores. Sin el permiso expreso de sus padres no podían llevar el apellido de la familia ni su escudo, ni recibir herencias o legados familiares. Las normas también restringían el acceso que tenían personas de filiación ilegítima a trabajadores indígenas en un período en que el trabajo indígena era un prerrequisito crucial para el éxito económico.

A las personas de filiación ilegítima también se les prohibía ejercer las profesiones liberales (por ejemplo, no podían ser médicos o abogados) y hasta 1784, les estaba prohibido ser comerciantes o artesanos. Muchas de estas regulaciones fueron eliminadas o se tornaron obsoletas a fines del período colonial, pero las leyes civiles promulgadas en las nuevas naciones independientes del siglo diecinueve tendieron a reafirmar la discriminación en contra de las personas de filiación ilegítima.

La ley distinguía entre distintos tipos de ilegitimidad, sugiriendo que la filiación podía ser vista como una continuidad de posibles estatus de nacimiento más que como una dicotomía clara entre legítimos e ilegítimos. Los hijos de padres solteros que técnicamente tenían la posibilidad de casarse -los llamados *hijos naturales*-, disfrutaban de una posición social más alta que los *adulterinos*, hijos de uniones adúlteras en que uno de los padres estaba casado con otra persona o que los *espurios*, hijos de curas (2013: 226).

honor, la vergüenza y el sentimiento materno en los casos de infanticidio” (1992: 1), estableciendo así que los motivos comunes para el infanticidio se relacionaban con el hecho de que eran mujeres solteras las que asesinaban a sus hijos sin padres. La autora menciona que “entre las mujeres acusadas en estos casos hubo siete inmigrantes europeas recién llegadas y tres así llamadas indígenas del interior. Interesa saber que 22 de los 25 casos reportados involucraron a sirvientas, la mayoría de las cuales eran solteras y de entre 15 y 25 años” (Ibíd.:2). Las acusadas por estos casos eran, por tanto, mujeres de sectores populares desprovistas de lazos sociales seguramente porque las familias de mujeres de grupos medios o altos mantenían en secreto hechos como estos y no necesariamente se recurría al infanticidio para solucionar este tipo de “inconvenientes”. Igualmente existía una amplia capa de mujeres populares que resolvía el problema de los hijos ilegítimos dentro de redes sociales.

Notas del Diario de Campo de MAE 10 de octubre del 2012

En la conversación con CO después de la entrevista grabada, le pregunté sobre la cuestión de los hijos ilegítimos en las familias para la época de mi interés. Ella se refirió a que en todas las familias había estos casos, pero eran “secretos a voces”, todo el mundo sabía de los rumores, pero nadie confirmaba o negaba nada abiertamente y tampoco se podía hablar de ello. Sin embargo me dijo que en su familia nunca hubo un caso de estos, conocía casos de otras familias cercanas o familiares lejanos de su padre, donde sí se hablaba de hijos ilegítimos, pero en su familia cercana *jamás* (énfasis de la entrevistada). CO empieza a relatarme los casos de los que conocía, diciendo que habían mujeres de buenas familias que no mantenían el “recato y la decencia” (referencia textual) y manchaban el apellido de sus familias al quedar embarazadas fuera del matrimonio. Esto generaba que la familia entera se viera implicada y trataran de cubrir el hecho. Si el causante del embarazo era un muchacho conocido, perteneciente a una “familia respetable”, generalmente se los “hacía casar” (referencia textual) ocultando el hecho de que la muchacha estaba ya embarazada. Otras familias enviaban a sus hijas a otro lado mientras pasaban el tiempo del embarazo y el parto, generalmente las mandaban fuera de la ciudad, al campo donde tenían propiedades o donde tenían familiares o conocidos de confianza. Otras familias, las más acomodadas mandaban a sus hijas al extranjero. Las muchachas pasaban por lo menos 1 año fuera y regresaban como si nada hubiera pasado a continuar su vida de forma normal, aunque sus familias podían ejercer más control y vigilancia sobre ellas. Lo que sucedía con los niños es que los regalaban en el campo o los dejaban en alguna institución (Iglesia, orfanatos, etc.), perdiendo todo contacto con sus padres biológicos.

En el caso de los hombres, en cambio, la situación era distinta ya que no eran ellos los que debían llevar a costas la evidencia del embarazo y de la deshonra. Por tanto para los muchachos de sectores medios lo que sucedía como consecuencia de un embarazo fuera del matrimonio

era que los obligaran a casarse con la chica embarazada o que se desentendieran totalmente del asunto, cosa que, según la entrevistada, pasaba a menudo. En ese caso y ya pasado el tiempo podía aparecer algún niño o adolescente reclamando el apellido del padre, ante la sorpresa de las familias oficiales y legales quienes generalmente desconocían los antecedentes de sus hombres.

La “vergüenza” es aquello que hace a una persona sensible a la presión ejercida por los demás. La desvergüenza, en cambio, es deshonrosa, una persona que no tiene buena reputación es un/a “sinvergüenza”. Tener una conducta sexual relajada, por ejemplo, en el caso de la mujer significaba perder la “vergüenza”, mientras que el hombre no perdía su honor por este comportamiento (Pitt- Rivers, 1997).

Notas del Diario de Campo de MAE 1 de abril del 2012

En varias ocasiones XE me ha contado cómo fue el periodo en el que quedó embarazada de su primer hijo, sin estar casada con su esposo. Ella recuerda que su madre, cuando descubrió que estaba embarazada, le propuso una posible solución para el “inconveniente” que era irse a Estados Unidos donde sus parientes y tener un aborto, a lo que XE se negó. Ella tenía 20 años en esa época y era el año de 1974.

Por otro lado Milanich analiza que para el siglo XX lo que había sido un problema legal, se convirtió en un problema de salud pública.

Los empleados públicos y un naciente cuerpo de médicos comenzaron a tomar interés en la ilegitimidad porque se creía que los niños nacidos fuera del matrimonio sufrían inusuales tasas de mortalidad. Las conclusiones del doctor ecuatoriano Antonio J. Bastidas⁷⁸ en su estudio “La ilegitimidad, factor de letalidad infantil” eran típicas: los niños ilegítimos tenían una tasa que era el doble de la que sufrían sus contemporáneos legítimos. Y un abogado argentino declaró que “todos los problemas de la infancia se agudizan en el caso del hijo ilegítimo; él es el que abulta las cifras de la mortalidad infantil;...él es el que, aglomerándose en los asilos, recoge y transmite las infecciones que diezman sus poblaciones”⁷⁹. Por lo tanto, una preocupación moral tradicional hacia los nacimientos fuera del matrimonio fue asimilada hacia una nueva visión global positivista y la ilegitimidad comenzó a ser vista como un problema de salud pública y una crisis social (p. 230).

⁷⁸ Pinho Wenderley, *História de un engenho do Recôncavo*, 2ª edición, Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1982, pgs. 179-180. Cita original en inglés. N. de la T.

⁷⁹ Nelson Ernesto, *El problema de la ilegitimidad en Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia I*, 1927, pg. 221.

La ilegitimidad tenía una fuerte carga negativa. Milanich enfatiza cómo en los discursos positivistas del siglo XX, se asociaba con delincuencia, crimen, enfermedades y sobre todo mortalidad infantil, e incluso los porcentajes de ilegitimidad eran vistos como indicadores del ranking de un país “en una escala imaginaria de civilización” (Ibíd.).

Los países más civilizados de la Europa cuentan con más del 90 por ciento de su legitimidad natal y muestran a la humanidad que la familia legalmente constituida es la base de la moral y del progreso de los pueblos (...). Por el contrario, donde reina la ilegitimidad, los pueblos se encuentran por su organización y por sus costumbres más cercanos al estado primitivo...y el atraso en todo orden [reinan] en ellos⁸⁰ (Ibíd.).

Esta afirmación ligada a concepciones evolucionistas que definían lo civilizado como parte de un orden moral católico ocurrió bajo determinadas circunstancias históricas, donde la ilegitimidad representaba una categoría culturalmente significativa, la moral familiar era percibida como fundamental para el orden social y la filiación era entendida como integral para la existencia misma de la familia. Sin embargo al interior de los sectores medios existen numerosas historias de hijos ilegítimos, que en la práctica eran acogidos.

La familia campesina e indígena.

Para la época que nos interesa los sectores altos y medios altos se apropiaron del concepto de “decencia”, “honor”, “buena familia”, etc. que suponía la “limpieza de sangre” o la noble procedencia (y en general el desprecio por el trabajo manual). Por otro lado estos conceptos eran alcanzables para quienes no tenían una ascendencia noble y se relacionaban con los méritos personales cultivados en la vida cotidiana, como el cumplimiento de los deberes civiles y religiosos, el buen trato a los vecinos, un sustento honrado, una buena educación y en el caso de las mujeres en particular, una conducta sexual “decente” y en su mayoría una postura sumisa de obediencia, apoyo y aceptación en las relaciones domésticas con los esposos, padres y hermanos. De ese modo se hacía compatible una serie de atributos propios de los estratos altos en condiciones en las que la economía no era necesariamente boyante, las condiciones de habitabilidad eran cercanas a las de los sectores populares urbanos y lo mismo se podía trabajar en asuntos manuales que en intelectuales. Algo que fue realmente importante para estos sectores

⁸⁰ Rubio Santiago, Cámara de Diputados de Chile, 2ª Sesión Ordinaria 28 de Mayo de 1928.

era separarse de un pasado indígena o campesino, más o menos remoto, que pudiera avergonzarlos, y que se hacía evidente en fenotipos racializados como el color de la piel, de ahí la importancia de los apellidos, .

Para la mayoría de los sectores populares, que no tenían un lugar muy valorado en la sociedad por su pasado reciente o lejano de relación con lo indígena o lo campesino, el reconocimiento de su “decencia” lo lograban a través de negociaciones en su vida cotidiana como la creación y mantenimiento de redes sociales que les permitían una cierta movilidad, pero también la honra en el trabajo y en la vida cotidiana y para las mujeres el mantener una reputación.

La vinculación de los sectores medios con ancestros indígenas o trabajadores manuales particularmente los relacionados con la tierra suponía una vergüenza que debía ser ocultada. Varias familias tenían entre sus círculos familiares cercanos o ampliados algún pariente de estas características que era ignorado o repudiado por sus familiares mestizos urbanos.

Notas del Diario de Campo de MAE 9 de marzo del 2012

Mi madre proviene de una familia mezclada, por un lado mi abuelo era una persona de una familia de clase media, lo que en su época se habría llamado una “buena familia”, mientras mi abuela provenía de sectores populares.

Mi madre recuerda siempre que mi abuelo renegaba de la familia de mi abuela por su condición “tan popular” y alguna vez discutieron porque mi madre le reclamó y le dijo que él escogió con quien casarse.

Eloisa Salazar, la hermana de mi abuelita me relató su vida, especialmente su infancia, llena de carencias y de trabajo duro. Actualmente tiene 89 años, ella vive en la Loma de Puengasí, en su casa propia que logró comprarse después de muchos años de labor incansable. Es viuda desde hace 20 años, tiene 10 hijos y 25 nietos a todos los que ayuda para que puedan mantenerse.

Yo nací el 25 de Junio 1924, vivíamos en el Cebollar, yo me eduque donde las Madres Oblatas y luego a la escuela Patria, a mí me gustaba el Inglés, taquigrafía y mecanografía, no pude seguir estudiando no le alcanzaba a mi papá, eran 5 hijos más. Mis hermanos solo estudiaron la primaria, la Chavi, la Rosita... la Marti [la hermana menor] creo llegó al Simón Bolívar; el Lucho y el Vicente para contadores, en un colegio, por el Seguro⁸¹, el nombre no me acuerdo. También estudiaron ahí la Rosita y la Chavi, solo la primaria hasta cuando se casaron. A veces la vida es como una novela.

⁸¹ Se refiere a la Caja del Seguro Social ubicado en la Av. 10 de Agosto y Bogotá.

Mi papá era cartero, repartía correo, yo me acuerdo que me iba con papá ayudándole con un carril chiquito, fue jefe de carteros en la Benalcazar, Quito era tan chiquito (...) era muy pequeño, había poca gente, (...) yo empecé a trabajar a los 13 años donde la señora Alegría Hernández, en toda la esquina de San Francisco, ahí trabajé, luego me pasé a donde don Luis Guerrón, que era en el convento de los padres de la compañía, después cuando el alzó el negocio, me fui a donde la señorita Angélica Rivadeneira, en la Bolívar, ahí trabajé hasta jubilarme, pero seguí trabajando 11 años más.

Tu abuelita [Rosa] era desde guaguüita como un trompito, muy inquieta, no paraba, ya llegaba de la escuela, mi mamita me decía “ya Eloisita tiende las camas, ya te voy a dar pancito”, a mí me gustaba el chapito, a la Rosita para hacer las cosas teníamos que amarrarle a una silla, mamita me decía que yo en cambio era peleona, a veces nos trompeábamos con las compañeras, en la Alameda,

Me acuerdo, que yo no era buena para la escuela, es que yo cuidaba a mis hermanos, eran dos jornadas, salíamos a las 4, llegábamos a la casa; mi mama aprendía costura, donde la señora Inés Estrella por San Blas, en donde es la parada del Banco Central⁸², entonces yo no tenía tiempo ni de estudiar, había que hacer la merienda (aprendí a cocinar desde guaguüita), ¿a qué hora iba a estudiar?, solo cabeceando... pero termine la primaria.

Yo cumplí 16 años fue cuando mamita dio a luz a la Marti, y don Betancourt, hermano de la señora Alegría, entonces fue llevando una de compras y nosotros no teníamos posibilidades, vivíamos todavía en el Cebollar. Y este señor molestaba que quería ayudar, y yo le dije a mi mamá que él me daba miedo, entonces ahí mamita dijo, yo salgo a trabajar, salte del trabajo y te quedas cuidando a los hermanos, ahí me quede en la casa.

Mamita en cambio tenía muchas hemorragias, ella trabajaba, ella era muy buena haciendo banquetes. Ella también aprendió a hacer pantalones de hombre, en gabardina, ella también en todo trabajo, bien trabajadora la viejita, hacía también rombos de chocolate, hacía en unas tablas grandes, una vez me manda a cobrar 5 sucres, me pagaron en un papel periódico, y por subirme a las barandas de la alameda se me cae el billete, vivíamos en la Briceño, y me manda mi mama a buscar el billete. Me regrese a buscar el billete, pidiendo a todos los santos, y encontré en un hueco el billete, mi mamá era bien fregada, a mí eso me ha parecido mal, que a los hijos se les diga así.

Yo me case el 9 de Febrero de 1946, ahí me fui a vivir a la Ambato pero solo estuve tres meses y luego me fui a la Cuenca, mi mamá nos consiguió un cuarto, había desocupado un cuarto don Taco, el peluquero, ella me ayudaba en todo, les veía, llevándoles al médico, a todo. Habían cuarto y cocina, mamita tenía dos cuartos, a mí me tocó al rincón un cuarto y cocina, después ya estuvimos con dos cuartos y cocina.

Y yo siempre trabajando, mi marido trabajaba en la casa, y él les crio a mis hijos (ES, 2011, entrevista).

⁸² Ubicado en la 10 de Agosto entre Pasaje Carlos Ibarra y Santa Prisca.

La historia de la hermana de mi abuela y su familia refleja justamente su procedencia de estratos populares, con una vida donde la educación, cuando era posible, se limitaba a la formación de la escuela primaria y desde muy jóvenes los hombres y mujeres sin distinción debían empezar a trabajar. El trabajo de mi tía abuela fue de todo tipo, ella trabajó en tiendas de abarrotes, delicatessen, en sastrerías y demás. Como ella relata, trabajó toda su vida, incluso después de jubilada. Mi abuela en cambio después de casada nunca tuvo que volver a trabajar, ella se quedó en la casa cuidando de sus 5 hijas, atendiendo a su esposo y saliendo a la calle para hacer las gestiones de los bancos y las compras. Creo que mi abuela era en parte envidiada por sus otras hermanas que tuvieron que trabajar toda su vida para sobrevivir.

A más de esta parte de la familia proveniente del sector popular, el lado de mi abuelo tampoco se salvaba de tener vínculos con parientes “no respetables”.

Notas del Diario de Campo de MAE 10 de noviembre del 2012

Siempre me he preguntado por qué los parientes campesinos de mi abuelo, originarios de Checa no eran incluidos en las reuniones de familia cuando íbamos a la quinta de mi tía abuela a pasar un fin de semana. Juan y Consuelo Estévez, conocidos como Juanito y Consuelito eran primos segundos de mi abuelo Gonzalo, ellos vivían a poco más de 500 metros de distancia de la plaza central de Checa y a unos mil metros de distancia de la quinta de mi tía abuela. Cuando íbamos allá con mis tías y mi madre visitábamos a los primos campesinos de mi abuelo, caminábamos hasta su casa de techo de zinc y suelo de tierra para pasar con ellos una o dos horas hablando de su sinnúmero de cosas. Invariablemente eran muy amables con nosotros nos hacían pasar a su casa que olía a tierra y a humedad. En bancos de madera “la Consuelito” ponía unos mantelitos viejos para que nos sentáramos sin ensuciarnos y nos brindaban limonada con limones de su huerta mezclados con panela usando un palito recogido del suelo, cosa que a mis tías les repugnaba, pero igual tomaban la limonada por respeto a los anfitriones. Luego ellas les hacían un millón de preguntas sobre personas que yo no conocía, se hablaba de salud de los dos primos de mi abuelo, que para la época de mis memorias debían tener entre 80 u 85 años, y a todos nos asombraba su fortaleza y su buena condición ya que ambos aún trabajaban la tierra desde temprano hasta entrada la tarde. Llegaron a sobrepasar los 90 años gozando de asombrosa salud, “La Consuelito” murió primero y 5 o 6 años más tarde murió “el Juanito”. Se parecían mucho a mi abuelo, ni cómo negar el parentesco. Eran blancos, de ojos claros y pelo canoso. Pero a diferencia de mi abuelo, ellos vestían ropa vieja y remendada, nunca habían estudiado y se dedicaban a labrar la tierra para vivir. Nunca recuerdo que mi abuelo o alguien más de la familia hayan ido a visitarlos y por supuesto ellos jamás fueron incluidos en las reuniones de la familia en la quinta. Sus hijos heredaron su oficio, pero con el tiempo migraron a otros lugares para dedicarse a ser albañiles o a trabajar en las florícolas, con ellos nunca tuvimos

contacto. Los primos campesinos de mi abuelo eran una especie de espectáculo circense, los visitábamos por curiosidad y morbo más que por sentimientos de familiaridad con ellos. Era un acontecimiento entrar a su casa, ver la pobreza en la que vivían, verlos caminando por el suelo de tierra sin zapatos y saber que éramos parientes no muy lejanos. En la familia nunca se hablaba de ellos excepto en las ocasiones que los visitábamos, nunca se los consideró parte de la familia, nunca se tuvo una foto con ellos y cuando murieron tampoco la familia se ocupó de saber la suerte de sus hijos y nietos.

Un referente desde la Literatura ecuatoriana de situaciones donde la familia puede causar vergüenza social por sus orígenes vinculados a lo indígena es la obra *El Chulla* Romero y Flores del autor Jorge Icaza, que ya mencionamos anteriormente, donde el conflicto central de la obra se relaciona por un lado con el origen “bastardo”⁸³ del protagonista, pero por otro lado con su origen dual, proveniente del padre que fue un aristócrata venido a menos con supuestas raíces españolas, y de la madre, una indígena dedicada al servicio doméstico. Romero y Flores es el hijo de la vergüenza de *Majestad y Pobreza* –el padre- y de la sumisión de *mama Domitila* –la madre-, que representa el pasado desprestigiado y del que el protagonista huye.

Romero y Flores muchas veces en el transcurso de la novela busca actuar como su padre aristócrata:

Por ese tiempo –inspiración de *Majestad y Pobreza*- modeló su disfraz de caballero usando botainas –prenda extraída de los inviernos londinenses por algún chagra turista- para cubrir remiendos y suciedad de medias y zapatos, sombrero de doctor virado y teñido varias veces, y un terno de casimir oscuro a la última moda europea para alejarse de la cotona del indio y del poncho del cholo –milagro de remiendos, plancha y cepillo- (1958: 67, las cursivas están en el original).

La trama se desarrolla en el espacio citadino también dual, por un lado está la vida de los burócratas, situada en los espacios de las oficinas, las dependencias y los ministerios públicos. Pero por otro lado está el espacio de los pobres y miserables en los barrios que en la novela son caracterizados como marginales: el Tejar, el Aguarico, San Juan, la Recoleta, etc.

Sin embargo el origen dual del Chulla hace que su comportamiento pase de lo aristocrático a lo “receloso” y sumiso.

⁸³ Nacido fuera del matrimonio.

...¿Por qué estuve cobarde? ¿Por qué no se me ocurrió una mentira, un chiste? ¿Por qué carajo me abrieron el pecho para mirarme adentro? ¿Por qué se me amortiguó la lengua? (...)

“¡Por tu madre! Ella es la causa de tu viscoso acholamiento de siempre... De tu mirar estúpido... De tus labios temblorosos cuando gentes como yo te hurgan en tu pasado... De tus manos de gañan... De tus pómulos salientes... De tu culo verde⁸⁴... No podrás ser nunca un caballero...”, fue la respuesta de Majestad y Pobreza.

“Porque viste en ellos la furia y la mala entraña de taita Miguel. De taita Miguel cuando me hacía llorar como si fuera perro manivalí⁸⁵... Porque vos también, pájaro tierno, ratoncito perseguido, me desprecias... Mi guagua lindo con algo de diablo blanco...” surgió el grito sordo de mama Domitila (Ibíd.: 30).

El pasado manchado de Romero y Flores vuelve a su vida en cada momento, recordándole los pecados de su padre y el origen “despreciable” de su madre.

-Olvidé de presentarles a ustedes. El caballero es hijo de Miguel Romero y Flores (...). Pobre Miguel, la bebida, las deudas, la pereza y una serie de complicaciones con mujeres se unieron para arruinarle. Le encontraron muerto... Muerto en un zaguán del barrio Aguarico. Completamente alcoholizado. (...) Los amigos le perdonamos todas sus flaquezas, menos la última (...). El concubinato público con una chola. *Con una india del servicio doméstico*. ¿No es así, joven? –interrogó la informante con ironía de bofetada en el rostro (Ibíd.: 28, las cursivas son mías)

La procedencia de los sujetos, sus “manchas de origen”, pesaban fuertemente respecto de su valoración social. Así a más de un apellido (desvinculado de los sectores campesinos indígenas,) debían cuidarse las prácticas y el comportamiento de las familias, ya que esto desenmascaraba orígenes “innobles”.

Notas del Diario de Campo de MAE 10 de noviembre del 2012

Un entrevistado en una conversación al margen de la grabación recordó el caso de la familia de su tío, quien se casó con una mujer de ascendencia indígena. Desde el inicio de su matrimonio la familia de ella fue alejada de todas las reuniones familiares, los hijos de la pareja no conocían a sus parientes indígenas. Fue recién a los 15 años de matrimonio, cuando el tío del entrevistado falleció, que los hijos de la pareja y el resto de la familia del lado paterno conocieron a los parientes indígenas, cuando ellos acudieron al velorio. Sin embargo la relación entre ambos grupos familiares fue siempre de alejamiento, los comentarios se referían a que “daba vergüenza estar emparentado con ellos, porque tenían unas malas costumbres. A veces hacían fiestas de ese lado de la familia y te ponían candado en la puerta para que no puedas salir. Y te daban un montón de trago”. (MM, 2013, entrevista)

⁸⁴ Connotación peyorativa para referirse a personas indígenas.

⁸⁵ Tonto, inútil, que no vale nada.

PaE, quien nació y creció en el barrio La Libertad, perteneciente a una familia muy conocida, caracterizada como clase media, cuenta su experiencia de enamoramiento y matrimonio con G, quien a los ojos de su familia y amigos no “le convenía” ya que la madre de G era vendedora en el Mercado de San Roque y ellos eran “chagras”, provenían de Ambato de una familia de agricultores. Ella era propietaria de un puesto de frutas, con lo que logró sacar adelante a su familia de seis hijos, “dar a todos casa, comida y educación universitaria”. Sin embargo para la familia de PaE él no era una pareja digna, que respondiera a la categoría social de su hija.

Yo estudiaba francés, en el OAS, ahí le conocí al G al comienzo no le querían la jorga del J, ni el J [su hermano], le vieron todos los peros. Siempre que había fiestas yo le invitaba, ellos no querían aceptarle hasta que vieron que era chumado igual que ellos, ahí le aceptaron. Mojigato al principio, así fue durante cinco años, entre que le mandaba al cebo⁸⁶ y todo, ya se enteró mi papi del G (pero mi papá ya estaba enfermo), igual me dijo que no le agradaba, porque algún rato habían estado tomando entre ellos (porque mi papá se reunía a tomar con la jorga de mi hermano) y qué hablarían no sé, pero me decía que no le agradaba porque tomaba. Y yo le dije “pero usted mismo les invita”, y me dijo “yo soy tu papá, estos son unos mocosos, nunca llegaran lejos”, no sé qué pasó. Y yo dudaba: no le gustaba a mi papá. Después, por alguna circunstancia se enteró de la familia de él [de su madre que trabajaba en el mercado] y eso no le gusto, ahí definitivamente me dijo que no: mientras él viva no le iba a aceptar y que no quería que siga con él. Pero cuando te dicen “no” es al revés: me encapriche, y ya papá se enfermó más y se fue a San Antonio, poco después ya falleció y ese impedimento del “no” se acabó, bueno quedaba mi mamá, pero ella era menos vivida, no se opuso, me decía sí voz quieres que puedo yo hacer, pero mi papá definitivamente no quería (Entrevista, 2011).

Finalmente PaE y G se casaron y están juntos hasta ahora. Tuvieron cuatro hijos ya todos adultos profesionales y ahora tienen un nieto.

Los no decentes de las familias

Existen otros casos que también llenan de vergüenza a las familias y son una mancha en el historial de “decencia” y “buen nombre”. Mujeres que se relacionaban sentimentalmente con hombres casados o que huían de casa. Hombres dedicados a la

⁸⁶ Se peleaban como pareja.

bohemia y el alcohol. Es interesante ver como en los factores de valoración de la decencia entraban tanto factores sociales y raciales como morales.

Hemos hablado de la importancia de la “decencia” para las familias y los sujetos de sectores medios y cómo el reconocimiento social de la decencia era el “respeto” hacia estas familias y hacia estos sujetos. El tener un comportamiento decente en la sociedad, generaba que sus miembros tuvieran respeto por determinados individuos, el respeto, por tanto, puede interpretarse como la imagen que la sociedad devuelve frente a una conducta decente. Ambos elementos constituye una referencia esencial de los juicios morales de los distintos individuos con los que se realizaron entrevistas e historias de vida.

Mencionábamos más arriba como elementos importantes en el “código de la decencia” eran las reglas adecuadas a la protección de la honra frente a la sospecha de la promiscuidad sexual, especialmente respecto a las mujeres. Por ello las mujeres debían cuidar su comportamiento privado y público “la mujer de César no sólo debe ser honrada; además debe parecerlo”⁸⁷. Ya vimos cómo el embarazo por fuera del matrimonio suponía una vergüenza para la familia y una deshonra para la mujer, pero aunque no existiera un embarazo, el hecho de la promiscuidad sexual o de las relaciones sentimentales con hombres inconvenientes, suponían un peligro para el buen nombre de las mujeres y por supuesto de sus familias. Varias familias de sectores medios tienen historias relacionadas con estos casos.

Nota de campo de MAE 20 de diciembre 2012

En varias conversaciones con XE, ella recuerda la situación de su tía M. Desde muy joven M tenía una relación sentimental con un hombre casado, cuestión que no era bien vista por su familia que trataron de prohibirle estar con él, sin embargo M no lo dejó. Incluso la esposa legal buscaba a M a la salida de su trabajo o en su casa para insultarla, pero la relación continuó. Ante esto muchos parientes de M como una acción de censura dejaron de relacionarse con ella, no la incluían en las reuniones familiares ni la aceptaban en sus casas. XE recuerda que su padre incluso había prohibido hablar de ella en su familia.

Nota de campo de MAE 6 de marzo de 2012

JE habla en ocasiones de sus parientes que han sido rechazadas por la familia. Se trata de sus primas por parte de padre, quienes desde muy jóvenes han tenido una reputación censurable respecto a su comportamiento sexual promiscuo. La familia entera ha rechazado

⁸⁷ Frase célebre de Julio César, utilizada en la cotidianidad popular para referirse al comportamiento de las mujeres en los espacios públicos.

este comportamiento por años y como consecuencia de ello estas mujeres han sido apartadas de la familia, ellas no tienen cabida en las reuniones familiares y las pocas ocasiones en las que se las encuentra en algún acontecimiento social, el contacto con ellas es mínimo. Incluso ha sucedido que gente extraña que conoce a estas mujeres preguntan sobre la relación familiar con ellas y la reacción generalizada es negarlas.

Desde el punto de vista social y cultural las relaciones ilícitas, promiscuas o no, representan un símbolo de “degradación” una amenaza radical a la situación de decencia de las familias y por tanto a la devaluación del respeto social. Una de las formas de terminar con estas amenazas era separar al miembro que ponía en peligro las normas morales del círculo familiar, de esa forma se protegía al resto de integrantes de la deshonra pública. Pero resulta interesante cómo en la mayoría de conversaciones donde se habló de casos como estos, se hizo referencia específica a mujeres censuradas por este tipo de comportamiento. En el caso de los hombres no se trataba de un comportamiento reprochable, es más se esperaba que el hombre “por su naturaleza” tuviera un comportamiento más liberal respecto de su sexualidad. En todos los casos se mezclaban aspectos relacionados con el contacto corporal con elementos que tenían que ver, más bien, con el miedo a la contaminación social. Por lo general esas relaciones no se daban entre iguales y reafirmaban no solo condiciones de subordinación social sino de género. No obstante, lo que los entrevistados tienden a olvidar es que al interior de los sectores medios muchos de los “agravios a la honra” eran olvidados, y los que lo provocaron eran reincorporados dentro de la familia. Y es que las familias de los sectores medios desarrollaron y desarrollan una serie de mecanismos de auto defensa y auto comprensión dentro de los cuales juega un papel fundamental la capacidad para perdonar y para olvidar.

Los desclasados

Entendemos por desclasamiento al proceso de desidentificación, resultado de dinámicas de movilidad social descendentes o ascendentes para las personas o los grupos sociales. En este acápite nos referiremos a lo primero haciendo énfasis en el aspecto económico, y a sus manifestaciones en términos de economía simbólica. Es difícil definir en qué sentido y hasta qué punto se ha producido un desclazamiento, sin caer por eso en un análisis funcionalista. Así el descenso social habría que medirlo en términos de ausencia

o pérdida de un capital pero este no tiene que ser solamente económico, Arendt (1974) muestra como muchos judíos que habían perdido su capital económico en el siglo XIX y XX habían logrado conservar un fuerte capital cultural. Existe, además, una circulación entre estos distintos tipos de capitales.

Es una pérdida respecto a la posición, aunque muchas condiciones permanezcan intactas (por ejemplo, tener titulación universitaria, ejercer una profesión o ser propietario de un pequeño negocio). Pérdida que se patentiza en los estilos de vida, que funcionan como traducciones simbólicas de las posiciones de clase. Si, además, consideramos las trayectorias de los agentes desde la perspectiva de las trayectorias familiares (y sociales), se comprende mejor la dimensión procesual del desclasamiento, puesto que éste puede suceder respecto a la posición ocupada por los padres -es lo que los estudios de movilidad denominan “movilidad intergeneracional”-. Dentro de ciertos márgenes, se puede empobrecer, luego enriquecer, es decir, padecer variaciones en la acumulación de los capitales (afectando el volumen de capital global), sin que cambie sustancialmente la condición de clase. Incluso, aun no habiendo llegado al estado de pobreza -que las estadísticas miden por el indicador “línea de pobreza”, es decir, por un nivel de ingresos-; puede registrarse en determinados grupos sociales una tendencia al desclasamiento, como imposibilidad de una reproducción de las *posiciones* de clase (Jiménez, 2011: 2, las cursivas están en el original).

Uno de los autores clásicos a los que mencionamos en el primer capítulo y que dirigió la mirada sobre los grupos de status fue Max Weber, aunque éste los diferenciaba de la situación de clase—propriadamente económica-. Bourdieu considera el status weberiano como una dimensión de las clases sociales, en lugar de verlos como dos entidades diferentes. Así, “las diferencias propiadamente económicas aparecen reduplicadas por distinciones simbólicas [...], en el consumo simbólico, que transmuta los bienes en signos, las diferencias de hecho en distinciones significantes” (Bourdieu, 2002: 132).

Sin embargo, antes de Bourdieu, otros autores reivindicaron el papel del status en la configuración de las clases sociales, incluso en el ámbito de la sociología del trabajo. Así Lockwood en su clásico escrito sobre los oficinistas, identifica tres factores que inciden en la posición de clase: la situación de mercado, la situación de trabajo y la situación de status (Lockwood, 1962: 6). Lo interesante es que este autor se refiere a la situación de status en relación a la situación de clase, que es definida a través de las situaciones de mercado y la situación laboral, alejándose de las explicaciones del

paradigma funcionalista, para la que los estatus serían medidos en una escala jerárquica, puesta en el centro de la escena (Cachón, 1989: 132).

Giddens (1983) avizoró la creciente proletarización de las clases medias, debido a los cambios en las condiciones de estructuración de las mismas. Para este autor, las posiciones de un sector de los empleados administrativos han padecido un traslapamiento con los niveles más altos de la clase obrera. Giddens remarca la influencia de factores de larga duración, que han acortado las diferencias económicas entre ambas fracciones de clase: alfabetización universal; expansión cuantitativa del sector de cuello blanco, que redujo el factor escasez del que era beneficiario; introducción de sistemas mecánicos al trabajo administrativo; y, también, la feminización del sector terciario (Giddens, 1983: 224-225). Habría que relacionar este tipo de análisis con una determinada coyuntura en Europa y Norteamérica, distinta a la actual.

Lorenzo Cachón recurre a una metáfora para retratar la situación de los sectores medios, que se refiere a una escalera que se hunde (sugerida por Daniel Bertaux, 1999):

[...] esta escalera por la que todos ascendemos según nuestros méritos, es como una escalera mecánica que desciende; que la movilidad no tiene lugar en un espacio social fijo, sino en un campo fluido, en que se puede cambiar de condición sin haber variado de posición y, viceversa, se puede variar la posición social sin cambiar de condición (nominal) (Cachón, 1989: 514).

La estructura social, especialmente la latinoamericana puede ser caracterizada como un campo inestable caracterizado por movimientos ascendentes y descendentes que, en su mayoría, son de corta duración. Pero también por el cruce de la línea no-manual/manual, que responde en muchos casos a una restitución del estatus de los padres (que habían protagonizado, previamente, movilidad ascendente; Richardson, 1977) o a procesos de contramovilidad (Cachón, 1989: 523); también a una estructura de ocupaciones que cambia con el tiempo (Crompton, 1997: 114); y finalmente a procesos de movilidad social que no se reducen a movilidad ocupacional (Cachón, 1989).

Para comprender las trayectorias sociales (más que la movilidad social) es necesario evidenciar las luchas para evitar el desclasamiento de las familias y de los individuos, en este sentido tenemos que mencionar la disociación analítica entre

condición y posición de clase planteada por Bourdieu (1998; 2002). Mediante esta diferenciación podemos entender el desclasamiento atendiendo a dos situaciones extremas: a) como una permanencia en la condición de clase (las características intrínsecas se mantienen; por ejemplo, las titulaciones que dan derecho al ejercicio de una profesión), pero cambiando la posición de clase (en relación con otras posiciones, por efecto de devaluaciones de dichos títulos; por depreciación salarial, etc.); o b) como quiebre de la condición de clase, asociada fundamentalmente a la pérdida abrupta de capital económico. Algo de esto fue también asumido por Nobeit Elias.

Nadie podrá dejar de percibir lo trágico de esta desfuncionalización que consiste en el hecho de que hombres cuya existencia y autoconsciencia están ligadas a una conducta tradicional determinada, que llevó a sus padres, y quizá también a ellos mismos en su juventud, al éxito y a una autoafirmación suficiente, se vean, con el mismo comportamiento, condenados ahora al fracaso y a la decadencia, en un mundo que se ha transformado en virtud de causas ininteligibles (Elías, 1996).

Los cambios en la posición de clase de un grupo determinado eran bastante frecuentes a nivel de las trayectorias familiares a las que tuvimos acceso. Por lo general en todas las familias de nuestros entrevistados existían historias similares respecto a los “parientes pobres”, cercanos o lejanos, con los que tenían algún tipo de relación.

Siempre en toda casa hay los pobrecitos de la familia, los que no tienen comodidades económicas suficientes, pero igual son familia. Por lo general a esos, los parientes pobres, el resto de la familia les ayudaba, aunque otros les negaban. En el caso de mi familia teníamos los parientes pobres, eran del lado de la familia de mi papacito. Hijos de un primo de él que quedaron huérfanos de pequeños y la mamá tenía que sostenerlos. Y la familia siempre les ayudaba, pero casi no con plata, se les ayudaba con comida, con ropa de nosotros que ya no usábamos y todos ellos, que eran siete, tenían como padrino a alguien de la familia, entonces esa persona se encargaba de pagarle ciertas cosas, el médico, o comprarle los útiles escolares. Así se criaron, pues, medio de la caridad de los parientes, y parece que eso si les afectaba a algunos, a otros no. Unos, especialmente las mujeres parece que les afectaba, ellas [las tres] eran tímidas, no hablaban en frente de nosotros, y eso que éramos de la misma edad. Parece que nos tenían recelo, siempre nos trataban de usted y no jugaban con nosotros, eran como que siempre estaban aparte. A los varones les afectaba menos, especialmente a los dos mayores, ellos eran bien plazuelas y jugaban no más con nosotros. El menor en cambio no se juntaba, era miedoso, nunca te veía a los ojos y después de grande, él se alejó de la familia totalmente, no volvimos a saber de él (CL, 2013, entrevista).

La relación con estos parientes pobres variaba, como vimos en el relato anterior, ellos podían ser objeto de lástima y ayuda por parte de la familia, siempre con la vergüenza de tener que vivir de la caridad ajena y ser una carga para los demás.

Los pobres de la familia éramos nosotros, porque mi mamá se casó con mi papá que era carpintero, ese era un oficio manual que no dejaba muchas ganancias, entonces nosotros nunca tuvimos mucha plata. Vivíamos, como ya te he contado en una casa de cuatro pisos. Nosotros, los longos, estábamos en la planta baja, en el piso de arriba vivía la familia de la señora Yolita, que tenía tres hijos y supuesta mente eran hechos los finos, tenían otra categoría, porque ya vivían más arriba de nosotros, y más arriba vivía la Ruth que era más pelucona según ella, tenía dos hijos y no nos llevábamos con ellos, más bien ellos no se llevaban con nosotros. Y dentro de nuestra misma familia había esas distinciones, mi abuela nos trataba distinto, porque éramos los pobres. Era diferente el trato a mis primos que tenían otra situación económica. A nosotros como que siempre nos trataban con pena, pero también era más brava que con los otros. Siempre nos decía muertos-de-hambre, porque mis hermanos, que ya estaban entrando en la adolescencia siempre se acababan toda la comida cuando le íbamos a visitar. Igual a nosotros nos daba la ropa más vieja, la más usada, a mis primas les daba cosas nuevas. Hubo siempre ese tratamiento distinto, como que mi abuela se avergonzaba de nosotros y en cambio trataba de sacar pecho de sus otros nietos, solo porque nosotros no teníamos tanta plata como ellos (AL, 2013, entrevista).

Nuevamente el tema de la vergüenza aparece pero en otro sentido, la vergüenza de ser pobre. Pese a tener un apellido decente, reconocimiento social por ser parte de una familia con cierto estatus a nivel local, el hecho de no tener una posición económica determinada podía causar en un grupo un descenso social que traía consigo repercusiones en la forma cómo los miraba y cómo los valoraba su medio.

Nota de campo de MAE 6 de marzo de 2012

En una conversación con MM, sobre los parientes con los que no se tenía contacto, él se refirió a sus primos propios, hijos de su tía Carmen, quien había tenido un mal matrimonio y criaba a sus hijos sin mayor ayuda de su marido. Ellos, los pobrecitos de la familia, visitaban a la familia en contadas ocasiones y siempre les enviaban con ropa heredada de los primos y quintales de arroz, azúcar o papas con los que sobrevivían una temporada. MM no recuerda haber visitado la casa de sus primos, siempre eran ellos los que venían de visita “de vez en cuando” y por lo general MM no se acuerda de su tía o primos en reuniones importantes de la familia y los comentarios de sus padres se referían a la situación de su tía y sus primos con compasión.

Como se ve el asunto del capital económico de las familias de sectores sociales medios no era la única variable que determinaba su posición dentro de la estructura social. Sin embargo era importante, el tema de haber perdido el capital económico, aunque se conservaran otros tipos de capitales, como el social o el cultura, representaba una pérdida para los grupos sociales y es por esto que en esta última parte nos referiremos al origen del capital económico de las familias.

Durán analiza cómo gran parte de los grupos medios en el Ecuador se construyen ligados a la burocracia y que su época de aparición se da luego de la Revolución Liberal, “que es la que propició la participación de los grandes sectores sociales en los asuntos de interés públicos” (2000: 9).

A partir de este momento y durante las tres primeras décadas del siglo XX, para Durán, el Estado era la “única fuente de empleo para millares de cuadros sin trabajo, [sirviendo] de sustituto al desarrollo de un aparato de producción” (pág. 33). Este tipo de trabajo, vinculado a la actividad pública garantizaba un sueldo mensual fijo y los beneficios de la Previsión y Seguridad Social implementados por el Estado desde la primera mitad del siglo XX. Esto generaba una relativa seguridad y estabilidad laboral, además a través de la organización de empleados se podía conseguir acceso a bienes, especialmente a casas propias y también permitía (elemento fundamental en los sectores medios) ahorrar.

Un momento importante del crecimiento del sector burocrático se da a partir de los gobiernos julianos (1925 a 1944), donde la formación que se buscaba era de tipo técnica y profesional. De ahí la importancia de la preparación de estos empleados en educación superior.

Así también, para los hombres que siguieron la carrera militar, las actividades laborales, remuneradas con salarios fijos y amparadas por la seguridad social, fueron un factor que contribuyó a la adquisición de formas de pensar y estilos de vida nuevos para los sectores sociales medios.

Si hablamos de la ciudadela de La Magdalena, igual que las casas de la Villaflora, y la Mariscal hizo el Seguro para vender a sus afiliados, a precios más cómodos y con bastantes facilidades para el pago, igual te daban préstamos para comprar. Muchos afiliados compraron estas casas, gente que trabajaba en instituciones públicas principalmente, aunque también había gente de bancos y hasta militares. Mi marido

pudo comprar con el préstamo del Seguro a finales de los 40, eran casas pequeñas, pero cómodas y bonitas, ideal para una familia pequeña (JR, 2015, entrevista).

Como vemos, el hecho de pertenecer a la función pública, incluyendo dentro de esta la educación y el servicio social, o a la carrera militar constituía una forma de generar una pequeña acumulación de capital económico que permitía la adquisición de un status de vida particular ligado con el consumo, el confort y el ahorro.

Mi papá trabajaba en el Banco Central, él era contador ahí. Siempre fue un buen trabajo, nos dio estabilidad y pudimos tener casa propia. Salimos de la casa de San Blas y nos fuimos primero a la Vicentina a una casa más pequeña que la del Centro, pero más moderna y cómoda. Después mi papá ya se pudo comprar una casa en la Mariscal. Vivíamos bien, mi mamá nunca tuvo necesidad de trabajar, en general las mujeres en esa época (años 50-70) no tenían necesidad de trabajar, claro yo te hablo de las mujeres de clases medias, porque las mujeres de sectores populares si trabajaban y pasaban en la calle. Las de clase media no, ellas se quedaban en la casa, cuidando de los hijos y de la casa. El sueldo de mi papá era suficiente para mantenernos a mi mamá y 5 hermanos (MM, 2013, entrevista).

Sin perder de vista el papel que jugó el crecimiento del Estado en el surgimiento de una clase media, hay que tener en cuenta otros factores relacionados con la relativa expansión de la economía mercantil en la primera mitad del siglo XX. De hecho la economía de otros grupos medios provenía del pequeño comercio. Para la familia Espín Vásquez, el capital económico provenía de mi bisabuela Delia M. de Espín. Ella continúa siendo, después de muerta, una figura muy importante en la familia, imagen de autoridad y respeto por su carácter férreo y su habilidad para los negocios. Mi bisabuela amasó su pequeño capital haciendo negocios de intermediaria entre las mujeres de alta sociedad que no podían vender o empeñar directamente sus joyas o sus pertenencias en general cuando tenían apuros económicos, ya que esto hubiera sido una práctica condenada socialmente. Entonces mi bisabuela actuaba de mediadora, ella se encargaba de ir a las casas de las familias aristócratas y a ella le confiaban las joyas familiares, los muebles, vestidos o accesorios que podían ser valiosos y luego ella acudía a las casas de empeño o a los posibles compradores para cerrar el negocio. De esta forma la identidad de las familias aristócratas que pasaban por apuros económicos quedaba resguardada. A cambio de sus servicios mi bisabuela recibía su pago en dinero, pero por lo general le pagaban con este tipo de artículos, que a su vez podía vender para aumentar su capital.

Con los ingresos que obtuvo de este “oficio” ella tuvo dos casas, una ubicada en la calle Alianza y otra en plena plaza de Santo Domingo, donde abrió un almacén de repuestos automotrices que atendía personalmente. Mi bisabuela tenía varias cosas muy valiosas que seguramente en algún momento pertenecieron a familias quiteñas de alcurnia, principalmente joyas y muebles. Cuando ella falleció mis tíos abuelos heredaron todo esto, incluyendo el negocio de repuestos automotrices y las casas.

Los pequeños comerciantes podían crear pequeños capitales que les permitía mantener una vida estable y con un estatus social medio.

Mi familia se dedicó a la venta de productos importados, tenían lo que ahora se llama un “delicatesen” en el Pasaje Amador, donde vendían productos de “lujo”: golosinas en general. Mi papá invirtió su herencia, que era un pequeño capital, y se dedicó a importar productos. Me acuerdo que se iba constantemente a Guayaquil donde llegaba la mercadería. Mi mamá lo que hacía es atender el delicatesen, ella atendía al público y despachaba y mi papá cobraba y viajaba para traer los productos. Era un buen negocio, tenían buenos ingresos, esto te digo para finales de los años 40 que yo me acuerdo de niño, hasta finales de los 50. Se hicieron un buen capital con eso, mantenían a la familia y después pagaban empleados (CM, 2010, entrevista).

También los grupos medios provenían de la pequeña empresa. El capital de la familia Estévez Espinel, por ejemplo, se formó de pequeñas herencias que luego fueron invertidas, no siempre con un buen resultado. Mi bisabuelo Luis, compró las canteras en el sector de San Roque, de donde se sacaba el material para las construcciones en la ciudad. Él alquilaba las canteras para la extracción de piedra y ripio, al comprar este espacio, se mudó a vivir a San Roque, donde construyó su casa y también pudo comprarse una pequeña propiedad en Checa para vacaciones.

La fábrica de santos San José pertenece a la familia Jaramillo, actualmente la fábrica tiene varias sucursales de venta de imágenes de santos, tiene además varios talleres donde fabrican santos en serie, pero su mayor ingreso proviene de la exportación. Exportan a Europa, principalmente a Italia y España. La actual propietaria de la fábrica es la hija de la dueña original que trabajaba a pequeña escala,

(..) mi mamá siempre trabajo haciendo imágenes religiosas, ella trabajaba en yeso. Con este trabajo mi mamá nos mantuvo bien, tenía su taller, hacía sus trabajos y en la casa nosotros éramos papá, mama y seis hermanos y a todos nos daban, no en exceso, pero nunca nos faltó, pero lo más bonito era que cuando alguien llegaba a la casa nunca se iba con el estómago vacío, rico o pobre (MJ, 2012, entrevista).

Otros miembros de estos grupos medios eran profesionales, que no tenían vinculación con el sector público, sino que ejercían su profesión a nivel particular.

Yo nací en la Parroquia La Magdalena, en el barrio Hermano Miguel, mi papá siempre fue el Presidente del Comité del Barrio, entonces nos llevábamos con todos, y también le conocían porque era el dueño de la farmacia única que había en el barrio, mi papá era Químico Farmacéutico, pues le decían el doctorcito, esa parte no me acuerdo pero decían que el atendía desde partos, hasta todo lo que le presentaba de urgencia, y todos le confiaban, todavía tengo la suerte de tenerle él tiene 92 años, y a veces que salimos con él todavía la gente se acuerda y le saludan. Entonces todos nos conocían y nos llevábamos, al menos en mi cuadra, y mi papá tuvo su farmacia por años y no necesitaba nada más para encargarse de la familia. Mi mamá le ayudaba atendiendo y así ellos se hicieron de una casa grande, educaron a sus hijos, nos dieron vestido y alimento (HI, 2012, entrevista).

Hemos visto cómo se estructuraban y actuaban las familias de grupos medios en Quito, cómo fueron sus trayectorias y la forma en que influyeron en la configuración de la identidad de sus miembros, así también se ha recorrido por aquello que la familia escondía para evitar el desclasamiento y lo que sucedía con los sujetos que eran desclasados y perdían su estatus a nivel familiar y del resto de lo social. Con esto cerraríamos esta investigación para dar paso a las conclusiones finales.

CONCLUSIONES

Las personas que colaboraron con esta investigación retomaron sus memorias desde el presente y buscaron darles sentido y coherencia dentro del contexto de la ciudad de Quito en la segunda mitad del siglo XX. En este sentido las memorias no son una reconstrucción fiel del pasado, sino formas de mirar el pasado desde un presente en la que las perspectivas y formas de recordar han sido modificadas por la propia experiencia social y personal.

Como en todos los casos, la memoria con la que se ha trabajado está atravesada por el olvido. La relación entre memoria y olvido es “intima e inseparable: no hay memoria sin olvido, ni olvido sin memoria” (Gnecco y Zambrano: 2000). Lo que hemos aprendido o adquirido puede llegar a perderse, por ello hemos de conservar las huellas. El trabajo del recuerdo consiste, en primer lugar, en preservar los restos del pasado, lo que implica un enfrentamiento con el olvido. Sin embargo los olvidos están ahí, aquello que duele o avergüenza, aquello que no se quiere recordar, palabras, gestos y acciones o aquello que cuesta recordar o que debe definitivamente ser olvidado. Por otro lado la memoria se plantea en relación a un presente que se quiere entender o dar significado. El investigador trabaja a partir de fragmentos o retazos de memoria, como muestra Walter Benjamin en el libro de los Pasajes.

En esta investigación, en concreto, se ha propuesto reconstruir a partir de lo que se recuerda, pero también de lo que se olvida, una visión del momento y del espacio, del lugar de vida, llamado barrio, y hacerlo como un campo de fuerzas en el que entran en juego distintas percepciones y representaciones. Al hacerlo se ha intentado entender el funcionamiento de los sectores medios en el mediano plazo.

Las investigaciones realizadas hasta el momento sobre estos grupos poblacionales en Quito se refieren a periodos anteriores, por tanto no he podido avanzar en mi investigación sobre las condiciones de vida de estos sujetos, a partir de fuentes secundarias.

Por otro lado las pocas investigaciones que se acercan a este periodo de tiempo, no muestran la situación de los sectores medios más cercanos a la vida popular y plantean, de manera equivocada, que los barrios considerados para esta investigación fueron dejados de lado no solo por las élites sino por las clases medias desde la década

1930 cuando salieron hacia barrios más residenciales ubicados al norte de la ciudad, dejando los espacios del Centro a los sectores populares y luego a los campesinos e indígenas recién venidos del campo.

Como he podido mostrar en esta investigación numerosas familias de estos grupos medios se quedaron en el Centro por mucho tiempo más, en parte porque económicamente no tenían posibilidad de salir, vivían en las casas que habían pertenecido a sus antepasados, o rentaban cuartos en casas donde era cómodo pagar un alquiler.

Por otro lado muchas de estas familias que se quedaron en los espacios del centro de la ciudad eran familias de pensamiento conservador, que veían en el Centro el eje organizador de su vida. A partir de las entrevistas se vio que eran familias que le temían al cambio, que buscaban la seguridad de lo conocido y que mantenían pensamientos y prácticas que habían tenido miembros anteriores de sus familias.

Es a partir del boom petrolero en el Ecuador, en la década de 1970, que existe un cambio drástico en la vida de las ciudades, incluyendo Quito. Con los ingresos de la exportación del petróleo, las ciudades empiezan a crecer, los servicios básicos se incrementan, la migración campo ciudad se intensifica y eso genera que por primera vez haya mayor concentración poblacional en las ciudades con respecto al campo. De alguna manera a partir de esa fecha se comienza a vivir un cambio de orientación en el sentido de vida de los sectores medios.

Estas memorias, a las que se ha buscado un acercamiento a partir del trabajo etnográfico, son ricas en nostalgias de lo que alguna vez inundó el espacio y que muchas veces se diluye en el tiempo, sin ser una representación tangible o visible de lo que fue. Sin embargo hay que tomar en cuenta que las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente, como ya se explicó; estos marcos son portadores de la representación general de la sociedad, de sus necesidades, también de la visión del mundo y de los valores de una sociedad o grupo.

En las vivencias rememoradas por estas personas se pueden percibir elementos culturales en común entre distintos grupos sociales, que se generaron a partir de actividades y tradiciones compartidas entre algunas capas de los llamados sectores medios y los sectores populares particularmente mestizos, pero también sus disputas, sus inconformidades. Me refiero a referentes culturales comunes relacionados con la

cotidianidad y particularmente con la religiosidad así como con un origen común más o menos remoto.

En los espacios seleccionados para esta investigación existió una fuerte presencia de clases populares, sectores indígenas y campesinos, que coexistían con personas y familias de sectores medios, objeto de esta investigación. Estos hombres y mujeres por su lugar de vivienda, sus ocupaciones, sus costumbres y creencias estaban muy cerca de la vida popular, aunque buscaban diferenciarse. Sus lugares de vivienda fueron compartidos con familias de grupos populares e incluso indígenas, ya sea porque eran los propietarios de las casas y arrendaban piezas a otras personas o porque eran arrendatarios en grandes casonas en las que vivían numerosas familias de diversas procedencias. Debido a esto los encuentros con los distintos eran de carácter cotidiano, la vida era experimentada a partir de la convivencia. Pese a que sus escuelas, colegios o sus empleos fueran espacios de diferenciación, sus lugares de vivienda, y muchas veces sus ocupaciones, debido a toda la dinámica que se generaba en estos, los acercaban a los “alterpares”. En las casas de los barrios populares los niños jugaban juntos, aunque a veces a escondidas de sus padres que querían que no exista demasiada cercanía entre los hijos de los inquilinos y sus propios vástagos. Hombres y mujeres compartían unas “costumbres en común” respecto de la relación con los objetos, por ejemplo en el tema de salud, donde los saberes populares impregnaban el conocimiento sobre plantas medicinales, prácticas como la “cura del espanto”, remedios caseros para cualquier herida, esguince o enfermedad menor. Igualmente había una percepción en común de los espacios. Estos conocimientos y prácticas eran compartidos por todos los grupos sociales y particularmente por los sectores medios y populares.

Otro tipo de relaciones respecto a los objetos, que compartían los grupos sociales diversos, se referían a buscar el valor de uso de las cosas al máximo, así las ollas eran soldadas y resoldadas, la ropa era heredada, zurcida y adaptada, los juguetes eran contruidos por los propias personas, como las cometas o los coches de madera. O si estos eran adquiridos, pasaban de generación en generación.

Las familias compartían prácticas como el baño una vez a la semana, generalmente en los conocidos “baños públicos de agua caliente” de los barrios, donde se encontraban con otros grupos sociales, ya que no era lo común que en las casas del Centro Histórico haya disponibilidad de agua caliente. También debían compartir los

servicios higiénicos, ya que por norma general había uno o dos baños para casas donde habitaban más de 20 personas.

Estos elementos volvían difusas las fronteras entre unos y otros, aunque no las anulaban, si permitían una permeabilidad que en ocasiones confundía los límites que unos y otros grupos sociales buscaban mantener. Aunque aquí hay que puntualizar que existía una mayor posibilidad de que las fronteras se hicieran flexibles con respecto a los sectores populares mestizos, sin embargo, como hemos visto en la investigación, con respecto a los indígenas, las fronteras buscaban reforzarse.

En esta investigación, como se explicó en el Capítulo II, se entiende la frontera como la forma en que miembros de grupos diferentes definen el ámbito y el alcance de sus relaciones recíprocas en situaciones de contacto, por tanto es a partir de la interacción que se establecen los límites entre un grupo y otro, donde los sujetos definen, a partir de un trabajo activo, aquellos contenidos culturales, de los muchos que puede tener un grupo social, para marcar una distancia con otros sujetos. (Barth, 1976). Esta noción de frontera ha sido enriquecida y actualizada para el caso de los Andes y particularmente para los estudios del agro por las investigaciones de Andrés Guerrero. El libro reciente de Muratorio y Kingman, “Los trajines callejeros”, avanza en la reflexión sobre este campo en el caso de las ciudades.

Estas relaciones se complejizan ya que no se trata solo de una frontera étnica, sino de una frontera que conjuga diferentes elementos, el étnico, el de clase, el de género, el cultural, el espacial, etc., por lo que sería una frontera múltiple.

Las fronteras al no ser estáticas, ya que las líneas divisorias entre indígenas y no-indígenas, entre clases medias, y populares, entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos no son estáticas, ni están bien definidas y por tanto serían también fronteras flexibles.

En todo caso, al plantear el carácter múltiple y flexible de las fronteras no he querido desdeñar su carácter estructural, particularmente en los Andes.

El espacio de la ciudad

Si nos ubicamos en el siglo XX en Quito, al igual que en el resto de ciudades América Latina, veremos cómo se instaura paulatinamente el proyecto urbanista de modernización que modificará el orden de lo urbano, así como el estilo de vida de los

habitantes de la ciudad. En el desarrollo de este proyecto, los discursos de civilización entraban en contradicción con las manifestaciones “barbáricas” de la población, así como con el mantenimiento de “una sociedad tradicional, estamental y jerárquica” (Kingman, 2006: 52).

A partir de la segunda mitad del siglo XX la percepción que se iba imponiendo en el discurso ciudadano era que la ciudad se expandía incontrolablemente escapando a la planificación urbana, debido a la migración interna rápida y desordenada que desbordaba el marco organizado de lo que debería ser el paisaje urbano que se había concebido para la capital de la República. Quito se habría ido desarrollando a partir de este proceso entre el orden y el caos al punto que se podría establecer que en la ciudad se configuraron inicialmente dos espacios claramente definidos; por un lado estaba una ciudad vieja –caracterizada como decadente, laberíntica, pobre, sucia y peligrosa que abarcaba el centro y se desplazaba longitudinalmente al sur, cuya población era catalogada como sectores populares, pobres y migrantes-, una ciudad que, pese al avance de la modernidad, continuaba atravesada por el campo, ya que las personas de sectores populares y sectores medios que aún permanecían en estos espacios aún tenían prácticas como la construcción de huertas o la crianza de animales menores como conejos, gallinas o cuyes.

Por otro lado, emergió paulatinamente una ciudad moderna –de edificios, centros comerciales, restaurantes, centros de diversión y barrios residenciales de población de grupos medios y altos– que se desbordó en insólito alargamiento, entre las faldas de las montañas hacia el norte.

En el imaginario de la población, se crearon dos Quitos, muchas veces enfrentados y excluyentes, pero que como muestra esta investigación, han coexistido, se han entrecruzado y se han mezclado en un fenómeno social, dinámico e histórico que ha contribuido en la construcción de la identidad de sus distintos habitantes.

El espacio se vuelve un fuerte referente para la constitución de identidades: los barrios, el lugar de trabajo, el lugar de estudios, así como el lugar del ocio y la recreación.

Como ya se mencionó, la vida de Quito se desarrolló por mucho tiempo en los barrios tradicionales del Centro Histórico. La vida en estos espacios era compartida por diversos grupos poblacionales, sin embargo existían fuertes espacios de diferenciación,

marcados ya desde el último tercio del siglo XIX por el Ornato (Kingman, 2006) que se acrecentaron con la salida de la población de sectores altos y medios a otras zonas de la ciudad. Al salir estos grupos y poner “tierra de por medio” dejaron marcada la separación con los grupos de los que deseaban diferenciarse. Sin embargo los grupos medios que se quedaron continuaron compartiendo la vida con otros grupos sociales y buscaron formas particulares de diferenciación al interior de sus propios barrios. Aunque se compartían costumbres y modos de vida, entre otras cosas, debido a las condiciones del hábitat, se buscaba la separación y la distinción

Estos barrios eran lugar de vivienda y trabajo para grandes grupos de población popular, también algunos sectores indígenas y campesinos que se relacionaban principalmente con los mercados y con servicios que históricamente habían prestado a la ciudad, especialmente de tipo doméstico. Pero igualmente lo eran para parte de los sectores medios. Un maestro de escuela o el empleado de una notaría, se sentían parte de la clase media pero sus condiciones de vida eran muy cercanas a las de los sectores populares urbanos.

El espacio no es una instancia vacía, sino que es una instancia social ella misma: el espacio tiene duración también en los objetos, en las construcciones, en las piedras, los caminos o las calles, es decir que se constituye como un ámbito sobre el cual se configura la identidad y el sentimiento de una cierta unidad (Nora, 1989; De Zan, 2008).

Estos espacios ponen en movimiento una serie de relaciones que configuran a los sujetos y que los estructuran como parte de una comunidad. Pero al mismo tiempo los sujetos hacen de los espacios algo significativo ya que lo construyen a partir de sus experiencias de vida cotidiana, existe por tanto un proceso de apropiación de los espacios, que implica una serie de vínculos a partir de los cuales las personas definen los lugares como depósitos de significados (más o menos compartidos por diferentes grupos sociales), también como fuente del desarrollo de distintos aspectos de la identidad o como fuente de seguridad y satisfacción derivadas del apego al lugar, lo que genera tendencias a permanecer cerca de los lugares (Vidal Moranta y Pol Urrutia, 2005).

La apropiación sería el proceso por el que un espacio deviene para la persona un lugar “propio”, es decir cuando se carga de significado. Y este significado se deriva de la experiencia que mantienen en éste las personas y grupos sociales. La experiencia

emocional en los lugares implica que las acciones que se desarrollan en el lugar y las concepciones que del lugar se generan están imbricadas (Ibíd.).

Relacionado con este apego a los lugares, que generaba esta concepción de que los lugares les eran propios, las personas que vivieron en los barrios populares, fueron configurando una idea de propiedad respecto a estos espacios. Las calles, las esquinas de los barrios, los parques, las canchas, es decir, todos aquellos lugares que podrían considerarse públicos, eran percibidos por las personas de grupos medios como de su propiedad y además de establecer su presencia en estos espacios, ejercían violencia contra aquellos “distintos” que pudieran utilizarlos también. Un ejemplo de esto se daba contra los indígenas que aparecían en estos espacios quienes eran golpeados con correas para expulsarlos de los parques, de las esquinas o de las canchas de los barrios. Ejerciendo esta violencia física, establecían su condición de superioridad social respecto de los que consideraban “alterpares”. Al mismo tiempo se generaban dependencias mutuas y solidaridades entre estos distintos grupos.

La población que ha sido parte de los espacios en los que se ha desarrollado esta investigación no es monolítica, ni homogénea, son sujetos de orígenes distintos y experiencias diferentes, que sin embargo vivieron juntos por un breve (o quizá no tan breve) periodo de tiempo en la segunda mitad del siglo XX, esta convivencia permitía que las experiencias entre estos distintos se mezclaran constantemente, aunque los órdenes sociales y las jerarquías se mantenía, la relación entre sujetos se expresaba en términos de acercamiento espacial, creencias comunes, prácticas compartidas, formas de reciprocidad asimétrica, pero también fuertes relaciones de poder evidenciadas en disputas, choques confrontaciones y violencia. Otros trabajos respecto a clases medias en Quito (Díaz, 1961; Durán, 2000; Solís, 2009; Espinosa Apolo, 2003), buscan abordar la temática de la separación territorial de estos grupos. Como estas personas salieron de los espacios del centro histórico para marcar su diferenciación con respecto a los sectores populares. El interés de esta investigación justamente se centra en aquellas familias y aquellas personas que se quedaron en los barrios populares del centro de la ciudad y desde este espacio compartido generaron otras formas de diferenciación.

Como vemos el encuentro heterogéneo de personas con realidades distintas, de estratificaciones sociales diferentes, etnias y culturas diversas creó un rico panorama cultural lleno de conflictos, negociaciones, encuentros y desencuentros que

complejizaron las relaciones sociales en los espacios del Centro Histórico y en los barrios populares que lo constituyen.

Los barrios populares no solo aparecen como espacios concebidos, diseñados y pensados desde las nociones del urbanismo y la planificación de la ciudad, sino que también se construyen a partir de la economía, la vivencia cotidiana, el imaginario de sus habitantes y por supuesto desde las disputas sociales. En este sentido, estos espacios de la ciudad, llamados barrios populares, tienen dinámicas muy particulares que permiten la existencia de estas fronteras flexibles y múltiples, entendidas como lugares simbólicos de separación y acercamiento que flúan constantemente. Su propia significación en el imaginario de los sujetos, así como sus características como una zona de frontera permitía que se generen procesos de confluencia de grupos distintos con trayectorias diversas. En este sentido este espacio debería ser considerado como un territorio que permite el flujo, pero basado en jerarquías y activas relaciones de poder.

La clase, los sujetos, las familias y los espacios

Desde esta investigación se entiende la clase no como una abstracción, sino una realidad empírica, que se compone por individuos concretos que, por tener experiencias en común, se reconocen como miembros de una clase. Al mismo tiempo existen algunos factores estructurales que mercan una diferenciación y que Bourdieu asume en términos de la posesión de distintos tipos de capital. En el caso de los Andes las clases se constituyen en relación a distintos factores históricos, como son la separación entre hacienda y comunidad o a las grandes diferenciaciones marcadas por la acumulación del Capital.

En este sentido y con relación a los planteamientos de Bourdieu (2000) se entiende a los agentes como ubicados en una determinada posición en la estructura social a partir de un sistema de disposiciones: el *habitus*, que genera una predisposición, una tendencia o una propensión hacia determinadas formas de actuar en el mundo, de acuerdo a una historia incorporada, pero que se concreta de acuerdo a situaciones específicas que viven los agentes.

Debido a esto se entiende no existe un sujeto dado de clase media, éste se produce en determinados momentos, cuando las prácticas lo configuran, y con distintas

experiencias respecto a lo que viven, por esto se podría entender la imposibilidad de un enclausamiento total o de una diferenciación absoluta con otros sectores sociales.

Además hay que considerar que en nuestra sociedad el tema de las clases sociales no puede entenderse como en otras sociedades o culturas, ya que aquí funcionan al mismo tiempo otras formas de jerarquías y condicionamientos sociales que otorgan a los individuos una posición en lo social. E. Kingman (2006) habla de la fuerte influencia de la sociedad estamental que se tenía en la sociedad ecuatoriana hasta inicios del siglo XX, pues esta influencia se puede rastrear hasta la época de investigación, a través del fuerte peso que aún tenían los apellidos y la pertenencia a una buena familia, así como por la fuerte dependencia de los sectores medios con respecto a las elites de raíz aristocrática. Pero también se puede hablar de la presencia de una organización por “castas”, fundamentada en las diferencias étnicas.

Es importante por tanto, para entender la forma en que se vive la construcción de estos sujetos de clase media, la relación que tenían estos con otros sujetos –inter pares y alter pares-, la relación con los lugares: casa, barrio, escuela y trabajo, la relación con los objetos y las prácticas, así como las trayectorias familiares, pero también en la construcción de su identidad de clase era importante su autodefinición, su ubicación en el conjunto de las relaciones sociales.

Adicionalmente, para definir conceptos como clase media o estratos medios es necesario tomar en cuenta las condiciones estructurales de existencia, que implica analizar una serie de elementos como el económico, el cultural, el político y el histórico cada uno de los cuáles resulta importante y necesario para estas definiciones, además es necesario evitar generalizaciones, debido a que no se puede homogeneizar a estos grupos, pero al mismo tiempo hay que ver aquellos elementos comunes que permitan caracterizar a estos sectores; por eso un elemento clave, para estudiar a los sectores medios, es complementar las dimensiones “objetivas” de ingreso u ocupación con aquellas dimensiones culturales, subjetivas e identitarias de la estratificación y cómo se producen las relaciones entre estos sujetos y sus entornos.

En los análisis sobre clases sociales se puede caer en el error de sumar y complicar más los elementos y los factores para delimitar la clase social y con esto se trabajaría con cierta visión esquemática y hasta cierto punto piramidal de la forma en la que los grupos sociales se organizan, este trabajo ha buscado acercarse a otra forma de

entenderlos, enfocándose en sus relaciones con los lugares, con los sujetos y con los objetos, a más de sus formas de ver, apreciar y dar sentido al mundo, poniendo en evidencia las fronteras flexibles que permiten una interacción entre grupos distintos a pesar de su distinción, mostrando aquellos espacios físicos o simbólicos donde se relacionan los sujetos y a partir de los cuales se constituyen como tales. El tema de las clases sociales, por tanto, no puede ser pensado de forma delimitada ya que no hay posiciones de clases coaguladas y establecidas para siempre, más aun en un contexto en el cual el sexo, la edad, la región de origen, la etnia o el capital social estratifican fuertemente.

Si bien este trabajo ha buscado caracterizar a una parte de los sectores medios en términos históricos indagando los elementos y los factores que sirven para delimitarlos como un conglomerado social existente tal en un momento dado, le interesó, al mismo tiempo, pensar en las fronteras difusas que permitieron una interacción entre grupos distintos, esto es aquellos espacios físicos o simbólicos donde se relacionaban los sujetos y a partir de los cuales constituyeron sus diferencias. El estudio de estos flujos fronterizos es probablemente uno de los desafíos pendientes más importantes en el estudio de las clases y en particular de las clases medias.

Para entender estos procesos se buscó acercarse a su realidad empírica, de personas que tuvieron experiencias de vida en común y que por tanto se reconocían (y lo siguen haciendo) como miembros de un grupo social al que llaman clase media, como grupo diferenciado con respecto a otros. Esa experiencia común se viabiliza a través de ciertas “matrices de percepción y apreciación” respecto a la realidad circundante, pero también a prácticas concretas que solamente la investigación a partir de la memoria puede desentrañar y analizar. La memoria es, en este sentido, un recurso importante para indagar sobre el pasado. Los sujetos que vivieron en determinadas circunstancias sociales relacionadas con los barrios populares generaron ciertas formas de relacionarse con los espacios, con los sujetos y con los objetos y a partir de estas experiencias, establecieron una determinada posición en la estructura social. Al mismo tiempo, estas percepciones resultado de historias de vida y trabajo de vida, fueron analizadas a partir de nociones teóricas como la de *habitus* o la de distinción.

Este trabajo buscó abordar la formación de un grupo social desde su memoria, y por tanto su historia personal y familiar, además de enfocarse en las experiencias de

estos grupos respecto a su condición. La memoria, como sabemos, no nos devuelve “la verdad de los hechos” pero nos acerca a la forma como esos hechos fueron (y son) percibidos y sentidos.

Las familias de sectores medios fueron estableciendo la posición de los sujetos en la estructura social a partir de juicios realizados sobre la forma de comportamiento permitida o prohibida. Cada juicio emitido alentaba o impedía un acto, recreaba o apagaba un gesto en los sujetos. “Una persona decente debe ser de esta forma”, “una persona educada no procede así”, “un caballero no responde de esa forma”, “una señorita de su casa no se viste así”, “qué maneras de comportarte en la mesa tienes”, eran los cotidianos y, aparentemente, cándidos comentarios que comienzan a poner en marcha este proceso, donde hombres y mujeres tenían papeles bien definidos y diferenciados bajo la concepción de los grupos sociales con los que se ha topado esta investigación, aún de pensamiento conservador.

Los hombres pertenecientes a estos grupos, tenían relativa libertad respecto a su formación y su comportamiento, sin embargo también tenían un claro papel de mantenedores del estatus social de las familias. Mientras que las mujeres, eran concebidas como las guardianas de la decencia y el buen nombre de los grupos parentales, por ello eran más protegidas de las posibles influencias negativas que venían del exterior. Ambos, hombres y mujeres, por su pertenencia social eran herederos de una serie de pensamientos y comportamientos distintos de aquellos que se evidenciaba en los sectores populares.

Los barrios populares se constituyeron en espacios donde funcionaban diferentes relaciones entre los más diversos grupos poblacionales, la vida cotidiana en estos espacios era dinámica y, en ese sentido, fluida. Existía una constante interacción, pero no por eso exenta de relaciones de poder y dominación. En realidad, distintas formas de violencia simbólica se generaban en medio de esos intercambios. Un elemento que se observó de manera constante es el juego de comportamientos a partir de la definición de aquellos que se consideraba los inter pares, y aquellos que se consideraba los alter pares.

Para ello más que características específicas de unos y otros funcionaban las matrices de percepción, de apreciación y de acción que orientaban las prácticas de los agentes, o lo que se denomina “el sentido común ciudadano”. A partir de este, los agentes realizaban clasificaciones y ubicaciones de aquellos que eran parte de o

cercanos al grupo y aquellos que estaban por fuera y establecían así, distintos tipos de relaciones con los distintos sujetos, movilizándolo constantemente capital social, lo que producía que elementos como el estatus se incrementaran o descendieran.

También los sujetos establecían relaciones con los objetos de su vida cotidiana que se referían a o solo a una apreciación de su valor de cambio, sino también a su valor de uso. Los objetos eran utilizados, reutilizados, heredados, acomodados, reconstruidos o parchados para prolongar su beneficio. Esto no era una cuestión solamente de no tener dinero suficiente para adquirir objetos nuevos, que era una condición propia de sectores medios y populares, sino que se relacionaba con una forma tradicional de uso de los objetos. Pero existía además una distinción de los sectores medios con respecto al gusto o apreciación adquiridos a partir del capital cultural que fueron acumulando, principalmente basado en la educación. Elementos como el confort, la comodidad, el gusto estético y la elegancia fueron elementos que se configuraron como parte del capital simbólico de estos sectores y que permitieron un distanciamiento de los grupos más populares.

En la construcción de todas estas formas de relacionamiento actuaban las familias de estos sectores como instituciones que estructuraban las identidades de pertenencia a los grupos sociales. Sus trayectorias y orígenes incidían en la configuración de los sujetos a partir de establecer las normas de comportamiento, los momentos y espacios (físicos o simbólicos) de diferenciación, pero también los encargados de establecer aquello de lo que no se debía hablar o aquello que no se debía saber. Su función era la de asegurar el proceso de adquisición de una posición en la estructura social dentro del barrio y posiblemente dentro de la ciudad.

Como vemos no se puede hablar de la existencia de un sujeto dado de clase media, sino que éste se produce en determinados momentos, cuando las prácticas lo configuran, y con distintas experiencias respecto a lo que viven, por esto se podría entender la imposibilidad de un enclavamiento total o de una diferenciación absoluta con otros sectores sociales. El problema mayor parece darse cuando las identificaciones o las separaciones se producen dentro de una misma familia, como posibilidad o imposibilidad de aceptar a miembros que no responden al genotipo o al modelo moral o económico trazado por la familia de clase media.

Los sujetos con los que se tuvo acercamientos en esta investigación, así como sus familias, mostraron una parte de la historia de la ciudad que pocas veces ha sido contada. Su vida permitió entender la complejidad de los procesos sociales que pueden generarse en espacios pequeños y a través de sus voces pudimos entrever la forma de vida de un grupo social heterogéneo que buscaba definirse frente a los otros. La memoria, en todo caso, forma parte de disputas sociales y particularmente disputas por el reconocimiento. En ese sentido no nos devuelve el pasado tal como fue sino del modo como ahora es procesado y sentido.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto (2006). *Breve Historia Económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Adamovsky, Ezequiel (2009). *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 2009.
- Agamben, Giorgio (2004). *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*. España: Pre-Textos.
- Aguilar, Paúl (1995). *Arquitectura y modernidad 1850–1950*, Quito: Museo Municipal «Alberto Mena Caamaño».
- Albornoz, Vicente (2004). *Una sociedad en constante evolución*. En <http://www.cordes.org/descargar/Social.pdf>
- Andrade, Xavier (2001). “Homosocialidad, disciplina y venganza”, en *Masculinidades en Ecuador*, Xavier Andrade y Gioconda Herrera, editores. Quito: FLACSO, pp. 115-138.
- Araujo, Kathya (2009). “Configuraciones de sujeto y orientaciones normativas”, en *Psicoperspectivas*, VIII (2), pp. 248-265. Recuperado el 01 de octubre de 2010 desde <http://www.psicoperspectivas.cl>
- Araujo, Kathya y Danilo Martuccelli (2011). “La inconsistencia posicional: un nuevo concepto sobre la estratificación social”, en *Revista CEPAL*, No.103. Abril, pp. 165-178.
- Ardaya, Gloria (1994). “Movimientos sociales en América Latina: el caso de las mujeres”, en *Movimientos Sociales. Enfoques teóricos, mujer y sindicatos*. Quito: FEUCE- ADES-AEDA-AEH.
- Arendt, Hanna (1974). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Auyero, Javier y Débora A. Swistun (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento Ambiental*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Aylwin, Nidia (1998). *Familia y Trabajo Social*. Caracas: Espacio Editorial.
- Barozet, Emmanuelle y Vicente Espinoza (2009). ¿De qué hablamos cuando decimos “clase media”? Perspectivas sobre el caso chileno. Santiago: Expansiva UDP.
- Barth, Frederik (1976). “Los grupos étnicos y sus fronteras”, en *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, Frederik Barth comp. México D.F: FEC. Tomado de www.cholonautas.edu.pe

- Bauer, Arnold J. (2002). *Somos lo que compramos. Historia de la Cultura Material en América Latina*. México: Taurus.
- Bauman, Zygmunt (2006). *Confianza y temor en la ciudad – Vivir con extranjeros*. Barcelona: Editorial Arcadia.
- Bedón Erika, María Augusta Espín y Eduardo Kingman (2008). “La Hermandad Ferroviaria. El tren y los lugares de la memoria”, en *El camino de hierro. Cien años de la llegada del ferrocarril a Quito*. Edición de María Pía Vera. Quito: FONSA, pp. 178-221.
- Benjamin, Walter (1929). Una imagen de Proust. En: <http://www.afoiceomartelo.com.br/posfsa/Autores/Benjamin,%20Walter/Benjamin,%20Walter%20-%20Una%20imagen%20de%20Proust.PDF>, consultado el 10/06/15.
- Bertaux, Daniel (1999). “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, en *Proposiciones*, No. 29, pp. 1-22.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Argentina: Siglo XXI.
- _____ (2000). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- _____ (1999). Conferencia magistral para la "Cátedra Michel Foucault" de la Universidad Autónoma Metropolitana (Valle de México), sustentada el martes 22 de junio.
- _____ (1994). “¿Qué es lo que hace una clase social?. Acerca de la existencia teórica y práctica de los grupos”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, N° 89, Asunción.
- _____ (1985). *¿Qué significa hablar?* España: Ediciones Akal.
- _____ (1983): “The forms of capital”. En John G. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and research for the Sociology of Education*. Greenwood: New York.
- _____ (1969). *Condición de clase y posición de clase*, en *Estructuralismo y Sociología*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1995). “Habitus, illusio y racionalidad”, en *Respuestas por una Antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

- Bustos, Guillermo (1992). Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)», en *Quito a través de la historia*. Quito: Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía.
- Butler, Judith (1993). *Bodies that matter. On the discursive limits of "sex"*. London-New York: Routledge.
- _____ (1988). Performative acts and gender constitution: an essay in Phenomenology and Feminist Theory, en <http://www.mariabuszek.com/kcai/PoMoSeminar/Readings/BtlrPerfActs.pdf>
- Cachón Rodríguez, Lorenzo (1989). *¿Movilidad social o trayectorias de clase? Elementos para una crítica de la Sociología de la movilidad social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI.
- Canclini, Néstor García (2006). La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. En <http://mail.udgvirtual.udg.mx/biblioteca/bitstream/20050101/713/1/La+sociolog%C3%ADa+de+la+cultura+de+Pierre+Bourdieu++Canclini.htm>, visitado el 27 de junio de 2011.
- Candau, J. (2002). *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Carrión, Diego et ál. (1978). *Renta del suelo y segregación urbana*. Quito: Ediciones Quito.
- Carrión, Fernando (2006). "El fútbol como hecho social total", en Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano. TOMO 1. Área de candela: Fútbol y literatura. Quito: FLACSO - Sede Ecuador: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito: Diario El Comercio, pp. 11-18.
- _____ (1987). "La Investigación Urbana en el Ecuador", en *Proceso Urbano en el Ecuador*, Quito: Ed. ILDIS.
- Clark, Kim (2001). "El sexo y la responsabilidad en Quito: Prostitución, Género y Estado, 1920-1950", en *Procesos Revista Ecuatoriana de Historia No. 16*, Quito: Corporación Editora Nacional.
- Cohen, A. P. (1985). *The symbolic construction of community*. Londres: Routledge
- Connell, R.W. (1995) *Masculinities: Knowledge, Power and Social Change*. University of Berkeley: California Press.

- Corral, Fabián y otros (2006). *Testigo del Siglo. El Ecuador visto a través del Diario el Comercio*. Quito: El Comercio.
- Crompton, R. (1997) *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- Cueva, Agustín, (1967). *Entre la Ira y la Esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*, Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Cuvi, Nicolás (2009). “Los molinos del Censo”, en *El molino y los panaderos. Cultura popular e historia industrial de Quito*. Quito: FONSA, pp. 117-216.
- De Certau, Michel, Luce Giard y Pierre Mayol (1999). *La invención de lo Cotidiano II. Habitar y Cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Degregori, Carlos Ivan et. all (1979). *Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional discusión sobre el "Problema Indígena" en el Perú*. Lima: Centro Latinoamericano de Trabajo Social.
- De la Cadena, Marisol (2000). *Indígenas Mestizos: Raza y Cultura en el Cusco*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- _____ (1997). *La decencia y el respeto: Raza y etnicidad entre los intelectuales y las mestizas cuzqueñas*, documento de trabajo N° 86. Perú: IEP ediciones.
- De Zan, Julio (2008). “Memoria e Identidad”, en TÓPICOS. Revista de Filosofía de Santa Fe, N° 16. Rep Argentina, pp 41-67.
- Díaz, Oswaldo (1961). “Notas sobre la clase media del Ecuador”, en *Ecuador: estudios retrospectivos*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.
- Doormalen y Weerdenburg (2005). Informe de resultados relevantes de la investigación sobre las estrategias de sustento de los habitantes de las casonas del Centro Histórico de Quito y la influencia de la política del Municipio de Quito con respecto al Centro Histórico y el empleo, Manuscrito, Quito.
- Durán, Cecilia (2000). *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944*. Quito: ABYA-YALA.
- Elías, Norbert (1996). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica
- _____ (1989). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: FCE.

- Espín, María Augusta (2009). *La presencia indígena en la ciudad: la construcción del indígena urbano en el barrio de San Roque*. Tesis para obtener el grado de Maestría en Ciencias Sociales con mención en Antropología, convocatoria 2006-2008.
- _____ (2011).
- _____ (2013). *Diario de Campo 2011-2013*. Documento sin publicar.
- Espinosa Apolo, Manuel (2003). *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito. Primera mitad del siglo XX*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/ABYA-YALA/Corporación Editora Nacional.
- Ferguson, James y Akhil Gupta (1997). *Más allá de la "cultura": Espacio, identidad y la política de la diferencia*. En www.cholonautas.edu.pe, visitado el 8 de mayo de 2011.
- Foucault, Michel (2001). "Clase del 14 de enero de 1976", en *Defender la sociedad*, Buenos Aires: FCE.
- Franco Silva, Francisco Javier (1999). *El barrio como lugar de vida: entre lo apropiable y lo enajenable*, Serie Ciudad y Habitat, No. 6, en www.barriotaller.org.co
- Fuller, Norma (1997). *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- Gac-Artigas, Priscila (2009). "La cocina: de cerrado espacio de servidumbre a abierto espacio de creación", en *Destiempo*, Número 19, México DF., <http://www.destiemp.com>, visitado el 15/07/2013.
- García, A. y Jiménez, J. (2012). "La identidad como principio científico clave para el aprendizaje de la Geografía y de la Historia". *Revista Didácticas Específicas* Vol. N° IV. Páginas 1-24.
- Garrido, Margarita (1998). *Libres de todos los colores en la sociedad colonial tardía: discursos y prácticas*. Informe final de investigación. Cali: Universidad del Valle.
- Giddens, Antonio (1983). *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____ (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.

- Gnecco, Cristóbal y Marta Zambrano (2000) Introducción: el pasado como política de la historia, en *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*, Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano ed., Bogotá: ICANH.
- Goetschel, Ana María (2008). *Educación y formación de las clases medias*, en *Ecuador Debate*. No. 74, Agosto, Quito: CAAP.
- _____ (2007). *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas: Quito en la primera mitad del siglo XX*. Quito: FLACSO-ABYA YALA.
- _____ (1992). “Hegemonía y Sociedad (Quito: 1930-1950)”, en *Ciudades de los Andes: visión histórica y contemporánea*, Eduardo Kingman comp. Quito: CIUDAD, pp. 319-345.
- Goffman, Ervin (2001). *Presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Granda, Wilma (1993). “El cine silente ecuatoriano: la azarosa historia”, en Freire (comp.) *Quito tradiciones, testimonios y nostalgia*, tomo 3. Quito: Abrapalabra.
- Gravano, Ariel (2005). *El barrio en la Teoría Social*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Grimson, Alejandro (2008). *Las culturas son más híbridas que las identificaciones. Diálogos inter-antropológicos*. En http://www.udesa.edu.ar/files/UAHumanidades/Critica%20Cultural%202011/Culturas_hibridas.pdf, visitado el 3 de junio de 2011
- _____ (2004). *Fronteras, naciones y región*. Ponencia presentada para el Foro Social de las Américas, Quito-Ecuador, 25 a 30 de julio.
- Guerrero, Andrés (2010). *Administración de poblaciones, ventriloquía y transescritura*. Lima: IEP; FLACSO-Ecuador.
- _____ (2000). “El proceso de identificación: sentido común ciudadano, ventriloquía y transescritura” en *Etnicidades*, Andrés Guerrero (comp.). Quito: FLACSO.
- _____ (1998). “Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria”, en *Revista Iconos* N.4, Diciembre –Marzo. Quito: Flacso-Ecuador.
- Guerrero Patricio. (2002). *La cultura. Estrategias conceptuales para entender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia*. Quito: Abya-Yala.

- Halbwachs, Maurice (1968). *La memoria colectiva*. Bergara: UNED.
- Honneth, Axel (1999). "Comunidad. Esbozo de una historia conceptual" en *Isegoría* No. 20, pp. 5-15.
- Hurtado, Samuel (1994). *Marco Matrisocial de las Políticas Públicas*. Maracaibo.
- Ibarra C., Hernan (2008) "Notas sobre la clases medias ecuatorianas"; en *Ecuador Debate*. No. 74, Agosto. Quito: CAAP.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC). Resumen Nacional de los Censos de 1950, 1962 y 1974.
- Jelin, Elizabeth (2001). *Los trabajos de la memoria*, Siglo Veintiuno editores, España.
- Johnson, John (1961). *La transformación política de América Latina. Surgimiento de los sectores medios*. Colección Dimensión Americana, Buenos Aires: Editorial Hachette (edición original 1958).
- Kauffer Michel, Edith F. (2005). "De la frontera política a las fronteras étnicas: refugiados guatemaltecos en México", *Frontera Norte*, vol. 17, núm. 34, julio-diciembre.
- Kingman, Eduardo (2009). "La vida popular, el pan y los panaderos", en *El molino y los panaderos. Cultura popular e historia industrial de Quito*. Quito: FONSAL.
- _____ (2006). *La ciudad y los otros: Quito 1860 - 1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- _____ (1992). "Ciudades de los Andes: homogenización y diversidad", en *Ciudades de los Andes: visión histórica y contemporánea*, Eduardo Kingman comp. Quito: CIUDAD, pp. 9-50.
- _____ (sf.). Orden urbano y trajines callejeros. Artículo sin publicar.
- Kingman, Eduardo y Tom Salman, editores (1999). "Culturas Urbanas e Identidad". En *Antigua Modernidad y Memoria del Presente*. Quito: Flacso.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lagarde, Marcela, "La sexualidad", en *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 1997, PP. 177-211.
- Lamas, Marta (1993). *Algunas dificultades en el uso de la categoría género*, ponencia presentada en el XII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. México.

_____ (s.f.). “La perspectiva de Género”, en Revista de Educación y Cultura de la sección 47 del SNTE, <http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm>, visitado el 04/09/2013.

Larraín, Jorge (2003). “El concepto de identidad”. *Revista Famecos*. Vol. N° XXI. Páginas 30–44.

Lockwood, D. (1962). *El trabajador de la clase media: un estudio sobre la conciencia de la clase*. Madrid: Editorial Aguilar.

Luna, Milton, (2007). “Historia y Sociedad: el rol del Estado y de las clases medias”, en Jorge Dávila Vásquez coordinador, *Historia de las literaturas del Ecuador*, volumen V, período 1925-1960. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.

Méndez Reyes, Johán (2008). “Memoria individual y memoria colectiva”, en AGORA, año 11- N° 22, julio – diciembre. Trujillo-Venezuela.

Milanich, Nara (2013). Perspectiva Histórica sobre filiación ilegítima e hijos ilegítimos en América Latina <http://es.scribd.com/doc/125951658/Milanich-filiacion-ilegitima-hijos-ilegitimos-AL-historia>. Texto traducido por Ema Infante Bradley, Escuela de Derecho, Universidad Diego Porta.

Mintz, Sidney y Eric Wolf (1950). "An Anthropological Analysis of Ritual Coparenthood (compadrazgo)", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. VI, pp. 341–368

Nora, Pierre (1989), *Between Memory and History*, archivo PDF.

Ortega Caicedo, Alicia (2007). “Pablo Palacio: descrédito de la realidad, bolo suburbano y escritura”, en *GUARAGUAO Revista de Cultura Latinoamericana*, No. 3, Quito-Barcelona: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / CECAL Centro de Estudios y Cooperación para América Latina, pp 133-154.

Paredes, Angel Modesto (1949). “Estudio de la clase media en el Ecuador”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 11, No 1 (enero-abr), Universidad Autónoma de México, pp.7-19.

Parker, David (1998). *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950*. Pennsylvania: University Park Pennsylvania

- Pereiro, Xerardo (s/f). “Apuntes de Antropología y memoria”, en Revista O Fiadeiro – El Filandar No. 15. Portugal: Universidade de Tras-os-Montes e alto Douro-UTAD, Pólo de Miranda do Douro.
- Pitt- Rivers, Julian. (1968). “Honor y categoría social”, en Peristiany, J. G. (Comp.) *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*. Barcelona: Editorial Labor.
- Prada Merchán, Jhoana Gregoria (2012). “Un Crimen por Honor: El Infanticidio en Mérida (1811-1851)”, en *Procesos Históricos: Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 21, enero-junio. Mérida: Universidad de los Andes.
- Prieto, Mercedes ed. (2005). Entre las crisis y las oportunidades. Mujeres ecuatorianas, 1990-2005. Quito: FLACSO, CONAMU-UNFPA y UNIFEM.
- Pujadas, Juan José (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*. Madrid: CIS.
- Ricoeur, Paul. (2003) *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: editorial Trotta.
- Richardson, C. J. (1977) “The problem of downward mobility”, en *British Journal of Sociology*, Vol. 28, N° 3 (pp. 303-320).
- Ruggiero, Kristin (1992). “Honor, maternidad y el disciplinamiento de las mujeres: infanticidio en el Buenos Aires de finales del siglo XIX” en *The Hispanic American Historical Review* 72:3 (1992), 353-373. La traducción es de Jorge Fondebrider.
- Sáenz, Juan Pablo (1882) *Manual de la cocinera. Método compendioso para trinchar y servir bien una mesa*. Quito: Impresora Flores.
- Salazar, Gabriel (1986). “Para una historia de la clase media”. *Documentos de trabajo*, N°60. Santiago: Sur Ediciones. CHILE
- Signorini, Italo. 1984. "Forma y estructura del compadrazgo: algunas consideraciones generales", en *América Indígena*, vol. XLIV, núm. 2, pp. 247–265.
- Solís Chiriboga, María Liliana Cristina (2009). *La ciudad de Quito entre 1930 y 1975 en la memoria femenina y masculina del sector medio. “Las mujeres eran unas Diosas, no sé de qué se liberaron”*. Tesis para obtener el grado de Maestría en Ciencias Sociales con mención en Antropología. FLACSO-Ecuador.
- Tascón Bejarano, Lida Elena (2008). *Identidad de género y honor en los sectores populares de Cali colonial*. Tesis de pregrado en Licenciatura en Historia de la Universidad del Valle, Colombia.

- Taylor Charles. (2001). *El Multiculturalismo y las Políticas del Reconocimiento*. México DF.: Fondo de Cultura Económica.
- Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría*, Barcelona: Editorial Crítica.
- _____ (1995). *Costumbres en común*; Barcelona: Editorial Crítica.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Ediciones Paidós
- Troya, María del Pilar (2001). “No soy machista pero...Masculinidades en profesionales de clase media de la ciudad de Quito”, en *Masculinidades en Ecuador*, Xavier Andrade y Gioconda Herrera, editores. Quito: FLACSO, pp. 67-100
- Vidal Moranta, Tomeu y Emric Pol Urrutia, “La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares”, en *Anuario de Psicología*, vol. 36, nº 3, diciembre, pp. 281-297, Universitat de Barcelona, Facultat de Psicologia.
- Viteri, Paola (2004). *La transformación del barrio tradicional quiteño (La Tola y San Blas entre 1965 y 1975)*. Tesis para la obtención del grado de Licenciatura en Ciencias Históricas. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Vásquez, María Antonieta (1988). “Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del s. XX”, en *Nueva Historia del Ecuador*, vol 9. Quito: Corporación Editora Nacional / Grijalbo, pp. 220
- Wachtel, Nathan (1999). *Memoria e Historia*, en *Revista Colombiana de Antropología*, Volumen 5, enero-diciembre, pp. 70-90.
- Weiss, Wendy (1999) “El Camal y los asuntos de raza y clase”, en *Antigua Modernidad y Memoria del Presente*. Kingman, Eduardo y Tom Salman, editores. Quito: Flacso.
- Zabaleta Mercado, René (1983). *Las Masas en Noviembre*, México: Edit. Siglo XXI

DOCUMENTOS

- El Comercio, meses de Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Octubre y Noviembre de 1950.
- El Comercio (1969). “La superación material de la mujer hacia la consagración total de sus derechos”, pág. 6: mayo 11.
- Censo de Población 1950. Ecuador.

Historia del Hospital Gineco Obstétrico Isidro Ayora, en <http://hgoia.med.ec/historia-hgoia.html>.

ENTREVISTAS

AL (62 años, costurera), 26 de abril de 2010 y 10 de septiembre de 2012, San Antonio de Pichincha-Quito.

AM (59 años, propietaria de un edificio en el barrio de San Juan, vive de los arriendos de los departamentos), 3 de abril del 2010, Quito.

Bourdieu, Pierre. Año 1991, realizada por Luis Fanlo. En http://www.youtube.com/watch?v=8h6iKrTW4Lk&feature=player_embedded#at=79, visitada el 14 de junio de 2011.

BC (55 años, Secretaria Ejecutiva en Grupo TV Cable), 15 de octubre de 2012, Las Casas-Quito.

CL (62 años, médico oncólogo), 3 de marzo de 2013, Cumbayá.

CM (70 años, jubilado), 5 de octubre de 2010, Quito.

CO (57 años, Administradora Empresas), 10 de octubre de 2012, Quito.

EV (57 años, Contadora), 20 de septiembre de 2012, Quito.

ES (87 años, jubilada), 12 de agosto de 2011, Quito

FS (56 años, Gerente de Marketing empresa anónima), 20 de marzo de 2011, La Floresta-Quito.

GL (59 años, asistente de mantenimiento de la “Casa del Reloj”), 29 de noviembre de 2011, Quito.

HI (59 años, economista), 8 de agosto de 2012, Quito.

JE (56 años, técnico electrónico), 3 de mayo de 2007, 3 de noviembre de 2007, 10 de enero de 2009, 3 de octubre de 2010, 25 de marzo de 2010, 1 de marzo de 2011 19 de marzo de 2011 y 13 de septiembre de 2012, Barrio América-Quito.

JR (68 años, secretaria), 15 de marzo de 2015, El Condado-Quito.

LuE (62 años, Arquitecto) 12 y 14 de marzo de 2012, Cumbayá-Tumbaco.

LE (55 años, psicóloga), 18 de marzo de 2011, San Antonio de Pichincha-Quito.

MC (65 años, ama de casa), 5 de julio de 2012, Tumbaco-Quito.

MDV (83 años, jubilada), 15 de febrero de 2009, San Antonio de Pichincha.

MM (66 años, Ingeniero Sanitario), 20 de enero de 2013, Quito.

MJ (59 años, Comerciante, dueña de la fábrica de Santos San José), 6 de octubre de 2012.

MV (65 años, jubilado del área de servicios bancarios banco del Pichincha), 14 de octubre de 2011, Conocoto.

Mariana Valencia (RIP), 3 de enero de 2009, San Antonio de Pichincha.

PaE (58 años, ama de casa), 24 de junio de 2011, San Antonio de Pichincha-Quito.

PE (56 años, jubilada del área cultural del Banco Central del Ecuador), 15 de abril del 2010, Quito.

PP (63 años, cardiólogo del hospital Carlos Andrade Marín), 10 de mayo de 2012,

PR (68 años, EMMOP), 29 de noviembre de 2011, Sector La Mariscal-Quito.

RS (59 años, empleada doméstica) 8 de julio de 2013, Puengasí, Quito.

XE (56 años, contadora jubilada) 5 de noviembre de 2008, 6 de abril de 2010, 2 de octubre de 2010, 4 de septiembre de 2012, Barrio América-Quito.